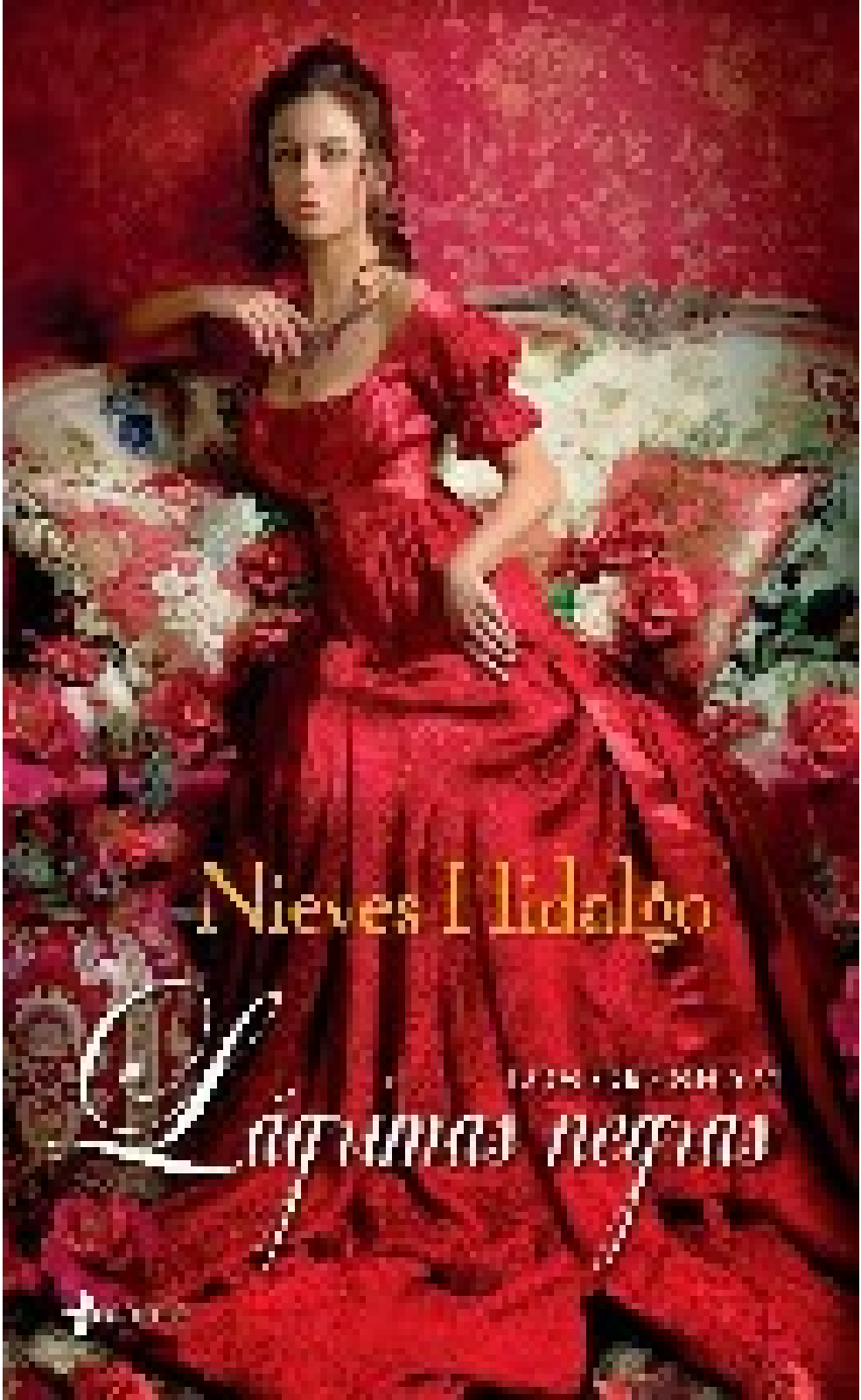
Nieves Hidalgo
La marina negra

Annotation

Adriana Worthington y Noelia Kendrick son encontradas, en el intervalo de una semana, asesinadas en idénticas circunstancias.

Las pesquisas de la policía apuntan hacia Eugene Bannion, pero su hermana Thara sabe que es inocente y hará todo lo que esté en su mano por demostrarlo. Incluso es capaz de hacerse pasar por la prometida del hombre más desvergonzado de todo Londres para conseguir una entrevista con el juez que instruye el caso.

James Gresham ha salido de la ciudad por asuntos de negocios, pero un inconveniente le obliga a regresar antes de tiempo.

No espera encontrarse con una mujer a la que ha visto una sola vez y que, para su asombro, ha tenido la osadía de hacerse pasar por su futura esposa.

Irritado y divertido a un tiempo, decide seguirle el juego mientras le ayuda a buscar al auténtico asesino del que todo Londres habla. Thara, en su empeño por demostrar la inocencia de Eugene, no se percata de que el barón de Salsbury puede resultar para ella mucho más peligroso que el criminal al que quieren desenmascarar.

NIEVES HIDALGO

Lagrimas Negras

Los Gresham Nº3

Esencia

Sinopsis

Adriana Worthington y Noelia Kendrick son encontradas, en el intervalo de una semana, asesinadas en idénticas circunstancias.

Las pesquisas de la policía apuntan hacia Eugene Bannion, pero su hermana Thara sabe que es inocente y hará todo lo que esté en su mano por demostrarlo. Incluso es capaz de hacerse pasar por la prometida del hombre más desvergonzado de todo Londres para conseguir una entrevista con el juez que instruye el caso.

James Gresham ha salido de la ciudad por asuntos de negocios, pero un inconveniente le obliga a regresar antes de tiempo.

No espera encontrarse con una mujer a la que ha visto una sola vez y que, para su asombro, ha tenido la osadía de hacerse pasar por su futura esposa.

Irritado y divertido a un tiempo, decide seguirle el juego mientras le ayuda a buscar al auténtico asesino del que todo Londres habla. Thara, en su empeño por demostrar la inocencia de Eugene, no se percata de que el barón de Salsbury puede resultar para ella mucho más peligroso que el criminal al que quieren desenmascarar.

Autor: Hidalgo, Nieves
©2014, Esencia
ISBN: 9788408129271
Generado con: QualityEbook v0.73

Prólogo

1825, Londres

LOS pasos de la muchacha resonaban en el silencio de la calle desierta mientras se apresuraba, con un escalofrío de inseguridad recorriéndole la espalda. Rodeada por la tupida niebla que cubría la ciudad, empezaba a pensar que había sido una locura aventurarse a salir esa noche. Estaba lejos de considerarse una persona valiente, sin embargo, la expectativa de conseguir lo que deseaba hacía tanto tiempo la animaba a seguir caminando por Lombard Street al encuentro del hombre que haría realidad sus deseos.

Rodeó la iglesia de St. Mary Woolnoth. Le encantaba ese templo, que, según se decía, había sido erigido por un noble sajón sobre unas ruinas romanas. Solía acudir a él con su madre antes de morir su padre. Ahora, por el contrario, envuelto en la bruma, el edificio se le antojaba frío y lúgubre. Se persignó por costumbre y para ahuyentar sus recelos, diciéndose que, a buen seguro, quien la esperaba se reiría de sus miedos.

Se decía que el valor se manifiesta haciendo frente a situaciones que nos desbordan: ella estaba dispuesta a superar esa y otras muchas por poder volver a hablar con su padre.

Poniéndose la capucha de la capa, se guareció de la neblina en una de las esquinas de la iglesia y buscó entre las sombras la presencia masculina. No se veía a nadie y el retraso comenzó a impacientarla. Si descubrían que había salido de casa, la esperaba un buen castigo.

A lo lejos, el ladrido de un perro rompía el silencio y Adriana se pegó más al muro. Fue entonces cuando notó una presencia a su lado. Se volvió... y la sonrisa de anticipación que asomaba a sus labios se convirtió en una mueca de horror al ver que una cuerda le rodeaba la garganta. Boqueó en busca de aire, mientras la presión del cáñamo empezaba a estrangularla.

Debatiéndose como una posesa, nublándosele ya la vista, echó las manos hacia atrás en un vano intento de defenderse. Afán inútil que desbarataba la fuerza de quien la ahogaba. Sus pies se despegaron del suelo, pataleó en el aire y trató de aferrar con las manos la cuerda que le apretaba la garganta... La agonía final fue breve, aunque a ella le pareció una eternidad. Su cuerpo perdió la fuerza, sus ojos enloquecidos quedaron fijos mirando el infinito y exhaló su último aliento.

La persona que acabó con ella cargó con su cuerpo sin dejar de echar rápidas miradas hacia todos lados, antes de encaminarse a una puerta lateral de la iglesia. La abrió con el hombro, entró y cerró a sus espaldas. Sin pérdida

de tiempo, se dirigió hacia la sacristía. Una vez allí, dejó el cadáver sobre el arcón en que se guardaban las casullas de los sacerdotes, sacó el pequeño envoltorio que llevaba bajo la capa, lo colocó a un lado y comenzó su tarea.

1

Leeds. Cuatro días después

THARA apuró su cena, deseosa de retirarse a su habitación cuanto antes. No le gustaban los parroquianos de la posada en la que encontraron alojamiento de camino a Londres, gente demasiado vocinglera y con demasiado alcohol encima. Además, la incomodaba la oscura mirada del individuo que, desde que había entrado en el comedor, no había dejado de observarla.

Quizá hubiese sido una temeridad viajar con la única compañía de su criada, pero estaba acostumbrada a valerse por sí misma y ya era tarde para lamentaciones.

Se le serenó el ánimo al recordar al bebé de su amiga Selena, a quien habían ido a visitar tras su reciente maternidad. Arrullarlo entre sus brazos, notar el calor de aquel cuerpecito que olía a leche agria y escuchar sus gorjeos le había resultado maravilloso. Hasta había sentido un poquito de envidia.

Pero ella había optado por el camino de la independencia hacía ya cuatro años, tras la muerte de su padre, y no pensaba cambiar de idea a pesar del bombardeo constante de sus hermanos para que se buscara marido. En su lecho de muerte, le había prometido a su progenitor cuidar de Eugene y de Emma, y se había propuesto hacer del muchacho un hombre de provecho y conseguirle un buen partido a su hermana.

Por otro lado, estaba empeñada en ganarse la vida del mismo modo en que lo hizo su padre,

Alfred Bannion, por mucho que la sociedad no lo entendiera ni admitiese. No resultaba fácil, por supuesto. El hecho de ser mujer y, además, joven no era la mejor carta de presentación para ofrecer sus servicios como detective. Reconocía que no era una ocupación al uso para una dama, pero le gustaba.

Su padre le había enseñado cuanto él sabía, que era mucho después de cuatro décadas trabajando con los Bow Street Runners. O tal vez ella fue una alumna aventajada, porque, a pesar de su sexo y su juventud, había conseguido resolver ya un par de casos. No demasiado importantes, ciertamente, pero eran un comienzo y no conocía mejor modo de incrementar la exigua herencia que les había quedado para salir adelante.

Desde el otro lado del salón, el sujeto que no había apartado los ojos de ella se recostó en su silla y sacudió la cabeza como si tratara de despejarse. ¿Qué diablos contenía la última botella que había pedido? Seguramente matarratas, porque se le había subido a la cabeza como un rayo, y eso que él soportaba

bastante bien el alcohol siempre que no estuviera demasiado adulterado.

Todo era culpa de su compañero de viaje, Jersey Ballington. Y de sí mismo, a qué negarlo, por no haber rechazado la segunda botella. Ahora Jersey debía de estar tumbado en su cama cuan largo era, roncando como un bendito, y él tenía la desagradable sensación de estar flotando viendo visiones.

Porque aquella muchacha de cabello color caoba y grandes ojos castaños no podía ser más que un espejismo. Eso sí, merecía la pena haber caído bajo los efluvios del alcohol con tal de poder disfrutar de esa fantasía.

Roberta Hop, la criada de Thara, se cubrió la boca para disimular un bostezo.

—Sube y acuéstate —le dijo ella—, yo iré enseguida.

—Ni hablar, señorita, ni hablar. No voy a dejarla sola, no voy a dejarla. Ese pájaro no para de mirarla, no para —replicó, y negó con la cabeza, haciendo esfuerzos por mantenerla erguida.

Thara puso los ojos en blanco. A veces la sacaba de quicio que Roberta repitiera siempre las frases. Normalmente le sucedía cuando estaba nerviosa y ahora sin duda lo estaba, volviendo la vista una y otra vez hacia el tipo que parecía tenerlas a ambas como centro de su atención.

—Sube de una vez —insistió—. La posada está a rebosar, ese hombre no va a molestarme.

—¿Está usted segura, señorita?

—Roberta, no seas pesada, por el amor de Dios.

La muchacha refunfuñó sin convicción, pero se levantó y se marchó escaleras arriba. Thara no pudo evitar echar un disimulado vistazo al otro lado del salón.

Aquel tipo la estaba irritando con su insistencia. No se dejó engañar por su apariencia de caballero, pero reconoció que su aspecto le gustaba. Era atractivo. Muy atractivo. Aun sentado, podía intuir que era bastante alto. De hombros anchos, algo que la chaqueta que llevaba no disimulaba, y cabello tupido y oscuro, tanto que la luz de las lámparas le arrancaba reflejos azulados. Pero lo más intrigante eran sus ojos, profundos, serenos y cálidos.

Como si al mirarlo le hubiera mandado una invitación, él se levantó. Thara se puso en guardia al ver que se acercaba con paso inseguro. ¡Por favor! ¿Estaba borracho? Lo único que le faltaba era tener que soportar a un hombre que no aguantaba la bebida.

Hizo ademán de marcharse, prescindiendo definitivamente del postre, pero una mano fuerte, de largos dedos, le atrapó la muñeca. Antes de que ella tuviera tiempo de protestar, él le preguntó:

—¿Me aceptaría una copa, señorita?

«Tiene una sonrisa preciosa. Y de cerca es mucho más guapo», pensó Thara, clasificándolo de inmediato en la sección de libertinos que daban por sentada la conquista de una mujer con sólo chascar los dedos. Papanatas como ése había conocido unos cuantos y sabía cómo tratarlos.

Se soltó la mano de un tirón y le respondió con gesto adusto:

—¿No le parece que ya ha bebido demasiado, señor?

—Vamos, encanto —contestó él, sentándose a la mesa con todo descaro—, sea compasiva. Sólo quiero un poco de conversación.

—Debería irse a la cama. Y yo, lo siento, ya me retiraba.

—Insisto.

—Puede insistir cuanto le plazca.

—Por favor —pidió el intruso, con una sonrisa de lo más sugerente—. Un momento de su tiempo para comprobar que no es una entelequia.

—¿Cómo dice?

—Un espejismo, una fantasía, una quimera, una...

—Sé lo que significa «entelequia» —le cortó—. En serio, caballero, lo mejor es que se vaya a dormir, empieza usted a desvariar.

—¿Lo es?

—¿Qué cosa? —se impacientó ella, buscando al posadero con la mirada para ver si le quitaban de encima a aquel pesado.

Tampoco era cuestión de armar un escándalo por culpa de un borracho que no dejaba de mirarla con cara de pasmado. Debía de ser miope, porque ella podía ser cualquier cosa menos una mujer que llamara la atención.

—Un espejismo.

—Eso es —admitió, para zanjar el tema—. Un espejismo que desaparecerá ahora mismo.

Él no intentó detenerla, simplemente suspiró con la vista clavada en el contoneo de unas caderas estupendas. Pero cuando la vio subir la escalera, tuvo una sensación de pérdida tan intensa que lo impulsó a ir tras ella.

Thara, consciente de su gesto, se recogió el vestido y subió los escalones de dos en dos. Apenas había recorrido la mitad del pasillo, cuando el individuo la alcanzó, la cogió de un brazo y la obligó a darse la vuelta. Se encontró así entre la pared y el cuerpo masculino inclinado sobre ella, encerrada entre sus brazos y atrapada en el brillo de unos ojos oscuros y fascinantes.

—Suélteme o empezaré a gritar —siseó de muy mal humor.

—Puede hacerlo hasta que los muros de esta posada se derrumben como las murallas de Jericó, preciosa, pero ahora voy a besarla.

A Thara no le dio tiempo a reaccionar. Él bajó la cabeza y atrapó su boca. Ella se envaró y, rápidamente, introdujo sus brazos entre los cuerpos de ambos y presionó con los codos contra el pecho de él para empujarlo con todas sus fuerzas. No lo consiguió. Por el contrario, él la besó aún con más ganas y, a pesar de que sabía a alcohol, ese beso provocó en ella un estremecimiento que no supo cómo definir.

Del mismo modo imperioso en que la había abordado, la soltó. Luego se quedó mirándola fijamente con gesto hosco, casi como si la estuviera desafiando a vengarse por el atropello. Le pasó el dedo índice por el labio inferior y luego, sin una sola palabra de disculpa por su conducta avasalladora e inmoral, se hizo a un lado dibujando una burlona reverencia. Le dejaba expedito el camino.

Thara era una mujer decidida, pero en esa ocasión no supo reaccionar. Le ardían los labios, ultrajados e impregnados del sabor a vino, pero sentía bullir alocada la sangre en sus venas. La aguijoneaba una imperiosa necesidad de cruzarle la cara de una bofetada, pero no lo hizo. Optó por escabullirse con celeridad, antes de que el acoso pudiera llegar a mayores.

Pasó por su lado, empujándolo, y echó a correr hacia su cuarto.

A salvo ya tras su puerta cerrada, se apoyó en ella para calmar su agitada respiración. Tenía los nervios a flor de piel. Se lamió los labios con la punta de la lengua, admitiendo a su pesar que, aunque lo lamentara, el beso le había gustado.

Ni ella ni el entrometido que permanecía en el pasillo con los ojos clavados en la puerta de su habitación fueron conscientes de la presencia de una mujer testigo de la inusual escena, quien, a su vez y en completo silencio, cerró la puerta de su propio cuarto.

2

El asesino de las lágrimas negras vuelve a actuar.

ANOCHE fue encontrado un nuevo cadáver. La víctima es Noelia Kendrick, hija del editor Joss Kendrick.

El artículo de *The Times* no se extendía demasiado, pero facilitaba la descripción de la muchacha: viente años, rubia, bonita, estudiosa y un sinfín de alabanzas más. Su cuerpo sin vida había sido hallado en el interior de una cripta. La crónica recordaba después al lector el anterior crimen, el de Adriana Worthington, descubierto en la sacristía de la iglesia St. Mary Woolnoth, en Lombard Street, para finalizar lamentando el silencio de la policía, que se negaba a facilitar más datos a la prensa. Confirmaban, eso sí, que ambos cadáveres estaban maquillados y desnudos.

Thara dejó el periódico a un lado con un cierto regusto amargo. El artículo se había publicado hacía dos días, pero desde entonces lo había leído varias veces, reacia a creer que su vida hubiera dado un giro tan insospechado. Porque cuando la policía se personó en la casa para interrogar a su hermano Eugene, su mundo viró en redondo, quedando patas arriba.

No lo habían acusado directamente, pero había tenido que ir a declarar a las oficinas de Bow Street acerca de su relación con ambas muchachas.

Thara sí que lo sometió a un exhaustivo interrogatorio cuando lo soltaron. Pero Eugene, tan asustado como ella misma por aquellas muertes y por haber sido requerido para declarar, apenas era capaz de reaccionar. Sólo acertó a decir que conocía a las dos jóvenes de las reuniones que se celebraban quincenalmente en la parroquia, adonde él acudía en días alternos.

El pastor, Henry Whitaker, un anciano bondadoso que conocía a la familia desde hacía años, se había prestado a ser el mentor de su hermano tras conocer la delicada situación de sus finanzas, que imposibilitaba, de momento, la entrada del muchacho en un centro adecuado para completar su educación.

—Les he contado todo lo que sé, Moon —le había dicho Eugene, utilizando el apodo cariñoso con el que siempre la llamaba su padre, debido a la afirmación de Thara de que le gustaba más la noche que el día, como a la Luna—. Te juro que no entiendo nada.

Se fijó en que su hermano doblaba y desdoblaba mecánicamente el periódico en el que aparecía la escalofriante noticia.

—¿No has salido nunca con esas muchachas?

—Bueno... sí. Un par de veces. Pero te aseguro que no fue nada serio.

—Algo deben de haber visto para llamarte a declarar, Eugene. La policía no da puntadas sin hilo.

—Las dan muchas veces y tú lo sabes. Padre lo decía. Creo que es un palo de ciego porque no saben por dónde empezar a investigar. También han preguntado a otros miembros de la parroquia, incluso al señor Blyton, no creas que yo he sido el único.

—Palo de ciego o no, nadie más que tú ha tenido que comparecer en las oficinas de los Bow — lo cortó ella, palmeando la mesa con fuerza y sobresaltándolo—. No creo que haya sido por casualidad, de modo de quiero saberlo todo sobre tu relación con esas chicas.

—¡Te digo que no hay nada!

—Eugene...

Desde el recibidor les llegó una voz conocida y guardaron silencio. La puerta se abrió de sopetón y en el umbral apareció un hombre no muy alto, de complexión algo gruesa, que llegaba con su mofletudo rostro congestionado. Sus ojos, muy azules, se dirigieron primero a Thara y después a Eugene.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué ha pasado? ¿Cómo os encontráis, muchachos?

Se desembarazó de la capa y el sombrero, que dejó en una silla, se sirvió una copa de vino hasta el borde y se acomodó junto a ellos. Echó una ojeada a la prensa y en sus labios se dibujó un gesto de repulsión antes de beberse el vino de un trago.

—Acabo de enterarme de tu estancia en las dependencias de la policía, Eugene —dijo—. Tiene que ser una confusión. Lo es, ¿verdad?

—Ciertamente —confirmó el muchacho.

—Espero que así sea, por el bien de todos —terció Thara.

—¡No creerás que tu hermano tiene algo que ver con esas dos muertes! ¡Es una barbaridad! — exclamó el hombre, buscando en su levita la caja de rapé. La abrió, tomó una pizca de polvo, se lo acercó a la nariz y se cubrió con un pañuelo antes de soltar un ridículo estornudo—. Tendré que hablar con mis contactos, algunos me deben favores...

—Le agradecemos su interés, señor Blyton, pero eso sólo significaría remover más el asunto.

—Pero... —Thara movió la mano de una manera que Elliott Blyton conocía muy bien y que significaba «fin de la conversación» . Aun así, insistió—: Os conozco desde hace años, me he encargado de los temas de vuestra familia y ahora de los vuestros desde la muerte de vuestro padre. No nos unen lazos de sangre, pero os considero como mis hijos. Los hijos que Dios no quiso enviarnos a Myrna y a mí. Así que, muchacha, no me pidas que me quede de brazos cruzados si culpan a tu hermano de semejante atrocidad. Matar a unas chicas tan jóvenes y dulces, maquillarlas así... Tiene que ser obra de un depravado. ¡Moveré los hilos que haga falta!

Thara no quiso replicarle, porque entendía sus razones. Era cierto que Elliott Blyton y su difunta esposa, Myrna, habían sido su único apoyo desde que

falleció su padre. Y Blyton había hecho maravillas con el escaso dinero que les había quedado, invirtiéndolo como mejor pudo, aportándoles algún dividendo con los que procurarles una vida relativamente decente. Los réditos no siempre habían sido los que él esperaba, hasta el punto de que, en más de una ocasión, el dinero para pagar el sueldo de Roberta, la única criada que les quedaba, salía del propio bolsillo del hombre.

Le debían respeto y cariño, de modo que accedió con un gesto de asentimiento.

El abogado pareció satisfecho. Se levantó, cogió sus cosas y palmeó cariñosamente la cabeza de Eugene.

—Todo se arreglará, jovencito —le dijo—, aunque tengamos que contratar a un colega especializado.

Thara agradeció para sí misma sus palabras de aliento, aun sabiendo muy bien que no tenían dinero para pagar la minuta. Como si adivinara sus pensamientos, él añadió:

—Venderé alguno de los cuadros si es menester.

Ella valoró extraordinariamente este último comentario. También Eugene, a quien incluso se le llenaron los ojos de lágrimas, teniendo que agachar la cabeza para ocultarlas.

—Ama cada uno de sus cuadros —murmuró, avergonzado por ser la causa del embrollo, cuando Blyton se hubo marchado.

Thara asintió, se recostó en el respaldo de la silla y se masajeó las sienes para atenuar un incipiente dolor de cabeza que había comenzado a martirizarla. Sí, Elliott amaba cada una de las obras de su pequeña colección. Había sacrificado muchas cosas para conseguir sus pequeños tesoros, como él los llamaba.

Lamentaba profundamente que pudiera verse obligado a desprenderse de alguno de ellos.

Su hermano divagaba de modo similar, incapaz de decir nada coherente después de un ofrecimiento tan generoso.

Así estuvieron hasta que volvió a abrirse la puerta y esta vez Roberta anunció la visita. Un instante después entraba un hombre al que no esperaban: Gordon Simonet, policía y antiguo compañero de su padre.

Gordon rondaba los cincuenta. Aún bastante atractivo, alto y fibroso, de cabello claro y gesto adusto, vestía con cierta elegancia y se movía como un depredador, lo que realmente era en su trabajo, donde lo aprendió casi todo de Bannion. Hacía meses que no lo veían.

El policía los saludó parcamente. Después de comentar tres o cuatro cosas sin importancia, pidió hablar con Thara a solas. Eugene no se resistió a abandonar la sala, aunque intuía que la visita tenía por objeto su persona en relación con su presunta implicación en los asesinatos. Pero como

hablar con Simonet siempre lo había puesto nervioso, prefirió que fuera su hermana quien, más tarde, le contara la conversación.

Ya sin testigos, Gordon no se anduvo por las ramas y dijo:

—Tenemos un problema, señorita Bannion.

Thara asintió. Si él estaba allí, sólo cabía pensar que algún indicio había que apuntaba realmente hacia su hermano. Sospechaba que no iban a gustarle las noticias. Entrelazó las manos sobre su regazo para que él no viera que le temblaban.

—¿A qué problema se refiere?

—Hemos hallado unas notas en casa de las víctimas.

—¿Notas...?

—Lugar y hora para una cita. La de la primera muchacha estaba fechada el mismo día de su asesinato.

Thara lo miró a los ojos, tratando de no derrumbarse. Le costaba trabajo respirar, pero evitaría como fuera que la dominara el pánico.

—¿Y...?

—Estaba firmada con la letra E.

—Eso no quiere decir que...

—Lo sé —la atajó él—. Pero tenemos que investigarlo. He venido a pedirle cualquier documento escrito por su hermano para poder compararlas.

—Entonces es sospechoso directo —dijo ella con un hilo de voz.

—Lo siento.

—¿Van a arrestarlo?

—No. Al menos he podido conseguir eso, aunque no puedo afirmar que el juez que se ha hecho cargo del caso no cambie de idea. De momento, Eugene no puede abandonar la ciudad por orden suya.

—¿Juez? —se extrañó Thara—. ¿Es que no lleva usted la investigación?

—La llevaba hasta que apareció el segundo cadáver. Ahora, todo está en manos de sir Joshua Rowling. ¿Sabe de quién le hablo?

—Lo he oído nombrar alguna vez.

—Rowling investigó hace algunos años un caso de asesinatos múltiples y estas dos muertes apuntan a que estamos frente a unas circunstancias similares. Aunque me fastidia reconocerlo, es el mejor.

—¿En qué situación quedan entonces los agentes de Bow Street?

—Ayudaremos en lo que podamos y haremos cuanto nos encargue el juez, pero no tendremos autonomía.

—¡Es inconcebible! —protestó ella.

—Sir Rowling goza de la total confianza de la Corte de Justicia inglesa.

—¿Nos queda al menos la opción de contratar a un investigador privado?

—Puede hacerlo, claro está, nada se lo impide.

A Thara se le encendió la sangre. ¿Cómo era posible? Si al menos Simonet se hubiera hecho cargo del asunto, dada su amistad, ella podría estar informada de los pasos que se fueran dando. Y hasta podría ayudarlo en su trabajo. Pero si todo quedaba en manos de ese juez tendría que esperar a ciegas, sin poder hacer otra cosa que atormentarse temiendo que hechos circunstanciales cargaran sobre su hermano la culpabilidad. Las pruebas falsas eran fáciles de fabricar y los tribunales de Justicia no eran inmunes al engaño.

Pero no estaba en la naturaleza de Thara reaccionar como un conejo que se esconde en su madriguera esperando la llegada de los perros de caza. Se negaba a aceptar el papel de mera espectadora, así que, le gustase a Rowling o no, participaría en la investigación.

¿Acaso su padre no le había dicho siempre que su instinto superaba el de muchos de los hombres que trabajaban con él? Era minuciosa, nunca se le escapaba un detalle, su intuición era su aliado más firme.

—Hablaré con sir Joshua Rowling y le pediré... No, le exigiré formar parte de su equipo.

—Ni siquiera podrá hablar con él.

—¿Y eso por qué?

—Es un tipo bastante peculiar. Introvertido. Apenas recibe visitas, no suele acudir a fiestas, no se le conocen flirteos. Estuvo a punto de casarse hace unos años, pero su prometida murió y desde entonces se ha convertido en un ermitaño que apenas se codea con los de su clase.

—Algo se podrá hacer para verlo —insistió ella.

—Sí, pertenecer a la familia Gresham —ironizó Simonet.

—¿Cómo dice?

—No me haga caso, señorita Bannion. Quería decir que únicamente los miembros de esa familia de aristócratas tienen libre acceso al juez. Al parecer, le debe la vida al más joven de ellos, James Gresham, del que posiblemente también haya oído hablar.

—No sé quién es. Pero así las cosas, no me queda más remedio que ir a visitar a ese caballero y pedirle su cooperación para poder ver al juez.

—El barón de Salsbury no está en Londres, lo leí en las crónicas de sociedad. Y aunque estuviese aquí, no sería yo quien recomendase a una joven como usted relacionarse con uno de los solteros más disolutos de Londres, si quiere mantener su buen nombre a salvo de habladurías. —Mi buen nombre me importa muy poco si contribuyo a demostrar la inocencia de mi hermano. —La admiro. Es usted tan tenaz como lo era su padre. Pero debe olvidarse de esa entrevista, al menos hasta que lord Salsbury regrese a la ciudad. Por lo que decía la gaceta, se dirigía a Escocia. Hágame caso y no se involucre —concluyó. Luego, levantándose, añadió—: Deje hacer a los profesionales. El juez Rowling es un hombre honesto y sagaz. Confíe en su pericia.

—Si usted cree que es lo más acertado, seguiré su consejo. Mi hermano le facilitará alguna de sus libretas de apuntes. Gracias por todo.

—No hay de qué.

—Sólo una pregunta más —dijo Thara, antes de que se fuera—. ¿Puede decirme en qué circunstancias exactas se encontraron los cadáveres?

—Yo...

—¡Por favor!

—La aprecio, Thara, pero...

—No le estoy pidiendo que lleve a cabo una traición.

—Tenemos prohibido facilitar datos a los periódicos.

—Yo no soy la prensa, Gordon. Le juro que ni una palabra saldrá de mi boca, pero necesito saber los detalles.

Simonet se debatía entre la admiración que siempre le había tenido al padre de la muchacha y las ordenanzas. Sabía que con ella sus confidencias estarían a salvo, pero así y todo dudaba. Porque la joven no lo engañaba: veía en sus ojos la misma determinación que se reflejó tantas veces en los de Alfred Bannion cuando se encontraba ante un nuevo caso. Thara era su hija, llevaba su misma sangre y él sabía que, de un modo u otro, acabaría metiendo la cuchara en aquel caldo. Mentalmente, le deseó la mejor de las suertes y capituló diciendo:

—Ambas víctimas estaban desnudas, como ya sabe. Una máscara les cubría el rostro y su asesino les pintó los labios de negro y un par lágrimas en las mejillas. En el pecho tenían grabado un símbolo demoníaco: 666. No puedo decirle nada más.

Ella asintió, agradeciendo infinitamente su informe y notando que se le aceleraba el pulso.

Simonet recogió el sombrero y el abrigo que le entregó la criada y salió a la calle, enfrentándose a la niebla que amortajaba Londres, no demasiado convencido de haber hecho bien contándole a Thara Bannion lo que sabía.

3

KIMBERLY GRESHAM, condesa de Braystone, volvió a rellenar la copa. Tatiana Elisabeta Gresham, baronesa de Winter, empujó la bandejita de pastas de té hacia el caballero al que hacían los honores. Una y otra le sonrieron encantadoras. Pero maldita fuera si en ese momento Joshua Rowling estaba para aguantar a aquellas dos beldades que no habían hecho otra cosa que atosigarlo desde que llegó, hacía ya más de media hora.

—Podéis vaciar la botella y encargar más pastas, pero no me vais a convencer —gruñó, recostándose en el sofá.

—¡Mira que eres terco, Jos!

—Claro que vas a asistir a esa fiesta.

—De eso nada.

—Lo harás.

—Lo harás.

—Ni loco.

Kim suspiró, se sirvió ella una copa, se la bebió y la dejó luego con un golpe seco sobre la mesa.

—¡Eh! Esas copas pertenecieron a mi madre. ¿Quieres romperlas? —dijo él.

—Pues a mí no me gustan —terció Tatiana, poniendo cara de ángel y cogiendo la suya con dos dedos, como si fuera a dejarla caer—. No vendría mal que renovaras tu cristalería, ¿no crees?

—¡Déjala ahora mismo! —Rowling se levantó echando chispas por los ojos —. ¡Sois unas brujas!

—¿Nos ha llamado brujas, Kim?

—Nos ha llamado brujas.

A la baronesa se le escapó la copa de la mano... pero consiguió atraparla en su falda. Joshua palideció. Les tenía un cariño especial a aquellas copas, que sólo ordenaba sacar para visitas muy especiales. Pero las dos arpías que lo acompañaban serían capaces de todo con tal de convencerlo de que asistiera a la condenada fiesta. ¡Con la cantidad de cosas que le quedaban por hacer desde que le encomendaron la investigación de los crímenes!

—Está bien. Vale, vale, vale, déjala con cuidado Tat, preciosa, y veremos qué se puede hacer. ¡¡Señora Wilson!! —llamó a voces a su ama de llaves. La mujer asomó la cabeza por la puerta—. Llévese todo esto, por favor. Y ponga a buen recaudo esta cristalería para utilizarla sólo con según qué visitas —añadió, echando una mirada crítica a las dos damas.

—Recuerde que en el saloncito verde le espera lady Sterling —le avisó ella —. Y acaba de llegar una señorita solicitando verlo.

—Lady Sterling, sí. —Se le agrió el gesto. Le tenía verdadera animadversión a esa empalagosa mujer, pero no le había quedado más remedio que aceptar revisar ciertos documentos de su difunto esposo y había

prometido atenderla esa tarde—. Enseguida estoy con ella. Y a esa otra señorita, dígale que no recibo hoy, que vuelva en otro momento o hable con mi secretario.

—A él la he dirigido, milord, pero insiste en verlo. Dice que es importante.

—Vamos, Joshua —lo animó Kim—. Atiende a la cacatúa de Margaret y a esa muchacha.

Nosotras no tenemos prisa, podemos esperar.

—Eso, eso, atiende tus asuntos —la secundó Tatiana, ahora de pie, pasando un dedo por el borde de un jarrón de extraordinario valor, de la dinastía Ming.

—¿Pretendéis sacarme de mis casillas? —Rowling la señaló con un dedo y ella, modosa, retiró la mano.

—¿Temes que en tu ausencia vayamos a romper algo?

Joshua bufó. Parecía una mosquita muerta. Ambas lo parecían. Podrían engañar a cualquier otro hombre, pero no a él; las conocía desde hacía tiempo, sabía de sus ironías, su tenacidad y de cómo se las gastaban.

Kimberly había viajado desde Estados Unidos para vengar la muerte de su hermano Adam y a punto había estado de acabar con el conde de Braystone cuando las sospechas lo apuntaban a él. Por fortuna, se habían enamorado y ahora estaban felizmente casados. Respecto a Tatiana, de agallas similares a las de la americana, había renunciado a un reino por amor al segundo de los Gresham, Darel. Ni más ni menos. ¡Como para contrariarlas!

—Iré a esa puñetera fiesta —se rindió—. Y hasta me disfrazaré de Cupido si es vuestro deseo. ¿Quién es esa señorita, señora Wilson?

—Dice llamarse Thara Moon, milord.

—¿No te dije que sería fácil convencerlo, Kim?

—Eso te lo dije yo a ti, querida.

—No la conozco de nada. Por favor, dígale que vuelva mañana. Vosotras dos... ya tenéis lo que queréis. Podéis iros.

—No seas desagradable, Jos. Celebremos que hayas entrado en razón.

—Tenemos que contarte de qué irán disfrazados Christopher y Darel.

—¡Como si los tres nos presentamos vestidos de becerros! Habéis conseguido vuestro propósito, ¿no? Así pues, a la calle.

Volvió a entrar el ama de llaves con cara de contrariedad y murmuró:

—La señorita insiste en verlo, milord. Dice que... Bueno, dice que es la... —carraspeó mirando a Kim y a Tat— la prometida de lord Salsbury.

La condesa abrió la boca y la volvió a cerrar sin decir una palabra. La baronesa se dejó caer en el sofá, tan muda como su cuñada, intercambiándose mensajes de incredulidad con los ojos.

—¡Vaya! —se echó a reír el juez—. Alguien ha conseguido que os quedéis calladas. Todo un acontecimiento. Sólo por eso merece ser recibida. ¿Seguro que la ha entendido usted bien, señora Wilson? Por lo que yo sé, James Gresham no está prometido.

—No lo está —confirmó Kim.

—Pero le vendría bien estarlo —añadió Tatiana.

—¿Qué le digo, milord?

—Hágala pasar. Y ruegue a lady Sterling que espere unos minutos más.

Tatiana se levantó como si hubiera encontrado un alfiler en el asiento.

—Yo no me lo pierdo.

—Ya somos dos.

Antes de que Joshua pudiera decir esta boca es mía, Kim cogió de la mano a su cuñada y ambas desaparecieron tras la puerta de un pequeño cuarto anexo.

Rowling se debatía entre mandarlas a paseo sin más o seguirles el juego. Pero no tuvo alternativa, porque debió prestar atención a la joven a quien su ama de llaves estaba haciendo pasar. Cogió la mano que ella le tendía, se inclinó galantemente y le pidió que tomara asiento.

Thara lo hizo en el borde de una butaca, sujetando su bolsito como si temiera perderlo.

Desoyendo la advertencia de Simonet, se había acicalado y había decidido presentarse allí. Cuando vio la dificultad que suponía ser recibida, se acordó del título de Salsbury y, sin pensarlo dos veces, se sacó de la manga un compromiso inexistente. Naturalmente, era una estupidez, porque ni siquiera conocía al barón. El juez muy bien podría echarla de allí a cajas destempladas, pero con el «no» ya contaba.

Sin embargo, una vez ante él, dudaba entre seguir con la farsa o confesarle su alocado atrevimiento y pedirle disculpas. Sir Joshua imponía: era alto, ancho de hombros, de cabello oscuro, semblante adusto y unos ojos verdes que parecían adentrarse en sus pensamientos. A pesar de todo, se dijo, estaba ante un caballero. Seguro que él comprendería sus tribulaciones.

—Lamento importunarlo, señor. Yo...

—Nada que tenga que ver con James Gresham me importuna, señorita Moon. Pero antes, dígame, ¿dónde se conocieron? No sabía que James se hubiera prometido.

A Thara se le atascaron las palabras. ¿Dónde había conocido a Salsbury? ¿Y ahora qué iba a decir? No sabía una palabra de su supuesto prometido, ni a qué acontecimientos acudía, ni sus relaciones o sus aficiones. Estaba metida en un buen lío.

—En Leeds —musitó, tragando saliva.

¿Por qué demonios se le había ocurrido decir ese lugar? ¿Y si el maldito Gresham nunca había estado allí?

—Ya entiendo. Así que no era sólo por los caballos.

—¿Cómo?

—Los caballos. Los negocios con el señor Tyne... Ya me parecía a mí que iba con demasiada frecuencia. No tiene importancia, olvídelo. Ya le pasaré factura a James por haberlo mantenido oculto hasta ahora. Disculpe mi falta de modales, señorita Moon, y acháquelo a la sorpresa. ¿Le apetece tomar un refrigerio?

—No, muchas gracias.

—Mi ama de llaves prepara unas pastas exquisitas.

—De veras, no. Me sería imposible comer nada. —Y no mentía.

—Dígame, pues, ¿en qué puedo servirla?

Thara contó hasta diez, volvió a inspirar hondo y, atreviéndose a mirarlo directamente a los ojos, dijo:

—¿Me permitiría trabajar en el caso de los asesinatos de las lágrimas negras?

4

EN su escondite, Kimberly y Tatiana intercambiaron una mirada de perplejidad. Que hubiera aparecido así, de repente, una supuesta prometida del menor de los Gresham resultaba intrigante; que la muchacha le pidiera a Rowling formar parte de su equipo de investigación, un despropósito.

—¿Perdón? —murmuró Joshua, visiblemente confuso.

«Al menos no me ha mandado a freír espárragos», pensó Thara en cuanto formuló su inverosímil petición. Ello le dio ánimo para continuar con su exposición, pues no tenía nada que perder.

—Mi padre me enseñó todo lo que sabía sobre el modo de seguir pistas y tengo el olfato de un sabueso.

«¡Menuda frase torpe!», se recriminó en silencio.

Esperó a que él dijese algo, lo que fuera, retorciendo inquieta la cadena de su bolsito, pero Rowling callaba, mirándola estupefacto.

«¡Qué hombre tan necio! ¿Es que no se da cuenta de que le estoy ofreciendo mi ayuda?»

—La felicito por ese don de su... olfato, señorita Moon —dijo por fin el juez.

—¿Eso quiere decir que me acepta?

Joshua se levantó y comenzó a pasear por el despacho. Menuda tarde. Primero se veía obligado a batallar con las Gresham y ahora tenía delante a una loca. ¿Se había extendido un virus por Londres que atacaba a las mentes femeninas y del que él no tenía noticia?

—Mire, señorita Moon...

—Es muy importante para mí.

—Comprenderá que no es habitual que...

—Si me da la oportunidad de demostrarle lo que valgo, no se arrepentirá. Y lord Sals... mi prometido —rectificó— le quedaría muy agradecido.

Rowling se paró ante ella, metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y movió la cabeza sin salir de su asombro.

—Dudo mucho que James esté de acuerdo con esta insensatez. Una joven como usted no puede verse involucrada en una investigación de asesinatos.

—Pues lo está —lo contradijo, irguiéndose ofendida.

¿Así que aquel sujeto pensaba como todos? ¿Era tan lerdo que no admitía que una mujer pudiese ser capaz de hacer un trabajo así?

—¿Lo han hablado? ¿James le ha dado permiso para venir a pedirme algo semejante?

—¡Por descontado que lo hemos hablado! De todos modos, señor, no necesito el permiso de ningún varón para tomar mis propias decisiones. Ya tendrá oportunidad de preguntarle a él mismo cuando regrese de Escocia.

—No he querido decir eso.

—Pues es lo que ha dicho, haya querido o no —se irritó Thara—. Claro y alto. Le recuerdo que no seguimos en la Edad Media y que una mujer puede muy bien ser independiente.

—Estoy de acuerdo, señorita.

—Por supuesto. Una postura muy moderna de palabra, pero que excluye a la mujer de un trabajo que, hasta ahora, era coto privado de los hombres.

—Está poniendo en mi boca frases que no he dicho, señorita Moon —se alteró él—. Entienda

que su petición es inusual. Simplemente, no acabo de entender qué la lleva a querer inmiscuirse en un

caso como éste.

—¡Yo no me inmiscuyo! Sólo quiero conocer en qué punto de la investigación está y colaborar en el esclarecimiento de esos crímenes.

—¿Por qué? Deme una razón de peso que avale su imprudente petición.

—Porque una buena amiga tiene un problema. Su hermano puede ser culpado de esas muertes y es inocente.

—Entonces hable con su amiga, que se tranquilice. No dejaré piedra por remover hasta encontrar al asesino, y si ese sujeto del que me habla es inocente como dice, nada debe temer. Mis colaboradores ya están trabajando.

—Sus colaboradores. Todos hombres, por supuesto.

—Por supuesto —se enojó Rowling, que no veía cómo librarse de ella—. ¿Algo que objetar?

—Sí —dijo deliberadamente desafiante, levantándose y caminando hacia la puerta, consciente de que allí ya no tenía nada que hacer—. Sus colaboradores serían incapaces de encontrar un elefante en este despacho. —Se volvió hacia él sujetando el picaporte—. Los hombres intimidan cuando hacen preguntas, no son sutiles. Espero que su engreimiento no le haga lamentar más adelante haber rechazado mi ayuda, porque dudo que con su rudeza consigan sacarles una palabra en claro a los posibles testigos. Buenas tardes.

Casi en el pasillo, alcanzó a oír la voz de una mujer que decía:

—Siento decirte que la señorita Moon tiene toda la razón, Joshua.

—Desde luego —apoyó otra—. Incluso al dar a entender que eres un macho arrogante.

Thara volvió la cabeza y vio a dos damas que, salidas de no sabía dónde, la miraban con ojos traviesos. Sir Rowling se masajeaba las sienes como si estuviera sufriendo una horrible jaqueca. —Pase y hablemos, querida —la invitó una morena de ojos color zafiro—. Si hemos sido capaces de conseguir que nuestro distinguido juez acuda a una fiesta de disfraces, no dude que podremos convencerlo para que se decida a aceptar su ofrecimiento.

Thara entró y cerró la puerta, pero no dio ni un paso, renuente a recibir un apoyo tan inesperado sin contraprestaciones.

«Mejor habría sido salir a escape de esta casa», se dijo cuando la otra mujer, de cabello más claro, se presentó:

—Somos tus futuras cuñadas. Las esposas de Chris y Darel, los hermanos

de tu prometido.

Dos días después, Thara seguía sin creerse lo que le estaba pasando. Tampoco sabía cómo considerar su actual situación: una suerte o una desgracia. Aunque era verdad que la condesa de Braystone y la baronesa de Winter habían supuesto una bendición a la hora de presionar para que el juez se aviniera al menos a pensar su propuesta. Por otra parte, la habían acogido como si realmente fuese la prometida de Salsbury y lo que aparentemente había terminado de convencerlas fue la súbita aparición de una tal lady Margaret Sterling.

La dama en cuestión, bastante irritada porque el juez la había hecho esperar más de la cuenta, estaba aguardando en el pasillo cuando ellas salían.

—Buenas tardes, lady Margaret.

—Condesa.

—Cada día que pasa está usted más espléndida, lady Margaret.

—Baronesa —reiteró el saludo la dama, con una sonrisa forzada.

—Permítanos presentarle a la prometida de nuestro cuñado James.

Los ojos ratoniles de la mujer recorrieron a Thara de la cabeza a los pies. Luego, con un rictus de desdén, repuso:

—Es un placer. Espero que lo pasara bien en Leeds.

Thara se quedó de una pieza y Kimberly achicó la mirada.

—¿Se conocían?

—Es un modo de decirlo. Los jóvenes no reparan en nada ni en nadie cuando... están entretenidos. —Carraspeó con delicadeza y sonrió sibilina—. Encantada de saludarlas a las tres. Sir Rowling, ¿podemos hablar ahora?

Aturdida por tan inesperado encuentro y avergonzada por el velado comentario, temiendo que aquella desagradable mujer pudiera haberla visto besándose con un extraño en la posada, Thara fue presa fácil de las Gresham. Apenas se enteró de qué le preguntaban durante el paseo que ellas decidieron que tenían que dar, después de indicarle al cochero que las siguiera de cerca.

Respondió con monosílabos, sin saber más tarde si sus afirmaciones o negaciones habían sido acertadas. Lo único que podía pensar era que la habían pillado en actitud indecorosa y que —eso sí la tranquilizaba— sir Joshua había prometido valorar la posibilidad de su ayuda.

5

JAMES aterrizó en el suelo, víctima de unos pequeños desalmados que cayeron sobre él aullando como demonios. Le costó un triunfo quitárselos de encima y dudaba que lo hubiese conseguido sin la colaboración de su ayuda de cámara. Para cuando pudieron amansar a las fieras, Aaron Goldman no lucía su mejor aspecto: con la ropa desaliñada, sudoroso y el cabello encrespado.

Gresham se sacudió la chaqueta y los pantalones y miró a los chiquillos torvamente. Ellos, por el contrario, lo contemplaban arrobados, como si fuera un héroe. Así era siempre y a James se le fue

el enfado tan sólo con ver sus caritas enrojecidas y sonrientes.

Cameron Brenton, el hijo de su amigo Adam, tristemente desaparecido, había sido el que comenzó la guerra, induciendo a los más pequeños, de dos y tres años, a secundarlo.

—¿Han despedido a vuestros tutores?

—¡Qué va! —Se echó a reír el pilluelo de Cameron—. Tienen la noche libre. Tía Kim dijo que al señor Goldman no le importaría que durmiésemos aquí.

—Tienes edad para cuidar de tus primos en lugar de enseñarles a pelear.

—*Deben* aprender a defenderse.

Evitando responder, James cogió a la pequeña Alexandra en brazos, la tiró al aire y la recogió, mientras ella reía y gritaba a un tiempo. Estaba enamorado de ella sin remedio, era un calco de su madre, Tatiana Elisabeta.

—Yo también quiero —pidió Ryan, el heredero de Christopher.

Depositó a la niña en el suelo y repitió la operación con el muchachito, que, contrariamente a Alexandra, no gritó. Si la hija de Darel y Tat le tenía sorbido el seso, Ryan era su niño mimado. Inteligente como pocos, había heredado el cabello oscuro de Chris y los ojos azules de Kimberly. Ambos chiquillos conseguían de él cuanto querían.

—Bueno, ya está bien de juegos. A cenar y luego a dormir. Y no quiero saltos en la cama, muchachos.

—Mientras jugaba con los jóvenes amos me he permitido prepararle el baño y el disfraz, milord —le informó su ayuda de cámara—. Ignoraba su repentino regreso, así que deberá conformarse con el que utilizó hace dos años en...

—Espera, espera, espera —lo interrumpió Gresham—. ¿Qué es eso de un disfraz?

—He supuesto que desearía acudir al baile de lady Wood, milord. Su prometida —torció el gesto— irá acompañada de sus cuñadas. No se preocupe por los niños, entre Balthasar, Casper y yo cuidaremos de ellos.

El cocinero se llevaba ya a los niños engatusándolos con un postre especial. Antes de desaparecer por la puerta que daba acceso a su reinado de fogones,

también él le echó una mirada admonitoria.

James se quedó mirando a Aaron con el cejo fruncido. ¿Había oído bien o se trataba de una broma? Su sirviente tenía un extraño sentido del humor al que no acababa de acostumbrarse. A Aaron, Balthasar Power —que trabajaba de cochero— y Casper Bellamy —que lo deleitaba con exquisitos platos— los había heredado junto con un título y una propiedad que no esperaba en Haslemere a la muerte de un lejano pariente: Richard Devon.

Éste, que era primo segundo de su madre, había muerto sin descendencia, dejándolo a él como heredero universal. Los criados conformaban un trío curioso, acostumbrados como estaban a la vida disoluta de su anterior señor. No había tenido la opción de deshacerse de ellos, porque formaban parte de sus obligaciones como nuevo barón de Salsbury: o se quedaba todo el lote, o el título y la finca Galahad, donde Devon criaba ovejas, volverían a la Corona.

En el fondo, muy en el fondo, la manera de ser de sus sirvientes lo divertía, pero a veces, como era el caso, sus comentarios lo desconcertaban.

—¿Has dicho *prometida*, Aaron?

El criado avinagró su expresión.

—Eso es, milord. Al menos podría habernos puesto en antecedentes. Si he de serle sincero, y hablo también en nombre de mis compañeros, no imaginábamos que continuar a su servicio supondría, a la vez, servir a una mujer.

—Debería haberos puesto sobre aviso, sí —asintió—. Siempre que sepa de qué demonios estás hablando. ¡Yo no tengo prometida, hombre de Dios!

—No es lo que nosotros tenemos entendido, milord. El cochero de lady Sterling le ha dado la noticia a Balthasar esta misma mañana.

—Lady Sterling es la mayor cotilla de todo Londres. ¿De dónde se ha sacado esa mujer semejante patraña?

—Se la presentaron sus cuñadas en casa de sir Joshua, milord. —Gresham fue a decir algo, pero él continuó—: Y, según parece, la dama la había visto ya en Leeds.

—¿Mis cuñadas Kimberly y Tatiana?

—Las mismas, milord.

—¡Por Cristo!

La mención de Leeds hizo que a la cabeza de James regresara como un mazazo la imagen de la muchacha a la que se había atrevido a besar una noche en la posada. A la mañana siguiente, cuando bajó al salón, no la vio por ninguna parte y pensó, con lógica, que había sido fruto de su imaginación y del condenado alcohol. Un simple espejismo... aunque recordaba vívidamente el sabor de su boca, su cabello recogido en la nuca y, sobre todo, el singular lunar que tenía junto al labio inferior.

La olvidó de inmediato para centrarse en lo que le acababa de decir Aaron: que una joven había osado presentarse en Londres como su prometida. ¡Así, sin más!

Ahora bien, ¿qué tenían que ver sus queridas cuñadas con aquella farsante?

¿Se trataba de una de sus múltiples maquinaciones para verlo casado? Las adoraba, pero eran como un dolor de tripas cuando confabulaban para buscarle esposa. ¡A su lado, las madres que acudían con sus polluelas a las fiestas de sociedad buscándoles marido no tenían nada que hacer!

—¿Has dicho que me has preparado un disfraz?

—Eso es, milord.

—¿El que llevé al baile que dieron Tatiana y Darel?

—Exactamente.

—Y no había otro, claro.

—Recuerde, milord, que tuvimos que deshacernos del de senador romano, y tampoco regresó en buenas condiciones con el de Hernán Cortés.

—¡Pues no tengo intención de ir a ninguna fiesta vestido de hombre de las cavernas, Aaron! — explotó, recordando la acalorada discusión con Kim, cuando ella se empecinó en que se pusiera ese disfraz.

De poco había servido oponerse: al final lo vistieron de troglodita y hubo de soportar durante toda la noche la rechifla de sus dos hermanos, con los que acabó peleándose—. Sácame un esmoquin mientras me baño —ordenó, subiendo ya la escalera.

—Si milord me lo permite... No sería correcto que se presentase a la fiesta sin ir disfrazado.

—¡¿Y desde cuándo te preocupas tú por lo que es correcto?!

Una hora más tarde, Balthasar Power chasqueaba el latiguillo, poniendo el carruaje en marcha con un James Gresham totalmente iracundo en su interior... disfrazado de cavernario, con garrote incluido. A punto estuvo de no ponerse el aparatoso antifaz que le cubría el rostro: todos iban a reconocerlo con esa facha.

Desistió de enzarzarse en una discusión sin fin con Aaron, terco como una mula irlandesa. Pero más de uno, aquella noche, iba a pagar su mal talante: Kimberly y Tatiana las primeras, por urdir junto a aquella desconocida un plan que él pensaba desbaratar; Christopher y Darel, por ser incapaces de controlar a ese par de fascinantes pécoras; y, por último, aquella mujer que se había atrevido a tomar su nombre y su título para llevar a cabo una estafa. Porque no podía tratarse más que de eso: una estafa.

¡Qué poco se imaginaban todos ellos que la repentina enfermedad de su socio, Jersey, lo había obligado a volver a Londres antes de tiempo!

6

POR si fuera poco suplicio acudir a casa de lady Wood ataviado de tal guisa y decidido a enfrentarse a sus hermanos y cuñadas, lo que se encontró en cuanto pisó el salón hizo que se le cayera el alma a los pies: charlando animadamente con la anfitriona había tres damas que, en deferencia a su avanzada edad, no llevaban disfraz, aunque sí se cubrían el rostro con antifaces adornados con plumas negras.

¡Las que faltaban! Su abuela, lady Agatha, condesa viuda de Braystone; su tía abuela, lady Eleanor, vizcondesa viuda de Wells y, para rematarlo, la tía de Kimberly, lady Alice Brenton.

Le faltó poco para dar media vuelta y salir de allí a escape. No tuvo oportunidad: una fuerte palmada en la espalda lo empujó hacia adelante.

—¡Salsbury! —James se volvió y sonrió a lord Swan, disfrazado de teniente de navío, como si le estuviesen clavando alfileres en sus partes más íntimas.

Era imposible no reconocerlo con aquel cabello rojo zanahoria y su voluminoso vientre. Como imposible era que Swan no lo reconociese a él, después de lo que dio que hablar tiempo atrás su puñetero disfraz.

—Milord.

—¡Enhorabuena! —le dijo el hombre, volviendo a palmearlo con ganas, hasta el punto de hacerlo trastabillar—. Nunca pensé que vería este día, Salsbury. Nunca lo pensé, lo juro. Que haya sentado por fin la cabeza y decidido comprometerse cambia mucho las cosas, así que pásese un día por Trenton Manor y hablaremos de los sementales que lleva un tiempo queriendo adquirir.

«Swan está dispuesto a venderme alguno de sus hermosos caballos», se asombró James, mientras el hombre se alejaba, mezclándose con los otros invitados. Hacía más de dos años que iba tras ellos y sólo le había faltado suplicar al viejo zorro de rodillas. No se lo podía creer.

A esa primera sorpresa, vino a sumarse una segunda que lo dejó boquiabierto: lady Aileen Fergusson. La dama le sonrió, echando una ojeada a su absurda vestimenta y suspirando acto seguido. —Esa muchacha no sabe lo que se lleva. Está arrebatador incluso con esas pieles de salvaje prehistórico, lord Salsbury.

—Gracias, milady —acertó a decir.

—Su hermano, el barón de Winter, me insiste mucho para que invierta en la Gresport Company, en ese nuevo navío... no sé cómo lo llama. Hasta ahora me he resistido, ya lo sabe, porque detesto que juegue con mi dinero una empresa de la que forma parte un calavera como usted. Pero después de conocer la sorprendente noticia, he cambiado de opinión. Dígale al barón que a mi regreso de Bath hablaremos del asunto detenidamente. —Le posó una mano en el pecho y se humedeció los labios—. Está impresionante, de veras.

—Usted sí que quita el aliento, milady —musitó—. La auténtica Cleopatra palidecería de envidia si estuviese aquí.

—Adulador —dijo la dama y le hizo una caída de ojos antes de dejarlo.

Gresham agarró al vuelo una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasó a su lado, se la bebió de un trago y se hizo con otra. ¿Qué estaba pasando? ¿De ser un libertino censurado se había convertido súbitamente en un paladín? Lady Fergusson ni siquiera lo invitaba a sus fiestas y ahora hasta le hacía ojitos. ¿Y todo por el simple hecho de saberlo comprometido?

Se le pasó por la cabeza que tal vez, sólo tal vez, seguir con el juego de una presunta futura esposa podía reportarle buenos negocios. Nunca estaba de más engrosar un poco el patrimonio familiar. Tenía que encontrar a la embaucadora, hablar con ella, ver qué tramaba y, en el mejor de los casos, proponerle un trato. Pero eso sería después. En esos momentos, su objetivo inmediato eran sus abuelas y lady Alice, que venían hacia él y a las que esperó estoico forzando una sonrisa de compromiso.

—Lady Alice. Abuelas. Sin duda alguna las tres mujeres más hermosas del baile.

—Tú y yo hablaremos mañana —fue el áspero saludo de lady Agatha, mientras le daba en el pecho con su abanico—. Te quiero ver en casa de Christopher antes del mediodía, jovencito. La noticia de tu compromiso nos ha puesto en el punto de mira de todo el mundo y ni siquiera sabíamos qué contestar.

—¡Qué vergüenza! —apuntilló lady Eleanor con su expresión preferida—. ¡Qué vergüenza,

James!

Se marcharon ofendidas, sin darle ocasión de explicarse. ¡Maldita fuera! La cosa se estaba complicando demasiado. Tenía que encontrar a su «prometida» y aclararlo todo antes de que lo volvieran loco entre unos y otros.

En el otro extremo del salón, Thara trataba de aquietar su estado de ánimo, exaltado y confuso, sin apenas escuchar la cháchara de las dos mujeres que la habían abordado. No tenía ni idea de quiénes eran, pero ambas se habían lanzado a darle mil y un consejos acerca del matrimonio. Por suerte, sir Joshua Rowling había acudido en su ayuda e intervenía en la conversación salvándola, en esas pausas, de dar una respuesta equivocada o absurda. Los nervios no la dejaban respirar y empezaba a sentirse como Ana Bolena, el personaje del que iba disfrazada: a punto de ser decapitada.

¿Por qué loca pretensión se había metido en ese lío? La culpa era suya y sólo suya por... No.

No, no, nada de eso. La culpa era de las esposas de los Gresham, cuyo discurso tras apoyarla en casa de sir Rowling, donde le parecieron dos ángeles custodios, cambió sustancialmente nada más salir a la calle.

Después del paseo al que la arrastraron, asaeteándola con incisivas preguntas y aparentando afabilidad, la hicieron entrar en un local, solicitaron un reservado, pidieron té con pastas y cerraron la puerta.

La baronesa de Winter tomó asiento frente a ella, mientras la condesa se apoyaba en la pared, con los brazos cruzados.

—Joshua puede haberse tragado la patraña que le has contado sobre tu compromiso con nuestro cuñado, el problema de tu consternada amiga y su pobre hermano —le dijo clavando sus dorados ojos en ella—. Y no deja de resultar curioso que una murmuradora como lady Sterling te haya visto en Leeds. Pero nosotras somos harina de otro costal, señorita Moon. Por lo tanto... cuéntanos una historia un poco más verosímil.

—Les aseguro que...

—Conocemos a James. Puede que, como tantas otras, hayas caído víctima de su innegable encanto varonil, pero de ahí a que seas su prometida, va un abismo. Así que tú dirás...

Lo único que pudo hacer Thara, roja de vergüenza y evitando sus miradas, fue contarles toda la verdad. Les habló de los asesinatos —de los que ya tenían noticia, como todo Londres—, de las sospechas que pesaban sobre Eugene, de su hermana pequeña, cuyo nombre tenía que mantener limpio, y hasta de su padre.

—Me pareció que la mejor manera de ayudar a mi hermano era formar parte del equipo de investigación de sir Joshua Rowling, miladies —terminó.

—¡Qué locura! —exclamó Kim, que durante su discurso había tomado asiento—. ¿Qué sabes tú de pesquisas?

—Algo. Bastante. Desde que murió mi padre, he dedicado todos mis esfuerzos a seguir sus pasos. Me gusta ese trabajo y es un modo de ganar el sustento para mi familia, ya que apenas nos dejó dinero. Y no creo hacerlo mal, todo lo contrario. Hasta he conseguido resolver algunos casos. —¿Por ejemplo?

—Bueno... Encontré al perro del señor Wester. Y las joyas de la señora Pinkleton, que todos pensaban que habían sido robadas.

—Un perro —repitió la baronesa, aguantándose la risa.

—Y unas joyas —apuntilló Thara, notando que se le formaban ronchones en la cara por el bochorno.

—¿Realmente te apellidas Moon?

—No, milady. Moon es el apodo que me puso mi padre. Mi apellido es Bannion.

—Sea uno u otro, una señorita no puede ganarse la vida trabajando como detective —zanjó su interlocutora—. Hay otros métodos. Yo diría que eres una muchacha con formación. No sé... Tal vez a través de la educación, empleándote como institutriz.

—¡Ya salió tu vena real, Tatiana! —se echó a reír Kimberly—. Tú y tu manía de que una dama debe ser siempre una dama.

—Y así debe ser.

—¡Oh, vamos! ¿Me comporté yo como una relamida mujercita cuando seguí las pistas de la desaparición de mi hermano? ¿Lo hice cuando me enfrenté a Chris?

—Tú eres americana, y ya sabemos cómo son las americanas, querida cuñada —la pinchó Tat.

—En cuanto a ti —continuó la condesa como si no la hubiese oído—, tampoco es que puedas dártelas de estirada. Pero ¡si hasta atracaste a Darel!

La baronesa esbozó una sonrisa y asintió.

—Deberías haber visto su cara cuando lo hice.

—No lo vi, pero hube de soportar su orgullo herido cuando llegó a Braystone Castle.

Como si eso las hubiese llevado a tocar una tecla de humor compartido, ambas estallaron en carcajadas. Thara no sabía qué decir, completamente anonadada, testigo de un comportamiento que distaba mucho del que ella hubiera esperado de la aristocracia. Aquellas mujeres parecían cercanas, aunque no las tenía todas consigo.

—Bien —suspiró Tat—. Lo que quieres decir es que ella no es tan distinta a nosotras.

—Lo que quiero decir es que me entusiasma la idea de tener un sabueso en la familia.

—¡Oh, oh!

Poco pudo objetar Thara a lo que se planteó después: guardarían su secreto, ayudarían en lo que pudiesen y harían todo lo posible para que Rowling la pusiese al corriente de la investigación durante el baile de disfraces.

—¡Por descontado que debes acudir, Thara! —exclamó la condesa de Braystone ante su negativa—. Esa cotilla de Margaret hará correr la voz de tu compromiso antes de finalizar el día. ¿En qué lugar quedaríamos nosotras si no te conseguimos una invitación para el acontecimiento?

—Pero...

—Déjalo todo en nuestras manos, querida. ¿Tienes algo que ponerte para el baile? —Ella negó con la cabeza—. No importa, yo te prestaré algo.

—Pero es que... su cuñado...

—James estará seduciendo a alguna muchacha escocesa y tardará en regresar a Londres. No te preocupes por nada, todo saldrá bien.

—¿Qué dirá cuando vuelva y sepa que... que...? ¿Qué será de mí entonces?

—Eso lo arreglaremos cuando llegue el momento. Ahora lo importante es que nos pongamos manos a la obra. Nosotras te ayudaremos en lo que podamos, un poco de entretenimiento no nos vendrá mal.

—Temo que ya han hecho más que suficiente, milady. Se lo agradezco, pero no deberíamos continuar.

—¿Temes? —preguntó Tat enarcando las cejas—. ¿Cómo hemos de tomarnos eso?

Thara se había ido relajando y, a la vista de la increíble disposición de sus benefactoras, esbozó una franca sonrisa.

—Tómenlo como que les agradezco infinitamente su ayuda, baronesa. Infinitamente. Pero creo que seguir es una locura.

—Es posible aunque, con seguridad, muy entretenida.

Y ahora, allí estaba: ataviada como la más fatal de las esposas de Enrique VIII, mezclándose con la flor y nata de Londres y esperando con impaciencia el momento en que pudiese hablar a solas con sir Joshua Rowling.

En resumen: muerta de miedo.

7

A JAMES no le costó localizar a sus queridas cuñadas entre las Josefinas, Cleopatras, hadas y pastorcillas. Kimberly lucía un sencillo atuendo de bruja, negro desde los zapatos hasta el gorro y Tatiana jugaba con el rabo del suyo, de diablesa, completamente rojo. «Sin duda han elegido disfraces muy adecuados a su personalidad maquinadora», pensó, cruzando el salón para ir con ellas. Pero una vez más truncaron su propósito: esta vez Christopher, engalanado como centurión romano, y Darel, vestido de corsario.

—¿Qué demonios haces aquí, James? Te creíamos ya en Escocia —preguntó su hermano mayor. —Los planes no han salido como estaba previsto —repuso él, estirando el cuello para no perder de vista a sus cuñadas, que se alejaban hacia un salón lateral.

—Pues ya que has venido, podrías haber elegido otro disfraz —comentó Darel con gesto huraño—. ¿No recuerdas la que se montó en...?

—¡Lo recuerdo! Pero no he tenido tiempo ni alternativa, Aaron ha insistido hasta desesperarme en que no podía aparecer por aquí sin disfraz. Así que ahórrate tus críticas, hermano.

—Goldman se toma demasiadas libertades.

—Tantas como el descarado de Cornelio, tu criado. Me ha encantado veros, muchachos, pero he de hablar con vuestras respectivas esposas.

—¿Por lo de Thara?

—¿Por lo de tu prometida? Las abuelas están que trinan.

—Así que esa «señorita» se llama Thara...

—¿Cómo que...? —Darel enarcó sus oscuras cejas—. ¿Quieres decir que no sabes el nombre de tu...?

—Exactamente.

—¡Ésta sí que es buena! —rió Chris entre dientes, dándole un amistoso puñetazo a Darel en el hombro—. ¿No te lo dije? Todo lo que contaron esas dos me sonó a engañifa, y no me creí una palabra pronunciada por la lengua bífida de lady Sterling. James no nos ocultaría algo así.

—No te confundas. Vosotros hubierais sido los últimos en enteraros.

—¡Cría cuervos...!

—No estarás pensando en montar un escándalo, ¿verdad? —preguntó el conde de Braystone—. Kim y Tat no te lo perdonarían. Y ya no digo nada de las abuelas.

—Dudo que vuestras esposas vayan a poder hacer mucho después de que les retuerza el

pescuezo. Si esto es una de sus muchas argucias para casarme, me las van a pagar. Luego os veo —se despidió, haciéndolos a un lado. Pero no había dado dos pasos cuando se volvió—. Por cierto,

Chris, si te es posible, me gustaría que me acompañaras a Trenton Manor

uno de estos días para darme tu opinión sobre algunos sementales.

—¿El viejo buitre de Swan ha decidido venderte caballos?

—Y tú, Darel —le dijo al otro, sin contestar a la pregunta de su hermano mayor—, tienes que hablar con lady Fergusson a su regreso de Bath: está dispuesta a invertir en el nuevo navío.

—¿Y eso? Hasta ahora se ha resistido porque...

—Al parecer, me he convertido en un dechado de virtudes de la noche a la mañana. Ventajas de que todos piensen que estoy a un paso del altar.

—Algo que estás retrasando demasiado, ¿no te parece?

—Deberías sentar la cabeza, en efecto.

—Desde que consiguieron poneros un anillo en el dedo, os habéis convertido en un par de gazmoños, muchachos.

Y se marchó dejándolos así, con la palabra en la boca e intercambiando miradas cómplices.

—¿Crees que nuestras esposas han montado este tinglado para casarlo? —preguntó Chris.

—No pondría yo la mano en el fuego —contestó su hermano.

En esa ocasión no hubo nadie que se interpusiera en el camino de James. Fue él mismo quien, al ver a Joshua en el salón, se desvío para saludarlo. Ya tendría tiempo de estrangular a sus cuñadas más tarde.

—¡Gresham! —El juez le tendió la mano para estrechársela—. Creía que no ibas a volver hasta dentro de un tiempo. ¿Algún percance te ha hecho cambiar de planes?

—Jersey se puso enfermo. Señoras —añadió, saludando a las tres mujeres que acompañaban a su amigo, sin fijarse en ninguna de ellas en particular.

—Felicidades, lord Salsbury —dijo una de las damas, mirándolo de arriba abajo—. Tiene una prometida encantadora.

—Gracias, milady.

—¿Hasta cuándo pensaba mantenerla en el anonimato? —lo regañó la otra.

A Thara la recorrió un estremecimiento de alarma y tuvo que hacer un esfuerzo para no dar media vuelta y escapar.

¡¡Salsbury!! ¿Qué hacía él allí? ¡Condenado fuese! Se suponía que debía estar a kilómetros de distancia y, sin embargo, aparecía como por ensalmo justo cuando Rowling iba a dedicarle unos minutos en los que, presumiblemente, le hablaría de su colaboración en las pesquisas.

—Querida —le dijo lady Collins, tocándola en el brazo—, ¿no va a saludar a su prometido?

James se irguió como si acabaran de propinarle un derechazo. Sus ojos oscuros tenían una expresión muy poco amigable al clavarse en la muchacha. Llevaba el rostro oculto tras un antifaz verde esmeralda con pedrería, un color de cabello precioso bajo la delicada toca y una figura espléndida.

«Al menos no me han endilgado un adefesio», pensó, quitándose la máscara.

Thara estuvo a punto de desmayarse cuando lo vio y buscó el apoyo del

brazo de Rowling, un tanto extrañado de ese recibimiento.

—M... M... Milord... —La voz le salió muy parecida a un graznido—. No lo... No lo... esperaba.

—Seguro que no —gruñó James, quitándole también a ella el antifaz.

Entonces le tocó a él quedarse de una pieza. Porque la muchacha que tenía delante era, ni más ni menos, el espejismo cuyo recuerdo lo había desvelado noches enteras. Sus ojos, del mismo tono que su cabello pero con irisaciones verdosas, lo miraban azorados. Tenía las mejillas tan pálidas que parecían de alabastro y se mordía el labio inferior. ¡Ese labio con un diminuto lunar que pedía a gritos que lo besaran!

James no había olvidado el único beso que se dieron y que ahora, irremediablemente, ansiaba

repetir. Quiso hablar, pero las palabras se negaron a salir de su boca. Sin embargo, fue muy consciente de la incómoda situación: Joshua y las dos damas no les quitaban ojo, de modo que actuó dejándose llevar por un impulso: puso una mano en la cintura de la joven y la acercó a él con actitud posesiva.

Poco le hubiese importado montar un escándalo besándola allí mismo de nuevo, pero ni siquiera él se atrevería a tanto en medio de un acontecimiento social. Disculpándose ante Joshua y las dos mujeres, obligó a la muchacha a seguirlo fuera del salón.

Rowling carraspeó, sonrió y volvió a carraspear sin saber muy bien dónde poner las manos, que acabó por meter en las amplias mangas de su disfraz de fraile. Era curioso que él, que siempre solía encontrar el modo de salir de situaciones embarazosas con soltura, no supiera cómo excusar el comportamiento de su amigo. Pero se dice que cuando Dios cierra una puerta, abre una ventana. Y esa ventana fue la voz soñadora de lady Collins, que, tras un largo suspiro, dijo:

—¡Ah, la sangre joven! Se ve que están muy enamorados.

—Mucho —coincidió la otra dama.

8

THARA estuvo a punto de tropezar con sus propios pies cuando lord Salsbury prácticamente la empujó hacia el interior de la biblioteca, cerrando la puerta corredera a sus espaldas y fijándola con el pasador. Se rehízo antes de volverse y se quedó mirándolo con atención. A pesar de la incómoda situación, no pudo evitar que a sus labios aflorara una sonrisa divertida ante la indumentaria de Gresham: vestido con pieles y con un garrote en la mano. Pero se aclaró la garganta e irguió la espalda, consiguiendo ponerse seria.

—Creo que usted y yo, «señorita», tenemos algunas cosas que aclarar —dijo él, avanzando hacia ella.

Thara buscó la protección del sofá, interponiéndolo entre ambos, porque la expresión del barón no invitaba precisamente al diálogo. No lo creía capaz de montar un altercado en plena fiesta, pero, por si acaso, guardó las distancias. Se encontraba en un aprieto.

Lo que menos la preocupaba era que la echaran de aquella mansión, lo que lamentaba de veras era la inoportuna aparición de Salsbury, que no era otro que el hombre que la besó en Leeds, y que ahora podría dar al traste con sus esperanzas.

—Siento todo el embrollo, milord —se disculpó contrita, intentando con ello que se calmara—.

En ningún caso me proponía mezclarlo en este asunto, de veras, sólo trataba de llegar hasta sir Joshua...

—¿Sir Joshua? ¿Qué es tan importante como para hayas usado mi nombre y te hayas presentado como mi prometida? ¿Quién demonios eres y qué tramas?

—Intento ayudar a mi hermano, que está en graves dificultades. Utilicé su nombre por... ¡Espere!

—pidió, viéndolo rodear el sofá—. Al menos déjeme que le explique. Me lo debe.

—¿Te lo debo? —se pasmó James—. ¿Que yo te lo debo?

—Usted me besó en la posada. Y ahora mismo se ha tomado la libertad de mostrarse posesivo en público.

—¿Y qué?

—Que un caballero no debe extralimitarse nunca con una dama, milord, mucho menos dejarla en evidencia, por más que se suponga que es su prometida. Un hombre que se precie —hablaba a trompicones, nerviosa, sin pensar lo que estaba diciendo— debe mostrarse afable, con modales, con la frivolidad justa...

—¿Ahora toca una lección de moralidad? ¿De ti, que no eres más que una fullera que a saber lo que persigues con esta farsa? ¡Esto es el colmo!

—No pretendo dar clases de nada —se atragantó ella—. Tampoco quiero una disculpa, tan sólo...

—Por supuesto que no pienso disculparme —la interrumpió él.

—Por favor —gimió Thara, retorciéndose las manos en actitud suplicante —. Por favor, escúcheme.

Gresham podía ser autoritario, pero si algo tenía de bueno era que reconocía fácilmente cuándo se había sobrepasado. Admitió en su fuero interno que su comportamiento en la posada había dejado mucho que desear, como también su salida del salón hacía unos momentos, porque ahora, sin lugar a dudas, debían de estar ya en boca de todos.

Y no era él quien tenía algo que perder siendo objeto de las habladurías. ¿Por qué entonces no se había controlado? Él solito había contribuido a alimentar el engaño. Suspiró, se masajeó la nuca, se quitó la condenada capa de piel que lo estaba asfixiando y tomó asiento. Sin calibrar lo grotesco que resultaba, cruzó el garrote sobre sus largas piernas.

—Tienes un minuto.

Thara respiró, algo más sosegada, lo que no evitó que lanzara una furtiva y admirativa mirada al físico del hombre que tenía delante: las pieles le dejaban un hombro y las rodillas al descubierto e iba calzado con unas burdas botas de gamuza. Disfrazado o no de hombre de las cavernas, las proporciones de su cuerpo eran magníficas.

—Me llamo Thara Bannion, lord Salsbury. Mi hermano...

—Toma asiento.

—Mi hermano... —Hizo lo que le pedía, colocándose tan lejos de él como le fue posible.

Luego, nerviosa, continuó—: Mi hermano se encuentra en un grave apuro. Supongo que está usted al tanto de los crímenes que se han cometido en Londres en las últimas semanas. Pues bien, pesa sobre él la sospecha de que es el asesino y una posible acusación. Y yo necesito colaborar con el juez Rowling para demostrar su inocencia.

—¿Crímenes? ¿Colaborar? —James abrió los ojos desmesuradamente—. ¡Muchacha, a ti te falta la mitad del cerebro! Como argucia no está mal, lo admito. Mis cuñadas se superan día a día inventando triquiñuelas para obligarme a que entre en el club de los casados. Pero esto es demasiado rebuscado incluso para ellas.

—La condesa y la baronesa solamente me han ayudado con el juez.

—Claro. A hacerte pasar por lo que no eres, poniéndome a mí en un brete. Dejémonos de pamplinas. Realmente, ¿qué es lo que buscas? ¿Dinero? Si es así, di una cantidad. Digamos que será el pago por mi osadía.

—Puede guardarse su dinero, milord —repuso desdeñosa—. No estoy vendiendo mi integridad.

Lo único que quiero es encontrar al asesino y eliminar las sospechas que recaen sobre mi hermano.

Sir Joshua ha aceptado pensar si me admite como ayudante en la investigación.

—¡Otro descerebrado! —Se levantó y ella se pegó al respaldo de su asiento

—. ¿Es que todos han perdido el juicio? Es la historia más absurda que he oído nunca.

—Le juro que no miento. Me dijeron que sería imposible que el juez me recibiera, pero así y todo yo fui a verlo a su casa. Cuando supe que no me quería atender, sabiendo que, teóricamente, usted estaba fuera de Londres... Bueno, fue un acto reflejo: me presenté como su prometida —explicó Thara precipitadamente—. Lo lamenté al instante, de verdad. Estaba a punto de confesárselo todo al juez, pero entonces apareció esa mujer, lady Sterling, complicándolo todo.

—Seguro que lo hizo. ¡Condenada chismosa!

—Posiblemente lo vio besarme en la hospedería. Si usted no se hubiera comportado como un...

—echó un vistazo a su indumentaria— cavernícola en Leeds, habría podido salir sola del apuro sin mezclarme en su vida. Por desgracia, no tuve oportunidad de hacerlo y sus cuñadas acabaron de montar el enredo.

—Eso no hace falta que me lo jures, conozco bien a esas dos.

—Lo lamento muchísimo —repitió ella, acalorada y sumamente arrepentida.

James volvió a tomar asiento, dejando el garrote a un lado y pensando. Aquella velada, ese supuesto compromiso acababa de reportarle dos noticias estupendas. Por otra parte, la chica era una belleza que muy bien podría acabar en su cama y a él le encantaba la idea de implicarse en una aventura.

Hacía tiempo que su vida era un aburrimiento y echaba de menos alguna colaboración ocasional con Joshua. Había leído algo sobre los crímenes que intrigaban sobremanera a la sociedad londinense porque, además de encerrar un misterio, se sumaba que se le estaban ocultando datos a la prensa. Le vendría bien un poco de acción, así que se le antojaba interesante lo que se le ofrecía: una posible conquista y la resolución de un enigma. Eso sí, debía obtener una recompensa adecuada.

—¿Qué sabes de esas muertes?

—Apenas nada. — Thara frunció el cejo. Estaba lejos de adivinar lo que Gresham pensaba, pero estaba deseosa de que creyera su historia. Era una baza que jugar—. Poco más de lo que han publicado los diarios: que las dos chicas aparecieron desnudas y maquilladas.

—Lo he leído. Me refería a si sabías algo más concreto. Si decido seguirte el juego, permitiendo que todos piensen que estamos comprometidos, no admitiré que me ocultes nada.

Ella reprimió un grito de alegría y, sin pensar que estaba poniendo en juego su buen nombre al estar a solas con un hombre en la biblioteca, tomó asiento más cerca de él. En un instante, la entrometida temerosa desapareció para dar paso a la devota aficionada a desvelar intrigas. Se inclinó un poco hacia adelante y le dijo:

—Mi hermano conocía a esas muchachas, pues frecuentaban las mismas veladas en la parroquia y, antes de presentarme en casa de sir Joshua, me

informé un poco sobre sus familias. Adriana Worthington, la muchacha que encontraron en la sacristía de St. Mary Woolnoth, vivía con su tutor y tío, Ronald Worthington, desde la muerte de su padre. El sujeto no goza de muy buena fama entre sus vecinos. Tampoco su hijo Andrew, del que dicen que es un timorato. Admito que de la esposa de Ronald no he averiguado gran cosa, salvo que se trata de una persona hosca, que apenas trata con nadie. La madre de Adriana está recluida en el manicomio de Bedlam desde hace tiempo y, desde entonces, su cuñado maneja el dinero. Es una vía que me proponía seguir.

Satisfecha, vio cómo en los ojos de Gresham crecía el interés.

—¿Cómo diantre te has enterado de todo eso?

—Mi padre trabajó durante décadas para los Bow Street Runners, milord. Me enseñó cuanto sabía y ahora me gano la vida como investigadora.

—¡No me digas! —exclamó él, echándose a reír.

—En cuanto al segundo asesinato —continuó Thara, haciendo caso omiso de sus risas—, el de Noelia Kendrick, la joven a la que encontraron en la cripta, tampoco formaba parte de una familia modelo. Su padre, Joss Kendrick, tiene fama de buena persona, pero no así su actual esposa. Kendrick se volvió a casar hace unos cinco años con Adelaida, de soltera West, con quien ha tenido un hijo que se ha convertido en único heredero. Como ve, aquí se huele a otro posible sospechoso. James disimuló su admiración. Aquella chica podía ser una redomada embustera, pero no le cupo duda de que era bastante sagaz.

—Veo que has hecho los deberes —musitó—, pero es posible que todo lo que me cuentas ya lo sepa Rowling.

—Es posible, sí.

—¿Qué hay de la similitud entre los asesinatos? El modus operandi es el mismo y se rumorea que pueda tratarse de un asesino múltiple.

—Ahí quería llegar yo, milord. Puede que sí, que nos enfrentemos a un demente que encuentra placer cometiendo esos crímenes. Pero también es factible que haya cometido el segundo con el único propósito de encubrir el primero. O viceversa. Tal vez el asesino de esas jóvenes sólo intente confundir a la Justicia.

—¿Qué te da pie a pensar una cosa así? —preguntó James, absorto por completo en la atmósfera detectivesca que alimentaba el entusiasmo de la muchacha.

—Es una posibilidad, aunque es verdad que ambas chicas tienen puntos en común.

—Por el modo en que fueron encontradas: desnudas y maquilladas. ¿Es eso?

—Exactamente. Sin contar con que las dos eran jóvenes, rubias y bonitas. Ésa es la causa por la que han encomendado las pesquisas al juez Rowling, porque él investigó un caso similar hace algún tiempo.

—En efecto, así es.

—Podemos, pues, estar ante un asesino en serie o ante un tipo sibilino que,

para ocultar un crimen, vuelve a matar de modo parecido. Pero para averiguarlo se deben seguir todas las pistas y tiene que ser desde dentro. No podré hacerlo si el juez Rowling me deja a un lado.

—Reconozco que me gusta tu planteamiento, pero sir Joshua ya cuenta con hombres avezados y capaces.

—Siempre vienen bien dos ojos más, sobre todo si saben dónde mirar.

—Interesante.

—¿Me ayudará? —preguntó ella esperanzada, poniéndole una mano en el brazo y retirándola de inmediato al contacto con su piel, tras sentir un placentero escalofrío.

—Hablaré con Joshua, es lo único que te concedo. Pero tendrás que pagar algo a cambio. —

James clavó sus ojos oscuros en el lunar que tenía junto al labio, sonriendo como un demonio.

—¿Pagar, milord? —preguntó Thara, echándose hacia atrás, presintiendo que no iba a gustarle demasiado el trueque.

—Si consigo convencer a mi amigo, repetiremos el beso de la posada.

—¡Es usted un insolente! —se sobresaltó ella, levantándose.

—Lo tomas o lo dejas.

Thara lo pensó. Imaginar que podía besarlo de nuevo le puso la piel de gallina; recordaba demasiado vividamente el beso anterior, pero ¿qué otra salida le quedaba? Un beso era un precio barato si aquel desvergonzado conseguía que el juez la admitiese en el caso. Aun sintiéndose alterada por la perspectiva, inspiró hondo y asintió. En definitiva, se dijo, lo haría por su hermano.

—Un beso.

—Y si te ayudo en las pesquisas, otro más cada vez que sea yo quien te conduzca a una pista.

—¡No necesito su colaboración!

—Vas a necesitarla si quieres continuar con este asunto, «mi encantadora prometida» . O somos socios, o se lo cuento todo a Rowling y sales de esta casa a empellones. No te preocupes por mí —la cortó, antes de que ella pudiera decir nada—, si rompemos nuestro compromiso esta noche, mi reputación apenas se verá dañada. Muy al contrario, las cotillas de todo Londres me agradecerán disponer de más combustible para sus tertulias. Tú decides.

Thara tuvo muy claro que estaba siendo víctima de un chantaje. Entrecerró los ojos que se quedaron mirando fascinados los labios masculinos. ¡Qué guapo era el condenado! Mezclarse con aquel hombre podía traerle funestas consecuencias, pero ya había decidido que estaba dispuesta a todo con tal de sacar a Eugene del atolladero en el que se encontraba y demostrar su inocencia.

A fin de cuentas, ¿qué arriesgaba? ¿Su reputación? Le hubiera importado, de ser una mujer con la pretensión común de formar una familia, pero ése no era

su caso. Ya no. Por otro lado, el mundo en el que se movía Salsbury y el suyo estaban a años luz, en dos órbitas completamente opuestas, así que, cuando todo acabara, era muy poco probable que volviera a tropezar con nadie de su encopetado entorno.

Además, no lo creía especialmente capacitado para husmear y encontrar pistas, de modo que pocas ocasiones iba a tener de pasarse con sus besos. Se mantuvo en silencio un momento, porque, a pesar de sus elucubraciones, le costaba decidirse, pero acabó por encogerse de hombros.

—De acuerdo. Pero se lo advierto, lord Salsbury, si intenta ir más allá de nuestro pacto, juro que le descerrajo un tiro.

—Quedo avisado.

9

JAMES estaba resignado a recibir una reprimenda de sus abuelas, pero no esperaba el despliegue de acusaciones familiares con que fue recibido al día siguiente, en casa de su hermano Christopher, con lady Agatha llevando la batuta de la crítica, que continuó durante toda la comida.

—¡Intolerable es decir poco de tu conducta, muchacho! —Su voz sonaba varios tonos por encima de lo habitual—. Una prometida de la que no sabemos nada y, además, tenemos que enterarnos por la charlatana de lady Sterling.

—Todo sucedió muy deprisa, abuela —se disculpó él, apartando la trucha que le sirvieron, pues se le había quitado el apetito—. Tenía previsto que la conocieseis a mi regreso de Escocia.

—¿De dónde es? ¿Quién es su familia? ¿Cómo es que ha conseguido engatusarte?

—Creía que estabais todos por la labor de que encontrara esposa —se defendió, molesto por el tercer grado al que lo estaban sometiendo.

—Ya estabas tardando —apuntilló Kimberly, atareada con sus guisantes.

—Odio esa frase, ¡maldita sea!

—¡¡James!! —exclamó lady Agatha.

—¡Qué vergüenza! —la secundó lady Eleanor.

—No seas ordinario —lo amonestó Tatiana—. Kim tiene razón. Ya estabas tardando.

—No entiendo por qué, pelirroja. —Ella frunció el cejo, porque siempre que la llamaba así acababan discutiendo—. Chris ostenta el título familiar y tiene un heredero, Ryan. Darel y tú de momento tenéis a Alexandra, pero seguro que ya estáis haciendo prácticas para ampliar la familia. — Su abuela ahogó otra exclamación—. Por tanto, yo no tengo la responsabilidad de continuar la estirpe de los Gresham, tanto da si me caso como si decido meterme a fraile.

—Todo hombre que se precie necesita una mujer a su lado. Tú no tienes predisposición para vestir hábito y sí un título que legar.

—Dudo mucho que, de poder evitarlo, exista un solo varón que se casara. Sois vosotras, hembras taimadas, las que nos obligáis a hacerlo.

La condesa de Braystone suspiró exageradamente.

—Razonar contigo es como hacerlo con un becerro, James.

—No te alteres, Kim. Y no se lo recrimines. Al menos, ha dado el primer paso. Luego, como todos, caerá como un corderito —comentó Tat.

—Eso sí.

—¡Eh, un momento! —intervino entonces Christopher.

—¡Eso es una frase malintencionada! —se sublevó Darel.

A pesar de la momentánea tensión, el afecto que sus hermanos y sus esposas se tenían era evidente. James no tuvo dudas: Chris bebía los vientos por su

esposa y Darel le iba a la zaga con la suya, pero no dejaba de ser cómico el modo en que ellas conseguían soliviantarlos sin esfuerzo.

Se reclinó en el asiento y se dedicó a contemplar una escena que se repetía asiduamente:

Kimberly tomó el rostro de su esposo y lo besó sin recato alguno, mientras Tatiana acariciaba el lóbulo de la oreja de Darel, sonriéndole como un querubín, a lo que éste respondió ladeando la cabeza para besarle los dedos.

—Un corderito maravilloso —dijo una.

—Del que estoy profundamente enamorada —musitó la otra.

—¡Voy a vomitar! —James dejó la servilleta y se levantó. Aunque le divertía verlos, no estaba para soportar otra tanda de arrumacos—. Abuelas, hablaremos en otro momento, tanto azúcar ha conseguido empalagarme.

—No te moverás de aquí hasta que no sepamos a quién piensas darle tu apellido, jovencito — replicó lady Agatha.

James apoyó las manos en la mesa para inclinarse ligeramente hacia ella y mirarla fijamente a los ojos.

—Se llama Thara, me gusta, e incluso me resulta beneficioso estar comprometido con ella. Es todo cuanto debéis saber.

—¿Te gusta? —repitió Darel, mirándolo con atención—. ¿No estás enamorado de ella como un besugo?

—Aquí el único besugo que hay eres tú. Y eso no es asunto tuyo.

—Eso es asunto de todos —lo contradijo lady Eleanor—. Los Gresham siempre se han casado por amor, ninguno hasta ahora lo ha hecho por conveniencia. No estarás insinuando que tu futuro matrimonio es algo así como... un negocio.

—¡No he dicho nada semejante! ¡Por las barbas de...! —Se calló al ver la mirada turbulenta de su abuela—. Mejor me marcho, acabaréis por hacerme perder la compostura y no quiero decir algo que pueda lamentar.

Y, sin más, se marchó, cerrando la puerta con demasiado estrépito, lo que provocó que lady Eleanor se removiera en su asiento. Chris silbó entre dientes, Darel sonrió beatífico y la condesa viuda se lamentó por lo bajo de la falta de educación de su nieto menor. Kimberly y Tatiana, por su parte, intercambiaron una mirada cómplice que llamó la atención de su aparentemente despistada tía abuela.

—Vosotras estáis detrás de todo este lío, ¿no es cierto? —las acusó.

—¡Qué cosas dice, abuela! —contestaron ellas al unísono.

James decidió que salir a galopar un rato aplacaría su furia. Mantener la templanza cuando todo el mundo se aliaba contra él era algo que nunca conseguía, por más que se lo propusiera. A lomos de su caballo, dejó que el viento le azotara el rostro y le despejara las ideas, con lo que acabó admitiendo que los recelos de la familia eran lógicos.

La noticia había sido para ellos como una bomba, fundamentalmente porque se habían enterado por terceros. ¡Por Cristo, si hasta sus criados le hablaban con monosílabos desde que supieron el asunto!

Dudaba de haber actuado con inteligencia. Él no tenía intención de casarse, pero estaba alimentando la farsa. ¿Por qué? ¿Por indagar sobre unos crímenes que dieran algo de aliciente a su monótona vida? ¿Por robarle algún que otro beso a Thara? Era cierto que imaginar ese objetivo alimentaba su ego, pero tal vez estaba llevando las cosas demasiado lejos.

Debería haberse sincerado con los suyos. Las abuelas lo hubiesen puesto de vuelta y media,

Kim y Tatiana le habrían dado mil razones para comprometerse de verdad, y sus hermanos tal vez lo hubieran comprendido, aunque rechazaran su postura. Sin embargo, había callado como un bellaco, admitiendo además que la chica le gustaba. Ni él mismo entendía el motivo por el que había sacado a Joshua del salón durante la fiesta, se lo había llevado a un rincón apartado y lo había acorralado.

—Quiero llevar el caso con Thara —le había soltado.

Rowling se había quedado algo descolocado, pero respondió con amabilidad:

—Aún no he decidido permitir que tu prometida, la señorita Moon...

—No se apellida Moon, sino Bannion.

—¿Qué?

—Ya me has oído, Joshua.

—¿Por qué diablos dio un apellido falso? ¡Se llama igual que el joven al que se considera como primer sospechoso!

—Lo sé. Es su hermano.

—¡Santo Dios...! —murmuró, dejándose caer en un sillón—. Esa chica es una lianta.

—A mí me lo vas a contar... Bueno, ¿qué me dices? ¿Aceptas que me una a vosotros?

—Estamos hablando de un caso muy serio, James.

—Por supuesto. Pero no es la primera vez que cooperamos y no te ha ido tan mal. No soy un novato.

—Tú, no, pero ella sí. Y la quiero fuera.

—Pues en ese punto, permíteme discrepar. Parece que tiene intuición y es tenaz.

—Tanto como para pescarte.

—En realidad no hay nada de eso. Yo he sido el primer sorprendido al enterarme de que estaba comprometido con esa muchacha.

—¡¡¿¿Qué??!!

—Es largo de contar, Joshua, tal vez en otra ocasión.

El juez se levantó para encararse con su amigo.

—Quizá he abusado del ponche, estoy completamente borracho y por eso no me entero de nada. Es eso, ¿a que sí?

—Joshua, no seas exagerado.

—¿Exagerado? Me pides que admita a esa joven, hermana de un sospechoso y que ni siquiera es tu prometida, en la investigación de un asunto de tal

relevancia, ¿y me acusas de exagerar en mis comentarios? Si no fuera por nuestra amistad, me atrevería a retarte.

—Los duelos están prohibidos. Tú mejor que nadie debería saberlo, eres juez.

—¡Vete al infierno!

—¿Cuándo te he fallado? —insistió James—. En todas las ocasiones en que hemos colaborado, los casos se han resuelto bien. Ahora sólo te pido que...

—Me pides, nada menos, que te deje investigar dos asesinatos, llevando colgada de la levita a una joven que, perdona que te lo diga, es un dechado del embuste. ¡Y pariente del sospechoso! — recalcó con énfasis.

—Si le das un voto de confianza, puede que te lleves una sorpresa. Alfred Bannion, ¿recuerdas ese nombre?

—No estoy senil. Bannion fue el mejor y más sagaz asesor de los Bow... —Abrió mucho los ojos—. ¡No irás a decirme que es su hija!

—Lo es. Y yo diría que ha heredado su olfato.

—Sí, de perro sabueso.

—¿Cómo?

—Eso me dijo cuando tuvo la osadía de presentarse como tu prometida en mi despacho. ¿Qué es lo que te mueve en realidad a seguirle el juego a esa loca, James?

—Un poco de actividad... Una pizca de diversión... Tal vez el viejo juego de la seducción... — sonrió Gresham.

—¡Acabásemos! Lo que quieres es llevártela a la cama.

—No seas soez, por Dios. Bueno, decídete de una vez, Joshua: ¿nos incluyes en tu equipo o no?

No quiero dejar mucho tiempo a mi prometida sola entre tanto crápula como hay en esta fiesta.

—¡Está bien! Y que el demonio te confunda. Pero quiero estar al tanto de cada paso que deis, cada paso, eso debe quedar meridianamente claro.

—Cristalino.

Rowling se rindió al encanto de su amigo, pero antes de separarse le dijo:

—Podías haberte agenciado otro disfraz.

De mucho mejor humor tras rememorar el modo en que había convencido a Joshua, James refrenó al caballo cuando llegó a Cheryl Bay y lo dejó ir al paso, chapoteando entre las olas que rompían cadenciosamente en la playa. ¡Cuántas veces había jugado allí con sus hermanos siendo unos crios! ¡Cuántos secretos de adolescentes se habían confesado en aquella recóndita cala conocida como La Bahía de la Escocesa! Añoró ese tiempo lejano, porque, aunque los tres seguían unidos como una piña, ahora Christopher y Darel tenían sus propias responsabilidades, una familia que cuidar, y ya nada era igual.

Sus hermanos habían dejado su vida más o menos licenciosa y estaban felizmente casados.

James se alegraba por ellos, por supuesto, pero echaba de menos sus

antiguas correrías. Mal que le pesara, también él algún día debería imitarlos, puesto que su obligación, por mucho que se resistiese a aceptarlo, era engendrar un heredero para la baronía de Salsbury. Claro que para eso faltaban aún muchos años.

A pesar de estar convencido de eso, o quizá de querer convencerse, reconocía que la imagen de Thara Bannion aparecía con demasiada frecuencia en sus pensamientos. No se le iba de la cabeza.

Sin embargo, tenía que ahuyentarla. Las imposiciones de su título y su apellido no pasaban por, llegado el momento, contraer matrimonio con una muchacha sencilla, animosa y alegre. Una mujer

que aspiraba a interpretar el rol de un varón investigando crímenes, por mucho que tuviera un cabello precioso y unos ojos que lo dejaban sin aliento.

El pacto entre Thara y él pasaba únicamente por encontrar al verdadero asesino, apartar las sospechas que recaían sobre el hermano de ella y, de paso, sacar provecho del cambio de imagen que su sorprendente compromiso le había reportado en sociedad. Punto final.

Bueno, eso y, aprovechando la ocasión, seducirla.

Hizo volver grupas al caballo para regresar a Braystone Castle, removiéndose incómodo en la silla al sentir que se le aceleraban los latidos del corazón pensando en que volvería a ver a Thara esa misma tarde. Se esforzaría, ¡vaya que sí!, en cobrar la prenda que habían pactado, porque, aunque ella no ocupase más que el endeble lugar de una nueva conquista, James no negaba que la señorita Bannion le gustaba y, desde luego, ansiaba besarla de nuevo.

10

LE había costado dar con la dirección, una pequeña calle sin salida en el lado oeste de la ciudad, donde se sucedían las viviendas de un barrio obrero. Pero allí estaba, llamando con la aldaba a una puerta. Esperó un tiempo prudencial y repitió la llamada con más ímpetu, hasta que le abrió una joven rubia y pecosa, a la que de inmediato James identificó como la muchacha que acompañaba a Thara en la posada de Leeds.

—Buenas tardes. Quisiera ver a...

—Pase, milord, pase. La señorita lo estaba esperando, lo estaba esperando. Si hace el favor de seguirme, si hace el favor... —lo invitó, cerrando la puerta y cogiéndole la capa y el sombrero.

James enarcó una ceja ante el aparente nerviosismo de la chica y fue tras ella. Atravesaron un pequeño vestíbulo antes de adentrarse en un pasillo estrecho de cuyas paredes colgaban algunas acuarelas que le aportaban cierta luminosidad. La criada llamó a una puerta y, sin esperar respuesta, empujó, franqueándole el paso y desapareciendo luego por el pasillo.

Se encontró entonces en una habitación cuadrada, cuyo mobiliario se limitaba a una mesa repleta de libros y un par de sillas. Le llamaron la atención las múltiples acuarelas expuestas. A Thara no se la veía por ningún lado, así que decidió echarles un vistazo, tras lo cual, llegó a la conclusión de que eran de una factura excelente.

—Las ha pintado mi hermana Emma. ¿Le gustan?

Gresham se volvió, impulsado por la voz de la joven, y comenzó a esbozar una sonrisa que desapareció al instante al ver que portaba un arma. Aparte de eso, se quedó atónito. La fantasía que había visto en la fiesta desaparecía ahora bajo un vestido insípido, de color pardusco, que en nada la favorecía, completado con un chaleco de corte masculino. Llevaba el cabello tirante y recogido en unas trenzas que se unían en la nuca.

A James le costó trabajo asimilar que se trataba de la misma mujer. Él había conocido a una muchacha sencilla pero bonita en la posada, después a una preciosidad ataviada con un espléndido vestido y el cabello suelto bajo la toca. En cambio, lo que tenía ahora delante, era lo más parecido a una institutriz desabrida. Desilusionado, dijo en tono brusco:

—¿Qué haces con eso en las manos? No pensarás pegarme un tiro si la respuesta es negativa, ¿verdad?

A ella se le escapó una carcajada ante su gesto de suspicacia, pasó el trapo con el que había estado limpiando la pistola de su padre por la culata y la dejó sobre la mesa.

—Por favor, tome asiento. Ya pensaba que no vendría, se ha retrasado. ¿Le apetece tomar algo?

No es que tenga un gran surtido, pero cuento con un vino aceptable.

—Por favor —asintió Gresham, ocupando una de las sillas, sin dejar de echar recelosas miradas hacia Thara y hacia el arma, diciéndose que sí necesitaba ese trago para recuperarse de la impresión—. Siento la tardanza, pero no encontraba la calle.

—No está acostumbrado a deambular por estos barrios, ¿verdad? Claro, esto no es Mayfair — se burló ella, sentándose al escritorio. Abrió uno de los cajones, sacó una botella y un vaso y los

empujó hacia él—. Deje de mirar la pistola, no voy a usarla contra usted... de momento.

—Eso me tranquiliza, porque nuestro trato no incluía liquidarme, o eso creí entender.

—Mientras se porte como un caballero...

—Amén. —Se sirvió dos dedos de vino y, con cuidado, retiró el arma hasta el extremo más alejado de la mesa, lo que distendió los labios de la anfitriona en una sonrisa que ella se apresuró en disimular.

—Una mujer debe estar preparada para todo.

—Una mujer no debería estar metida en asuntos que no le competen.

—No volvamos a las andadas, lord Salsbury.

—No, desde luego, mientras tengas a mano ese artefacto. ¿Qué te parece si empezamos esta sociedad tuteándonos los dos? ¿No es raro que no lo hagan unos prometidos?

—Yo no soy su prometida.

—Obviamente, no. Excepto de cara a la gente.

—Pero ahora estamos solos.

—Sería complicado mantener las formas en público y cambiarlas en privado, ¿no crees?

—Lo prefiero así.

—Como gustes, pues —aceptó, aunque dejó claro que no pensaba seguir sus directrices.

Thara tomó una libreta que tenía a un lado del escritorio.

—Le agradezco su ayuda con el juez Rowling. Bien, veamos qué sacamos en conclusión de los datos que nos facilitó —dijo, abriendo el cuaderno.

James aceptó su gratitud, porque era cierto que, gracias a él, ella podía intervenir ahora en la investigación.

Por otra parte, que se mostrara conciliadora le venía de perlas para intentar un acercamiento más... personal. A pesar de que quisiera aparentar un aspecto serio y sombrío, él sabía que podía tener otro mucho más atrayente. A qué jugaba ella le importaba poco.

Se levantó de su asiento y fue a su lado para echar un vistazo a la libreta. Vio que la página estaba encabezada por un signo de interrogación. Debajo aparecían los nombres de las muchachas asesinadas y, más abajo, las circunstancias en que habían sido hallados los cuerpos y sobre las que los había puesto al tanto Joshua; para finalizar, una serie de nombres.

Thara se sintió bastante incómoda por su cercanía y se le aceleraron las

pulsaciones sin poder remediarlo, pero se centró en sus apuntes y se obligó a no tener en cuenta el olor a colonia y almidón, sumamente agradable, que él desprendía.

—Ambas fueron estranguladas —enunció, maldiciéndose por no controlar el temblor de su voz—. Las encontraron desnudas. La primera en una sacristía, la segunda en una cripta. Las dos llevaban una máscara —continuó escueta, con frases cortas que imprimían fuerza a cada afirmación y disimulaban su nerviosismo—. Una y otra tenían los labios pintados de negro. También un par de lágrimas asimismo pintadas. Y en el pecho su asesino les trazó el signo del Maligno.

—Seis seis seis —concretó James.

—¿Qué le hace pensar todo esto, lord Salsbury?

—Que el fulano que las mató es un jodido demente.

—O un hombre muy inteligente que quiere despistarnos, ya se lo dije —puntualizó ella, obviando el exabrupto.

—¿Por qué un hombre? ¿Por qué no una mujer? —Se inclinó un poco más sobre el hombro de Thara para intentar leer lo que ella había escrito en letra pequeña al final de sus notas.

—Mantenga las distancias, milord —le advirtió agitada—. Quiero creer que estoy ante un caballero.

James se irguió e hizo lo que le pedía, acomodándose en una esquina de la mesa.

—Eres la mujer más beligerante que he conocido nunca.

—Por el contrario, milord. Suelo ser bastante pacífica... hasta que me provocan.

—Lirmemos un armisticio, por favor. ¿Por dónde quieres que empecemos?

—Por la familia Worthington.

—Y por la iglesia.

—¿Por la iglesia? ¿Por qué por la iglesia?

—Porque sería interesante saber quién pudo tener acceso a la sacristía.

Ella parpadeó. Ni se le había ocurrido. Asintió, ligeramente defraudada consigo misma por no haber pensado en ese detalle, cerró la libreta y se levantó.

—Demos una vuelta por Lombard Street, milord.

Nada más ponerse en pie, el brazo de Gresham la atrapó por la cintura, la pegó a su pecho y la besó.

Ella fue incapaz de reaccionar, porque sus labios, cálidos y suaves, la dejaron sin aliento.

Cuando él la soltó, Thara se apartó inmediatamente, roja como la grana, sin poder disimular la zozobra que le había provocado su atrevimiento.

—¿Se p... p... puede saber qué está haciendo, lord Salsbury? —tartamudeó.

—Cobrarme la minuta por haber conseguido que Joshua nos permitiera participar en la investigación. Era lo acordado. Pero aún me falta el pago por haberte proporcionado una pista — añadió, pensando que, con una u otra

apariencia, su boca sabía divinamente.

—¿Qué pista?

—¿Vas a negar que acabo de darte un hilo del que tirar?

Thara no respondió, trastornada por el beso. Se limitó a poner distancia entre ambos, abrir la puerta, llamar a Roberta y decirle que salía.

11

LAS pesquisas en St. Mary Woolnoth no les estaban aportando nada nuevo. El sujeto que los atendió, Leonard Tibert, un hombre de aspecto taciturno y modales bruscos, que llevaba al cuidado de la iglesia demasiados años, les confirmó lo que imaginaban: que la puerta de la sacristía había sido forzada y que fue él quien encontró el cadáver de la joven.

Se excusó dejándoles a solas en la sacristía para ir a atender otras obligaciones, no sin antes señalarles que en breve comenzarían los oficios. Una insinuación clarísima de que no los quería allí cuando llegara la hora.

Thara comenzó entonces a dar vueltas por el recinto, mirando aquí y allá sin decir nada.

—¿Qué buscamos? —preguntó Gresham, observando que pasaba la mano por la pulida superficie de los muebles e, incluso, olisqueaba en los rincones.

—Se lo diré cuando lo encuentre.

James estaba seguro de que se irían de allí con las manos vacías. Las características de los crímenes sugerían un asesino metódico y cuidadoso. ¿Qué podían hallar en aquel lugar, salvo algunas viejas sotanas y los objetos de culto imprescindibles?

De pie, con las piernas abiertas y las manos cruzadas a la espalda, evaluaba a Thara mientras ella continuaba con su labor rastreadora. Parecía lo que solía llamarse un ratón de biblioteca: sensata, reservada, constante, juiciosa...

«Bueno, "juiciosa" no es el adjetivo más adecuado para definir a una mujer empeñada en meter las narices en asuntos tradicionalmente masculinos», rectificó para sí.

En absoluto pertenecía al tipo de mujer que a él le gustaba, damas de modales frívolos y aspecto coqueto. Le desagradaba que llevara el cabello tirante, recogido en un soso moño trenzado, pero admitía que el peinado permitía que su rostro, sin afeite alguno, se perfilara altivo y en todo su esplendor. Sin embargo, en ella no era un gesto de vanidad, eso estaba claro, sino una concesión a la comodidad, lejos de los ricitos sobre las orejas que estaban de moda.

James volvió al momento presente, porque Thara soltó una exclamación y se puso de rodillas en el suelo.

—¿Qué has visto?

Se acercó, acuclillándose a su lado. Thara sacó una navaja de su bolsito.

—Mire esto —le dijo, a la vez que raspaba la superficie de la baldosa.

—¿Es que siempre vas armada?

—¿Quiere fijarse o no? —lo amonestó ella, centrando toda su atención en una difuminada mancha y tratando de obviar el alboroto de sus nervios ante su cercanía—. ¿Le preguntó yo por qué lleva una pistola bajo la chaqueta?

—¡¿Cómo...?!

—Lord Salsbury, le concedo que piense de mí que no soy una mujer al uso, excéntrica si lo prefiere, pero no se confunda: no soy ciega ni tonta.

Gresham se abstuvo de hacer cualquier comentario y observó con detenimiento lo que ella le mostraba.

—¿Qué estás pensando?

—Lo mismo que usted. Podría ser una mancha de sangre.

—Puede ser cualquier cosa, incluso vino de misa.

—Es posible. Pero eso nos lo tendrán que confirmar. ¿Quiere llamar al señor Tibert, por favor?

La muchacha podía ser de mente especulativa, pero era tenaz y sabía lo que se hacía, pensó, mientras llevaba a cabo su encargo, regresando al poco con el sujeto. Éste asintió ante la pregunta de la curiosa joven:

—Me fue imposible eliminar la mancha debido a la rugosidad de las baldosas.

—¿La descubrió cuando encontró el cadáver?

—Eso es.

—¿Les dijo algo de esto a los policías que lo retiraron?

—No lo preguntaron.

—Gracias. —Se levantó, se sacudió la falda y guardó la navaja. Cuando se volvió hacia James, mostraba su mejor sonrisa—. No le molestaremos más, ha sido usted muy amable.

Encogiéndose de hombros, Tibert les reiteró que el oficio comenzaría en pocos minutos y se fue de allí.

De camino hacia el exterior del templo, James comentó:

—Interesante.

—¿El qué?

—No cuadra que haya sangre si la chica fue estrangulada.

—Sin duda. Pero puede no ser de ella. He de hablar con el médico que examinó el cadáver. No es necesario que me acompañe, milord, puede dedicarse a sus asuntos y ya le contaré lo que averigüe.

—No tengo nada mejor que hacer que acompañarte, Thara. Estamos juntos en esto.

—Lo último que querría sería hacerle perder el tiempo. O alejarlo de sus garitos —le espetó. Gresham la miró de reojo mientras ella subía al carruaje rechazando su gesto caballeroso de ofrecerle ayuda, algo habitual, por lo que estaba viendo.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres como un grano en el trasero, amiga mía? —gruñó, cerrando la puerta y acomodándose frente a ella.

Golpeó el techo para que Balthasar arrancara.

A pesar de la pulla, Thara se mordió los labios para disimular una sonrisa. Así era como la definía su padre cuando ella insistía hasta la extenuación para que le hablara de alguno de los casos que había investigado.

Se fueron alejando del edificio en el que el arquitecto Nicholas Hawksmoor plasmó su peculiar estilo, y cuyo interior, más espacioso de lo que cabía

suponer contemplándolo desde fuera, había sido su primera parada en una investigación que para Thara cobraba nuevos bríos. Sin saber por qué, se sentía eufórica. Había descubierto algo que se les había pasado por alto a los policías. No sabía lo que podría significar esa mancha, pero estaba segura de que significaba algo.

En su fuero interno, Thara agradeció el agradable calor que emanaba del brasero, percibiendo a la vez la comodidad y lujo de la cabina del carruaje. Allí se ponía de manifiesto la clase social de

Gresham. No faltaba un detalle para hacer del viaje algo agradable: mullidos asientos, lamparillas encendidas, mantas de piel... Hasta había un pequeño estante con vasos y licores en un lateral.

James abrió el ventanuco del techo para indicarle a Balthasar que variara el rumbo que habían decidido en un principio, sin hacerle a ella partícipe del motivo y cruzándose de brazos, retándola a que dijese algo.

No fue así. Thara se refugió en sus pensamientos mientras rodaban por las calles de Londres en completo silencio, cada uno absorto en sus propias cavilaciones.

A Gresham no le apetecía en absoluto visitar a los Worthington. Aquella joven acababa de ganarle por la mano y en esos momentos se veía incapaz de asistir a un interrogatorio en el que, indudablemente, debería dejar que ella llevara la voz cantante. Seguro que Thara tenía sus métodos y ya se había dado cuenta que era minuciosa en extremo.

Lo que quería era pasar el resto de la tarde con su recién adjudicada compañera de pesquisas... a solas. No estaba muy seguro del motivo, pero así era.

—¿Cenar? —se extrañó ella ante su inesperada propuesta.

—Eso he dicho. Las concienzudas sabelotodo como tú también cenan, supongo.

—Déjese de guasas, milord. Más parece un chiquillo al que acaban de arrebatarle un caramelo.

Si no le apetece continuar por hoy, lo comprendo, seguramente tiene usted una agenda llena de amigos, citas o visitas a algún club.

—O partidas de backgammon.

—¿Cómo dice?

—Olvídalo. —¿Por qué diablos insistía en restregarle por la cara su supuesta vida licenciosa?

—. Conozco un restaurante recién inaugurado y, si tu moral lo permite, me gustaría invitarte.

—Ceno en familia, gracias.

—En ese caso, aceptaría una comida casera. —Aceptaría hasta clavos ardiendo con tal de pasar unas horas más junto a ella, se dijo, y ese pensamiento lo dejó intranquilo.

Thara 1 o miró fijamente. ¿Bromeaba? Ya e r a bastante duro tener que soportar su presencia durante su labor investigadora; por nada del mundo lo

metería en su vida más allá de donde el trabajo la obligara.

La irritaba no ser capaz de desentrañar lo que él tramaba con su actitud. Lord Salsbury se movía en otra esfera de la sociedad, era un libertino que podía ser una nefasta influencia para Eugene. Eso sin contar con su hermana, una adolescente enamoradiza en una edad sumamente delicada.

Por otro lado, ¿qué podía ofrecerle ella, acostumbrado como estaba a disfrutar de los restaurantes más distinguidos de Londres? Ni siquiera sabía si Roberta habría podido cocinar algo con que llenar el estómago aquella noche.

—Lo lamento, milord, pero...

—Vamos, mujer, no tendría nada de raro. Ni que te hubiera propuesto cenar con el demonio. A fin de cuentas, estamos prometidos.

—Milord, empieza a resultar cargante tener que recordarle que nuestro compromiso es exclusivamente de cara a la galería.

—¡Por Dios que eres tozuda!

—Sí, eso suelen decirme.

—Tendría la oportunidad de conocer a tu hermano, de conversar con él por si supiera algo, aunque no sea consciente de ello.

—Mi hermano no sabe nada. Se ha visto involucrado en unos crímenes horrendos y ahí acaba todo. —Al mirar por la ventanilla, vio que se encontraban a un par de manzanas de su casa—. ¿Puede decirle a su cochero que pare, por favor? Yo me bajo aquí.

James así lo hizo, tras comprobar que, en efecto, se encontraban cerca de su casa.

—¿De veras no quieres pensarlo?

—Aquí nos despedimos, milord. Mañana iremos a visitar a los Worthington. ¿A qué hora le viene bien? No quisiera que un «caballero» como usted perdiese horas de sueño, en especial si se acuesta tarde.

James le sujetó la muñeca, tiró de ella e hizo que cayera sobre su regazo. Thara se encontró a su merced, desbordada e inquieta porque se le aceleraba la respiración. Fue incapaz de oponer resistencia, con su atención fija en una vena que latía desacompasada en la sien de él.

—¿Qué significa eso de un «caballero» como yo?

Ella inhaló aire y consiguió meter los codos entre ambos para apartarse de Gresham, que a su vez la soltó, haciendo que casi se cayese al suelo. Thara volvió a ocupar su asiento, se alisó la ropa a manotazos y, ante el gesto complacido de él, se le oscureció la mirada.

—Significa lo que significa: lo que la gente de la calle considera un calavera.

—Bonita opinión tienes del hombre con el que vas a casarte.

—¡Deje de decir majaderías! —se indignó ella—. ¿Va a negarme acaso esa evidencia? Me he informado sobre usted.

—Y... ¿cuál es esa evidencia, según tú?

—Es usted el típico aristócrata, cuyo único objetivo en la vida es pasarlo bien. Por mucho que lo intente, no va a hacerme creer que está realmente

interesado en atrapar al asesino de esas muchachas o en la causa de mi hermano.

—Tú, cariño, no creerías ni a la Virgen María si se te apareciera.

—¿Va a negar lo que todo Londres cacarea? —continuó ella, enojada pero aceptando íntimamente que su enfado no iba dirigido hacia él, sino hacia sí misma por haberse dejado alterar por su cercanía—. Me han informado de sus correrías, barón.

—Así que es eso. ¡Ah, las malas lenguas!

—Vuelvo a agradecerle su ayuda en relación con el juez Rowling, pero no lo necesito para

continuar mi trabajo; en realidad representaría una carga. Francamente, preferiría que lo dejase en mis manos. Mejor para usted y mejor para mí. En todo caso, le mantendré al tanto de mis pesquisas. Buenas noches.

Gresham no consiguió recordar ninguna otra ocasión en que lo hubiesen dejado con la palabra en la boca con semejante rotundidad. Thara abrió la puerta y saltó a la acera antes de que él pudiese impedirlo, emprendiendo el camino hacia su casa. Él solo pudo fijarse en el contoneo de sus caderas. No lo habían humillado sus palabras, pues las había oído mucho peores, pero sí era cierto que acababa de dejarlo sin capacidad de reacción. Renegó contra las lenguas bífidas que le habían puesto una etiqueta de libertino que distaba mucho de ser cierta. Era verdad que no rechazaba las aventuras femeninas, pero no se consideraba ningún juerguista, excepción hecha de las ocasiones en que, a causa de algún trabajo para la Gresport Company o para Rowling, había tenido que adoptar ese papel.

Por un instante, tentado estuvo de ir tras ella y explicárselo. No. ¿Por qué demonios iba a explicarle nada? Aquella chica no hacía más que crearle complicaciones desde que la vio por primera vez; él no había logrado abrir resquicios en su armadura moral y, además, lo tenía en una consideración pésima. ¿Por qué pues seguía soportándola?

En ese momento, se fijó en dos individuos de mala catadura que estaban en las inmediaciones y que empezaron a dirigirse hacia ella.

James no tardó en apearse, acelerar el paso, alcanzarla y coger su mano para colocársela en el brazo a pesar de su mirada airada, sin darle la posibilidad de rechazarlo.

—Puede que no sea un caballero tal como tú lo entiendes, Doña Perfecta, pero me enseñaron a no dejar desamparada a una dama en una calle solitaria. Voy a acompañarte hasta tu casa, te guste o no. Y fin del asunto.

A Thara le hormiguearon los dedos al contacto con su brazo, pero se mordió la lengua admitiendo para sí que, en efecto, a ciertas horas no era seguro para una mujer caminar sola por según qué zonas de la ciudad, en especial en esos momentos, con los recientes crímenes. Mentalmente, se congratuló de la deferencia de lord Salsbury ofreciéndose a ser su escolta.

Al mirarlo de soslayo mientras caminaban, admitió también que, calavera o no, su compañía le alteraba sus nervios. Era atractivo. Un seductor y acaso

sinvergüenza. Sin embargo, estaba dotado de un halo de seguridad que daba confianza. Y eso disgustaba a Thara, porque nunca antes había tenido la necesidad, ni la grata sensación, de estar arropada por ningún varón.

No tardaron en llegar a la casa y ella respiró más tranquila; quedaba liberado de sus funciones de paladín.

—Buenas noches, milord, muchas gracias —se despidió.

Antes de que tomara el caminillo de grava, Gresham aceleró hasta ponerse a su altura. Thara lamentó que se interpusiera, pero se contuvo; a su pesar, cuando él estaba cerca, a ella le asomaba cierto mal genio que normalmente no tenía. No podía comportarse como una desagradecida, pero cuanto antes se librara de su acoso, tanto mejor para su bienestar emocional.

Por suerte para ella, la puerta de la casa se abrió y una jovencita, rubia como el oro y de inmensos ojos azules, se precipitó hacia ella, abrazándola y dándole un beso en la mejilla.

—¡Ya nos preguntábamos si te habría pasado algo, Moon! —le reprochó, pero con su atención puesta en James.

—¿Qué iba a pasarme, tontita? Vamos, entra en casa, yo iré en unos minutos.

—Ha venido el señor Blyton —dijo la muchacha, que no dejaba de observar al acompañante de su hermana—. Ha traído provisiones como para llenar la despensa y Roberta está afanándose preparando una cena estupenda. Señor, encantada de conocerlo.

Salsbury le dedicó una galante reverencia y se apresuró a presentarse.

—James Gresham. A sus pies, señorita. ¿Y usted es...?

—Mi descarada hermana menor, Emma —intervino Thara, reprochándole con la mirada a la muchacha que no hubiera desaparecido.

—Por lo que veo, hay más de un ensueño en la familia.

A Emma le apareció un encantador hoyuelo en la mejilla justo a la altura de la comisura de los labios.

—¿Es usted amigo de Moon? ¿Se quedará a cenar con nosotros, señor Gresham?

—Creo que el señor Gresham... —empezó a decir Thara.

—Sería un placer —contestó James sin darle tiempo a que terminara la frase.

La respuesta de Thara fue una mirada que hubiese podido congelar el trópico, pero nada pudo hacer antes de que Emma entrara en la casa a la carrera, avisando a voces a Roberta de que tenían un invitado.

—No quiero que se implique con mi familia, lord Salsbury.

—Lamento contradecirte, cariño, pero eres tú la que me has implicado, haciéndote pasar por mi prometida. Y recuerda que mientras dure la reunión, deberás tutearme.

Mortificada por el imprevisto desarrollo de los acontecimientos, ella se dio prisa en entrar, con James pegado a sus talones, prometiéndose que haría lo imposible por poner fin a la velada cuanto antes.

Él hizo una seña a Power, que esperaba con el carruaje al otro lado de la cerca, entró en el vestíbulo y la detuvo sujetándola por el codo y obligándola a volverse. Su dedo índice dibujó el contorno de su barbilla mientras sus ojos, chispeantes de satisfacción, le sostenían la mirada.

—¿Moon?

—Así me llamaba mi padre.

—Me gusta.

—Pues olvídelo, milord. Para usted sigo siendo la señorita Bannion.

James no pudo responder al desplante, porque ella se apartó y caminó pasillo adelante, tiesa como un sargento de infantería.

12

POR supuesto, la velada se alargó bastante más de lo que Thara tenía previsto. Aunque a ella la irritaba sobremanera, para Gresham resultó grata, amenizada por la cháchara de la pizpireta Emma y los comentarios, más comedidos, del joven Eugene, al que él no dejó de observar veladamente.

Ni una ni otro disimularon su entusiasmo por el hecho de que su hermana mayor tuviese un amigo. Durante la cena, sencilla pero sustanciosa, en la que Roberta demostró cómo hacer de una comida un acontecimiento placentero, ninguno de los dos jóvenes paró de hablar, abriéndose a James, contándole sobre sus aficiones. Incluso Thara se vio obligada a relajarse y sonreír ante las afirmaciones de Emma, algunas tan marcadamente optimistas como:

—Algún día seré una pintora famosa y me compraré una casa muy grande para los tres.

—Doy fe de ello si las acuarelas del despacho de tu hermana son fruto del talento de tus manos, como me dijo.

—¿Las ha visto? ¿Le han gustado?

—Creo que son muy buenas, Emma.

Por si su sola prestancia y su atractivo no habían sido suficientes, su comentario elevó hasta el infinito el ego de su hermana, poniendo la guinda del pastel. Gresham acababa de ganarse totalmente la devoción incondicional de la chiquilla, que lo miraba embelesada.

—Gracias —musitó, sofocada y roja por el acaloramiento.

—¿No has pensado pintar al óleo?

—Me gustaría, claro, pero eso requeriría matricularme en una escuela y no podemos permitírnoslo.

—¿Y si yo pudiera hacer algo? Tengo cierta amistad con un paisajista que se formó en el estudio de John Constable.

—¡John Constable! ¡El gran maestro del paisajismo inglés! —El entusiasmo de Emma creció exponencialmente. Sólo le faltaba lanzarse sobre James y besarlo—. ¡Dios mío, adoro uno de sus cuadros: *El molino de Dedham*! Hasta me he permitido hacer una copia con mis acuarelas, una pésima imitación.

Para abundar en el malestar de Thara, la cosa no acabó ahí. Dado el apasionamiento con que Eugene había hablado de su afición por los caballos, lord Salsbury le propuso echar una mano al cuidador de sus ejemplares.

—Tendrás una pequeña asignación —le dijo Gresham, acaparando toda la atención del

muchacho y haciendo sentir a Thara superada por las circunstancias—, pero irás aprendiendo junto a William.

Ella vio cómo el control de sus asuntos se le iba de las manos e intervino para poner freno a tal despliegue de ofertas:

—Eugene bastante tiene con centrarse en sus estudios con el reverendo

Whitaker. Su sueño es ser abogado. No puede descuidar su formación.

James siguió removiendo su café mientras la corregía.

—¿He dicho yo que tenga que abandonar sus estudios? Eso le ocuparía solamente los fines de semana o sus días libres; Braystone Castle está a poco menos de una hora de la ciudad.

Existía el inconveniente de que Eugene tenía prohibido salir de Londres, aunque Thara supuso que Gresham lo sabría y, ¡cómo no!, también podría conseguir que el juez anulara esa orden.

—Ganaría un jornal, Moon —dijo el muchacho.

—El dinero para esta familia ya lo gano yo.

—Vamos, hermanita —terció Emma—, los casos que has conseguido apenas nos han dado para nada y nuestra renta es mínima. De hecho, de no ser por la amabilidad del señor Blyton...

—¡Basta ya! —Thara se levantó, echando su silla hacia atrás, sofocada, y haciendo que las patas rechinaran sobre el suelo.

Su padre los había educado para que tuvieran ideas propias y fuesen francos, pero sus hermanos se estaban poniendo en evidencia haciendo partícipe a Gresham de sus estrecheces.

—James, debes disculparnos —añadió—, pero la velada se está alargando demasiado.

Él se acabó el café, se levantó y les guiñó un ojo a los dos jóvenes.

—He disfrutado mucho en vuestra compañía. Espero que me permitáis corresponder a esta invitación alguna vez. Buenas noches.

—Le acompaño a la puerta —se ofreció Emma.

—Tú a la cama —intervino Thara. Con el cejo fruncido, le indicó la salida a James—. Cuando quieras.

Mientras caminaban por el pasillo, él oyó cómo la pequeña se rebelaba.

—¡Qué carácter! —bromeó—. No sé a quién me recuerda...

Thara le entregó su capa y sombrero y salió fuera, donde, con la puerta entornada a su espalda, le susurró:

—¿Qué diablos pretende engatusando a mis hermanos, milord?

—¿Tal vez encandilar a la cabeza de familia? —preguntó él a su vez, con una sonrisa.

—Ármese entonces de paciencia —repuso muy seria, notando que se le aceleraba el corazón—. Lamento desilusionarlo, lord Salsbury, pero no va a conseguirlo dándoles falsas esperanzas a Emma y a Eugene.

—No les he dado falsas esperanzas, Moon.

—¡No me llame así!

—Está bien —cedió él—. Pero no te atrevas a poner en tela de juicio lo que digo: Emma podría ir a esa escuela de pintura y tu hermano aprender todo cuanto William pueda enseñarle sobre caballos.

—Será si yo lo permito. Ellos están bajo mi custodia.

James la atrapó de los hombros, la pegó al muro y se inclinó sobre ella.

—Y tú estás bajo la mía —dijo en un tono que no admitía réplica—. Lo

estás hasta que acabemos con este maldito asunto criminal en que me has metido. Rowling no te dejaría intervenir

sola, así que no rechaces la ayuda que les he ofrecido a tus hermanos o aquí y ahora damos por finalizado nuestro pacto.

—¡Es usted un...!

No la dejó continuar. Durante toda la velada le había costado un triunfo centrarse en la conversación, pendiente de cada gesto de ella, del movimiento de sus manos, del aleteo de sus pestañas o del fruncimiento de sus labios. Casi se había derretido cuando Thara lo había llamado por su nombre de pila. ¡Cristo, qué bien sonaba en su boca! Había pensado durante toda la velada cómo volver a besarla.

Se dejó llevar. Atrapada entre la pared y su cuerpo, Thara no consiguió esquivar sus labios, que imprimieron en el beso toda la carga erótica de que James era capaz.

La reacción inicial de rechazo se fue trocando en otra aceptación, pasiva primero, que la dejó sin aliento.

Gresham no estaba preparado para lo que se le vino encima, porque, sin tibieza ya, ella se sumó a la danza de los labios de ambos. La de Thara sabía a la fresa del postre, sus labios ardían, su lengua acariciaba la suya con compases primerizos que hicieron tamborilear su corazón y retumbar en su pecho.

Ese juego, sutilmente ingenuo, lo esclavizó, se apoderó de su voluntad y lo llenó de lujuria, haciéndolo profundizar en la boca femenina, a la vez que sus manos atrapaban el esbelto talle. Un suave gemido que brotó de la boca de Thara lo hizo estremecer e intensificó su deseo de inmediato. Sin embargo, un repentino relámpago de cordura lo obligó a separarse de ella. Apoyó su frente en la suya para recuperar el completo dominio de sí mismo y se abstuvo de abrazarla.

Thara, con la respiración entrecortada, se dejó caer contra la pared. Seguía con los ojos cerrados y las manos aferradas a la capa de Gresham.

Era un triunfo y James lo saboreó como tal. Pero fue un júbilo pasajero, porque, segundos después, cuando ella apartó las manos y lo miró a la cara, ya se había borrado de su rostro todo signo

de emoción.

—Lamento haberme dejado llevar, aún no ha hecho ninguna aportación como para cobrarse ese beso, milord.

A James se lo llevaron los demonios. ¡Así que estaba dispuesta a pagar un precio siempre que sacara algo de provecho en el asunto que se traían entre manos, obstinándose en negar la evidencia de la atracción que crecía entre ambos! Si existía una mujer empecinada en el mundo, sin duda se llamaba Thara Bannion.

Aunque entendía su postura, e incluso admiraba su prudencia y su moral, lo desconcertaba enormemente que se convirtiera en melaza en sus brazos para, al momento siguiente, recobrar su aplomo y su actitud fría y distante.

—Deberías haberme presentado a tus hermanos como tu prometido. ¿Por qué no lo has hecho?

—Porque no lo es. No quiero llevar este engaño más allá de lo necesario. Con que ellos crean

que es un amigo es más que suficiente, y que quede claro que no quiero que se meta en nuestras vidas.

—No sé si te das cuenta de que ya estoy metido. —Dio media vuelta para dirigirse hacia el

coche y añadió, mirándola por encima del hombro—: Vendré a recogerte mañana a las doce.

—Mejor a las diez.

Antes de que él pudiese responder, Thara se metió en la casa y cerró la puerta tras ella.

13

SE levantó en cuanto despuntó el alba. Bajó a las dependencias del servicio, le pidió a su todavía somnoliento ayuda de cámara que le fuese preparando un baño y entró en las cocinas acto seguido. Allí lo fue a buscar Goldman al cabo de un rato, mientras él atacaba pensativo un trozo de pastel de carne de la noche anterior.

—Su baño está preparado, milord.

—Voy ahora mismo.

Si para Aaron fue una sorpresa que su amo pusiera los pies fuera de la cama a una hora tan temprana, para Casper Bellamy, el cocinero, supuso trastocar toda su rutina diaria. Normalmente, desayunaban Aaron, Balthasar y él y luego preparaba algo ligero para el lord. Pero aquella mañana lord Salsbury se había levantado con un apetito voraz, y, además del pastel de carne, le encargó huevos, tocino, salchichas, tostadas y café cargado.

Mientras disponía las viandas ante el hombre al que servía, no se guardó su parecer:

—Se diría, milord, que hoy se ha propuesto poner la casa patas arriba a estas horas. Ni las gallinas se han levantado aún, permítame la licencia.

—Así es, Bellamy. ¿Queda más tocino?

—Queda, milord, queda.

—Sírveme un poco más. ¿O es que se ha racionado la comida?

Bellamy le sirvió otro par de lonchas en el plato.

—Espero, señor, que no se le pegue la grasa, como a mí.

James pidió a Dios no desarrollar el contorno de cintura de su cocinero y pensó que Casper estaba en lo cierto: mejor no atiborrarse de grasa por la mañana. En general, solía tomarse una taza de café y un poco de bizcocho; sin embargo, aquella mañana se había despertado con una energía inusual.

Por culpa de Thara. Pensar que iba a volver a verla le insuflaba bríos.

Le pidió papel y pluma a su ayuda de cámara mientras todavía devoraba el desayuno y, tan pronto como acabó, escribió un par de notas.

—Encárgate de hacerle llegar ésta a Lucas Forest, el pintor, ya sabes su dirección —le dijo a Aaron, que aguardaba pacientemente—. La otra es para William, en Braystone Castle. Que la lleve Balthasar. No voy a necesitarlo hoy, tomaré un coche de alquiler.

—¿De alquiler, milord?

—Eso he dicho.

—Como usted diga, señor.

Con su estómago satisfecho y animado por el plan que había ideado para esa mañana, regaló los oídos de Bellamy:

—Estaba todo delicioso, Casper. No sé qué haría sin ti.

—Pues recurrir a esa bazofia que preparan en cualquiera de los clubes que

frecuenta. O tal vez a los guisos tan elogiados de cierta cocinera —añadió, en referencia a su colega de Braystone Castle, a quien tenía la guerra declarada aun sin conocerla.

James no quiso darle pie a entrar en detalles, subió a su habitación para bañarse, se vistió y salió a la calle. A las diez menos cinco se apeó de un carruaje de alquiler que chirriaba de puro viejo, recorrió el camino de grava que llevaba a la casa de la familia Bannion y asió la aldaba.

Antes de llamar, dudó un instante. ¿Con qué humor lo recibiría aquella mañana la combativa «señorita Moon»? Ya le había dejado muy claro que no quería que se inmiscuyera en su vida más allá de lo imprescindible. Pero eso empezaba a hacérsele harto difícil.

Tomó aire, cuadró los hombros y llamó.

Los ojos de Thara volaron hacia la esfera del reloj. Se había equivocado al suponer que lord Salsbury se retrasaría. Se apresuró a subirse las medias, de sencillo algodón sin bordados, sujetándolas con ligas por encima de las rodillas. Luego se pasó las manos por una de ellas, que le había quedado torcida, para enderezársela.

—¡Qué más da! —Se bajó la falda de un manotazo—. Total, no se me van a ver.

Se colocó el sombrerito, agarró su raída pelliza tres cuartos, el bolso y fue a salir, pero dio media vuelta casi al instante, abrió el primer cajón de la cómoda, cogió la pistola y la navaja y las metió en el bolso. Luego caminó pasillo adelante, consciente de los involuntarios y desacompasados latidos de su corazón ante la perspectiva de volver a encontrarse con Gresham. Frenó de golpe. Iba casi corriendo.

«Lo único que me faltaba es que crea que estoy deseosa de estar a su lado.»

Se obligó a controlar su atropellada respiración, elevó el mentón y bajó la escalera despacio.

James aguardaba con un pie en el primer escalón y el antebrazo apoyado en la barandilla.

Thara se quedó con la boca abierta.

Estaba atractivo a más no poder, impecable bajo su capa oscura, con sus botas lustrosas, bien peinado y recién afeitado. Nadie podría imaginar que hubiera disfrutado, presuntamente, de una de sus noches de juerga.

Ella ahuecó el borde de su vestido para ocultar sus viejos zapatos, esforzándose en mostrarse cordial.

—Buenos días. Lamento haberte hecho esperar —lo tuteó ante la cercanía de Roberta.

—Ventajas de ser una dama. Mis cuñadas dicen que una mujer tiene ese privilegio.

—¿Qué privilegio? —preguntó ella, perdida en sus ojos oscuros, ligeramente rasgados, que la hacían olvidar hasta cómo se llamaba. Los seductores ojos de un demonio fascinante, el más perturbador que había conocido.

—El de llegar tarde.

—¡Qué tontería! Llegar tarde es una descortesía, se mire como se mire.

—Se lo diré a Kim y a Tat cuando me hagan esperar.

—¡No quería decir que ellas...!

—Tranquila, no voy a chivarme. Tienes un cabello precioso y, si supieran lo que acabas de decir, correrías el riesgo de que te lo arrancaran.

A Thara le costó disimular la sonrisa que pugnaba por escapársele ante su comentario, porque, por mucho que él dijera, la condesa de Braystone y la baronesa de Winter eran dos auténticas damas. Guapas, decididas y directas, tal vez demasiado directas, eso sí, pero damas de la cabeza a los pies. Roberta se fue camino de la cocina y Thara recuperó al instante la distancia en el trato.

—¿Nos vamos, milord?

James tuvo que acelerar para llegar antes que ella a la puerta, abrírsela y cederle el paso. ¿Por

qué diablos parecía querer ir siempre un paso por delante de él? Como pago a su galantería, Thara lo miró elevando las cejas.

—Puedo abrirla sola.

—Ya lo sé. Puedes abrir una puerta y bajar de un carruaje sin ayuda. ¡Hasta puedes meter las narices en un caso de asesinato! —dijo irónicamente, señalando el coche que los aguardaba—. Quizá también puedas comportarte alguna que otra vez como una verdadera señorita.

Ella se paró en seco.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso, milord?

—Mejor lo dejamos correr.

—¡De ningún modo! Me ha sonado a amonestación y no creo haberle dado motivos para que se muestre irritado.

—¿De verdad? —Abrió la puerta del carruaje y, sin darle tiempo a oponerse, la cogió de la cintura y la levantó, depositándola dentro. Dio la dirección de los Worthington al cochero, subió y cerró de un portazo—. Querida señorita, no tienes idea de lo que puedo hacer estando realmente irritado.

El vehículo se puso en marcha, lanzando a Thara contra su asiento. Se envolvió con su pelliza, porque el aire frío que se colaba por la rendija de la puerta, que no cerraba bien, era cortante y buscó acomodo intentando evitar que los bultos del asiento se le clavasen en el trasero. Notaba aún el contacto de las manos masculinas en su cintura.

Le extrañó sobremanera que Gresham hubiera ido a recogerla en un coche alquilado. No es que le importase el medio en que viajaran, pero a decir verdad echaba en falta la comodidad del suyo. ¿Por qué usaba otro? Iba a preguntárselo, cuando la cabina dio un bandazo y se enganchó la falda con un borde de madera suelto.

El vehículo era una auténtica ruina necesitada de urgentes reparaciones, como la mayoría de los que se alquilaban, carruajes desechados por familias pudientes, que acababan sus días como transporte para viajeros de escasos

medios.

Sumidos cada uno en sus cavilaciones, ella un tanto nerviosa bajo su atenta mirada y él ligeramente enojado, no se dijeron nada durante un rato.

Gresham tampoco estaba a gusto y lamentaba haber decidido prescindir de su confortable vehículo. El motivo de alquilar aquella desvencijada tartana que debería estar ya en el desguace empezaba a parecerle una locura. Sobre todo si no daba los frutos deseados. Por el contrario, si todo salía como tenía previsto, daría por buena esa incomodidad y muchas otras.

Miró fuera, viendo con el rabillo del ojo que ella se arropaba más en su pelliza. La cosa empezaba bien. Thara notaba el frío que se colaba en la cabina y, como todo un caballero, él pronto se ofrecería a sentarse a su lado.

Se había propuesto bajarle los humos. Para ello, ella debía aceptar su cercanía. Estiró las piernas, sin perderse ni uno de sus mohines de fastidio y vio que se apartaba cuando le rozó un tobillo.

«El caso es que Thara Bannion no se ajusta en absoluto a mi tipo de mujer», pensó una vez más.

No había conocido a otra igual. ¿Por qué su padre fue tan permisivo con ella? ¿Por qué no la había educado ateniéndose a la costumbre? ¿Tal vez debido a la falta de una madre? No. No podía ser eso, porque en Emma y Eugene había advertido una perfecta corrección de trato.

Se removió en el asiento sin dejar de observarla: ella no apartaba la vista de cuanto sucedía en las lluviosas calles por las que circulaban, pero parecía inquieta, se movía continuamente, golpeaba los pies en el suelo para hacerlos entrar en calor y estaba pálida de frío. Se fijó en que sujetaba el bolsito como si estuviera pensando atizarle con él de un momento a otro.

—¿Tienes frío? Siéntate aquí, a mi lado, y lo combatiremos juntos.

Thara se limitó a subirse el cuello de la pelliza y sacudir los pies con más brío, echándole una mirada de fastidio.

—No es necesario. Hace una mañana espléndida, milord, ¿no lo ha notado?

—Un borrico sería más fácil de convencer que tú.

—¿Decía, milord?

—Nada.

—Eso me parecía a mí. Nada.

James resopló. A empecinada no la ganaba nadie. Podría congelarse y no cedería un palmo.

Tentado estuvo de dejar que se las apañase como le viniera en gana, pero entonces ella estornudó y no lo pensó: cambió de asiento, ignoró su rechazo, la tomó de los hombros acercándola a él y luego los cubrió a ambos con su propia capa.

Durante los primeros segundos, Thara se quedó muy tiesa, mirándolo ceñuda con una expresión desabrida que hubiera desanimado al más intrépido. Una gota helada se coló por una de las grietas del techo, yendo a caerle justo en la punta de la nariz, haciendo que se echara hacia atrás maldiciendo.

James secó la gota de lluvia con un dedo y se arrimó más a ella. Thara ya

apenas se resistió, un poco más confortada por su calor corporal, relajándose lentamente, aunque intimidada por una proximidad que en el fondo deseaba.

Pero tenía que decir la última palabra y lo hizo:

—Sólo hasta que lleguemos a nuestro destino, milord.

14

LA primera impresión que Gresham tuvo de los Worthington no fue buena.

Los recibió un sirviente de aspecto apocado y levita gastada, que los hizo pasar a una sala oscura, donde hubieron de aguardar varios minutos. La habitación se mostraba al visitante con un mobiliario clásico que antaño debió de ser reluciente, escasa de complementos, con paredes cubiertas de acuarelas en las que los años habían dejado su huella, restos de una propiedad que debió de haber visto tiempos mejores.

La mujer que hizo acto de presencia poco después, envarada y con cierto aire de suficiencia, había superado sin duda la barrera de los cincuenta: era delgada, de rostro alargado en el que destacaba una barbilla ligeramente puntiaguda, y ojos pequeños e inquisitivos. Observó un momento a la pareja antes de presentarse.

—Soy la señora Worthington. — Su voz, algo aflautada, no disimuló el desagrado que le provocaba la inesperada visita—. El mayordomo me ha dicho que vienen de parte de sir Joshua Rowling.

—En efecto. Mi nombre es Thara Bannion. El señor Gresham y yo investigamos el asesinato de su sobrina y, si no tiene inconveniente, señora, nos gustaría formularle algunas preguntas.

Apretó los finos labios, al tiempo que clavaba su mirada en James.

—¿Gresham? ¿Está usted emparentado acaso con el conde de Braystone?

—Es mi hermano, señora.

—Me resulta increíble que alguien de su clase social se implique en estos menesteres —dijo, antes de volver su atención a Thara—. ¿Y dice que trabajan juntos, señorita? ¿Desde cuándo la policía contrata a mujeres?

—Desde que esas mujeres son especialistas en casos de asesinato —contestó ella con desenvoltura, atribuyéndose una condición que no poseía—. Pero si la perturba mi presencia, no tendremos problema alguno en que sean agentes uniformados los que vengan a hablar con usted. Aunque... no sé si le conviene demasiado, señora, ya sabe cómo se propagan los rumores.

«Directa a la yugular», pensó James, felicitándola mentalmente.

A una indicación de la dama, tomaron asiento. Gresham se dispuso a observar cómo la atrevida señorita Moon, autodenominada «especialista en asesinatos», tomaba las riendas del interrogatorio. La señora Worthington perdió algo de fuelle ante la penetrante mirada de Thara y no sabía muy bien qué hacer con sus huesudas manos.

—¿Qué quieren saber exactamente?

—Háblenos de Adriana. Todo lo que pueda decirnos sobre ella.

—Una muchacha reservada, arisca y desobediente. Aparte de eso, poco más puedo añadir.

—¿Tenía amigos... personales?

—¿Adriana? —se escandalizó—. No. Bueno, al menos ninguno del que nosotros tuviésemos noticia. Ya digo que era una muchacha reservada. Frecuentaba las reuniones de un tal pastor Whitaker. Y estaba loca, como su madre.

—¿Cómo ha dicho, señora? —preguntó James, apoyando los antebrazos en las rodillas e inclinándose hacia ella.

—Está recluida en Bedlam. No tuvimos más remedio que plegarnos al criterio de los médicos e internarla. Empezó a desvariar tras la muerte de mi cuñado.

—Entonces, ustedes administran sus bienes.

—Lo hago yo, en efecto —afirmó la potente voz del hombre que entró en la sala—. Soy Ronald, el hermano de Arthur Worthington y, desde el internamiento de mi cuñada, ejercía de tutor de Adriana. Pero si la pregunta hace referencia a una presunta herencia, lamento decir que ésta no existe. Ahora, deben disculpar a mi esposa, que tiene otras ocupaciones, de modo que yo responderé por ella. Te están esperando, cariño.

A la aludida no le hizo falta más para levantarse, excusarse y salir de allí. Pero antes de que lo hiciera, otra pregunta de Thara la detuvo:

—Señora Worthington... A propósito de su sobrina, ¿cómo era su relación con ella?

La mujer no se volvió, tan sólo agarró el picaporte con brusquedad antes de espetar:

—Me odiaba.

Su marido carraspeó, visiblemente incómodo, mientras se sentaba en el sitio que su esposa acababa de dejar libre. Trató de quitarle hierro a la frase, que había sonado fría y resentida: —Adriana nunca admitió que Cassandra asumiera las funciones de señora de la casa cuando enfermó mi cuñada. Contravenía continuamente las decisiones de mi esposa, lo que ha constituido para ella un notable sufrimiento, porque la quería como a una hija. Puedo asegurarles que su muerte ha sido un duro golpe para todos.

«Y los burros vuelan», se dijo James.

Si era cierto lo que decía, disimulaba a las mil maravillas su abatimiento. Sus gestos medidos, su rostro severo y sus ojos calculadores distaban mucho de reflejar la pena que pregonaba. Una pregunta le quemaba en la boca, pero Thara volvió a adelantársele:

—Y, dígame, con el asesinato de Adriana, ¿pasa usted a controlar íntegramente la herencia o existe algún otro albacea?

Worthington endureció aún más el semblante. Irguió la espalda y se pasó la palma de la mano por el ensortijado cabello, que le empezaba a escasear en la frente, dándose tiempo para controlar un tic nervioso en uno de sus párpados, antes de sacar una cajita con tapa de nácar del bolsillo de su levita y tomar un pellizco de rapé, que aspiró acto seguido.

—No hay ningún albacea salvo yo. Ya he dicho que apenas queda nada de la herencia —le contestó—. Se fue en pagar las facturas de los médicos que

atendieron a Belinda. Apenas quedan unos cientos de libras del patrimonio de Adriana. Se podría decir que mi sobrina vivía de nuestra caridad.

—Ya entiendo —respondió Thara. No había nada más fácil que averiguar si decía la verdad—. ¿Podríamos ver la habitación de su sobrina, señor Worthington?

—¿Para qué?

—Pura rutina. Lo habitual en estos casos. Una carta, un regalo... Cualquier detalle puede ayudarnos a encontrar una pista que nos lleve al asesino.

—¿Qué se sabe hasta ahora?

—Poca cosa. Únicamente hay un hecho incuestionable: que murió estrangulada.

—Los diarios especulan sobre un ritual.

—Los diarios fabrican titulares sin base con el único objetivo de vender más ejemplares, señor

Worthington. ¿Podemos ver la habitación ahora?

—¡Rita! —A su llamada acudió una joven criada que se mantuvo con la mirada baja y las manos cruzadas sobre su níveo delantal—. Acompaña a estos señores al cuarto que ocupaba la señorita. Por mi parte, debo acudir a una cita de negocios, les ruego sepan disculparme.

—No se preocupe, señor, molestaremos lo menos posible. Si tuviésemos que volver a hablar con usted de nuevo se lo haríamos saber.

Worthington asintió, carraspeó y, con expresión atribulada que pareció impostada, dijo:

—Encuentren ustedes a ese criminal.

Mientras seguían a la criada escaleras arriba, James se inclinó hacia Thara para musitar:

—No me gusta. ¿Podría ser él?

—Mi padre decía: nunca te fíes de lo que parece obvio.

15

THARA no pudo negarse a tomar un chocolate.

Con la taza caliente entre las manos, se sintió más reconfortada, pero abiertamente fuera de lugar en un local tan exclusivo, con elegantes arañas de cristal, un exquisito mobiliario y refinada tapicería, todo ello en un ambiente caldeado por una chimenea llena de grandes troncos. Nunca hasta entonces había podido disfrutar de semejantes lujos.

Estaba sumamente incómoda.

Por descontado, Gresham, relajado, en su ambiente, no había tenido problemas en conseguir el reservado, desde donde apenas se oía el tenue cuchicheo del resto de los clientes.

—Aquí se sirve el mejor chocolate de todo Londres.

Ella, sin otra referencia que el criterio de él, se limitó a mirarlo y contener un suspiro.

James estaba impresionante con su traje azul oscuro de paño fino, cuya chaqueta, hecha a medida, que se adaptaba a sus anchos hombros a la perfección. Se preguntó cuánto tiempo le llevaría hacerse el intrincado nudo del pañuelo.

Desvió la vista hacia la taza de chocolate, puesto que fijarse en él hacía que perdiera la concentración y activaba en ella la embarazosa percepción de que se encontraba ante un hombre que absorbía buena parte de su personalidad.

Y, además, Gresham le gustaba. Hasta el punto de fantasear allí mismo con estirar la mano y hundir los dedos en su oscuro cabello, acariciar su frente despejada, sus pómulos, su boca... Una boca que había probado y que se moría por volver a probar.

Carraspeó delicadamente, diciéndose que tenía que recomponerse.

—Estupendo.

—¿El qué?

«Tú», dijo dentro de Thara una vocecita. De inmediato, censurándose, reaccionó:

—¿Por qué opina que Worthington podría ser el asesino?

—Su hermano ha muerto, él era el tutor de Adriana, la única persona que queda ahora con derechos sobre las propiedades está ingresada en Bedlam, la relación con la chica no era buena, aunque haya querido hacernos ver lo contrario —enumeró—. Por otra parte, su hijo heredará lo poco o mucho que reste del patrimonio de Adriana. Basándonos en la lógica, creo que no deberíamos descartarlo como sospechoso. He de aceptar que tus primeras indagaciones sobre la familia eran acertadas, sin lugar a dudas.

No le faltaba razón en sus deducciones y ella agradeció el reconocimiento de su trabajo.

También era cierto que la sirvienta, animada por la libra que James había

puesto en su mano, soltó la lengua dando pelos y señales de la familia, lo que les hizo pensar que había más de un candidato con motivos para acabar con la vida de Adriana, pero en la cabeza de Thara se sucedían las dudas. —Nada es tan simple como parece.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. —Probó un pastelillo, era una exquisitez—. Está verdaderamente delicioso.

Insuperable —dijo, mirando a James nuevamente.

—Gracias —contestó él con una sonrisa.

¡Cómo sabía conjugar gesto y palabra para guiar la conversación a su terreno! Pero Thara no iba a morder el anzuelo. En su extraña relación, hasta que acabase la investigación y sus caminos se separasen, debía ser ella quien pusiera las normas, no dejándole sacar los pies del tiesto.

—Verá, milord, entiendo que esté acostumbrado a que las mujeres se rindan a sus encantos, pero no se confunda conmigo.

—¿Eso quiere decir que me será complicado seducirte?

—Quiere decir exactamente lo que he dicho, lord Salsbury.

—¡Por las barbas de Moisés! —estalló James de repente, a la vez que golpeaba la mesa—.

Deja de utilizar mi título cada dos segundos como un arma arrojadiza, Moon.

—Y usted deje de llamarme así.

—Me gusta.

—Pues a mí no.

—¿Por qué? ¿Acaso sólo pueden llamarte Moon tus allegados?

—Sólo ellos.

—¿Y yo no formo parte de ellos, siendo como eres mi prometida?

—¡Olvide de una vez esa tontería! Ni lo he sido, ni lo soy, ni lo seré jamás.

—Eso dices tú, pero todo Londres debe de tener ya conocimiento de nuestro compromiso.

—Es usted imposible.

—¿Por qué de súbito te has puesto a la defensiva?

Thara se removió inquieta en su asiento. Gresham desplegaba sus encantos y podía ser muy superficial, pero tenía la virtud de percibir sus estados de ánimo, haciéndolo además con una picardía que hacía tambalear su compostura.

—Por favor, lord Salsbury, centrémonos en el caso.

James vio que ella se replegaba y abrió las manos en señal de rendición, concediéndole una tregua, aunque no por ello iba a desistir en su empeño. Cada minuto que pasaba a su lado apreciaba en ella nuevas virtudes: a una incisiva inteligencia y una tenacidad comparable a la suya propia, se añadía que con un simple mohín de sus labios le aceleraba la sangre, haciendo que deseara besar aquel condenado lunar.

Lo estaba llevando al límite y la única forma de aplacar su desazón era

conquistándola.

—De acuerdo, ciñámonos al asunto: ¿por qué dudas de que Worthington sea nuestro hombre?

—No es que rechace la posibilidad. Una vez sepamos cuál es el montante de la herencia de Adriana, circunstancia esta que a su amigo el juez le costará poco averiguar, dispondremos de un dato real. Pero de momento, que sepamos, Ronald Worthington no tiene ninguna relación con la segunda víctima, Noelia Kendrick. Tampoco su esposa o su hijo, por lo que la sospecha tiene poco sustento.

—Ella me ha parecido una bruja pero, en efecto, aparte del móvil de la herencia, su culpabilidad tampoco tiene mucha consistencia.

—De todas formas, todo es factible. Mantenerlos bajo vigilancia no estaría de más.

—Supongo que los hombres de Joshua se habrán puesto ya a la labor.

Thara se acarició la barbilla y luego reflexionó en voz alta:

—¿Por qué maquillar ambos cadáveres de un modo tan extraño y grotesco? Las máscaras, las lágrimas, la marca de Satanás... Induce a pensar en crímenes rituales, en la obra de un maníaco o de una secta. Por mal que me haya caído, a Ronald Worthington no lo veo en ese papel.

—¿Acabo entonces de perder mi gratificación?

—¿Está en su ánimo mantener una conversación seria?

James le atrapó la mano con un rápido movimiento.

—Sí, si sigues mi consejo y te apartas del caso. Cada vez me gusta menos que te expongas,

Thara. No vamos tras un vulgar ladrón de perros, sino de un asesino. Y, aunque lo pueda parecer, yo no me tomo nada a la ligera, como haces tú, arriesgándote.

—Sé muy bien que cualquier investigación de esta índole conlleva un riesgo, milord —le dijo ella, notando un cosquilleo en los dedos—. ¿Y quién diablos le ha contado la historia del perro?

—Tu hermana. Y mis cuñadas.

—¡Menudos angelitos! —Dio un tirón a su mano, soltándose—. ¿Le dijeron también mi talla de ropa? Porque era suyo el vestido que llevaba en la fiesta de disfraces.

—A tanto no llegaron, aunque no niego que me gustaría saberlo. Me encanta la ropa femenina.

Por una fracción de segundo, Thara se imaginó a James ayudándola a vestirse... o a desnudarse y el corazón se le lanzó a galope tendido y se le encendieron las mejillas.

Mantener a Gresham alejado de su mente como sujeto erótico era como intentar derribar un muro a cabezazos. Cada palabra, insinuación, mirada o simple contacto de su mano conseguía que su imaginación empezara a divagar entre escenas carnales que la confundían y abrumaban.

Se levantó y recogió su pelliza y su bolso. Lo mejor era marcharse cuanto

antes, regresar a la armonía de su casa y calmarse.

—Pensaré detenidamente en nuestra visita de hoy, por si se nos ha escapado algún detalle.

—De paso, piensa también en lo que hemos visto y de lo que no hemos hablado.

A punto de salir del reservado, Thara se dio la vuelta.

—¿Qué hemos visto?

—Cruces.

—¿Qué cruces?

—Cuando hemos revisado el cuarto de Adriana.

—¿Se refiere al diario escondido entre sus pertenencias?

—Habría tenido lógica ocultarlo si se hubiera tratado de eso, de un diario. Pero no lo era.

Solamente tenía cruces pintadas. ¿Se te ocurre qué pueden significar?

—Lo cierto es que no le he dado demasiada importancia. Es posible que para Adriana tuviera

algún sentido. O que un exceso de celo devoto la hubiera obsesionado por Jesucristo, ya sabe que acudía a los sermones del pastor Whitaker.

—Por Jesucristo... o por Satanás.

Ante esa insinuación, Thara decidió tomar asiento de nuevo.

—Explíquese.

—Tutéame.

—¿Qué?

—Tutéame —insistió él.

—Acordamos que solamente lo haría cuando estuviésemos en público.

—Entonces, te quedarás sin saber mi teoría.

—No sea obtuso, milord.

Gresham se cruzó de brazos y calló. Thara esperó tres segundos, cuatro, cinco...

—¡Oh, está bien! Tú ganas. ¿Puedes explicarte, por favor?

Conseguido su objetivo, James apoyó los antebrazos en la mesa, inclinándose hacia ella.

—En la cubierta de la libreta estaban sus iniciales, ¿lo recuerdas?

—Por supuesto: A. W.

—Bien. Pues las cruces estaban invertidas en relación con las letras, lo que nos lleva a preguntarnos: ¿quería transmitir algo dibujándolas boca abajo?

Thara arrugó la nariz. «Parece que Salsbury no es tan frívolo como aparenta», se dijo. ¿Cómo no se había fijado ella en ese detalle? Lo achacó a que, mientras estuvieron a solas en la habitación, no había podido concentrarse como es debido, porque él la perturbaba, pero aun así, no debería habérsele pasado por alto.

—Una observación muy aguda.

—Me lo concedes de muy mala gana. No te irrites, a cualquiera se le hubiera pasado por alto.

—A mí no.
—No eres infalible.
—Acabas de dejármelo bien claro.
—Investiguemos, pues, de qué se trata.
Thara tenía que irse. Se levantó y James hizo otro tanto.
—Te acompaño.
—No es necesario.
—Me gustaría que...
—Es de día, en Londres no hay lobos sueltos y sé llegar hasta un coche de punto. No te atrevas a seguirme.
—¿Y si lo hago vas a dispararme con esa pistola que llevas en el bolso?
—Podría ser.
James rodeó la mesa antes de que ella pudiese eludirlo, la cogió por la cintura y se apretó a ella. Después la besó sin tregua, su lengua jugueteando con los labios femeninos hasta que Thara se rindió a la caricia.
Y a partir de ese instante, él se trazó una meta: la quería en su cama. Desde que se encontraron en Leeds y creyó luego que se había tratado de una alucinación, ya no hubo marcha atrás. Imaginaba sus piernas, largas y bien torneadas, alrededor de sus caderas, su vientre, sus pechos...
A Thara se le nublaba la razón al calor de la boca de James y del contacto de sus dedos masajeándole la espalda delicadamente. ¡Se sentía tan liberada entre sus brazos! Consiguió separarse de él porque su voluntad se sobrepuso al deseo de su cuerpo, que clamaba por seguir abrazado a aquel otro cuerpo musculado y fibroso y al disfrute de sus labios. El brillo de pasión en sus pupilas la delató cuando lo miró.
—Este envite no forma parte de esta mano.
—Por el contrario: has repartido cartas y yo he jugado el comodín de una pista.
—Del que te estás aprovechando en demasía.
—Es posible, pero el hecho cierto es que he sido yo quien lo ha sacado a colación. Bien, ¿cuál es nuestro siguiente paso?
—Visitar al médico que examinó los cadáveres. Quiero que nos confirme una cosa. Deberíamos ir también al Bethlem Royal Hospital, si podemos conseguir un pase.
—Te lo pondré en la mano.
—Para mañana.
—No me das mucho tiempo.
—Seguro que eres capaz de lograrlo, como otras muchas cosas que te propongas. ¿Puedes recogerme a las nueve?
—Acabarás matándome a madrugones.
James la observó con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, deleitándose con el contoneo de sus caderas mientras ella abandonaba el local, perdiéndose luego en el tumulto de la calle.
«Desde luego que consigo casi todo lo que me propongo, mi dulce

espejismo. Y te conseguiré a ti, cueste lo que cueste», se prometió.

16

EL doctor Allishigh asintió mecánicamente, con los ojos fijos en una lanceta que estaba limpiando a conciencia.

—En ambos cadáveres la incisión era la misma. Apenas se notaba, pero es cierto, señorita, a las dos muchachas las sangraron.

Gresham no supo exactamente qué buscaba Thara con aquella visita hasta que oyó hablar a aquel hombre de aspecto desorientado y mirada extraviada, que, sin embargo, gozaba de enorme respeto en la comunidad médica.

Era indudable que Thara hurgaba con sagacidad en detalles que se agrandaban a medida que preguntaba.

Dieron las gracias a Allishigh y salieron del edificio: ella, razonablemente satisfecha, como demostraba la viveza de su rostro; James con la sensación de estar allí de invitado, con su autoestima vapuleada. No cesaba de descubrir en Thara una capacidad deductiva que dejaba su propio potencial imaginativo en pañales.

Thara le expuso sus conclusiones en el carruaje, mientras se dirigían ya hacia su siguiente objetivo:

—No creo que nuestro asesino disfrute sangrando a sus víctimas.

—Entonces, ¿por qué lo hace?

—Eso es algo que aún no sé, porque contradice la lógica; puede que forme parte de su ritual.

—La lógica no existe para un maníaco.

—Muy al contrario.

Thara levantó la cortinilla para echar un vistazo fuera. Londres estaba inmerso en su entorno brumoso habitual, atestado, a tramos maloliente, vio un gran espacio destinado a mercado, donde los viandantes intentaban guarecerse de la lluvia torrencial con que el cielo los castigaba. Los cocheros, sentados en los pescantes, no cesaban de desgranar una sinfonía de obscenidades, sin preocuparse por si salpicaban de barro a quienes transitaban presurosamente junto a los carruajes. ¡Cuánto echaba de menos los espacios abiertos de Debor Manor, el olor de su tierra mojada, el verde de su campiña! A James tampoco le gustaba nada aquel tiempo tan desapacible, especialmente cuando podía estar caliente y cómodo en su cama, o desayunando junto a alguna dama que la noche anterior...

Se removió en el asiento, desasosegado, preguntándose por qué intentaba engañarse a sí mismo. Podía disfrazarle la verdad a cualquiera, pero falseársela uno mismo era una estupidez supina. En aquellos momentos no cambiaría el confort de una cama ni los sedosos brazos de ninguna de sus antiguas amantes por el placer de acompañar a aquella mujer que lo atraía irremediablemente y lo desesperaba a partes iguales.

—¿A qué te refieres?

Thara parpadeó, se mordisqueó el labio y le prestó atención, consciente de haber estado ausente durante unos momentos.

A James se le dispararon las pulsaciones mientras contemplaba el lunar que lo cautivaba.

—Nadie hace nada porque sí. Ni siquiera un maníaco asesino, lord Salsbury. Si hizo la incisión...

—Vuelve a llamarme otra vez así y te juro, Thara, que te echo del carruaje.

A ella le costaba tratarlo con la familiaridad que le exigía.

—De acuerdo, Gresham.

—Acabaré por abalanzarme sobre ti.

Thara esbozó una sonrisa y asintió, en el fondo encantada.

No estaba segura de hacia dónde podían llevarlos las revelaciones del médico, pero le producía una cierta embriaguez que éstas coincidieran con sus sospechas. Por otra parte, no quería estropear, por una nimiedad, el buen talante de su compañero.

—Iba a decir... James, que si les hizo esos cortes, debía de tener un motivo para ello.

—Tal vez le guste conservar un recuerdo de sus víctimas.

—Se hubiera llevado una joya, un mechón de cabello, incluso un dedo, pero ¿sangre?

—¿Un dedo?

—Mi padre llevó un caso en que el asesino cercenó la mano de su víctima. Cuando lo capturaron, la encontraron adornando su piano.

—Ya veo que no has crecido jugando con muñecas o soñando con príncipes azules.

—Las muñecas me aburrían, y los príncipes azules sólo existen en los cuentos. Yo siempre fui una niña realista. Me gustaba mucho más sonsacar a mi padre a propósito de su trabajo.

—Más creativo, sin duda, pero mucho menos femenino.

A Thara se le encogió el estómago y apartó la vista, quedándose repentinamente seria. El comentario removió sus recuerdos y la trasladó en el tiempo, llevando de nuevo a su memoria secuencias de la humillación sufrida hacía años.

En aquel entonces, apenas cumplidos diecisiete años, sí era la jovencita que ahora trataba de negar: soñadora, llena de ilusiones y enamorada hasta los huesos de un muchacho tres años mayor. «Anthony Weston», dijo el nombre mentalmente, con el sabor de la bilis subiéndole a la garganta: el príncipe azul con el que ella fantaseó que se comprometía e incluso formaba una familia.

Él no escatimó lisonjas cortejándola y ella creyó cada una de sus almibaradas palabras hasta el punto de casi entregársele. Sin embargo, el sueño se hizo pedazos, dejándole una herida que seguía allí, en su corazón, sin acabar de cicatrizar, cuando fue testigo accidental de cómo Anthony se reía con sus amigos a su costa. Para él no había sido más que una apuesta que ganar si conseguía seducirla.

—Es vulgar y nada femenina — lo oyó decir—. En cuanto os gane las veinte libras, me desharé de ella.

A pesar de los años transcurridos, el daño producido por aquella baladronada continuaba escociéndole como si le vertieran vinagre en un corte.

Reconocía que nunca se había guiado por comportamientos sociales al uso, ni en cuanto a la moda ni en cuanto a coquetería. No se maquillaba, prestaba la atención justa a su cabello y sus ropas tendían a ser simples e informales, en efecto, poco femeninas. Y ahora, además, se movía en un ámbito vedado a una mujer.

Distaba mucho de parecerse a sus amigas, siempre acicaladas, con vestidos bonitos y elaborados peinados. Ellas sí gustaban a los hombres y hacían lo necesario para que así fuera. Gresham era el ejemplo más cercano: típicamente masculino, interesado por una apariencia de muñeca de porcelana mucho más que por la inteligencia de una mujer. Lo confirmaba a cada paso con comentarios superficiales. Entonces, ¿por qué demonios insistía en tejer su tela de araña? ¿Por qué aprovechaba cualquier oportunidad para besarla?

«Por la novedad. Para él soy una rareza y, como tal, un desafío, igual que para Anthony.»

Y por otra parte, si era así, ¿por qué ella se avenía a su juego? La respuesta no era otra que porque le gustaba, tuvo que admitir.

Se estaba mortificando tanto que no se atrevía ni a mirarlo a la cara. Desde aquella cruel burla que la marcó, Thara había procurado no escuchar los requiebros de los hombres que se le acercaban, pero James minaba sus fuerzas y estaba consiguiendo que le importaran los suyos.

Sus luchas dialécticas, el trato distante que se empecinaba en dispensarle, no eran más que un escudo defensivo tras el que se protegía del deseo que despertaba en ella su presencia.

Le reconcomía lo poco que le había servido portegerse tras una aparente indiferencia, porque la realidad era que se sentía cada vez más atraída por Gresham.

Él, ajeno a la batalla que Thara libraba en su interior, presintió sin embargo que algo se había roto entre ellos. La buena disposición de ella se había transformado en un silencio hermético y una mirada huidiza.

No acababa de comprenderla. Tan pronto se mostraba animosa como se replegaba en sí misma, alejándose a leguas de distancia. Lo irritaba y fascinaba a partes iguales. Había en aquella muchacha un aura que lo absorbía hacia el remolino de sentimientos contrapuestos que su presencia le provocaba, llevándolo como una barquichuela a la deriva. Desde un momento que no podía precisar, Thara Bannion había dejado de ser la señorita gazmoña de maneras poco convencionales para convertirse en una mujer que lo atraía poderosamente. Una auténtica obsesión.

Seducirla ya no era un fin en sí mismo. Empezaba a no importarle tanto tenerla en su cama, como ver su sonrisa, reflejarse en sus grandes ojos o deleitarse con su inteligencia. Besarla lo elevaba a la gloria, haciendo que el

corazón se le desbocara, pero era su agudeza mental la que lo estaba conquistando.

Empezaba a sentir hacia Thara algo más que una simple atracción sexual, y eso lo molestaba.

17

LA institución hacía tiempo que había dejado de ser parte activa del entretenimiento dominical de damas y caballeros, quienes, por apenas un penique, podían pasar la tarde observando a los enfermos mentales, a los que entonces, y ahora, se les aplicaban castigos físicos, terapia comúnmente aceptada como necesaria para su curación.

James, contrario a tales prácticas, se ponía de mal humor pensando que aquellas pobres almas abandonadas a su suerte soportaban humillaciones y golpes en lugar de recibir cuidados, encadenados en ocasiones durante meses o años como si de animales peligrosos se tratara.

Mientras avanzaban por el lúgubre pasillo, miró de reojo a Thara, que hasta entonces parecía bastante dispuesta a la visita, pero que en esos momentos se mostraba intranquila y se diría que hasta acobardada.

No era para menos: los gemidos agónicos, los gritos desaforados y las palabras desenfrenadas o procaces de los enfermos escapaban de las celdas y reverberaban en las paredes de las galerías mal iluminadas.

La tomó del codo con ánimo de reconfortarla y ella, necesitada de apoyo moral, se lo agradeció con lo que quería ser una sonrisa aunque no pasó de mueca.

James había conseguido pases para una visita privada, oponiéndose tajantemente a que Thara llevara a cabo la entrevista en una sala común, por mucho que los pacientes estuvieran vigilados por enfermeros que más bien parecían carceleros.

Precisamente uno de ellos, el que los precedía, fuerte como un toro y de cuya cintura colgaba un manojo de llaves, los condujo hasta una sala apartada, abrió una puerta de barrotes y les cedió el paso.

—Diez minutos.

Gresham cerró a sus espaldas. La habitación no tenía más de diez metros cuadrados y olía a humedad.

Dentro había una mujer, una figura encogida y silenciosa. Estaba sentada en la silla que, junto con un catre y un desvencijado armario, componía el escaso mobiliario. Miraba obsesivamente la ventana en la que un gorrión iba y venía por el alféizar, ajeno a la existencia lóbrega y sin futuro de la gente que se consumía tras aquellos muros.

Haciéndole una seña a Thara para que se mantuviera apartada, James se acercó a la enferma con precaución.

A pesar de su rostro pálido, su cabello rubio cortado casi al rape, sus ojos sin vida y la bata medio ajada con que se cubría, en Belinda Worthington aún podía verse a la mujer bonita que debió de ser.

—Señora Worthington...

Ella ni se inmutó. Continuó absorta en el pajarillo, como si no lo hubiese

oído.

—Belinda...

Nada, ni siquiera un parpadeo.

James empezó a dudar de que la visita pudiera servirles de algo y le hizo a Thara un gesto de desaliento.

En el corazón de la muchacha se fue abriendo paso un cierto sentimiento de simpatía hacia Salsbury. Porque allí, superado por la visión del despojo humano en que habían convertido a Belinda Worthington y tan lejos del entorno en que él vivía, no transmitía en absoluto la imagen de calavera que se empeñaba en adoptar.

Ella se acercó a la mujer sin miedo y la tocó suavemente en un brazo.

—Belinda, queremos hablarle de su hija.

La única respuesta de la enferma fue un leve parpadeo. El pajarillo emitió un trino, voló y ella dejó escapar un suspiro entrecortado, sin desviar un ápice su mirada extraviada de los barrotes de la ventana.

—Vámonos, Thara, dejémosla en paz, es inútil.

Un impulso espontáneo llevó a ésta a acariciar la dorada cabeza de la señora Worthington, apartándose luego de ella. En realidad, no sabía qué esperaba conseguir yendo a verla. Ahora lo lamentaba, porque ser testigo de hasta dónde puede llegar la degradación de un ser privado de cordura la había dejado abatida.

James estaba a punto de llamar al enfermero, cuando la oyeron decir:

—Adriana está muerta.

Se volvieron a la vez: Belinda Worthington los estaba mirando fijamente, con una pena infinita en sus ojos cuajados de lágrimas. Ninguno de los dos tuvo arrestos para decir una palabra. —Sabía que sucedería tarde o temprano.

Thara hizo ademán de volver a acercársele, pero James la retuvo por un brazo, negando con la cabeza.

—¿Por qué dice eso, Belinda?

—¿Está muerta? —dijo ella entonces.

¿Negárselo les serviría de algo? Probablemente, no. Además, no preguntaba, prácticamente afirmaba.

—Sí, lo está. Lo lamento.

Gruesos lagrimones resbalaron por las mejillas de la mujer, llenando la habitación de un dolor callado.

—¿Cómo ha sucedido?

Ellos dos intercambiaron una rápida mirada. ¿Valía la pena aumentar su sufrimiento contándole los horrendos detalles?

—Un desafortunado accidente, señora Worthington.

—Desafortunado y oportuno, sin duda, puesto que ya no hay nada que impida a Ronald hacerse con lo que ansiaba.

—¿Su cuñado?

Belinda se pasó una mano por la cabeza y volvió a mirar la ventana y el trocito de cielo plomizo que se veía a través de ella.

—Consiguió que me declararan loca sobornando a un par de médicos poco escrupulosos para encerrarme aquí. La mayor parte de mis conocidos lo creyeron. —Se volvió hacia ellos, mirándolos con la lucidez de una persona completamente cuerda—. No cometan ustedes el mismo error.

—Le molestaba para sus fines, ¿es eso lo que quiere decir? —preguntó James.

—Hizo todo lo que pudo para convertirse en el tutor de Adriana. Sí, yo le estorbaba, pero con mi esposo muerto y yo encerrada entre estas paredes, tenía el camino expedito. Y ahora Adriana está muerta. Me lo decía el corazón desde hacía días.

Se encogió y soltó un profundo gemido, al tiempo que se cubría e l rostro con las manos y su enflaquecido cuerpo se veía sacudido por un llanto desgarrador.

James estaba furibundo, pero no dejó de pensar con lógica. Se hallaban ante una persona presuntamente privada de razón. ¿Eran sus palabras producto de un delirio enfermizo o realmente Ronald Worthington estaba tras aquella depravada maquinación?

De momento, al menos hasta que recibiese el informe del abogado de la Gresport Company, a quien le había pedido que investigase las cuentas de la familia, sólo cabía enfocarlo como supuestas imaginaciones de la mujer.

—¿Cómo murió realmente Adriana, señor? —preguntó decididamente Belinda, secándose las lágrimas e irguiéndose en su silla—. Y dígame la verdad, sin mentiras piadosas, porque lo del accidente no me lo creo.

—Fue asesinada, señora Worthington.

La mujer mantuvo la vista al frente, hierática.

—Ronald es un ser mezquino, un cerdo egoísta, pero no tiene agallas para cometer un crimen.

—¿Su cuñada entonces? ¿Tal vez su sobrino, Andrew?

—Querían casar a mi hija con ese estúpido muchacho que no sirve ni para descalzarla. No, no hay adjetivos para calificar el daño que me han hecho, pero ninguno de ellos llegaría a tanto.

—Su cuñado niega que haya ninguna fortuna, dice que se gastó en su mayor parte en su tratamiento.

—El objetivo no era el dinero, escaso a decir verdad. El botín es una importante propiedad en Cornualles. Claro que gastó algún dinero en los médicos —añadió—, porque sobornar resulta caro. Aun así, no supuso ni el importe que se le puede sacar en el mercado a un par de los caballos que mi marido criaba en Worth Manor.

Dado que la mujer estaba dispuesta a hablar y que, aparentemente, lo hacía con lucidez, Thara quiso intervenir.

—¿Tenía amigos su hija?

—Apenas ninguno, si se refiere a pretendientes. Se relacionaba poco desde la muerte de mi esposo, centrada como estaba en su fijación por el ocultismo.

A Thara la respuesta le supo a poco, así que se acercó, se acuclilló delante

de ella, y le preguntó:

—¿Cree que podía estar en contacto con alguna secta?

—Nunca me contaba nada. —Se levantó con esfuerzo con la ayuda de Thara y caminó cansinamente hasta la ventana, donde acarició los barrotes—. Antes de la desgracia del fallecimiento de mi esposo estábamos muy unidas, me confiaba sus cosas, pero después comenzó a distanciarse, regresaba a casa a horas intempestivas sin dar ninguna explicación. Idolatraba a su padre, y le costó mucho superar su muerte. Al principio se pasaba noches enteras encerrada en su cuarto y se negaba a comer.

—¿Nunca dijo con quién o adónde iba? Intente recordar, señora Worthington, por favor, es de suma importancia.

—Siempre callaba cuando le preguntaba. Volvía rara, silenciosa, como ida. En cierta ocasión, muy preocupada por su comportamiento esquivo, entré en su cuarto dispuesta a sacarle la verdad

como fuese. Dibujaba signos extraños.

—¿Cruces?

—Cruces invertidas. —Se volvió hacia Thara con los ojos anegados por el llanto—. ¿Sabe qué fue lo único que me dijo? «Él me ayudará a ponerme en contacto con papá .» Mi esposo había fallecido hacía dos meses.

—¿Él? ¿A quién se refería?

—Lo ignoro.

—¡La visita ha terminado! —dijo el enfermero, sobresaltándolos.

—Encuentren al asesino de mi hija —les pidió Belinda, mirándolos esperanzada—. Prométanme que lo harán.

James tomó a Thara del brazo. Tenían que salir de allí y no podían arriesgarse a hacer una promesa que no sabían si podrían cumplir:

—Daremos con él, señora Worthington —se limitó a decir.

18

—¿CÓMO hará usted para que reconsideren la enfermedad mental de esa mujer? Para ello debería ser examinada por otros médicos —argumentó Thara, cuando ya se detenía el carruaje.

—Vuelves a tratarme de usted —le recriminó Gresham—. Déjame hacer, confía en mí. Siempre hay medios.

—¿Qué medios?

—Encontraremos el modo de que examinen a la señora Worthington y emitan un nuevo diagnóstico. Es cierto que la primera impresión que da es la de una persona perturbada, pero al hablar con ella... No entiendo de estas cuestiones, por supuesto, pero yo diría que de loca no tiene nada. Si acaso un poco desequilibrada como consecuencia de la pérdida de su marido y de su encierro. A cualquiera podría pasarle lo mismo.

—Los médicos no deben de compartir esa opinión, cuando la tienen aquí.

—Ya veremos. Pero me apostaría algo a que esa mujer está tan cuerda como yo mismo.

—Entonces, me temo que la pobre no saldrá nunca de la institución.

James soltó una sonora carcajada. Bajó del carruaje y le ofreció la mano. Por unos segundos, las espadas estuvieron en alto, pero Thara acabó por aceptar su gesto caballeroso, aunque a regañadientes, poniendo distancia en cuanto sus pies pisaron la calle.

James le dijo al cochero que se mantuviera cerca y luego la tomó a ella del brazo, guiándola hacia la entrada del local frente al que se habían detenido.

—Creía que habíamos dicho que nuestra siguiente parada sería la casa de los Kendrick.

—Tomémonos un descanso, lo necesitamos.

—Deberíamos atenernos a lo previsto.

—Si sigues frunciendo el cejo acabarán saliéndote arrugas. Hay tiempo para todo y creo que te van a gustar los dulces que preparan aquí.

James se imaginaba un rato de tranquila camaradería junto a ella, pero en cuanto traspasaron la puerta del local, sus ilusiones se desvanecieron: sus cuñadas y las abuelas ocupaban una mesa próxima a la entrada. ¡Condenación! ¿Tan pequeño era Londres? Imposible dar marcha atrás, pues los habían visto y Kimberly ya les hacía señas llamando su atención. Maldijo de nuevo su mala suerte, recompuso el gesto y llevó a Thara hacia el grupo, percibiendo su envaramiento. Era evidente que a ella tampoco la hacía muy feliz el inesperado encuentro.

—¡Vaya sorpresa! —les saludó Tatiana, palmeando un asiento a su lado—. Creíamos que os habíais fugado a Gretna Green.

Thara se esforzó por esbozar una sonrisa más o menos convincente, saludó con una inclinación de cabeza y ocupó el asiento que se le ofrecía, mientras

Gresham repartía besos entre la concurrencia antes de sentarse.

—¿Va todo bien, cuñado? —quiso saber Kim—. Tienes una cara como si acabases de ver a un hombre con tres cabezas.

—¿Qué hacéis aún en la ciudad? —preguntó él a su vez—. Tenía entendido que pensabais ir a visitar a Cameron.

—Y así er a —confirmó lady Agatha—. Desgraciadamente, hemos tenido que posponerlo; el muchacho no puede recibir visitas durante un par de semanas.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Si damos crédito a lo que nos cuentan, poner melaza en la cama de un profesor —contestó lady Eleanor torciendo el gesto y añadiendo, como no podía ser menos—: ¡Qué vergüenza!

Thara, condescendiente y risueña, recordó que ella misma había escondido una culebra en el sombrero de una profesora, hacía ya muchos años.

A James, por el contrario, la travesura del chico no le hizo la menor gracia.

—Ya nos veo cambiándolo de escuela.

—Se quedará donde está —replicó su abuela, negando con énfasis con la cabeza—. Afrontando las consecuencias de sus actos. Ya verás cuando vea a ese tunante... Querida —dijo entonces, mirando a Thara—, me temo que vas a emparentar con una familia no demasiado cabal. ¿Lo has pensado bien?

—Lo estoy haciendo, milady.

Tan franca respuesta hizo reír abiertamente a la dama, lo que dio pie a abrir el cajón de los pequeños secretos familiares, contándole algunas travesuras de sus nietos cuando eran niños. Todos se fueron contagiando del buen humor y de la risa provocada por tales anécdotas.

El tono de informalidad en que se desarrollaba la conversación hizo que Thara se relajara, y

que incluso interviniese alguna vez en la conversación, sin hacer caso de la mirada de Gresham, que no dejaba de observarla.

—Dado que mi nieto menor no se dignó ni tuvo la gentileza de presentarte debidamente a la familia —le dijo lady Agatha en cierto momento—, imagino que, al menos, habréis pensado en algún tipo de reunión o evento para dar a conocer oficialmente el compromiso.

A Thara se le atascó el aire en la garganta, absolutamente sorprendida. Sus ojos buscaron los de James como tabla de salvación, pero el muy condenado, con un codo sobre el respaldo de su silla, se limitó a sonreír y esperar su reacción sin intervenir.

—Milady, yo...

—Habrá que organizar algo, sí —le echó por suerte una mano la condesa de Braystone al ver su apuro—. Algo íntimo. Permita que Tatiana y yo nos hagamos cargo de todo, abuela.

—Sea.

—Por cierto, James —intervino Tatiana, la baronesa de Winter, cambiando sutilmente de tema—, Darel me ha pedido que me pase a ver al hermano

Gregory para recoger unos documentos. ¿Te importaría hacerme el favor de ir tú? No nos queda más remedio que acercarnos a visitar a Lucinda Alston, que ha tenido una recaída.

—No hay problema.

—Eres un amor, cuñado. Bueno, se nos ha hecho un poco tarde, disculpadnos pero hemos de dejaros.

—Por supuesto —casi las instó James, impaciente por quedarse a solas con Thara.

Se despidieron en la puerta del local, no sin que lady Agatha insistiera en organizar la reunión lo antes posible.

—Son un grupo ciertamente interesante —comentó Thara cuando se hubieron alejado.

—E inoportuno.

—Cualquiera diría que te ha contrariado encontrarte con ellas.

—¿Tanto se me ha notado?

—Eres como un libro abierto.

—Espero que no —murmuró él. Si Thara conociera sus más íntimos pensamientos respecto a ella, lo mataría, o se moriría de vergüenza, allí mismo—. No me malinterpretes. Las adoro, pero a veces pueden resultar engorrosamente entrometidas.

—¿Lo dices por el asunto de la fiesta?

—¿A ti te apetece?

—¿El qué?

—Que Kim y Tat organicen una velada para anunciar formalmente nuestro compromiso.

—A tu abuela no le falta razón: sois una familia de excéntricos.

—Ella dijo poco cabal.

—No diría yo tanto, pero sin duda bastante pintorescos. Y empecinados, sobre todo empecinados.

—¿Más que cierta joven de espíritu detectivesco?

—Mucho más. Y contestando a la pregunta: no. Ya está suficientemente enredada nuestra relación, como para, además, hacer alarde de un supuesto compromiso. No he visto locura igual y por nada del mundo me prestaría a semejante bufonada. De modo que ya puedes ir quitándoles la idea de la cabeza.

James estuvo en total acuerdo con ella: su vínculo ya se había enmarañado lo suficiente. Pero, por otra parte, no dejó de herir su orgullo que Thara insistiera en recordarle que el compromiso era una simple farsa, cuyo telón caería cuando dieran con el asesino, si es que conseguían desenmascararlo.

En circunstancias normales, se hubiera sentido eufórico al conocer que ella no quería mantener el engaño más allá de lo imprescindible, que después no le pediría nada. Entonces, ¿por qué tenía la sensación de haber recibido un puñetazo en plena cara?

A no demasiada distancia de ellos, vieron llegar a Power conduciendo

hábilmente entre otros carruajes que atestaban la vía pública, esquivando carros de vendedores y sorteando a chiquillos que, entre gritos y carreras, atravesaban el empedrado jugando a perseguirse, sin ver el peligro. James desplegó la escalerilla, le indicó a su cochero qué dirección tomar, subieron y se

pusieron en marcha.

—¿Adónde vamos?

—A cumplir el encargo de Tat. Espero que no te importe acompañarme, no nos entretendremos mucho.

19

LA persona que dirigía el orfanato era un hombre de sotana gastada y edad difícil de precisar, que los recibió con una sonrisa sincera que dejaba al descubierto los huecos de las piezas dentales que le faltaban.

—Ella es la señorita Bannion. Thara, te presento al hermano Gregory. Cuidado, o te sacará hasta el último penique de tus ahorros para sus muchachos.

El aludido festejó la ocurrencia de Gresham con una carcajada, que frenó un acceso de tos.

—Es un placer, señorita. No le haga caso, no soy el vampiro que pinta, aunque toda ayuda es poca. ¿Cuánto hacía que no te veía el pelo, Salsbury?

—Demasiado y lo lamento. ¿Cómo van por aquí las cosas?

—Viento en popa, hijo. Podremos inaugurar la nueva ala del orfanato muy pronto, la semana próxima nos llegarán los catres.

—Una noticia excelente.

—De no haber sido por las aportaciones de tu familia...

—¿Y el pequeño Gustav? —lo interrumpió James, que no quería que la conversación fuera por ahí—. ¿Se ha recuperado del todo?

El clérigo elevó sus pobladas y canosas cejas, aprovechando para fijarse en la muchacha que acompañaba a James.

—Por ahí está, correteando con los demás críos.

Para Gregory no era una novedad que los Gresham procuraban por todos los medios ser

discretos respecto a sus actos de caridad, y que contribuían con importantes donativos al mantenimiento o mejora de varias instituciones, entre otras la suya. Desde hacía años, colaboraban con St. Thomas, y era sobre todo gracias a ellos como el orfanato podía seguir dando cobijo a muchos huérfanos rescatados de los barrios bajos de Londres, procurarles alojamiento, formación y, posteriormente, un modo de ganarse la vida.

Algunos de esos muchachos engrosaban ahora las filas de la Brenton School, una escuela naval erigida en Cheryl Bay a la memoria del fallecido Adam Brenton, vizconde Teriwood, hermano de la condesa de Braystone.

Se guardó por tanto su agradecimiento y, dirigiéndose al zaguán que daba acceso al viejo edificio que pedía un encalado a gritos, los invitó a seguirlo.

A Thara no le pasó desapercibido cierto azoramiento en la actitud de Gresham cuando el hermano Gregory había hecho referencia a las aportaciones. Le resultó chocante por infrecuente. Era evidente que el religioso le estaba agradecido a su familia, pero James impidió con delicadeza que mencionara una ayuda que debería enorgullecerlo. ¿No era cierto que las clases adineradas se vanagloriaban de sus limosnas?

Debía de ser la hora del recreo, porque numerosos niños que salían de las

aulas se dispersaron por doquier, vigilados por dos adultos que hacían oídos sordos al alboroto reinante.

Gresham los saludó con una inclinación de cabeza que fue respondida casi al unísono, y, siempre en pos de su animado guía, llegaron a un patio de buenas proporciones, flanqueado por árboles añejos.

Allí el griterío era ensordecedor: había chicuelos luchando por una pelota confeccionada con tiras de goma; otros que se mecían en columpios, vociferando como si estuvieran a una gran distancia; un par de ellos volcaba su atención en un tablero, con media docena de observadores a su alrededor; los de más allá reían rodeando a un pequeño que, con los ojos vendados y los brazos extendidos, intentaba atrapar a uno de quienes lo jaleaban.

—¡Gustav!

De alguna manera, la voz del hermano Gregory llegó a su destino y un niño flaco, de ensortijado cabello pelirrojo, se olvidó de perseguir la humilde pelota por la que disputaba sin tregua, para acercarse a ellos corriendo, todo él una sonrisa desdentada y con la cara llena de pecas. Se lanzó a los brazos abiertos de James.

—¿Ya estás bien, pilluelo?

—Sí señor. El hermano Gregory *m'hizo* tragar un frasco *d'una* cosa asquerosa y me curé.

A Thara la inundó una oleada de ternura ante el desparpajo del niño, que mostraba su interés por ella mirándola de hito en hito.

—Gustav quiere ser marino, ¿sabes? —le comentó James, aún agachado ante el niño.

—¡Voy a ser capitán! —matizó el renacuajo, cuadrando sus escuálidos hombros y estirando el cuello con jactancia.

La inesperada visita atrajo la atención de los demás huérfanos, que, poco a poco, fueron abandonando sus juegos para congregarse en torno a ellos. Uno de aquellos chiquillos, que apenas levantaba dos palmos del suelo, moreno como un tizón y con la carita sucia de tierra, dio un tirón a la capa de Thara para llamar su atención.

Es-tu sa femme?

—¿Qué has dicho, pequeño?

Gresham se levantó, cogió al crío en brazos, le dio un sonoro beso en la mejilla y le contestó:

Elle est une bonne amie, Jean-Pierre.

Thara, un tanto azorada por sus escasos conocimientos de francés, sonrió forzadamente.

—¿Qué...?

—Jean-Pierre quería saber si eras mi mujer.

—¡Ah!

—Le he dicho que eres mi amante.

El rubor tiñó las mejillas de ella y echó una mirada desasosegada al hermano Gregory, que, gracias a Dios, estaba atendiendo a otros niños que

hablaban todos a la vez. Difícilmente pudo haberlo oído.

—No domino el idioma, pero sí conozco el significado de la palabra *amie*: amiga, no amante. Gresham sonrió beatíficamente y atendió las demandas de algunos muchachos que le pedían golosinas. Al hermano Gregory le costó poner orden.

—Hoy no he traído dulces, pero prometo enviaros una bolsa bien repleta. Lo lamento —se excusó con el clérigo—, no tenía prevista la visita. Me he acercado por unos documentos para mi hermano Dar el.

—Ah, sí, las facturas de la obra. Las tengo en mi despacho. Si me acompañáis...

El grupo de niños se resistió como uno solo a que «el señor», como lo llamaban, los

abandonase tan pronto. Se multiplicaban las protestas mientras se marchaban, hasta que se impuso la

vocecita del pequeño Gustav, eso sí, pidiendo a voz en grito:

—¡Juguemos a piratas!

—*Jouons á la cachettel*! —berreaba a pleno pulmón Jean-Pierre agarrado a las piernas de Gresham como una lapa—. *Jouons á la cachettel*!

Con una paciencia que a Thara le pareció encomiable, Gresham tranquilizó a la barahúnda que lo acosaba repartiendo caricias aquí y allá.

—Vamos, vamos, dejad tranquilo a milord, muchachos, el recreo ha terminado, todos a clase — seguía intentando imponer un poco de calma el hermano Gregory.

A la andanada de murmullos de protesta, se sobrepuso la vocecilla de Jean-Pierre pidiendo que jugasen al escondite, esta vez dirigiéndose a Thara, que no entendió una palabra. Nunca se había visto acosada de una forma tan enternecedora. Acorralada por los niños que reclamaban su atención tirándole de la ropa, se dio cuenta de la necesidad de cariño de aquellas criaturas.

Estaba segura de que el hermano Gregory hacía lo imposible por ellos, pero era impensable que pudiera dedicarles mucho tiempo a cada uno.

—Podríamos saltarnos hoy las clases, ¿no? —propuso James.

—Me los revolucionas cada vez que vienes de visita —se quejó el religioso, frunciendo el entrecejo—. Mañana querrán otro tanto y yo seré un ogro porque tendré que negarme.

A pesar de sus reproches, Thara percibió en sus cansados ojos el cariño que sentía por los niños, absolutamente pendientes de su respuesta.

—Solamente hoy, hermano —intercedió también ella, sin saber lo que, más tarde, le acarrearía esa petición.

—De acuerdo.

Los chillidos de júbilo hicieron encogerse a Thara, que, de inmediato, se vio arrastrada por un grupo de niños que querían jugar con ella, mientras otros cuantos tiraban de James para llevarlo a su terreno. A éste le costó apaciguarlos.

—¡Caballeros! Pórtense adecuadamente en presencia de una dama,

demostrando así que han sacado provecho de las enseñanzas de sus profesores.

El pequeño Gustav levantó su carita hacia él, preguntando:

—*¿Q'es «povecho»*, señor?

Thara soltó una divertida carcajada. Se hubiera comido al niño a besos y miró a Gresham limpiándose las lágrimas de risa.

—Otro día te explicaré sus varios significados —prometió él, sin mirar al pillastre, con sus

ojos fijos en ella—. Uno vendría a ser algo así como «recompensa». —A Thara se le cortó la risa, se le atoró el aire en la garganta y empezó a toser—. Bien, juguemos entonces. ¿Al escondite?

Por la espalda de Thara zigzagueó el helado aguijonazo del recelo. Porque la palabra «recompensa» estaba dirigida a ella con segunda intención, con regodeo. Igual que la pregunta.

El escondite era un juego divertido y sin malicia, pero dudó si lo sería realmente jugándolo a su lado. Salsbury maquinaba algo, pero Thara no acertaba a adivinar qué y eso lo intranquilizaba. No le gustaba en absoluto, pero ¿cómo negarse?

Eligieron a los dos chicos de más edad para que buscaran al resto y fue James quien formó a las parejas que deberían esconderse.

20

«TENÍA que haber supuesto que buscaría cualquier triquiñuela», se lamentó Thara interiormente, viendo a los niños formar de dos en dos y salir después a escape hacia sus escondites.

En segundos, el patio quedó desierto y ella se encontró en una incómoda situación: si se negaba a formar pareja con Gresham arruinaría el juego y si aceptaba... Le entró un sudor frío pensando que podrían hallarse aislados, sólo Dios sabía dónde dentro del rancio y vetusto edificio, que sin duda disponía de más de un recoveco. Nerviosa ante tan perturbadora y a la vez atractiva perspectiva, se mordió el labio inferior, como solía hacer cuando algo la inquietaba.

Los profesores, liberados de sus obligaciones por la tarde de fiesta que les permitía dedicarse a s us familias, s e despidieron y se marcharon y el clérigo, con aire despistado, se dirigió a su despacho, pidiéndole a Gresham que se pasara por allí cuando acabasen. Los chicos que ejercerían de batidores aguardaban impacientes a que ellos dos se escondieran.

James también esperaba, pendiente de Thara.

«¡Qué demonios! —se dijo ella, agarrando su bolsito decidida—. Encontraré el modo de mantenerlo a raya. Porque quiero mantenerlo a raya, ¿no?»

Se le aceleró el pulso al verlo a él reírse por lo bajo. Se lo veía tan campante. El muy bellaco sabía que acababa de ponerla en un brete y estaba disfrutando a su costa. ¡Bribón! Eso sí, un bribón realmente atractivo, que conseguía que flaquearan sus convicciones.

Por más que lo intentaba, no le encontraba defectos a su físico: ojos oscuros, pómulos pronunciados, nariz romana, labios... Carraspeó al llegar a ese punto, pero sin ser consciente de ello, continuó evaluando su apostura, una apostura que, junto con ese toque de personalidad entre desvergonzada y tierna, hacía imposible que nadie se resistiera a su encanto.

—¿Qué puntuación obtengo?

—¿Qué?

—Me estás evaluando, ¿no?

—¿De qué diablos hablas?

—Me has repasado de arriba abajo como si me estuvieras tasando.

—A ti no te funciona bien la cabeza —le reprochó ella, íntimamente sofocada porque la había descubierto.

—Es posible, pero me mirabas como un sabueso que olfatea un hueso.

—¡Oh!

—Sí, ¡oh!

—Yo...

James se puso repentinamente serio y Thara no supo decidir si estaba más guapo así, mostrándose severo, o cuando exhibía su sonrisa picara. En

cualquier caso, le quitaba el aliento. Miró la mano morena, de largos y elegantes dedos, que le tendía.

—Seré un ángel.

—Y yo me lo voy a creer.

—Esperan por nosotros, todos los demás se han escondido ya.

—Pues que sigan esperando.

—Moon...

—¡No me llames Moon! —gritó, porque se le ponía la piel de gallina cuando lo hacía con aquella voz cadenciosa, de íntimos matices, que más que hablar sugería.

—Como gustes. ¿Prefieres que nos marchemos? No lo creo, ¿verdad? Les estropearías la diversión y no vas a defraudarlos.

—Prefiero defraudarlos a verme obligada a pararte los pies. Ve con cuidado, no sea que se me dispare un tiro.

—No llevas tu pistola.

—¿Eso crees?

—Está bien, no vamos a discutir ese punto ahora. Si es lo que quieres, recogeré las facturas y nos iremos —dijo, alejándose hacia la salida del patio —. La verdad, Moon, no creía que fueses tan cobardica. —Se paró para mirarla por encima del hombro—. ¿Y tú quieres enfrentarte a un asesino, cuando tiemblas por no sé qué reticencias ante un simple juego? ¡Valiente detective estás hecha! Hablaba en sentido figurado, desde luego, pero no dejaba de ser una carga de profundidad para su proceder cauteloso y, de paso, el condenado lord Salsbury ponía por fin de manifiesto lo que realmente pensaba de su capacidad. Nunca la había tomado en serio. Aceptar trabajar con ella no era más que un entretenimiento para él, algo con lo que amenizar sus días, y por ahí Thara no pasaba. Como si la hubieran pinchado en el trasero, replicó:

—Si quieres conservar el respeto que parecen tenerte los niños y el hermano Gregory, más vale que te atengas a tu promesa de comportarte adecuadamente.

Los ojos oscuros de él se pasearon, deliberadamente lentos, desde su cabello trenzado, constreñido en el austero moño que estaba loco por liberar de las horquillas, hasta la punta de sus zapatos.

Desde luego que no pensaba hacer honor a su palabra.

—Lo prometo por san Sisebuto de Wosting.

Aceptó ella su mano a regañadientes, aunque el nombre del santo le sonó a galimatías. James hizo una seña a los muchachos que aguardaban y de inmediato se pusieron cara a la pared, empezando a contar, saltándose picaramente alguna que otra cifra.

No hizo falta que nadie le dijera a Thara que él conocía el orfanato como la palma de su mano: sus rápidos pasos mientras tiraba de ella en dirección a una escalera que ascendía a la primera planta, así lo indicaban. No se quedaron en ese piso, sino que recorrieron un par de galerías,

doblaron a la derecha y se dieron de frente con una escalera estrecha y muy poco iluminada, disimulada tras un conjunto de columnas, que James comenzó a subir, llevándola siempre de la mano. —¡Cien! —De lejos, llegó hasta ellos el final de la cuenta.

James empujó una trampilla en el techo, unas bisagras chirriaron y les llegó ese olor mohoso a recinto cerrado; segundos después, estaban en el desván de edificio. Luego, él cerró la trampilla, con lo que desapareció la escasa luz que llegaba hasta allí desde el pasillo inferior, sumiéndose el recinto en una penumbra apenas iluminada por los rayos de mortecino sol que se filtraban por las claraboyas.

—¿Aquí? —preguntó ella sin esconder su agobio.

Allí estaba, con James a su lado, tan cerca que incluso podía oírlo respirar, agrandada su figura por la semioscuridad. Por un momento se sobresaltó y por su cabeza pasó, como una exhalación, un lúgubre pensamiento: el asesino de las lágrimas negras.

¿Y si fuera él? ¿Y si la había embaucado llevándola al desván para...?

«Pero ¿qué estoy pensando?», se recriminó, desechando la malsana idea, tan pronto como apareció en su mente. Lord Salsbury ni siquiera se hallaba en Londres cuando se cometió el segundo crimen, ella podía dar fe de eso. Thara era su coartada, puesto que la había estado besando, con rotunda desfachatez, en una posada de Leeds. Pero aunque el destello de ese beso fulminó su estúpido y absurdo ataque de pánico, invocar los besos de Gresham le provocó otro, ahora de fragilidad.

Él comenzó a revisar el lugar, poniendo cuidado de dónde pisaba, para evitar algunas tablas sueltas.

—Aquí guardan los disfraces y atrezo para el teatro —le explicó, afanándose con un poco de yesca y una palmatoria que se apresuró a encender, escondiéndola luego tras unas cajas para evitar que la luz se expandiera y pudiera ser vista desde el patio.

Ella ponía toda su fuerza de voluntad en aplacar los veloces latidos de su corazón, sin conseguirlo. Se estaba comportando como una mojigata. Por mucho que la cercanía de Gresham la estuviera alterando, se negaba a dejar traslucir lo desazonada que se sentía. Era una mujer hecha y derecha, no quería que él sospechara de su flaqueza interior.

«Entonces, ¿por qué demonios has recogido el guante que te ha lanzado?», la fustigaba su conciencia.

Miró un desvencijado armario que Gresham abría, indicándole por señas que echara un vistazo.

—Así que representan obras teatrales —comentó con voz ligeramente entrecortada.

—El hermano Gregory es un gran amante de la dramaturgia. Dice que es lo mejor que introdujeron los romanos en Europa. Los muchachos han interpretado alguna comedia de Ben Jonson, mascaradas de las que compuso para la corte. Otras veces, es él mismo quien escribe los argumentos. —Un

hombre polifacético.

—Lo es. Fue ladrón antes de vestir los hábitos.

—¡Ja! —se burló ella.

—Es cierto. Tú misma puedes preguntárselo si no me crees. Nunca ha renegado de su vida anterior. Asegura que encontró el camino de la rectitud en una ocasión en que estuvo a punto de ser ahorcado por haberle birlado unos candelabros de plata a un duque.

—Me gustaría ver alguna de esas obras de los niños.

—Siempre representan alguna por Navidad. Con bastante éxito, he de decir. Y contribuyen con ello a conseguir las donaciones que tanto necesita el orfanato.

—Aparte de las de los Gresham, ¿no es así?

James no respondió, por lo que Thara presumió que no le gustaba tocar ese tema. ¿Por qué no quería hablar de ello? Era como si temiese que, de conocerse esa faceta suya, se le fuera a caer la careta de libertino que se esforzaba en enarbolar como una bandera.

Por otra parte, según Thara lo iba conociendo, esa imagen se desvanecía e iba apareciendo un hombre muy distinto del que al principio creyó que era. A pesar del resquemor que le producía su

acoso verbal, y más que verbal en ocasiones, no podía negar que la nobleza de ciertos actos suyos apaciguaba sus recelos: su apoyo decidido a Emma y a Eugene y, sobre todo, la entrega desinteresada con que había charlado con los niños. Sin duda era un hombre presto a regalar cariño, ella era testigo.

El James Gresham que había conocido en Leeds, el joven impulsivo que la arrastró a una habitación en la fiesta de disfraces para tildarla poco menos que de extorsionadora, el calavera alegre que la asediaba con sus besos no tenía nada que ver con ese hombre de ahora cuya ternura no le importaba derrochar con los más desfavorecidos.

¿Podía alguien tener dos personalidades tan dispares? Por un lado la del tarambana que aprovechaba su posición, su título y su fortuna para hacer lo que le venía en gana; por otra, la faz paternal que inducía a aquellos muchachos a demostrarle su adoración.

Cada segundo que pasaba sentía más afinidad con James. Algo más que afinidad, por mucho que se negara a admitirlo.

21

TRANSCURRÍAN los minutos y ya iban oyendo las expresiones decepcionadas de quienes habían sido descubiertos, mezcladas con el ruido de puertas que se abrían y cerraban con estrépito y el sonido de las botas de los chicos que pateaban el suelo en sus carreras.

El diminuto fragmento de vela se había consumido, por lo que en esos momentos permanecían sumidos en una penumbra llena del silencio a que obligaba el juego, sentados sobre un viejo arcón, muy cerca el uno del otro.

Gresham se hubiera comido a besos a Jean-Pierre cuando propuso que jugaran al escondite.

Había visto el cielo abierto, porque el chico le servía en bandeja la oportunidad de quedarse a solas con Thara, una ocasión que ni pintada para poner a prueba el estiramiento, los remilgos y la templanza un poco altanera de ella. ¿Qué mejor lugar que un desván en sombras para presionar un

poquito su pudor? No era el comportamiento honorable de un caballero, pero su moral se resquebrajaba ante su proximidad y la visión de sus labios.

Era una mujer que lo desconcertaba. Disciplinada, modesta, discreta en el vestir, apenas maquillada... Pero tenaz, independiente, de las que no se dejaban amilanar. Y eso, precisamente, era lo que lo tenía fascinado.

Sus entornos sociales y personales distaban mucho entre sí. Entonces, ¿por qué insistía en acercarse a ella, cuyo único interés era desenmascarar a un asesino para librar a su hermano de sospechas? ¿Qué era lo que hacía que se olvidara de todo lo que no fuese Thara?

Podía conseguir toda la compañía femenina que quisiera, para muchas jóvenes, un coqueteo con un buen partido como él no sería un pecado. Y, sin embargo, se le hacía difícil recordar el rostro de las mujeres con las que había tenido un romance, todos ellos borrados por el de Thara.

Se le desbocaba la sangre en las venas ante el simple aleteo de sus pestañas, el brillo de sus ojos fijos en él, su sonrisa.

¡Demonios! No llevaba tanto tiempo sin sexo como para estar atrapado por el morbo de aquella mujer esquiva, que se comportaba con espíritu monjil.

¿Cómo reaccionaría la muy circunspecta señorita Bannion si en aquel mismo instante la tomaba entre sus brazos? ¿Le montaría un escándalo?

La voz de Thara evaporó cualquier elucubración:

—Mañana deberíamos visitar a los Kendrick.

—¡Joder! —se le escapó a él.

—¿A santo de qué esa expresión tan sumamente grosera?

—Disculpa. Pero es que me sacas de mis casillas por más calmado que esté. A mí me gustaría ver aquí al santo Job, muchacha. ¿No puedes pensar, ni siquiera por unos minutos, en otra cosa que no sea esos malditos crímenes?

—¿Lo harías tú si fuera uno de tus hermanos quien estuviese bajo la lupa de

la policía? Te recuerdo que es Eugene del que sospechan.

—Y yo te recuerdo que tú no deberías haberte inmiscuido en este puñetero asunto.

Thara se levantó, se apartó de él y cruzó los brazos como lo habría hecho una profesora ante un alumno. James no acertaba a ver la expresión de su rostro en la penumbra, pero supuso que no le había gustado ni un pelo lo que acababa de decirle.

—De modo que ésas tenemos. Rowling, sus agentes, tú mismo... Cualquier varón puede hacerlo, pero una mujer es incapaz de desenmascarar a un asesino.

—Exactamente —confirmó Gresham, levantándose a su vez y acercándosele.

Tenerlo ante ella irritado —porque notó que lo estaba— hizo que Thara contuviera su lengua por unos segundos. Sólo eso, unos segundos, porque no quería ni debía dejarse amedrentar por aquellas opiniones paternalistas esgrimidas por los varones como principio inamovible.

—¿Qué debería estar haciendo, según tú? ¿Calceta? ¿Tal vez cantar en una reunión de distinguidas señoritas? ¿Limpiar las narices a mocosos de buena familia?

—Edad tienes para ello. Para lo de los crios, quiero decir.

Se arrepintió de inmediato de haber dicho eso. Parecía que insinuase que ella era una solterona, y, aunque no fuese ya una jovencita, nada más lejos de su intención. Por el contrario, creía firmemente que Thara tenía la edad perfecta... para él.

Irritada por un comentario que tomó como una ofensa, lo empujó para que se apartara. Era consciente de no ser una niña, de haber sobrepasado posiblemente la edad en que se solía buscar marido, pero que él la humillase abiertamente, sin consideración, equivalía a haberle propinado una bofetada.

—¿Y qué más, milord? Porque supongo que, aparte de limpiar babas, poco más imagináis que debe hacer una mujer.

Los largos dedos de él atraparon sus hombros, la llevó contra el armario y se inclinó hacia ella.

—Deberías estar llamándome James en lugar de tanto puñetero «milord». Deberías estar

paseando en carruaje, cuidando tu peinado, encargando vestidos... Deberías, deberías... estar en mi cama —soltó, un segundo antes de unir su boca a la suya, prolongando el beso hasta hacerla jadear, deslizando sus manos por su espalda y encadenándola a él.

Ella se vio sacudida por un rechazo inmediato, en dura pugna con la necesidad física de abrazarse a él; una batalla perdida de antemano, porque se impuso la fuerza de la pasión. Rodeó con los brazos el cuello de James, sus dedos se hundieron en su cabello, le acarició la nuca y acercó su cabeza hacia ella para dedicarse al beso con total entrega.

A él lo recorrió un placentero escalofrío motivado por la ocasión que se le

brindaba: enlazó la cintura de Thara con un brazo y con la otra mano resiguió su costado hasta alcanzar un pecho.

¡Por el amor de Dios, había demasiada ropa entre ellos! Necesitaba tocarla, pegarse a su cuerpo, dejarse llevar por los sentidos haciéndola suya... ¡Y a la mierda todo lo demás! Bajo el gabán, sus dedos encontraron los botones del chaleco de Thara y emprendieron la cruzada de liberarlos, soñando con el tacto de su carne.

Ella, dejándose llevar por la corriente que obnubilaba sus sentidos, se encontró a la deriva.

Nunca hasta entonces había deseado con tanto fervor el contacto de un hombre, que la tocaran, que pulsaran las teclas de su cuerpo que harían tañer la campana de una pasión hasta entonces silenciada. Notaba un frío intenso en la boca del estómago y, a la vez, la piel ardiendo. Se ladeó ligeramente para permitirle a James un mejor acceso, y sus propias manos, temblorosas, emprendieron su particular duelo, primero con la levita y después con los botones de la camisa de él hasta lograr introducirlas bajo la tela y palpar su piel caliente, recibiendo una impresión de tal calibre que creyó desfallecer.

¡Al infierno con los preceptos de la moralidad que rechazaban algo tan placentero! Si la naturaleza los había dotado de sentidos, dejarlos aflorar no podía ser pecado.

Pronunció su nombre repetidamente, en susurros, medio sofocada por el fluir de su deseo, abrasada por la avidez de la lengua de James atacando sin piedad la trémula carne de su pezón.

Un chirrido de la trampilla abriéndose paulatinamente, los paralizó, forzándolos a separarse de golpe. Él, inapelablemente excitado, masculló un improperio. Ella, ansiosa por recuperar la serenidad, arregló como pudo su aspecto desaliñado, roja de vergüenza por la situación.

¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué se suponía que estaba haciendo? Habían estado a un paso de ser sorprendidos en la situación más impúdica posible. Le pesaba la culpa, pero la atribulaba mucho más tener que prescindir de los brazos de James.

El instante de magia se había evaporado, ya no era posible recuperarlo.

Un cabello revuelto dio paso a la cabeza de un chico bajo la trampilla. Los vio, desapareció con cara de sorna y salió disparado hacia el patio para golpear tres veces el muro y gritar a pleno pulmón:

—¡Por lord Gresham y la señorita!

22

—MOON, ¿qué asunto te traes esta vez entre manos?

El tenedor se quedó a medio camino entre el plato y la boca de Thara, que carraspeó ante la mirada de su hermana pequeña y acabó por engullir la col hervida, tratando de dilatar dar una respuesta. No solía tener secretos para sus hermanos, pero ahora se resistía a darles pie a que cuestionasen la conveniencia de su ocupación actual, porque entendía que encontrar unas joyas extraviadas distaba mucho de una investigación criminal.

Además, no estaban solos, Blyton los acompañaba esa noche.

—¿Estás ayudando a ese amigo tuyo en la resolución de algún caso?

Eugene, como siempre, hacía frente común con la menor. Thara perdió el apetito por completo.

No la incomodaban sus preguntas, pero ese «estás ayudando» le supo a traición por parte de su hermano.

—Algo así.

—¿De qué se trata? —insistió Emma—. James no me ha parecido un hombre al que le entretenga buscar perros desorientados.

—¿Desde cuándo es *James* para ti?

—Desde que es tu amigo. Porque lo es, ¿verdad? No nos negarás que te mira con buenos ojos.

Se le apelmazó la verdura en la boca y se le aceleraron las pulsaciones. Mirarla con buenos ojos, decía su hermana. Si ella supiese... Gresham no sólo había puesto los ojos en ella, había puesto mucho más. Al recordar el interludio íntimo en el desván del orfanato, le fue ascendiendo una comezón que la estaba conduciendo al sonrojo.

No lo podía consentir, se removió en la silla y alejó de sí toda ensoñación.

Frente a ella, un despistado Blyton sonreía beatíficamente, lo que resaltaba los hoyuelos de sus mofletes.

—Así que te ronda un caballero, ¿eh, muchacha? Entonces, esta noche tenemos dos cosas que celebrar: haber conseguido abogado para Eugene, si es que lo acusan abiertamente, y un pretendiente para ti.

—No es mi pretendiente.

—Lo sea o no, espero que tengas cuidado. Una señorita tiene que saber cuidar las apariencias.

—Son únicamente imaginaciones de mis hermanos, señor Blyton, no les haga demasiado caso. Trabajamos juntos, no hay nada más.

—Sea como sea, debes tener presente que eres una joven soltera, y velar por tanto por tu reputación.

A Thara le importaba un comino la reputación a la que el abogado se refería, tan valorada socialmente. Conocía a más de una y a más de dos jóvenes que habían sucumbido a los encantos de algún libertino por más que llevaran

pegada a sus faldas a la consabida carabina. Carabina que, por otro lado, había estado encantada de hacer la vista gorda a cambio de unas pocas libras. Que se lo dijeran a Donna Printfield, casada a toda prisa y madre ya de dos criaturas a sus veinte años.

¡Qué hipócrita era la sociedad en lo tocante a guardar las apariencias!

—Quédese tranquilo, Elliott, no formo parte de la clase de mujeres a las que James Gresham pediría relaciones, y tampoco estoy ya en edad de tontear.

—¿Por qué insistes en infravalorarte, Moon? —se enojó de verdad su hermana—. Eres joven y bonita. Tienes un cabello precioso, unos ojos seductores y una figura estupenda. Tan sólo con que prescindieras de esas anodinas ropas que usas y cambiaras de peinado...

—Ya basta, Emma.

—Pues yo creo que tiene razón —cargó Eugene más las tintas—. No sabes ver lo que vales en absoluto y no estaría de más que te mostraras un poco más coqueta.

Thara se contuvo de muy mala gana. De no ser por su invitado, habría abandonado la mesa dejando a aquellos dos con la palabra en la boca, pero la buena educación la obligaba a mostrarse cortés con Blyton, que hacía cuanto podía por ellos, hasta el punto de haber buscado un abogado especializado para defender a Eugene. Suavizó por tanto el semblante y cambió de conversación.

—¿Cómo han ido hoy tus clases, Emma?

Mano de santo. Los ojos de la jovencita se iluminaron e, inmediatamente, se puso a relatar, paso a paso, cuanto había hecho. Se explayó tanto en detalles de caballetes y óleos, mezcla de colores y perspectivas, que se diluyó el tema del supuesto galán de Thara.

No así para Eugene, que aun asintiendo de vez en cuando a las explicaciones de Emma, no quitaba ojo de su hermana mayor, intuyendo tal vez cierta complicidad personal entre ella y Gresham, por más que Thara se empeñara en negarlo.

La lluvia dio una tregua a los londinenses regalándoles un día despejado, aunque continuaba

haciendo un frío espantoso. Thara echó un rápido vistazo por la ventana, mientras se ponía el gabán y dejaba volar su imaginación hacia lugares más cálidos.

Mientras bajaba la escalera, fue haciéndose el firme propósito de mantener las distancias con Gresham, evitando sucumbir a la atracción física por un hombre cuya naturaleza sensual la hacía deslizarse por vertientes escabrosas. Se imponía pensar a la larga: los escarceos acabarían cuando finalizase todo aquello. Entonces, ella continuaría con su vida y él retornaría a su círculo de siempre. No quería que ningún hombre volviera a hacerle daño.

No se tenía por mujer soñadora sino realista. Por consiguiente, no se engañaba: su relación con James carecía de continuidad. Él, con su condición y su título, tarde o temprano estaba llamado a buscar esposa, y ella no entraba

en el cupo de damas de la buena sociedad entre las que se supone que escogería a su futura baronesa. Thara no tenía título ni dinero y la aristocracia, lo sabía bien, se movía por vínculos que acercaban fortunas o se comprometían a legados nobiliarios.

Un noble, aunque estuviera más arruinado que una rata, se casaría siempre con una novia con dote. Y viceversa. El matrimonio era la moneda de cambio, el aceite que engrasaba la rueda de las alianzas de poder. El amor, en cambio, no intervenía en esas uniones. Podía ser un medio, casi nunca un fin, hasta el punto de considerarse, en según qué ámbitos, una cursilada.

«Amor», se repitió, bajando la escalera.

Sí, también ella, hacía tiempo, había soñado con él, unida a un hombre al que dedicar su vida, al que cuidar y con el que tener hijos. Pero eso había sido hacía mucho, cuando aún era una adolescente con la cabeza llena de pájaros. A su familia las cosas les iban mejor entonces, e incluso eran propietarios de una pequeña finca en Petersfield, heredada por su madre.

Su repentina e inesperada muerte había dado al traste con todo. Alfred Bannion se convirtió en un hombre taciturno y vacío, dedicado por entero a su trabajo, y se negó a regresar a Debor Manor.

El maravilloso y apacible entorno de tantos veranos, donde Eugene trotaba por todas partes como un perrillo y la pequeña Emma correteaba hasta el diminuto lago artificial, hundiendo sus piececitos en el agua y jugando a atrapar peces de colores, se convirtió solamente en un recuerdo.

Abandonar por completo la cría de ovejas hizo que se les acumularan las deudas y acabaran perdiendo la propiedad, imposible de mantener con el salario de policía de su padre.

Ahora Debor Manor era sólo un sueño del pasado, igual que sus anhelos de formar una familia.

Ya sería un milagro que encontrase un marido con la renta suficiente como para hacerse cargo de sus hermanos.

¿A qué podía aspirar alguien como ella? A lo sumo, a casarse con un tendero que difícilmente aceptaría de buen grado la presencia de Eugene y Emma. Y ella no iba a abandonarlos. Su futuro consistiría por tanto en trabajar en lo que fuese posible, buscando el mejor modo de salir adelante, apoyando las aspiraciones de su hermano de llegar a ser abogado y procurando que Emma se labrara un porvenir, casándose si así decidía hacerlo. Eso era todo lo que pedía.

Al menos, era lo que pedía hasta que conoció a James Gresham. Éste, con sus ojos oscuros, su sonrisa, la nobleza de sus actos y, desde luego, sus besos, había vuelto su mundo del revés y ella se había visto zarandeada de nuevo por los vientos del amor.

Se detuvo a media escalera para serenar su ánimo, desterrando de su cabeza la banal quimera propia de una adolescente.

Recordó la misiva de Gordon Simonet informándola de que la letra de Eugene, aunque parecida, no coincidía con la de las notas enviadas a las

víctimas; una noticia que ya de por sí bastaba para alegrarle la mañana.

Y entonces, de súbito, vio a James en el vestíbulo.

Éste había dejado la capa y el sombrero sobre la butaquita del recibidor y charlaba con Roberta casi en susurros. Como siempre, su aspecto era impecable. Esa mañana no llevaba un pañuelo de intrincado nudo, como acostumbraba, sino un sencillo fular blanco anudado con desenfado, que realzaba su atractivo con ese toque informal.

—Buenos días.

Roberta se sobresaltó, se apartó rauda de Gresham y tartamudeó:

—Buenos días, señorita, buenos días. Ya me iba a mis quehaceres, ya me iba —dijo, antes de ir hacia la cocina.

Thara suspiró. Apreciaba de veras a Roberta, la quería como si fuese de la familia, pero la sacaba de sus casillas su tendencia a repetir las frases cuando estaba nerviosa.

—¿Nos vamos? —Antes de salir, se fijó en las sombras oscuras que James tenía debajo de los ojos—. Se diría que no has dormido bien.

Él rezongó algo que ella no entendió, abrió la puerta, le cedió el paso y se adelantó para abrir la cancela, censurando con su mirada la pelliza de Thara. Empezaba a cansarse de que llevara siempre aquel viejo gabán. Tendría que ponerle remedio de algún modo, por mucho que ella se opusiera.

No sólo quería figurársela, quería verla vestida con ropas adecuadas a la mujer que era, bonita y agraciada. Eso la haría mucho más atractiva aún. Entonces se le despertó una vena posesiva porque, lógicamente, eso atraería la atención masculina.

Power aguardaba, látigo en mano, con ojos afiebrados y la nariz roja como un tomate; era evidente que esa mañana no estaba en las mejores condiciones físicas. Inclinó la cabeza hacia ella en señal de saludo y se le escapó un estornudo.

En lugar de subir al vehículo, Thara se acercó al pescante.

—Parece que ha pillado usted un buen resfriado, señor Power.

—Así es, señorita.

—Debería irse a casa y meterse en la cama, nosotros podemos alquilar un coche.

James, adormilado cuando salió de casa, no se había fijado en el aspecto demacrado que presentaba Balthasar. Aaron, que solía mantenerlo informado de todo, tampoco le había comentado nada cuando fue a llamarlo, más dormido que despierto.

Los horarios que imponía Thara acabarían por tumbarlos a todos.

Obviamente, apoyó las palabras de ella.

—La señorita Bannion tiene razón, Balthasar, pareces a punto de caerte del pescante. Vete a casa, tómate un brandy y métete en la cama.

—Milord, mi obligación... —Otro estornudo lo interrumpió.

—Tu obligación es hacer lo que te diga. Vamos, lárgate ya. Y procura no acercarte a los otros, sólo me faltaría estar rodeado de enfermos y que también

acabara cayendo yo.

—Aguarde un instante, señor Power —le pidió Thara.

Volvió a entrar en la casa y regresó un par de minutos más tarde llevando un frasco en la mano, que le entregó al cochero.

—Tres cucharadas al día serán suficientes.

—¿Qué es esto, señorita?

—Nada que vaya a matarlo. —Sonrió porque el cochero miraba la botella con aprensión—:

Tomillo para respirar mejor y forzarlo a expectorar; eucalipto para bajarle la congestión y miel para endulzarlo. No me mire así, hombre de Dios, no pretendo envenenarlo. Eso sí, no pienso decirle cuál es el ingrediente secreto que añadía mi madre al jarabe.

Power estornudó una vez más, de modo que ya no dijo nada.

James, decidido a prescindir de sus servicios, plegó la escalerilla, cerró la puerta y palmeó el lomo de uno de los caballos.

El carruaje arrancó y ambos alcanzaron a oír a Power dar las gracias.

Había que hacer frente al nuevo día. Por un momento, Thara pensó en recriminarle a James haber permitido que Power saliera a la calle, pero se calló porque tampoco él parecía muy despierto esa mañana.

—¿No sería mejor que también tú te metieses en la cama?

—Si es contigo...

Resopló para no contestarle y echaron a andar. No le gustaba la idea de volver a coger un coche de alquiler si resultaba estar tan destartalado como el último, aunque eso suponía un mal menor con tal de ayudar a curarse al pobre Balthasar. Thara apenas había intercambiado cuatro palabras con el cochero, un hombre un poco arisco, pero le caía bien.

James la siguió unos pasos atrás, dejando que fuese ella quien parase un carruaje, le diera la dirección al cochero y se subiese sin esperarlo.

—Por fortuna, este coche no parece estar en tan malas condiciones como el del otro día — comentó, una vez hubo subido a él, extendiendo sobre sus rodillas la manta que descansaba a un lado. —Gracias por señalarlo.

—No es un reproche.

—Seguro que no.

Thara guardó silencio, ya que aquella mañana Gresham no parecía muy propenso a entablar conversación y se dedicó sólo a formular mentalmente las preguntas que les haría a los Kendrick. James, por su parte, reclinó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos, dejándose mecer por el vaivén del vehículo. Lo despabiló un bache poco después y miró a su alrededor ligeramente aturdido. Se había quedado dormido como un lirón, algo inconcebible en él, que, hasta hacía poco, era un trasnochador empedernido.

Abrió la cortinilla y vio que habían dejado atrás Hyde Park y que enfilaban hacia la catedral de San Pablo.

—¿De veras te encuentras bien? ¿Qué te pasa?

—Nada que no puedan curar un par de tazas de café. —Abrió el ventano

superior—. ¡Pare, cochero!

—Aún nos faltan...

—Necesito despejarme. Imagino que no querrás que me quede dormido interrogando a Kendrick, ¿verdad?

Pagó la carrera, la tomó del brazo y se dirigieron a un local cercano.

—Espero que estén abiertos a estas horas.

—A exagerado no hay quien te gane —le reprochó Thara, procurando seguir sus zancadas sin que se le enredaran los pies en el bajo de la falda—. Cualquiera diría que te has levantado con el canto del gallo; son casi las diez de la mañana. Aunque para los noctámbulos pueda parecer que aún es de noche.

—¿Alguna vez te han dicho que eres insoportable?

—Sí, alguna vez.

—Pues aquí tienes otra.

Gresham se negó a reemprender la marcha hasta no haberse bebido dos tazas de café bien cargado, acompañado de una porción de bizcocho. El café le supo a medicina y el bollo estaba duro como una piedra, pero al menos consiguió quitarse las telarañas del sueño.

—No deberías acostarte tan tarde.

«Otra vez con lo mismo», se dijo él.

—Vale, vale.

—Porque no has dormido apenas, ¿no es cierto? —continuó ella, ajena a su tono condescendiente.

James se resistió a contestarle, porque no iba a contarle que se había pasado la noche en blanco por culpa de ella, rememorando vividamente el entreacto pasional del desván. No se lo pensaba decir ni por asomo.

23

JOSS KENDRICK estaba a punto de salir cuando su criado le anunció la visita. El editor era un hombre de escasa estatura, más bien orondo y de aspecto puritano. Thara tuvo la sensación de encontrarse ante un pastor de la Iglesia.

—No se moleste —declinó James su ofrecimiento de una bebida, porque aún tenía las tripas revueltas por el potingue consumido—, se lo agradecemos igualmente.

Thara dejó momentáneamente que preguntara él, fascinada por cuanto los rodeaba: muebles exquisitos, entre los que destacaba un canapé de cuatro plazas y dos sillas doradas, sendos bustos de hombre y mujer de mármol, finísima cerámica en una vitrina de madera oscura con relieves de porcelana verde, presidiendo la sala, óleos de ostentosos marcos... Le llamó poderosamente la atención la pintura de una joven con un vestido de fiesta rojo oscuro: la vivacidad de sus ojos, que parecían seguir la mirada del espectador, contrastaban con la liviandad y el color de la tela, atrayendo la vista sobre ella.

Contrariamente a la casa de los Worthington, allí se respiraba una atmósfera de desahogo económico.

Thara apartó los ojos del cuadro y se centró en la conversación.

—A Noelia la obsesionaban las carreras de caballos —estaba diciendo el editor.

—¿Caballos?

—Era su mayor defecto. En numerosas ocasiones intenté que abandonara las apuestas, pero lo llevaba en la sangre, como su madre, mi anterior esposa, y como su abuelo, un jugador empedernido. Por lo demás, era buena chica y mejor hija.

—¿Algún pretendiente?

—No carecía de amigos, aunque a ninguno se tomaba en serio.

—¿Los conoce usted?

—Por supuesto. Si están pensando que alguno de ellos pueda ser el asesino o haber intervenido en su muerte, en mi opinión es muy poco probable. La mayoría pertenecen a familias buenas y creyentes.

—No estamos sugiriendo tal cosa, señor Kendrick —repuso James—. Sólo intentamos saber con qué clase de personas se relacionaba su hija. ¿Dice que apostaba?

—Iba al hipódromo de Ascot con cierta frecuencia. Demasiada, a mi entender.

—Es un punto de partida desde el que seguir —comentó Thara, tomando nota en la libreta que siempre llevaba consigo—. Corredores de apuestas. ¿Sabe si tenía deudas?

—Nunca lo permití. Discutíamos cuando me veía obligado a pagar alguna, no voy a negarlo, pero nunca fueron cantidades importantes, apenas unas libras.

—Que usted supiera...

—Las pérdidas de mi hijastra vendrían a suponer el precio de un sombrero nuevo, señorita — intervino una voz de mujer, entrando en el salón.

Gresham y Kendrick se pusieron en pie. Era la esposa de éste, al que dio un leve beso en la mejilla. Saludó a James con un afectado movimiento de cabeza cuando fueron presentados y lanzó una mirada recelosa a Thara. Luego tomó asiento junto a su marido y cruzó las manos sobre la falda con actitud de cierta altanería, como si quisiera afirmarse ante los presentes.

—La señorita Bannion en ningún momento ha querido insinuar que su hija...

—Hijastra, señor Gresham —puntualizó ella—. A Noelia no le gustaba que la llamase hija y yo lo respetaba. Nunca pretendí ocupar el lugar de su verdadera madre.

—Por favor, díganos lo que sepa de sus amistades, señora —pidió Thara.

—¿A quién debo responder? —le preguntó a James, visiblemente incómoda por la presencia de la joven.

—A mi colega, señora Kendrick. Es una de las mejores detectives de Londres: es capaz de encontrar con la misma eficacia una joya extraviada que a un asesino. El juez Rowling confía en ella. Y yo también.

Thara se mordió los labios. Empezaba a estar harta de que la considerasen una intrusa y apreciaba la defensa de James, a quien agradecía que hubiese dado la cara por ella. Ahora bien, ¿la había elogiado de veras o era una guasa solapada? Tal vez le pidiera explicaciones más tarde.

—El entorno con el que se relacionaba Noelia no está en discusión. Por otra parte, no hubiéramos permitido que se mezclara con gente poco recomendable.

A la vez que Thara prestaba atención a las respuestas de la dama, seguía el movimiento de sus manos, en las que se veía algún rastro de pintura, hecho que vinculó al ligero olor a trementina que se percibió en el salón cuando ella entró. Eso la llevó a pensar que antes de presentarse ante ellos estaba pintando. Por asociación de ideas, los ojos se le fueron al cuadro que le había llamado antes la atención, mirada que no pasó inadvertida para su anfitriona.

—Es Noelia. Accedió a posar, aunque a regañadientes, y se enfadó bastante cuando cambié el color del vestido a rojo.

—Lo hace usted muy bien, señora.

—Gracias.

Algo más alta que su esposo y de constitución fuerte, la señora Kendrick desprendía clase.

Vestía un conjunto clásico de color oscuro, con puños de encaje belga y unos botones con un particular grabado, un atuendo que se ajustaba al rigor del luto sin perder elegancia. Sin embargo, debía de hacer notables esfuerzos para conservar la figura, pues tenía unas redondeadas mejillas, el inicio de una

doble papada y algo engrosado el contorno de su cintura.

Joss Kendrick insistía en cogerle la mano como si quisiera darle ánimos y ella, disimuladamente, la retiraba una y otra vez, un gesto que tampoco se le pasó por alto a Thara. Oyéndola hablar de la difunta, tan solemne y enfática, daba la impresión de querer transmitir a toda costa que tenían una buena relación. No lo conseguía.

Así que, dejando de lado lo que ella misma le comentó a sir Joshua Rowling que era una habilidad de las mujeres, llevar los interrogatorios con sutileza y mano izquierda, Thara optó por ir de frente:

—Con la desaparición de Noelia es su hijo quien hereda.

Los ojos claros de la señora Kendrick se nublaron apenas con un relámpago airado.

—Peter es ahora mi único heredero, así es —contestó el editor, anticipándose a la respuesta de su esposa—. No le hemos querido decir nada sobre la muerte de su hermana, es aún un niño.

Después de algunas preguntas más, como ya hicieron en la visita a los Worthington, pidieron ver las dependencias de la muchacha y hablar con el servicio, a lo que Kendrick no se opuso en absoluto, si bien se excusó por no poder acompañarlos, mientras su esposa, por su parte, hacía lo propio, aduciendo que tenía otros asuntos que atender.

—Suponemos —dijo James antes de que se ausentaran— que estarán disponibles si necesitamos hablar con ustedes de nuevo.

—Salimos hacia Brighton en breve —contestó el editor—. Solemos tomarnos unos días en estas fechas y no estaremos de vuelta en Londres hasta principios de enero. Les facilitaré la dirección, pero, por supuesto, si es imprescindible nuestra presencia aquí, podemos posponer...

—No hace falta que cambie sus planes, señor Kendrick. Si fuera perentorio, se lo haríamos saber.

La muchacha que les enseñó el cuarto respondía al nombre de Beth; era muy discreta y contestaba con poco más que monosílabos, visiblemente incómoda.

—La puerta principal estaba cerrada por dentro con llave, lo comprobé porque soy la primera en levantarme —confirmó, ante la pregunta de James.

—¿Por dónde pudo salir entonces la noche en que la asesinaron?

—Hay una puerta trasera que da al tendedero.

En la habitación de Noelia no hallaron nada que les llamara la atención, de modo que le

pidieron a la joven que los guiase hasta aquella otra zona de la casa, una habitación amplia en el área

del servicio, donde se llevaban a cabo las labores de plancha.

—¿Adónde dan esas puertas?

—Una es un armario para guardar la ropa de cama, señorita. La otra, mi propio cuarto. Esa tercera es la que da al exterior.

—¿Te encontrabas en tu habitación la noche en que la señorita salió? ¿Sabes a qué hora se fue?

—Los del servicio somos los últimos en retirarnos, pero recuerdo que esa noche lo hice unos minutos después de las diez.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque le subí un vaso de leche a la señorita Noelia y el reloj del salón dio la hora cuando me dirigía hacia aquí. Estuve cosiendo un buen rato antes de acostarme.

—¿No oíste nada?

—Nada en absoluto, señor.

James atravesó la habitación para salir al patio, donde una tabla del suelo chirrió al pisarla, levantándose de un lado.

—Tommy no acaba de arreglar ese tablón —se quejó Beth.

Fuera, unas sábanas colgaban en paralelo a una tapia de apenas metro y medio de alto que delimitaba el patio.

—¿Qué hay detrás?

—Un callejón, señor.

Nada más fácil para Noelia Kendrick que saltarla, si pretendió escabullirse sin que notaran su ausencia, pensó James.

Cuando estaban a punto de marcharse, la criada les pidió:

—Aguarden un segundo y los acompañaré, por favor.

De debajo de un aparador, sacó un cuenco desportillado en el que vertió un poco de leche, dejándolo a un lado.

—Pasa, Botines.

Por la puerta asomó la cabeza un gato blanco cuyos suspicaces ojos evaluaron a ambos, pero ante la visión de la leche soltó un maullido y se acercó a beber, olvidándose de los desconocidos. Beth le rascó tras las orejas, un poco azorada.

—Esperemos que no se entere la señora Kendrick, ¿eh, *Botines*?

—¿No le gustan los animales?

—En absoluto, señor. Si lo supiera, no me dejaría tenerlo y hasta es posible que perdiera mi trabajo. Por favor, no le digan nada.

—No te preocupes, te guardaremos el secreto —dijo Thara, tranquilizándola —. Es un gato precioso.

—¿Verdad que sí?

Hasta que volvieron a subir a un carruaje, Thara no habló.

—Esa chica miente.

—Ya me he dado cuenta.

—Tiene un oído finísimo.

—Lo que induce a pensar que pudo oír a Noelia salir al patio.

Thara se dio cuenta de que Gresham también captaba detalles, sabía mirar, no se limitaba sólo a acompañarla.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, dijeron a la vez:

—El tablón.

James le guiñó un ojo y ella se echó a reír. Se recostó en el asiento sin dejar de observarlo. Tenía intuición, no podía negarlo.

«Qué buena pareja de detectives seríamos», se permitió elucubrar.

—Tendremos que volver a interrogarla: si es capaz de oír acercarse a un gato, es muy improbable que no oyera el chirrido de la madera suelta.

—En efecto. Lamento que en esta ocasión no puedas cobrarte la prenda por el hallazgo de una nueva pista, James.

—¿Cómo que no?

—Como que no. Ambos nos hemos dado cuenta a la vez.

24

A James le costó lo suyo conseguir que Joshua accediese a levantarle a Eugene la prohibición de salir de Londres. Tras mucho insistir durante el desayuno, que tomaron juntos, seguido de una partida al ajedrez, la exposición de sus motivos y el firme compromiso de que William Fritz, su caballerizo, Ian Austin, el de su hermano Christopher, e incluso Ladislaus Mortimer, ayuda de cámara del conde, mantendrían estrechamente vigilado al muchacho, James logró al fin su propósito.

De inmediato le escribió una nota a Eugene junto con una carta de presentación dirigida a Mortimer. En su misiva, le decía al joven Bannion que, aprovechando las vacaciones de las que iba a disfrutar durante unos días, partiera para Braystone Castle. Le pidió después a Joshua que le facilitara un criado para hacérsela llegar al interesado.

—Valiente soborno para un juez —gruñó Rowling tras la marcha de su sirviente—: una partida que me has dejado ganar.

—Ya sabes que yo no hago tal cosa.

—Mientes terriblemente mal, James —dijo su amigo, haciendo a un lado el tablero y apoyando los codos en la mesa—. Te estás tomando mucho interés por esa familia.

—Si los conocieras, verías que Emma posee un talento innato para la pintura y Eugene es un buen chico que no puede estar mezclado en los crímenes por muchas pruebas circunstanciales que tengas.

—Ya veremos. No puedo fiarme de una mera intuición y, lamentablemente, hasta ahora, ni mis hombres ni vosotros dos habéis encontrado nada sólido que me lleve a descartarlo como único sospechoso.

—Muy al contrario: nosotros creemos tener alguno más.

—¿Ronald Worthington? ¿Su hijo Andrew? El padre podría ser, aunque no lo creo, es demasiado pusilánime. Y en cuanto al joven, a pesar de las habladurías y alguna que otra locura propia de la juventud, no parece tener otra preocupación que la conservación de las focas.

—¿La qué?

—Lo he hecho seguir. No creas que hemos permanecido ociosos mientras tu «prometida» y tú husmeáis por ahí. El chico es de pocas luces y, además,

acaba de enrolarse como voluntario en un grupo para oponerse a la captura de focas.

—¿En el Támesis?

—Muy gracioso. —Torció el gesto—. Con franqueza, no estoy muy seguro de que haya sido buena idea incluiros en el caso, sigo manteniendo mis reservas sobre la capacidad de la señorita Bannion.

—Las dos víctimas fueron sangradas, lo sabes, ¿no?

—¿Qué?

—¿No te lo había dicho? —James mantuvo el suspense un momento—. Pues sí, a las dos víctimas les hicieron unos cortes en la muñeca.

—¡¿Y por qué diablos no me informó personalmente el doctor Allishigh?!

—Seguramente porque no se lo preguntaste. Sacarle a ese tipo información es más difícil que conseguir que el podenco de tu caballo *Pegaso* gane alguna carrera.

—¡*Pegaso* es un semental excelente! —replicó Joshua, ofendido—. Aún es un potro joven, pero acabará demostrando la valía que tiene.

—Véndelo, hazme caso, entiendo más que tú de caballos.

—Dejémoslo o acabaremos discutiendo. ¿Dices que sangraron a las muchachas? ¿Por qué? —Thara tampoco encuentra explicación. Fue ella quien descubrió una mancha en la sacristía donde se llevó a cabo el primer asesinato y se empecinó en visitar a Allishigh.

—¿De veras?

—Tiene más potencial del que imaginas y del que yo mismo creía. No se le escapa un detalle. —Se recostó en el asiento y estiró sus largas piernas—. Lo cierto es que me tiene asombrado. —¿Solamente asombrado?

—¿Qué quieres decir?

—Que se te ilumina la mirada cada vez que pronuncias su nombre.

—El café te emborracha.

—En serio, James. Desde que te conozco, nunca he visto esa expresión en tu cara hablando de una mujer.

—Lo dicho, el café no te sienta bien. —Dejó el comentario en el aire y, desentendiéndose de la conversación, echó una ojeada al periódico del día—. No pintan bien las cosas en la Rusia Imperial. —Desde que los jóvenes oficiales rusos tuvieron conocimiento de las sociedades occidentales, donde todo poder está limitado, incluso el de la monarquía, cambiaron su modo de pensar — concedió el juez—. Desde entonces, muchos se oponen a la autocracia y se les hace muy cuesta arriba que el zar Alejandro permitiera hace una década que Polonia tuviera Constitución, mientras que Rusia carece de ella. Pero no me cambies de tema, James, hablábamos de la señorita Bannion. —Se dice en los mentideros políticos que Kondrati Ryléyev está decidido a acabar con la dinastía absolutista del zar. ¿Crees que llegarán a tanto? ¿A atentar incluso contra él? —continuó, sin querer entrar al trapo.

—La Sociedad del Norte y la Sociedad del Sur se preparan para un levantamiento, es de todos sabido. Si yo estuviese en el pellejo de Alejandro I,

pondría a mi familia a buen recaudo.

—Siempre ha estado convencido de que la inspiración divina guía sus actos, craso error para un gobernante.

—Y yo sostengo que si alguien no quiere hablar de un asunto, nada hay que hacer, como es tu caso. —Rowling suspiró exageradamente, se levantó y llamó a su ama de llaves, que se presentó al momento—. Señora Willson, por favor, traiga la capa y el sombrero de lord Salsbury.

—Una manera muy poco discreta de echarme —se quejó Gresham.

Ya en el vestíbulo, Joshua posó una mano sobre el hombro de su amigo.

—Quiero estar al tanto de cada paso que deis. Y cuídate de esa muchacha. Es bonita, pero me temo que va a darte más de un quebradero de cabeza.

—Y más de un madrugón.

—¿Cómo?

—Cosas mías —dijo sonriendo, antes de perderse calle abajo, dejando a Joshua Rowling cavilando.

Dado que Thara se había tomado el día libre para —según sus propias palabras— poner la casa patas arriba y hacer una limpieza general, y aprovechando que su hermano Christopher se encontraba en la ciudad, James fue a buscarlo con el propósito de convencerlo para que lo acompañara a ver los caballos de lord Swan.

Trenton Manor quedaba a poco más de quince minutos a caballo y él había retrasado ya demasiado una visita que le interesaba en grado sumo. Lo único que le faltaba era que, por pasar todo su tiempo libre con Thara y dedicarse a las pesquisas a las que ella lo empujaba, Swan se arrepintiese de la oferta que le hizo.

A última hora del día, eufórico tras haber conseguido tres soberbios ejemplares, dejó a Christopher en el despacho de la Gresport Company y, sin otra cosa que hacer hasta su visita a White's, donde se había dado cita con unos amigos, decidió acercarse a casa de los Bannion. Camino del lado oeste de la ciudad, se fue repitiendo que lo único que lo impulsaba era interesarse por las clases de pintura de Emma y, de paso, confirmar que Eugene había partido hacia Braystone Castle. «No te engañes —se reprochó—, lo que realmente sucede es que llevas todo el día echando de menos a Thara, y te vales de cualquier excusa para volver a verla, aunque sea unos minutos.»

Le abrió la puerta una acalorada Roberta ataviada con un guardapolvo y con un pañuelo en la cabeza, tras la que asomó Thara con un aspecto similar. Sin decir nada, dio la vuelta y se internó en la casa a grandes zancadas.

—Estamos ocupadas, señor, estamos ocupadas —se excusó Roberta, roja como la grana por el desplante de su joven señora.

—Ya lo veo. Zafarrancho de limpieza, ¿no es eso?

James se coló dentro sin que Roberta pudiera hacer más por detenerlo, de modo que se encogió de hombros y fue en pos de Thara con Gresham a la zaga.

No se podía decir que el salón fuera en ese momento un espacio acogedor:

los muebles estaban apilados en un rincón, la alfombra enrollada, las cortinas descolgadas... Por las ventanas abiertas de par en par se colaban ráfagas de aire helado que hacían bailotear las partículas de polvo que Emma espantaba como si le fuese la vida en ello, sacudiendo con empeño la tapicería de los sillones. La chiquilla lo obsequió con una sonrisa de bienvenida que James le devolvió. Thara, arrodillada en el suelo, no daba señales de haberlo visto, afanada en restregar una mancha en la madera.

Gresham se hizo a un lado cuando Roberta comenzó a sacudir el respaldo de otro sillón. Se habían tomado muy en serio la limpieza.

—Dudo mucho que en la guerra civil inglesa se armara semejante jaleo —dijo.

—Ya hubiera querido Oliver Cromwell contar con soldados tan bien dispuestos —rezongó Thara, imprimiendo más entusiasmo al cepillo. Paró un segundo para mirarlo—. ¿Qué haces aquí? Si vienes a interesarte por Eugene, ha partido a media tarde para Braystone.

—Perfecto. Pero en realidad venía a saber cómo le va a Emma en sus clases.

—¡Oh, James, son maravillosas! —exclamó la chica, olvidándose del trabajo y acercándose a él—. Me está enseñando a...

—Emma, acaba con lo que estás haciendo si quieres que terminemos antes de la hora de la cena. —Pero...

—¡Acaba!

A James, conocido de la casa, pero un intruso en ese momento, le pareció que debería decir algo, pero no sabía qué. Sabiendo cómo era Thara, desdeñosa y altiva siempre con él, en cuanto se descuidara le pondría un plumero en la mano. Y eso sí que no. Pero al ver que Roberta trataba de darle la vuelta a un mueble para colocarlo en su sitio, no le quedó más remedio que ayudar.

—Thara, ¿podríamos hablar un momento?

—¿Es necesario que sea ahora?

—Bueno... quisiera pedir tu parecer a propósito de que llevara mañana a Emma a mi casa para que vea algunas pinturas.

—¡¡Sí!! —aulló la muchacha.

—De ninguna manera —negó Thara—. Si crees que por nuestra colaboración profesional voy a dejar que mi hermana vaya a tu casa...

—Con tu compañía, por descontado —la interrumpió él—. Y hasta con Roberta de carabina, si es que te preocupa vuestra reputación.

—Por favor, por favor, por favor —canturreaba Emma.

Thara se levantó, dejó caer el cepillo en el cubo y se secó las manos en el mandil, lamentando que la condenada mancha no se fuera ni a tiros. Era tarde y las tres estaban cansadas, mejor dejarlo. Suspiró, se masajeó los agarrotados músculos de la nuca y movió los hombros para desentumecerlos mientras lo pensaba.

La propuesta de James supondría unas horas de entretenimiento durante las cuales podrían distraerse del maldito caso que los ocupaba y que a ella le

estaba quitando el sueño. No acertó a ver ninguna intención oculta en la invitación, así que acabó consintiendo.

—De acuerdo.

—Entonces, os recogeré a las once —se apresuró a decir James—. Luego, si me lo permitís, os llevaré a comer.

—Agradecidas. Por mi parte, lamento no poder invitar a tu selecto paladar a compartir los sándwiches que vamos a cenar hoy.

«Terca mujer», pensó Gresham. Le daba una de arena aceptando su propuesta y otra de cal invitándolo a desaparecer. Bueno, al menos había conseguido un día de esparcimiento. Emma disfrutaría de los cuadros y seguramente de la casa y a él Thara le dispensaría un trato menos rígido debido a la presencia de su hermana menor. Amén de librarse de otro madrugón. Empezaba a tener complejo de gallina levantándose tan temprano.

—Si ahora puedo ser de alguna utilidad...

—No, gracias —contestó ella, guiándolo a la salida.

James se despidió de Emma y de Roberta, felicitándose interiormente por gozar de unos

segundos de relativa intimidad con Thara. Mirando el contoneo de sus caderas, que se adivinaban bajo su ropa de faena, tropezó con una mesita que estaba en medio del paso, golpeándose la rodilla. «Condenación, me la voy a pegar por mirarla», se recriminó. Pero le costaba no hacerlo: con el rostro acalorado, la bata descolorida y vieja, el cabello cubierto por un pañuelo ceniciento del que se escapaban mechones que se le pegaban al cuello sudoroso, era, incluso así, la mujer más fascinante y seductora que había visto nunca.

En la puerta, antes de salir, la cogió de la cintura. Los ojos de ella fulguraron en una muda petición de que guardara la compostura, por lo que James se limitó a inclinarse y besarla suavemente en los labios. Hubiera querido profundizar en el beso, acariciar su rostro... ¡En realidad, lo que hubiera querido era...!

Con un suspiro frustrado puso fin a un asedio que ni siquiera había empezado.

—Hasta mañana, valkiria.

Thara cerró y se apoyó en la pared. Le temblaban las piernas, el corazón le latía en las sienes y notaba un vacío en la boca del estómago. Se amonestó por bullir así por un simple beso, por otra parte nada lascivo, casi casto. Gresham derribaba una a una todas sus defensas. ¿Cómo evitarlo si le gustaba tanto?

Se obligó a retomar el ritmo normal de su respiración, se alisó mecánicamente el delantal y encaminó sus pasos hacia el salón para unirse a Roberta y Emma, ésta exultante por la visita programada.

Al día siguiente, James ejerció de correcto anfitrión, no sólo por Thara, sino especialmente por Emma, que preguntaba por todo, muy interesada en los cuadros de su propiedad, notables todos y algunos de gran valor.

Después subieron al carruaje y se fueron juntos a comer.

En el famoso restaurante Rules, enclavado en el corazón de Covent Garden, dieron buena cuenta de un excelente plato de caza, fresquísimas ostras y delicados pasteles, amén de un vino francés de moda entre la nobleza. Y, mientras, James se preguntaba cómo se las había arreglado Thara para meterse en el bolsillo a sus criados.

Había llevado a cabo todo un despliegue de encanto desconocido por James hasta entonces; sonriente siempre, atenta a lo que los tres carcamales decían y hasta cariñosa en sus respuestas. Se interesó por el resfriado de Balthasar, prometiéndole hacerle llegar más jarabe si era necesario, alabó la pulcritud y disposición de los utensilios en la cocina de Bellamy, poniendo los ojos en blanco al degustar un pedazo de bizcocho, y, finalmente, felicitó a Aaron por su buen gusto al cambiarle a James los pañuelos de intrincados nudos que solía usar por los fulares.

A los tres, misóginos recalcitrantes, sólo les había faltado babear cuando se despidieron.

James seguía estupefacto. E irritado. No le gustaba nada el cariz que había tomado la visita, porque recordaba que su hermano Darel, en cierta ocasión, le explicó que Tatiana había logrado algo parecido con el personal de servicio de su casa. ¡Y ahora estaba casado con ella!

Como suponía, a su regreso a Aaron le faltó tiempo para ponderar la clase de la «increíble» señorita Bannion, mientras le preparaba la ropa del día siguiente, por supuesto con fular.

—No me importaría servir a una dama tan deliciosa, milord. Y Casper y Balthasar opinan como

y°.

¡Por supuesto! Podrían haber sido los tres Reyes Magos, siempre de acuerdo en todo.

Era más de lo que le apetecía soportar, por más que por su parte pensara también, con cierta enojosa frecuencia ya, en las notables cualidades que iba descubriendo en Thara y, sobre todo, en la atracción que ejercía sobre él.

La entrega con la que Aaron, Casper y Balthasar la elogiaron no dejaba de ser una traición, después de haber tenido que aguantar sus veladas objeciones cuando lo creyeron prometido.

Ansioso por huir de tanta frase almibarada, se cambió de ropa, se echó una capa sobre los hombros y se marchó. Podía ocupar aquella noche en algo más productivo que oír galanterías, de modo que pensó que, tal vez, volver a husmear en las aficiones de Ronald Worthington no le vendría

25

EMMA, por su parte, se deshacía en elogios sobre James: un caballero elegante, culto, atento a los detalles, pendiente de sus opiniones, encantador en el trato además de rico, con una casa increíble.

Y, por si fuera poco, guapo.

Así que, una vez acabada la cena, para serenar su ánimo después de soportar tal cantidad de alabanzas, Thara decidió que iba a salir. La oscuridad siempre era buena aliada. Sin embargo, para lo que tenía pensado sus ropas femeninas no eran lo más indicado, de modo que se puso unos pantalones de su hermano, un sombrero, tomó su pelliza, la pistola y la daga y se marchó con la pretensión de indagar un poco.

Las mortecinas luces de las escasas farolas apenas alumbraban las calles y el silencio amortajaba Londres, sólo roto de vez en cuando por el ladrido de algún perro vagabundo o por el repiqueteo incesante de la lluvia sobre tejados y aceras.

En circunstancias normales, incluso para ella no dejaba de ser un desvarío aventurarse a salir en noche cerrada y sin compañía.

Una voz interior la alertaba del peligro, aunque Thara no le hiciera caso.

No podía negar la aprensión que sentía, rayana quizá en el miedo, pero si quería hallar pruebas con las que exonerar a su hermano de las sospechas que se cernían sobre él, no le quedaba más remedio que adentrarse en lugares inseguros, lo que implicaba, de entrada, una visita al mausoleo en el que la policía encontró el cadáver de Noelia Kendrick.

No le quedaba cerca, de modo que tomó un coche de alquiler y se bajó a una manzana de su destino.

Poco después, la valla que circundaba el pequeño cementerio de detrás de la iglesia de Santa Úrsula le cerró el paso. Pero conocía el lugar y ya lo tenía previsto, de modo que, tras comprobar que no había por allí ningún viandante, escaló el muro ayudándose de las cavidades que el paso del tiempo había ido dejando en él o de los huecos de piedras desprendidas. Se encaramó luego a las ramas de un viejo roble que se inclinaba sobre la tapia y saltó al otro lado. Localizó de inmediato su objetivo, pues era el único panteón.

Avanzando en la oscuridad, recorrió presurosa el sendero que llevaba hasta el sepulcro, despotricando en su interior contra los elementos, pues, justo esa noche, un fuerte aguacero estaba cayendo sobre la ciudad.

Una punzada de pavor paralizó su avance al atisbar a través de la lluvia que la puerta de la cripta estaba entreabierta. Historias de ánimas y espíritus errantes acudieron a su mente, aterrorizándola hasta el punto de que casi la hicieron retroceder, salir de allí a escape y esperar una ocasión más propicia, pero a su miedo se le superponía la imagen de su hermano, injustamente acusado de un delito que podía acarrearle la muerte.

Tenía que seguir. Eugene era inocente. En alguna parte hallaría indicios y muy bien podía empezar por allí. No lo dudó más, aunque, por precaución, empuñó la pistola. Empujó la puerta, que emitió un chirrido que le erizó el vello, y entró en la cripta, oscura como boca de lobo. Apenas puso un pie dentro, una mano tiró de ella y, presa del pánico, Thara gritó como no lo había hecho nunca. Hasta se olvidó de que tenía un arma. La puerta se cerró tras ella y se encontró inmersa en la oscuridad más absoluta, atrapada por un brazo que le ceñía el talle con fuerza.

—¿No sería mejor que te quedaras en casa haciendo calceta, en lugar de jugar a los detectives, Thara?

Al oír esa voz burlona, su miedo se borró sustituido por la furia.

Se revolvió contra el hombre que la mantenía sujeta. No podía ver sus facciones en la

oscuridad, pero no toleraría que se mofase así de ella. No pudo ni quiso controlarse y le espetó sin

contemplaciones:

—¡Maldito seas! ¡Estúpido! ¿Tú sabes el susto que me has dado?

—Da gracias a que haya quedado en eso. Ahora podrías estar muerta. ¿Qué demonios haces aquí, querida?

—Casualmente esto, buscar demonios. Pero me he encontrado con quien menos ganas tenía de toparme. James Gresham, engreído intrigante, yo no soy tu «querida».

Haciendo caso omiso de su reproche, él encendió un cirio que había apagado de un manotazo cuando advirtió que escalaban la valla, alumbrando el lugar con una luz mortecina.

—¿Se puede saber qué buscas tú aquí?

—¿Y yo puedo saber cómo se te ocurre vestirte con pantalones? —preguntó James a su vez—. Estás hecha un adefesio. Guarda la pistola antes de que se te dispare sin querer.

—No pretenderás que vaya saltando muros con falda, ¿verdad? —replicó, haciendo desaparecer el arma.

—Pretendo que no los saltes, así de simple. ¿No se te ha pasado por la cabeza que podrías haberte roto el cuello?

—¡Tonterías! No es la primera vez que escalo un muro.

—¿Por qué no lo pongo en duda? De haber sabido que se te ocurriría venir aquí, te hubiera ahorrado vestir como un salteador de caminos y te habría recogido en tu casa.

—No pensaba hacerlo —masculló Thara, echando un vistazo al lugar.

—Entonces...

—Una corazonada.

—Ese corazón tuyo nos meterá en problemas.

Ella no replicó, se limitó a quitarle el cirio de la mano y comenzó a iluminar el lugar. Se oyó el lastimero maullido de un gato y a Thara se le erizó el vello de la nuca.

La cripta no era más que una sencilla edificación, si bien podía resultar ostentosa en un lugar donde la mayoría de las tumbas consistía sólo en pequeñas lápidas. Había dos ventanas ojivales de vidrios de colores, lo bastante grandes como para que una persona pudiese colarse dentro. El cristal

de una de ellas estaba roto, lo que permitía que la exigua luz de la luna que asomaba entre los negros nubarrones que cubrían el cielo se filtrara en el recinto en minúsculos haces irisados apenas perceptibles. Un par de búcaros roñosos de humedad y moho y unos cuantos cirios en un rincón se mezclaban con papeles y hojas muertas.

Se agachó sólo para confirmar lo que imaginaba: heces de animales.

Sin embargo, no fue la inmundicia lo que hizo que el estómago de Thara se contrajera en un espasmo de repugnancia. Fue la almizclada fetidez que destilaba la cripta: una mezcolanza de podredumbre, flores marchitas y aire viciado.

Olía a muerte.

Al hilo de esta percepción, le sobrevino el pensamiento culpable de estar violando la intimidad de una morada eterna. Si los fantasmas existieran, como creían algunos, el del difunto enterrado en aquella sepultura no aceptaría de buen grado el hecho de que James y ella estuviesen husmeando por allí.

Desechó tan pueriles reflexiones, pues no quería que nada minara su decisión y siguió buscando, caminando agachada, alrededor del sarcófago de piedra.

—¿Qué buscas? —preguntó James.

Ella no respondió de inmediato. Escarbó con el pie entre hojas y algún que otro excremento hasta dar con algo.

—Puede que esto —dijo al fin.

Gresham rodeó la tumba para echar un vistazo por encima de su hombro.

—¿Esa mancha?

—Es posible que sea la confirmación de lo que nos dijo el doctor Allishigh.

—Bueno, en el supuesto de que sea sangre seca, que seguro que es lo que estás pensando, tampoco es como para dar saltos de alegría —le quitó él importancia al asunto—. Seguimos en el mismo punto.

—Pero nos acercamos al asesino. Al menos, ahora tal vez podamos ratificar que, aparte de maquillar a sus víctimas, ese hombre las sangra.

—O esa mujer, recuerda. ¿Y qué es eso de que podemos «ratificar»? ¿Acaso dudabas de la palabra de Allishigh?

—En un caso de asesinato, yo dudo hasta de mi sombra.

James puso los ojos en blanco y luego se dedicó a dar vueltas por un lado, mientras ella se encargaba del otro. El repentino estallido de un trueno los sobresaltó a ambos, pero la luz de los sucesivos relámpagos que inundó el mausoleo facilitó que James fijara su atención en una esquina del sarcófago. Entre el índice y el pulgar tomó un pellizco de polvo que bien podía confundirse con la suciedad existente, y se lo acercó a la nariz.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Thara.

—Rapé, diría yo.

—¿Rapé?

—¡Aja! Aromatizado con eucalipto.

Thara lo hizo a un lado y examinó el polvo dubitativa. Podía ser cualquier cosa.

—No está de más tomar una muestra. ¿Tienes algo en lo que guardar un poco de este polvillo?

—Eso ya lo había pensado yo, ¿qué te crees, listilla? —replicó él, sacando de un bolsillo el primer papel que encontró y pasándoselo.

Bajo la titilante luz del cirio, Thara vio lo que era y dijo sorprendida:

—¿Un pagaré?

—Úsalo y acabemos.

—No quisiera mermar tus ingresos extras de juego, milord.

—Toma esa muestra y salgamos de aquí de una maldita vez.

—¿Te dan miedo los fantasmas? —se burló ella, envolviendo con cuidado un poco de rapé en el pagaré.

—Me asustan más las brujas.

Thara arrugó el cejo sin acabar de determinar si la insultaba o le devolvía la broma. Se levantó y le entregó el pequeño envoltorio.

—Imagino que después aún servirá, aunque esté algo arrugado y huela a tabaco —ironizó, sin reprimir el placer que le producía pincharlo—. ¿Te encargas tú de investigar dónde pudieron hacer esta mezcla?

—Déjalo de mi cuenta. Y olvida el condenado documento, ¿quieres? No tiene importancia — añadió, guardándoselo en un bolsillo interior del chaleco.

—Amén.

—¿La señorita tiene algo más que olisquear?

—Yo no olisqueo, investigo. Si tienes interés, puedo darte unas clases.

—A veces me dan ganas de retorcerte el pescuezo, Thara.

—Pues ya somos dos, porque yo tengo las mismas tentaciones respecto al tuyo.

Si seguían por esa vía de invectivas iban a acabar discutiendo, así que James apagó el cirio y la cogió del brazo, disponiéndose a salir fuera. Abrió la puerta apenas una rendija y el tenue resplandor de un candil a escasa distancia lo hizo retroceder, cerrando de nuevo. Rodeó con un brazo la cintura de Thara, mientras la silenciaba tapándole la boca con una mano.

—Ni respires —le dijo muy bajo.

Thara así hizo: ni respiró. Por dos razones: la primera, porque la reacción de James anunciaba dificultades, quizá peligro; la segunda, porque estar pegada a su cuerpo fibroso hizo que se le parase el corazón.

Una vez la alertó, retiró la mano, pero no la soltó, al contrario, aún la apretó con más fuerza.

Fuera, bajo la tormenta, podía estarse hundiendo el mundo, pero él se encontraba en el séptimo cielo teniendo el cuerpo de Thara pegado al suyo.

—¿No será el párroco? —preguntó ella con un hilo de voz—. No me haría

ninguna gracia tener

que darle explicaciones.

—No. Son ladrones de cadáveres.

26

—¡LADRONES de...! —se le escapó la exclamación, que ella misma sofocó cubriéndose la boca. —Roban cuerpos recién sepultados para venderlos a hospitales.

—Sé lo que hacen. He oído hablar de esa aberrante forma de ganar dinero. ¿Corremos peligro si nos descubren?

—Desde luego.

Mentía como un bellaco. Lo más probable era que si los veían salir de la cripta, en medio de la tormenta y en plena noche, los salteadores pusieran pies en polvorosa. Pero si meterle el miedo en el cuerpo a Thara significaba tenerla así, como en esos instantes, pasiva y dócil, estaba dispuesto a levantar de sus tumbas a todos los moradores del cementerio.

La hizo volverse entre sus brazos, tomó su rostro entre las manos y acercó los labios a los suyos. Antes de besarla, dijo:

—Por la posible pista que he descubierto.

Al contacto de su boca, a Thara le importó muy poco la razón por la que James la besaba. Le bastaba con que continuara haciéndolo, abandonándose a la brasa que se encendía entre sus muslos. Lo rodeó con los brazos, con sus palmas abiertas explorando la espalda de él, bajando por sus caderas y sujetando, inconsciente pero decididamente, sus firmes nalgas.

En respuesta a su iniciativa, el cuerpo de Gresham se enervó, cobrando especial pujanza su bajo vientre, enfrentado al vientre de la joven.

Ella tuvo entonces conciencia de la senda por la que avanzaban, dejó de abrazarlo, metió los codos entre ambos y se apartó súbitamente.

—¿Y ahora qué pasa, muchacha? Íbamos muy bien.

Le hubiera cruzado la cara de buena gana. Pero no podía echarle toda la culpa. La pasión... más bien la lujuria, estaba causando estragos en ella, llevándola a actuar de una forma atrevida y muy tolerante. ¿Qué extraño sortilegio le provocaban sus besos que perdía el control e incluso se olvidaba de dónde estaba? A pesar de todo, se alegraba de haberle acariciado las posaderas, aunque fuera por encima de la capa, lo que no sólo le gustó, sino que pensó que lo repetiría.

—Vámonos. Estamos en un recinto sagrado.

—El fantasma del dueño de esta cripta no va a recriminarnos nada.

—Por si acaso.

—Tan resuelta para unas cosas y tan timorata para otras.

—No me dan miedo los muertos, los vivos son mucho más peligrosos. Simplemente, quiero guardar el respeto debido a los difuntos.

—Thomas Bridge mandó construir este panteón, pero su cadáver no está aquí. Desapareció en un naufragio y, sin herederos ni familiares que reclamasen el sepulcro, éste quedó abandonado. El párroco se desentendió de

él una vez se acabó el dinero adelantado por Bridge para su cuidado. —¿Cómo sabes todo eso?

—También yo sé preguntar, amiga mía. Cuando quieras puedo darte algunas clases —le devolvió la gentileza.

—¿Crees que por ese motivo nuestro asesino utilizó este lugar para su tétrico ritual con Noelia Kendrick? —preguntó ella, haciendo oídos sordos a la mofa.

—Es bastante posible.

—Entonces es de aquí, de Londres.

—¿Por qué no iba a serlo?

—Hubo un momento en que se me pasó por la cabeza que nuestro hombre...

—... O mujer.

—O mujer —concedió ella—, pudiese ser de fuera de la ciudad, un forastero-forastera que sólo

estuviera de paso...

—Posible, aunque poco probable.

—Ahora puedo desestimar esa teoría.

—Porque un forastero desconocería la historia de la cripta abandonada de Thomas Bridge — dijo James.

—Eso es.

—¿Y qué te hace pensar que pudiera importarle si aquí dentro yacía un difunto o no? Sin duda es un maníaco para el que ese tipo de consideraciones de respeto o deferencia sencillamente no existen. Para individuos así, significa tanto una tumba como una sacristía: nada.

—Al contrario —lo contradijo Thara.

Se atrevió a abrir ligeramente la puerta, oteó fuera y vio dos figuras encorvadas que parecían excavar cerca del muro norte. Volvió a cerrar.

—Esos profanadores siguen ahí.

—Explícate, por favor, y deja a esos desgraciados tranquilos. Acabarán con lo que han venido a hacer y se largarán.

—Me gustaría poder detenerlos.

—Y a mí ser el rey de Inglaterra. Vamos, explícate.

—Es bastante simple: una persona a la que no le importase mancillar una sacristía o una cripta no habría tenido tanto cuidado en St. Mary Woolnoth. —Gresham no conseguía seguir el hilo de sus deducciones—. No estropeó nada. Los candelabros que, según el hombre que cuida de la iglesia estaban sobre el mueble en el que depositó el cadáver de Adriana, se hallaban cuidadosamente colocados en un rincón. Igual que las ropas eclesiásticas que dijo que no había podido guardar la noche anterior: pulcramente dobladas. Un desalmado simplemente lo hubiera tirado todo al suelo para llevar a cabo su trabajo.

—Así que, según tú, perseguimos a un asesino devoto de los signos o símbolos.

—O asesina —lo corrigió puntillosa.

James se deleitó con su sonrisa de suficiencia, que vio gracias a otro

relámpago que iluminó la estancia. Estaba preciosa. El brillo animado de sus ojos, sus labios húmedos le hicieron desearla intensamente. No quiso ni pudo refrenar la llamada de su cuerpo: le puso una mano tras la nuca, la acercó a él y la besó de nuevo.

Thara se dejó arrastrar por el torbellino, prescindiendo de todo lo demás: el asesino, las víctimas, la espada de Damocles que se cernía sobre la cabeza de su hermano y hasta los saqueadores que se afanaban a poca distancia de ellos.

Fue James quien, consciente de la inconveniencia del momento y del lugar, sobreponiéndose a sí mismo, al furor sexual que sentía, se separó de ella; Thara se merecía un entorno de princesa, no un espacio que no le gustaba.

—Tu cabeza es una olla en ebullición que acabará por hacer que me encierren en Bedlam.

Hubieron de esperar un tiempo que se les hizo eterno, cada uno de ellos deseando y recelando de la proximidad del otro, antes que la ausencia de ruidos en el exterior les confirmara que los ladrones de cadáveres se habían ido ya con su lúgubre carga.

En otras circunstancias, James no hubiera dudado en intervenir para ponerlos en fuga, pero estando con Thara no deseaba correr el más mínimo riesgo. Por nada del mundo podía pasarle algo. Consiguiera o no llevársela a la cama, la quisquillosa e inteligente señorita Bannion se había convertido en su más preciado tesoro. Negarlo era negar la agitación que zarandeaba su cuerpo cuando estaba con ella.

Cubriéndose como pudieron, echaron a correr hasta llegar al muro, sorteando tumbas y charcos enlodados. James cruzó las manos, ofreciéndoselas como estribo y ella se izó con facilidad, trepando hasta una rama. Luego le tocó a él el turno de trepar.

Lo hubiese conseguido sin problemas de no ser porque una de las ramas en la que se apoyó se rompió. La distancia hasta el suelo no era demasiada, pero sí la suficiente para, en una mala caída, romperse la crisma. Intentando evitar el golpe, James echó mano de sus reflejos, asiéndose de otra rama que, para su infortunio, tampoco soportó su peso.

Perdido el equilibrio, efectuó una extraña pirueta en el aire, salvándose de caer en última instancia gracias a otra rama más gruesa que lo enganchó de los pantalones y lo dejó suspendido cabeza abajo. Una postura en absoluto airosa, ridícula sin más, con su propia capa cubriéndolo como las alas de un murciélago.

A Thara, que lo esperaba en lo alto del muro, le sobrevino un ataque de risa que no lograba controlar al ver a Gresham colgando como un embutido.

—¡Échame una mano! —mascullaba él, apartándose la capa, más irritado por su risa que por el peligro cierto de un batacazo.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, Thara consiguió dejar de reír y, sujetándose entre el muro y el tronco, le tendió una mano.

—No te alcanzo.

—¡Pues haz algo! Pon esa marmita que tienes por cabeza a pensar y

ayúdame a bajar de aquí como sea.

Le disgustó su grosería. ¿Así que el calavera de lord Salsbury exigía que lo bajase del árbol como fuera? Dicho y hecho: se sacó la daga de debajo de la pelliza.

James abrió los ojos como platos.

—No te atreverás...

—De alguna manera ha de bajar de ahí, milord — le dijo, inclinándose hacia él.

—Thara, lo digo en serio, ni se te ocurra hacer lo que estás pensando, ¿me oyes? ¡¡Ni se te ocurra!!

No hubo lugar a que ella hiciera nada: lo poco que James se retorció para impedir que usara la daga hizo que su pantalón se desgarrara con un desenlace deplorable, cayendo primero de cara sobre el barro y luego cuan largo era.

Thara no pudo contenerse y estalló en otra tanda de carcajadas. Allí, sobre el muro, chorreando agua, como un fantoche a la intemperie, se estaba burlando de la grotesca estampa que presentaba todo un estirado lord rebozado en barro de pies a cabeza.

Ahí podía haber quedado la humillación del menor de los Gresham, pero no fue así. Claro que no. El destino quiso que Aaron decidiera, justamente esa maldita noche, atraer el sueño leyendo en la biblioteca, con lo que, cuando James entró en casa mascullando todos los nombres del santoral, el criado le saliera al paso.

—¿Qué le ha sucedido, milord? —se interesó, lógicamente, ante el lastimoso aspecto con que llegaba—. ¿Se encuentra usted bien?

—¡Divinamente! —gruñó él, desembarazándose de la embarrada capa y lanzándosela—.

Prepárame un baño.

Atravesó el vestíbulo como un toro furioso, subiendo los escalones hacia su cuarto de dos en dos. A medio camino lo detuvo la fastidiosa voz de su ayuda de cámara:

—¿Me permite que le diga una cosa?

—¡¿Qué mierda sucede ahora?!

Goldman se pasó una mano por su encrespado cabello oscuro, adoptó su expresión más hierática y murmuró:

—Va usted enseñando el... el trasero, milord.

Por los ojos de James cruzó un relámpago de furia. Apretó los párpados, contó hasta diez y continuó subiendo al tiempo que decía:

—Olvida el baño, Aaron.

—Pero, milord...

—No te acerques a mi cuarto. ¡No te acerques!

El sirviente no replicó, pero hasta Gresham llegaron unas nítidas carcajadas antes de entrar en la habitación, cuya puerta cerró con tanto estrépito que tembló la lámpara del pasillo.

27

LA nota que le hizo llegar Joshua fue decepcionante: los restos de rapé hallado en la cripta no aportaban nada significativo, porque, aunque lo habitual era añadir al tabaco un ligero toque de pimienta, eran muchos clientes los que solicitaban el de eucalipto.

Dado el número de comercios visitados y la larga lista de clientes, no era cuestión de poner a una legión de agentes a trabajar siguiendo los pasos de cada individuo.

Así se lo comunicó a Thara cuando se encontraron y ella lo aceptó sin hacer comentario alguno, aunque no disimuló su evidente desengaño.

Sin un hilo que seguir por ese lado, ella insistió entonces en volver a casa de los Kendrick y hablar de nuevo con Beth.

Cuando ellos llegaban, la muchacha salía de la casa, con un cesto colgado del brazo. La siguieron, pero no la interceptaron hasta que hubo dado la vuelta a la esquina.

—Queremos hablar contigo un momento —le dijo Thara, cogiéndola del brazo, porque, en cuanto los vio, aceleró el paso a punto de echar a correr.

—Tengo que... que hacer unos... recados.

—Será sólo un minuto.

Beth miraba nerviosamente a su espalda, como si temiera que alguien la acechara.

—Yo no sé nada. ¡Se lo juro! ¡No tengo nada que ver con la muerte de la señorita...!

—Nadie te está culpando.

James utilizó la más encantadora de sus sonrisas en un intento de tranquilizarla, se permitió incluso apoyar una mano en su espalda y la instó a caminar mientras hablaban.

La chica, mirándolos a uno y otra con actitud temerosa y visiblemente incómoda se dejó conducir con paso inseguro hasta el carruaje estacionado a apenas unos metros. Gresham ayudó a subir a ambas mujeres y, antes de hacerlo él, le dijo a Balthasar:

—Da unas cuantas vueltas.

—¿Adónde me llevan? —preguntó Beth, descompuesta, cuando se pusieron en marcha.

—No vamos a ninguna parte, cálmate. Suponemos que preferirás la privacidad del carruaje para contestar algunas preguntas.

—Les digo que no sé nada.

—Cuanto antes nos digas la verdad, antes podrás seguir con tus quehaceres, Beth.

—Si me ven hablando con ustedes perderé mi empleo —replicó ella, echándose a llorar—, no saben cómo es mi señora.

—Nadie tiene por qué enterarse. Por favor, tranquilízate y cuéntanos todo lo que recuerdes de la noche en que mataron a Noelia Kendrick.

—Ya se lo conté todo.

—No, todo no. Porque tú la oíste salir.

—¡Eso no es cierto!

—No nos mientas.

—¿Por qué insisten? Por favor, hagan parar el carruaje, quiero bajarme.

A James se le pasó por la cabeza dejarla ir. Retener a la muchacha en contra de su voluntad quizá no fuera el mejor medio para que hablase, por mucho que sí se lo pareciera a Thara. Abrió la trampilla del techo para decirle a Balthasar que parara, cuando, sujetando una mano de Beth entre las suyas, le dijo suavemente:

—Querías mucho a tu señorita, ¿no es cierto?

La muchacha no soportó ya la presión, se cubrió el rostro y estalló en llanto. Se fue desahogando poco a poco y después, cuando pudo recuperar algo la compostura, hipó un par de veces y los miró afligida.

—Le dije que no saliera esa noche. Se lo supliqué incluso; tenía un mal presentimiento. Pero ella no atendió a razones. ¡Siento tanto lo que le pasó! Debería haberle insistido, alertar a su padre,

pero... —Volvió a dejarse sollozar desesperada—. La señorita Kendrick ha sido la única amiga que he tenido desde que llegué a Londres. Al principio, cuando entré a servir en la casa, me pareció una joven mimada y algo altanera, pero poco a poco fuimos acercándonos y entre nosotras se creó un vínculo afectivo.

—Continúa, te escuchamos.

—Yo estaba sola, lejos de mi familia, y ella no tenía a nadie con quien sincerarse.

—¿No tenía amigas?

—Las tenía, claro, señoritas distinguidas la mayoría, de su clase social. Pero ella decía que ninguna podía entender sus problemas. —Se secaba una y otra vez los ojos con un pañuelo.

—¿Qué era eso que no podían entender?

—Su afición a las apuestas. Tampoco su padre o su madrastra lo veían bien, por supuesto. Las discusiones se sucedían sin cesar, siempre por el mismo motivo.

—El señor Kendrick nos aseguró que su hija no solía perder cantidades excesivas.

—No lo hacía, aunque eso no evitaba que él, y sobre todo la señora, le recriminasen constantemente tirar el dinero de la familia.

—¿Hubo alguna discusión más fuerte de lo habitual?

Beth asintió pesarosa.

—La señora Kendrick era quien más se exaltaba. Hasta llegó a gritarle un día que parte de ese dinero pertenecía también a su hermanastro y que... —Se detuvo, mirándolos de nuevo temerosa. —¿Y que... qué?

—Que sería capaz de matarla antes que consentir que dilapidase lo que era de su hijo. ¡Lo dijo en un momento de furia, por supuesto! —se apresuró a aclarar—. La señora Kendrick en el fondo quería a la señorita, pero tiene un carácter fuerte... y su hijastra le iba a la zaga.

—¿Qué has querido decir antes con lo de «no saben cómo es mi señora» ? —preguntó James.

—Me refería a que es muy severa con las obligaciones de cada uno.

Él hizo una pausa en el interrogatorio, sacó una botella de brandy y una copa del armarito lateral, escanció un poco de licor y se lo pasó.

—Gracias, señoría, pero no bebo.

—Te sentará bien —insistió James.

Beth bebió un pequeño sorbo, se atragantó y empezó a toser. Se la devolvió con el rostro acalorado y mano temblorosa.

—¿Qué motivo tan perentorio impulsaría a Noelia a salir la noche en que la mataron? ¿Lo sabes?

—Un chivatazo.

—¿Un chivatazo?

—Iban a darle un soplo. Una carrera amañada en la que quería apostar y con la que pensaba ganar mucho dinero, según me confesó.

—El dinero no es una preocupación para los Kendrick —dijo James, que se había encargado de investigar las finanzas de la familia.

—La editorial creo que les va bien y además tienen varias propiedades alquiladas en Londres —confirmó la joven.

—¿Entonces...?

—Según las propias palabras de la señorita: quería darle en las narices a su madrastra.

—¿La crees?

Thara permanecía en silencio desde que Beth se fue. Transitaban por una calle próxima a la zona portuaria, en la que James le había dicho que estaban las oficinas de la Gresport Company, donde debía firmar algunos documentos.

—No tiene motivo para mentirnos, aunque tengo algunas dudas, porque no es temporada de carreras en Ascot. Claro que puede haber otras carreras, tal vez clandestinas. Beth estaba muy asustada y ha podido no decir la verdad.

—No sólo se hacen apuestas de carreras en el hipódromo, también podría tratarse de alguna competición en una finca particular. En Braystone Castle lo hemos hecho a veces durante alguna fiesta y las apuestas no tenían nada de despreciables.

—Deberíamos investigar por ese lado.

—No será difícil.

—Por otra parte, tendríamos que conseguir información de posibles grupos de fanáticos adoradores del Diablo, tema que no debemos olvidar.

—Hablaré de ello con Joshua. Bien, ¿qué conclusión sacas de todo esto?

—Ninguna, de momento —suspiró desalentada—. Todo indica que Adriana salió la noche de su muerte, tal vez, y digo tal vez, porque creía que alguien

podía ponerla en contacto con el espíritu de su padre; sabemos que Noelia lo hizo, supuestamente, porque iban a darle un soplo. ¿Qué móvil en común puede haber en ambos crímenes? Confieso que no lo veo.

—Adriana era hija de una familia con recursos medios, Noelia de otra con la vida resuelta — elucubró James a su vez—. La primera estaba obsesionada con el ocultismo, si hemos de hacer caso a su madre; la segunda, con las carreras de caballos. Los únicos nexos personales en común es que ambas eran de similar apariencia y edad, acudían a las reuniones de Henry Whitaker, a las que también asiste tu hermano, y que el ritual llevado a cabo por el asesino fue idéntico en ambas muertes.

—No estarás pensando en colgarle a Whitaker el cartel de sospechoso, ¿verdad? —se alarmó Thara.

—¡Por Dios! Sólo a ti se te podría ocurrir una sugerencia tan descabellada. Ese hombre es un anciano, no me lo imagino doblegando a dos muchachas jóvenes y llenas de vida, que, por supuesto, se defenderían con uñas y dientes. Y desde luego no lo veo cargando con sus cuerpos. Además, me pareció un tipo afable.

—¿Lo conoces?

—Sí, me entrevisté con él. Quería que me hablara de tu hermano.

A Thara un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—¡Eso es una... una... puñalada...!

—Guárdate tus opiniones, seguro que no salgo bien parado. Por mucho que Eugene sea tu hermano, conocía a esas muchachas, trató con ellas, encontraron notas firmadas con una «E»... —¡Notas que no escribió él! —rebatió una furiosa Thara sin dejarle terminar—. Si tu amigo el juez te ha contado eso, te habrá dicho también que, aunque la letra se parece, no es la suya. Me lo han confirmado.

—¿Y quién te tiene tan bien informada?

—Eso no te interesa. Ya te dije que tenía mis fuentes, como tú. ¿Por qué tuviste que interrogar al pastor sobre Eugene?

—No lo interrogué, solamente le pedí que me hablara de él.

—Pues para mí eso es una deslealtad sin justificación.

—Tómalo como te venga en gana.

—¿Por qué lo hiciste?

—Esconde las uñas, mujer, y no le des tanta importancia. En aquel momento no conocía a tu hermano, era una forma de tomar perspectiva.

—Y ahora que lo conoces, que has hablado con él, ¿qué opinión te merece? Porque si tu intuición se basa únicamente en mirar a un sospechoso a la cara para saber si miente o no, podemos terminar nuestra colaboración ahora mismo.

—No he dicho tal cosa.

—Si continúas viendo a mi hermano como sospechoso es que eres un hipócrita redomado — continuó ella, francamente enojada.

Gresham se cambió de asiento y, pese a su renuencia, la abrazó, haciendo

que descansara la cabeza en su hombro y besándola en la sien.

—¿Me crees tan ruin como para pensar así y en cambio ofrecerle a Eugene el cuidado de mis caballos? Tú no los has visto, pero te aseguro que no permitiría a un sospechoso acercarse ni a una legua de ellos, valen una fortuna.

—No te burles.

—Mírame. —Le cogió el rostro entre las manos, pero ella rehuyó sus ojos —. Mírame, Thara.

Te juro por lo más sagrado que si hubiera tenido la más mínima duda, jamás, óyeme bien, jamás lo habría enviado a Braystone Castle. Mis abuelas me hacen la vida imposible a veces, pero no tanto como para obligarlas a que alojen a un presunto malhechor.

A su pesar, mantuvo a Thara entre sus brazos y ella consiguió que asomara una sonrisa a sus labios cuando comentó:

—Por lo poco que las conozco, serían capaz de comérselo vivo.

Más sosegados, y estando tan próximos, Gresham aprovechó para robarle un rápido beso.

Estaba de acuerdo con ella respecto a sus abuelas.

28

TATIANA ELISABETA abrió la puerta del saloncito y retrocedió un paso, sobresaltada por el sobre que James hacía oscilar frente a su rostro.

—¿Qué es esta tontería?

La baronesa de Winter se lo arrebató, le echó un vistazo y lo dejó sobre una pequeña consola. —La fecha de tu fiesta de compromiso, está claro.

—¿Alguna vez leerás entre líneas? Ni Thara ni yo queremos celebrar ninguna fiesta.

—No te opusiste cuando la abuela lo dejó caer en el salón de té.

—Lo dicho: sois incapaces de captar una indirecta. ¿Qué diablos se os ha pasado a Kim y a ti por la cabeza?

—Evitar que la abuela organice un evento con cientos de personas, para anunciar el

compromiso de su nieto menor. Eso es lo que se nos ha pasado por la cabeza, pedazo de mulo. ¡Y encima me vienes con protestas!

—No habrá ninguna fiesta.

—No se trata de nada grandioso, solamente será una pequeña reunión con los más íntimos. —Tampoco habrá reunión.

—Pues lo lamento, pero ya no tiene solución: las invitaciones salieron ayer. Adiós, James —se despidió un poco contrariada, dándole la espalda—. Sigamos con lo nuestro, Anna.

Dándose cuenta entonces de su falta de cortesía, James inclinó la cabeza y saludó a la mujer que acompañaba a Tatiana antes de continuar:.

—Inventaos lo que os venga en gana, pero ya estáis deshaciendo este entuerto.

—De ningún modo.

—Pelirroja...

La baronesa se le enfrentó, apoyó un dedo en el pecho de su cuñado y le dijo:

—Tu terquedad no va a dejarnos en evidencia. Lo hecho, hecho está. Y ahora, lárgate, que estamos muy ocupadas como para perder el tiempo apiadándonos de tus lamentos.

Pero él no estaba dispuesto a que lo despachara así sin más, por lo que, a pesar de la desaprobadora mirada de Anna Devis, la modista de Tatiana, a la que conocía desde hacía años, cerró la puerta y tomó asiento, dispuesto a esperar lo que hiciera falta.

—Milord —dijo Anna, que sostenía una delicada prenda en sus manos—, no puede permanecer aquí, tengo que probarle esto a milady.

—No pienso moverme —se reafirmó James.

Tatiana Elisabeta perdió la paciencia e incluso la compostura y le señaló la puerta en tono beligerante.

—Sal ahora mismo de aquí si no quieres que avise a Darel.

—Tranquila, cuñada, prometo no mirar demasiado cuando te quedes en paños menores.

—¡Serás...! ¡No te atreverías a...!

—Yo no se lo consentiría —afirmó el barón de Winter entrando en la habitación.

—Buena pareja hacéis los dos: un consentido y una histérica.

Darel se plantó frente a él como hacía cuando discutían años atrás.

—Si has venido buscando bronca, estoy más que dispuesto a darte el gusto, muchacho, llevo mucho tiempo sin tocarte la cara.

Por prudencia, James se apresuró a levantarse, poniendo de inmediato la barrera de un sillón entre ellos.

—Veamos si te atreves.

—Te voy a...

—Adelante —le provocó él. No era lo que tenía previsto, pero tampoco le importaría desahogar su malhumor intercambiando una tanda de golpes con su hermano.

A Tatiana acabó de crisparla el cariz que tomaban las cosas. Los conocía lo suficiente como para saber que, de no intervenir, acabarían dándose de sopapos. Les gustaba demasiado enzarzarse a la mínima oportunidad. Siempre era igual y lamentaba haber sido ella la causante, poniéndoles la ocasión en bandeja.

—¡Darel! ¡James!

—No te metas en esto, cuñada.

—Quédate calladita, incordio.

—¡¡Darel!!

Anna se dio prisa en poner a buen recaudo las creaciones que había llevado con ella, por lo que pudiera pasar. También ella sabía del carácter belicoso de los Gresham; le unía a Tatiana una antigua amistad que iba más allá del simple trato entre señora y modista.

—Vamos, valiente —azuzaba el menor, adoptando una pose pugilística.

—Te la estás jugando, James.

Darel sorteó el sillón que los separaba y Tatiana decidió intervenir adelantándose, para interponerse entre ambos antes de que empezaran a hablar los puños. Los empujó a ambos por el pecho sin conseguir moverlos ni una pulgada, pero al menos, al estar ella en medio, evitó que se enzarzaran.

—¡Ya está bien! Darel, demuestra tener un poco de sesera, eres el mayor.

—Pero ha dicho...

—¡Por todos los santos, vale ya! No me pongas de pantalla para iniciar una pelea. Te juro que si os liais a golpes, esta noche duermes en el sofá.

James se carcajeó al ver cómo su hermano perdía fuelle ante la amenaza de su amada. Darel lo miró torvamente, apartó de él a su esposa y, acto seguido, la enlazó por la cintura y la besó suavemente. Luego, con ella recostada sobre su pecho, le preguntó con un poquito de sorna: —¿Seguro que no quieres que

le arregle la cara a este mastuerzo?

—No lo hagas por mí, cariño.

—Con tal de no dormir en el sofá... Además, cualquier concesión a una futura madre es poco — añadió, a la vez que ponía una mano en el vientre de Tatiana.

James no tardó en procesar lo que acababa de ver y oír y buscó confirmación en los ojos de Anna, que asintió con la cabeza, sonriendo.

—¡Estás embarazada! —exclamó, arrancando a Tatiana de los brazos de su hermano para estrecharla entre los suyos—. ¿De cuánto tiempo? ¿Por qué lo teníais tan callado? Ya decía yo que te veía mucho más bonita y sonrosada, cuñada.

—Quítame las zarpas de encima, zalamero —se echó a reír ella—. Y ni se te ocurra soltar prenda, de momento queremos mantenerlo en secreto.

—¿Por qué?

—Después de todo lo que sucedió con mi anterior embarazo... —Su hermoso semblante se oscureció de repente ante el triste recuerdo.

—Tat, princesa, aquello se debió a una desafortunada caída. Ahora todo va a ir bien.

—No si me seguís dando estos disgustos.

—Prometo no hostigar a Darel hasta que nazca la criatura —dijo James, levantando una mano. —Más te vale —dijo su hermano—, porque me disgustaría que te presentases en tu fiesta de compromiso con un ojo amoratado.

—Darel, por favor...

—De eso precisamente he venido a hablar. —James volvió al tema por el que estaba allí—. No es una buena idea, tendremos que anularlo.

—Kim y mi esposa se han tomado muchas molestias organizándolo todo. Además, las abuelas están entusiasmadas, aunque ya te pasarán factura por haberse enterado las últimas de que tienes novia.

—No hay tal novia y lo sabéis. Ayúdame tú a convencerlas de que es un malentendido. Una celebración así no haría más que embrollar las cosas.

—¿Yo? ¿Quieres que cargue yo con tu pecado?

—Si Chris, tú y yo siempre hacemos frente común...

—No sé nuestro hermano, pero yo no tengo ganas de que me crucifiquen por tus desatinos. No cuentes conmigo, las abuelas son las abuelas, ya las conoces.

—Pero ¡qué egoísta y qué cobarde eres!

—Olvidaré lo que has dicho. Vamos, relájate —dijo Darel, pasándole un brazo por los hombros—. Recuerda que tú empezaste a enredar la madeja. Que se extendiese el rumor de que te acercabas al altar nos ha reportado buenos negocios. Y sigue haciéndolo: lady Moreland acaba de donar quinientas libras al orfanato de St. Thomas.

—¿Esa arpía tacaña? Nunca dio más de cinco libras cuando visitaba a los huérfanos, por mucho que le insistiera, pese a que todos sabemos que nada en

la abundancia.

—Tú mismo puedes leer la carta recién abierta, está en mi despacho. Al parecer, le tocó la fibra

sensible lo que el hermano Gregory le contó acerca de vuestra visita. El cariño que os demostrasteis y todo eso... —se burló—. Te cree un hombre reformado.

—Guárdate las guasas. Sea como sea, no convenceré a Thara para que tome parte en esta chifladura.

—Kimberly y yo ya nos hemos encargado —dijo Tatiana—. Le hemos enviado una nota citándola mañana por la tarde. Tomando el disfraz que le presté como muestra de su talla, Anna le ha confeccionado un par de vestidos preciosos. No podrá rechazármelos.

—No los aceptará, te lo garantizo.

—Pues yo espero que lo haga. A las damas no se les permite ir a una cena vestidas sin cierto glamour.

—No te imaginas lo tozuda que puede llegar a ser.

—¿Más que yo?

James miró a su hermano de reojo.

—Darel y yo hemos desistido de pelearnos, al menos por ahora, así que mejor no digo lo que pienso sobre tu terquedad, princesa. —Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla—. Felicidades de nuevo por el bebé, a los dos. Señora Devis, ha sido un placer volver a verla.

—Igualmente, lord Salsbury.

—¿Puedo hablar un momento contigo a solas, Tat?

—Te acompaño a la puerta. Darel, cariño, ¿quieres darle tu opinión a Anna sobre esos vestidos?

James aprovechó el instante de privacidad con su cuñada para decirle:

—Por favor... —Ella hizo como que le prestaba toda su atención, pero con expresión de sorna—. ¡Oh, está bien! Ya veo que eres imposible, celebraremos esa condenada fiesta si conseguís convencer a Thara, cosa que dudo bastante.

—Será casi una reunión familiar y muy entretenida.

—¿Os habéis parado a pensar que tarde o temprano tendremos que anular el supuesto compromiso? El escándalo va a ocupar las portadas de los diarios algún tiempo, afectando no sólo a mi reputación, por cierto.

—Lo hemos pensado, sí. Y no creas que Kim y yo no lamentamos haber tomado parte en todo esto. Apoyamos a Thara cuando la conocimos porque su causa nos pareció justa y no contábamos con tu inesperada presencia en Londres, pero la cosa se nos ha ido de las manos. Tampoco tú has ayudado a acabar con la farsa, empeñándote en ayudarla a investigar los crímenes. Lo cierto es que no sé cómo vamos a salir airosos de este lío, sobre todo Thara. Ella es la que más tiene que perder —concluyó pesarosa.

—No me quito las culpas. Tienes razón.

—James... ¿de verdad no sientes nada por esa muchacha? ¿Absolutamente

nada?

—Yo no he dicho tal cosa... —dudó.

—No la hemos tratado demasiado, pero a ti sí y, cuando ella está delante, tus ojos hablan de algo más que de una simple camaradería entre ambos. —Él esquivó su mirada—. ¿No te has planteado conocerla mejor? Thara te gusta y tú le gustas a ella. —Levantó una mano para silenciar su negativa—. No me lo niegues. Es una muchacha educada, inteligente, decidida, sensata y bonita. —¿Sensata?

—Bueno... digamos que lo suficiente perspicaz como para no despreciar a un magnífico candidato y tú lo eres. Serás un marido ideal. En cuanto a ella, con un poquito de ayuda por parte de Kim y mía... ¿No es posible que pudiera ser una estupenda baronesa?

—Cuando quiera una esposa, ya me la buscaré yo, Tat.

—Sólo te pido que lo pienses bien.

Argumentar con Tatiana Elisabeta cuando ella quería conseguir algo resultaba frustrante. Sobre todo porque, en aquel caso, había aducido una razón que a él se le antojaba cada vez más clara: sentía algo por Thara.

—De acuerdo —asintió—. Pero si es que la convencéis, consigue que Thara acepte alguna prenda más de Anna y, al menos, un abrigo. Empiezo a estar harto de esa vieja pelliza que lleva siempre.

—Deja ya de preocuparte.

—Imposible estando vosotras por medio. Una advertencia más: a Thara no la mueve el dinero, así que no aceptará por las buenas que se le regale ropa.

—La señorita Bannion cada vez me gusta más —sonrió Tat casi beatíficamente.

—De paso...

—Me encargaré también de sus hermanos, sí, ya lo habíamos pensado. Necesitaré saber la talla de la pequeña Emma. Con las medidas del muchacho no habrá problema, ya sé que ahora está en Braystone, de modo que nos serviremos de Ladislaus como aliado nuestro.

¿Qué no harían sus dos cuñadas si se les metía una idea entre ceja y ceja? No se les escapaba un detalle.

—Debes de haber heredado unas gotitas de sangre hechicera de tus antepasados.

—Es simple lógica, James.

—Vuestra lógica, querrás decir. A causa de la cual ahora me encuentro metido en un lío impresionante que no sé cómo solucionar.

—Podría ser muy fácil si quisieras: teniendo a Thara en cuenta como posible candidata a un compromiso real.

James dio media vuelta para no replicar, porque «A palabras necias, oídos sordos».

29

SE retiró unos pasos para poder observar el cuadro críticamente, sopesando colores, tonalidades, tema y conjunto.

Era magnífico. Aunque le pudiese la vanidad, estaba creando una auténtica obra de arte que

superaría, incluso, a la original. Según su criterio, Dirk Bouts, el pintor neerlandés de *Infierno*, había difuminado los dominios de Satanás representándolos con unos tonos apagados, amarronados y tristes que infravaloraban el lienzo. En su imaginación los veía rojos. Rojos como un ocaso o las rosas Chrysler Imperial que tanto le gustaban. Como la sangre.

En un alarde de engreimiento, se permitió comparar el contorno de los cuerpos que se retorcían, gritaban e imploraban desde el óleo, devorados por los habitantes del Averno, con los de su propio cuadro, atribuyendo a los suyos más realismo que los de la pintura de Bouts.

En absoluto le resultó fácil dar con el tono deseado, el que había imaginado tantas veces en sus sueños. Con valor, tesón y, sobre todo, inteligencia, se podían alcanzar las metas más altas. En su caso, no le faltaba ninguna de esas cualidades, razón por la cual lo había logrado.

Se aproximó de nuevo a su creación, aplicó el pincel sutilmente a un borde de la caverna, a la entrada de la cual los ojos desorbitados de unos condenados clamaban misericordia, y volvió a tomar distancia.

—Una maravilla.

Súbitamente frunció el cejo cuando le sobrevino un acceso de ira que controló al instante. No podía permitirse dejar aflorar su cólera. La última ocasión en que había dejado cabalgar al caballo iracundo había arruinado una pintura. Pero es que había estado tan cerca de concluir... De no habérsele volcado el frasco... El inconveniente de haberlo perdido alteraba su ingenio.

Inspiró profundamente para calmarse, reconociendo que, a esas alturas, lamentarse no solucionaba nada, pero detestaba profundamente tener que volver a actuar cuando ya creía tenerlo todo solucionado para finalizar su obra.

El condenado Rowling, ese juez de pacotilla, tenía a sus hombres peinando las calles, indagando por las tabernas, incluso por los más infectos burdeles, tratando de hallar un hilo del que tirar para acercarse al asesino de las lágrimas negras.

La prudencia le aconsejaba no moverse y, aun así, no le quedaba más remedio; necesitaba un

poco más de sangre para finalizar *Panorama del Infierno*, como había bautizado su cuadro, un título que le gustaba, muy apropiado para una obra gloriosa.

«El rojo, el rojo...», pensó.

Los restantes colores, como el ocre de la roca o las pieles de las almas condenadas, no supusieron mayor problema, aunque tuvo que ir probando hasta lograr la mezcla, triturando pigmentos, diluyendo, mezclando...

A veces se había desesperado al ver que el óleo cambiaba de color o que se arrugaba su superficie. Pero le gustaba fabricar los aceites con sus propias manos aunque el secado fuera más lento, como habían hecho los pintores insignes de siempre.

El único color que se le había resistido era el rojo.

Por más que mezclaba y probaba, no conseguía la tonalidad adecuada. Necesitaba un rojo ardiente, violento.

Por supuesto que, desde un principio, asumió el enorme riesgo que conllevaba utilizar sangre, pero era una innovación, aportaba un grado de originalidad que haría de su cuadro algo único, personal e inconfundible.

No le produjo especial satisfacción matar a Adriana Worthington, pero como artista que era, estaba en la obligación de hacer lo que fuera necesario para lograr que su obra resultara sublime. Además, le había hecho un favor al eliminarla. Adriana era una mente perturbada, posiblemente carne de manicomio. En cuanto a Noelia... se había convertido en una molestia. Ni una ni otra alcanzaban el grado de personas, eran sólo seres vacuos, renegados, reencarnaciones de Lilith, de modo que sólo las había ayudado a irse a un mundo mejor. ¿No decía la Iglesia que la muerte era el paso a la vida eterna?

Sin embargo, aventurarse una vez más, con los esbirros del juez pululando por la ciudad y la obstinada señorita Bannion metiendo las narices en el asunto, apoyada por ese maldito Gresham, hacía que su espíritu se soliviantase. Pese a ello, había elegido ya a su próxima víctima: Alexia

Bingley.

Imprudente y arisca, dejada de la mano de Dios, contaba además con la rémora de un primo que incluso había llegado a amenazarla si no accedía a casarse con él. No sería difícil convencerla para que acudiese a una cita, insinuándole que poseía información perjudicial para su acosador, relacionada con un turbio asunto, para, a continuación, endilgarle el crimen a él.

Abandonó el estudio, subió a su cuarto y comenzó a prepararse. Media hora después, ni sus más allegados hubieran reconocido a la persona que salió a la calle. Cogió un carruaje de alquiler hasta el domicilio de la señorita Bingley, le dio unas monedas a un desharrapado chicuelo para que entregase una nota y, tras comprobar a distancia que el crío así lo hacía, se alejó en busca de otro coche de alquiler.

En el trayecto de vuelta, felicitándose por su sagacidad, pensó en Thara Bannion. No era ella quien le quitaba el sueño, sino el sujeto al que se había unido en sus pesquisas: James Gresham. Él sí suponía un peligro real y, como tal, debía eliminarlo.

30

—¿QUIÉN es realmente James, Moon?

La pregunta de Emma la desconcertó momentáneamente, tal vez porque no se la esperaba, al menos formulada así.

Su hermana la miraba fijamente, con los codos apoyados en la mesa y la barbilla descansando en sus manos cruzadas. Conocía esa expresión. No 1e serviría una respuesta superficial, porque Emma era perspicaz, despierta y, sobre todo, bastante intuitiva.

—Un simple amigo.

—De simple no tiene nada, diría yo. ¿Por qué no nos dijo que es el barón de Salsbury? Menos simples aún me han parecido esas dos damas con las que te has entrevistado hoy, Thara. Les rebosa la clase por las orejas.

—Ésa no es una expresión adecuada para una señorita que se precie.

—¡Déjate de pamplinas! —dejó su plato a un lado—. ¿Qué nos estás ocultando a Eugene y a mí? ¿Por qué te codeas con la aristocracia?

—¿Por qué crees que os oculto algo?

—Porque tengo dos ojos para ver y dos oídos para escuchar, hermanita. No se me ha escapado el modo en que miras a Gresham, y tampoco cómo te mira él a ti. ¿Qué hay entre vosotros? ¿Estás coqueteando con él?

—No digas majaderías.

—Entonces, dime qué está pasando.

—No pasa nada.

—¿Por qué llevas casi en secreto este trabajo, cuando siempre sueles contarnos lo que haces?

¿Por qué no nos has dicho que lord Salsbury pertenece a una de las familias más encumbradas de Londres? ¿A cuento de qué esas señoras le han pedido a Roberta mis medidas a escondidas?

—No llevo en secreto nada que...

—¿Qué discutíais acerca de una reunión? No te atrevas a negarlo, Moon. —La señaló con un dedo acusador, sin intención de cejar en sus preguntas—. La porfía que os traíais no ha sido discreta precisamente, se os oía en toda la casa.

Thara dio por finalizada su cena. Emma la había acorralado como un perro de presa que no suelta a su víctima. Pero sobre todo, estaba cansada. Cansada de luchar consigo misma, de negarse a aceptar el hecho objetivo de la atracción que sentía por James, de enmascarar unos sentimientos que a medida que pasaban los días se hacían más profundos. ¿Ésa era la razón de que la condesa y la baronesa hubiesen terminado por convencerla de acudir a aquella condenada cena?

Sencillamente, sí, porque en el fondo, anhelaba ir, evadirse aunque fuese por unas horas, cambiar su vida plana por otra diametralmente opuesta a la que

conocía. Pero, sobre todo, no podía negarlo, porque deseaba estar al lado de James todo el tiempo que le fuera posible. Le encantaba

tenerlo junto a ella, ya fuera insinuándosele picaramente o apoyándola en sus pesquisas.

Emma fue a ayudar a Roberta en la cocina y ella, sin ganas de nada, continuó sentada a la mesa, doblando y desdoblando la servilleta y pensando...

Hasta entonces, salvo su padre, nadie le había hecho sentirse tan segura, nadie le había demostrado que valoraba su inteligencia.

James Gresham la irritaba a veces, pero también era cierto que alegraba sus días. Trabajaban juntos, pero también discutían, una combinación que la reconfortaba, que alentaba su espíritu como nunca antes.

Por otra parte, le faltaban calificativos para describir la actitud de la condesa y la baronesa, siempre dispuestas a favorecerla, tratándola como a una igual aunque ella sabía que no estaba a su altura. Ni siquiera entre sus amigas hallaría ese arropamiento.

Así pues, no le quedaban razones para no acudir a la cena en Braystone Castle, eso sin contar otro motivo sumado a última hora: Eugene había enviado una nota diciendo que no regresaría a sus clases, decidido a dedicar todo su tiempo a los caballos, su pasión desde niño.

Thara no podía consentirlo, era inaceptable que estuviera pensando en abandonar sus estudios para convertirse en un simple cuidador de caballos. Tenía que hablar cara a cara con él, obligarlo a recapacitar, convencerlo de que la suya era una decisión irreflexiva.

Lamentaba ahora haberse dejado convencer para que su hermano realizase temporalmente esa tarea, pero ya no había vuelta atrás; no podía morder la mano que Kimberly y Tatiana le habían tendido tan generosamente.

Aunque lo deseaba, no conseguía que la condenada reunión se le fuese de la cabeza: una pantomima en la que James y ella serían los protagonistas.

¿Cómo diablos habían podido llegar las cosas a tal extremo? Lo que se inició como una simple colaboración para atrapar a un asesino se estaba convirtiendo en un lío de dimensiones monumentales que sólo podía acabar en desastre. En desastre para ella, por descontado, no para

Gresham, a quien un escándalo más o menos no le quitaría el sueño. Él se olvidaría de Thara Bannion pasados unos días y retornaría a su mundo de lujo y devaneos, pero ¿y ella? ¿Cómo iba a olvidarlo ella? Sería la que sufriría las consecuencias de jugar en un terreno que desconocía.

¡Ser presentada a los amigos íntimos de los Gresham, por el amor de Dios! Era un desvarío.

Y, por otra parte, estaba James. ¿Qué pensaba él? ¿Estaba de acuerdo con sus cuñadas para continuar con el engaño? Y si era realmente así, ¿por qué, si entre ellos no existía nada salvo unos pocos y apresurados arrumacos?

Una simple colaboración, sí, no había mucho más entre ambos. No negaba que ella deseaba una relación más cercana, pero era tanta la distancia que los separaba, que simplemente evitaba pensar en algo así.

La mujer que era en realidad, la auténtica mujer, no la que se esforzaba en aparentar que era, no carecía en absoluto de un corazón que latía, aunque hiciera tiempo que hubiese enterrado sus sueños adolescentes. Un corazón que se aceleraba al contacto de los absorbentes besos de James y que la hacía experimentar la aspiración de toda mujer: fundar un hogar, tener hijos, disfrutar de un amor, en su caso como el que tuvieron sus padres.

Thara necesitaba encontrar su lugar en la vida, la armonía en una existencia que quedó vacía tras la muerte de su padre. Quería mucho a sus hermanos, pero ellos, tarde o temprano emprenderían indefectiblemente su propio camino. Y entonces... Detestaba y rechazaba imaginarse como una solterona amargada y reconcomida por haberse enamorado de un hombre inalcanzable.

Retornaba nítida la vieja historia de los cuentos de su niñez, en los que una muchacha corriente, del pueblo, conseguía casarse con el príncipe azul. Se reía por no llorar. James era ese príncipe, pero ¿ella? Ella no era más que una mujer trabajadora, no demasiado bonita, según su propia vara de medir, y escasamente femenina. La insignificante hija de un policía, sin un chelín, que luchaba por sacar a sus hermanos adelante sin siquiera poder vanagloriarse de tal hecho, pues debía aceptar la esporádica ayuda del bueno del señor Blyton.

James había entrado en su vida como un huracán, arrasando a su paso todo su entorno, no sólo en cuanto a ella misma y sus sentimientos, sino facilitando que Emma pudiese acudir a una academia de pintura u ofreciéndole a Eugene la oportunidad de trabajar en lo que le gustaba.

Pero lo que realmente la trastocaba era la constatación de que todo eso se había realizado a costa de enamorarla a ella.

La convertía en protagonista de una fábula maravillosa, que, por desgracia, sólo le dejaría el corazón destrozado junto a la palabra «fin».

Sí, estaba muy cansada. Necesitaba liberar su espíritu, hacer partícipe a otra persona de lo que la atormentaba, de esa desolación que estaba asfixiándola y 1e arrancaba amargas lágrimas durante las noches, cuando pensaba en James.

Tal vez por eso, cuando Emma regresó a su lado y volvió a preguntarle sobre el asunto, se dio por vencida. Empezó a hablar con voz átona, abriéndose a ella, contándole todo lo acaecido desde que Gresham se cruzó en su camino en aquella posada de Leeds.

Su hermana la escuchó en silencio, abriendo mucho los ojos unas veces, frunciendo el cejo otras, tragándose el nudo de angustia que se le formaba en la garganta al oír el penar de Thara.

Porque en ese momento, ella, Emma, representaba la pira donde su hermana depositaba sus pesares para quemarlos a medida que se sinceraba.

Las lágrimas que veía que Thara estaba conteniendo durante su relato le rompían el corazón, pero no la interrumpió ni una sola vez.

Cuando terminó, con los ojos enrojecidos y la mirada perdida, Emma no supo qué decirle.

Deseaba abrazarla, consolarla, hacerle un sinfín de preguntas, pero no sabía por dónde empezar. La cruda confesión de sus sentimientos la dejaba

desarmada.

Una parte de ella, la más irascible, la que había heredado de su madre, deseaba salir de aquel cuarto, enfrentarse a Gresham y romperle la crisma por hacer sufrir a Thara. La otra, la parte racional, hacía que su corazón saltara como una cabritilla, porque ante ella ya no veía a la hermana entrañable pero severa y recta que conocía, la mujer fuerte como un roble en la que Eugene y ella se habían apoyado siempre. Desvanecida esa imagen bajo las lágrimas, en su lugar asomaba la Mujer con mayúsculas, hecha de carne y hueso.

Tomó las temblorosas manos de Thara entre las suyas, acercándolas a su regazo.

—¿Por qué crees que James no te quiere?

—¡Emma, por Dios, ya te lo he dicho! Gresham solamente se entretiene conmigo con la excusa de la investigación.

—Tal vez deberías darle un voto de confianza.

—Lo que debería hacer e s alejarme definitivamente d e él, mandarlo todo al diablo. Pero lo cierto es que cada vez estamos más cerca de descubrir al asesino, me lo dice el corazón; nos encontramos a un paso de desentrañar el misterio que encierran esas muertes, Emma. No puedo renunciar ahora, he de seguir por Eugene y por ti. La cuestión es que no puedo hacer a James a un lado, estoy en el caso por él.

—Y por ti misma. Necesitas demostrarte que eres capaz de emular a papá, ¿verdad?

Thara reparó en que nunca lo había visto desde esa perspectiva.

—¿Imitar a papá?

—Desde que tengo uso de razón, te he visto hacerlo. Absorbías sus enseñanzas como si fueran la Biblia, leías sus libros, te afanabas en demostrarle tu sagacidad, como si hubieras querido nacer varón para trabajar a sus órdenes.

—Lo adoraba, Emma.

—Lo sé. Yo también lo quería, Moon. Y Eugene. Su pérdida fue muy dura para todos. Pero tú no eres Alfred Bannion, eres Thara. Y no es sólo un inofensivo jeroglífico el que James y tú os habéis empecinado en descifrar, porque, amén del riesgo, aquí lo que está en juego es tu corazón.

Thara no salía de su estupor. ¿En qué punto había desaparecido la niña y surgido la muchacha que le hablaba de igual a igual? ¿Cuándo se había convertido su pequeña Emma en toda una mujer?

Otro sollozo le subió a la garganta y se dio cuenta de que, por mucho que se hubiera preocupado de sus hermanos, en el camino había perdido la alegría de verlos crecer. Había luchado con uñas y dientes para que Eugene estudiara Derecho, pero no sabía nada de sus amistades, de sus sueños o ilusiones. Había asumido el rol de madre con Emma, pero lo desconocía casi todo acerca de sus fantasías y su auténtica personalidad.

—Soy un fiasco como madre y como hermana.

—Eres la mejor hermana del mundo y serás una madre maravillosa. —

Emma enlazó los dedos con los de ella—. Desde que papá murió, has sido nuestro único sostén, el bastión que nos ha protegido de todo. Pero Eugene y yo hemos crecido, Thara, podemos valernos por nosotros mismos. Ahora debes pensar en ti, sólo en ti. No le cierres las puertas al amor, por favor. Te has enamorado de James y debes luchar por él.

—No estamos en su misma órbita, Emma.

—No creo que a él le importe un asunto tan nimio si ve algo en ti.

—Es un aristócrata, con todo lo que eso conlleva.

—Bueno, tampoco es un duque, sólo es barón —contestó la joven con aire despectivo, pero escapándosele una sonrisa maliciosa.

—Su familia...

—Por lo que he podido ver, su familia te tiene en gran estima. Al menos esas damas que han venido a verte. Me han caído bien, ¿sabes? Son muy... no sé... muy poco...

—Muy poco convencionales —acabó Thara la frase, un tanto más animada por las palabras de su hermana.

—Yo no las hubiera descrito mejor.

—Me han demostrado ser buenas amigas.

—Y bastante empecinadas, ¿no? Al menos, eso me ha parecido oyéndolas discutir contigo tan acaloradamente.

—No te imaginas cuánto, ni lo que son capaces de argumentar para salirse con la suya.

Terminas por dejarlas por imposibles.

—Llévalo pues a tu terreno por la vía de la familia. Te desenvuelves bien buscando indicios,

así que encuentra alguno, cualquier resquicio en la coraza de Gresham, y cuélate por él hasta llegar a su corazón. Lo tendrías a él y a ellas de una tacada.

—Creía que habías madurado, pero no tanto.

—Lo he hecho. Soy ya una señorita, loca además por estar ya en Braystone Castle, del que Eugene nos ha escrito maravillas, y de estrenar un bonito vestido. —Le guiñó un ojo—. Porque digo yo que si han pedido mis medidas significa eso, que voy a tener un vestido nuevo, ¿verdad? Imagínatelo, Thara: seguro que pareceré una dama con él puesto.

¿Cómo iba a destrozar las ilusiones de Emma? Haría lo que fuera para que no se apagara el brillo que veía en sus ojos.

Se dio definitivamente por vencida: irían a esa reunión y que Dios proveyese.

31

EMMA estaba en lo cierto: iba a estar preciosa con aquel vestido. Era de seda, en tonalidades azules, de diseño sencillo y falda voluminosa, hecha de varias capas de tul, larga hasta el suelo.

La muchacha no salía de su ensueño, daba vueltas y vueltas por la habitación, estrechando la maravillosa prenda contra su pecho, parándose cada poco ante el espejo, sin acabar de asumir del todo que la imagen que éste le devolvía era realmente la suya.

Y aún había más. Una segunda caja contenía enaguas, medias, zapatos forrados, un par de peinetas de carey y guantes por encima del codo.

—¿De verdad es todo mío, Thara?

Era ya la cuarta o quinta vez que lo preguntaba, desde que les había entregado el envío un estirado criado con librea.

—Deja de estrujar el vestido así, Emma, o acabarás por deslucirlo.

—Me parece un sueño —contestó su hermana, depositándolo con sumo cuidado sobre la cama.

Thara se alegraba al ver su felicidad. La condesa y la baronesa no habían reparado en gastos a la hora de hacer el encargo, que, por otra parte, había sido confeccionado en un tiempo récord. Al ver sonreír a su hermana, dio por buena la zozobra que le suponía imaginarse en Braystone Castle.

La nota que acompañaba los paquetes, firmada por Tatiana Elisabeta Gresham, era casi una carta por su extensión: les pedía que, para su estancia en la mansión condal, llevaran ropa informal y que ella misma las recogería en un carruaje a las diez de la mañana del día siguiente, tres antes del evento, a la vez que agradecía su asistencia.

Apenas tenían tiempo para nada, de modo que comenzaron a guardar en un pequeño baúl los útiles de aseo imprescindibles y la mejor ropa que tenían, poca cosa, por otro lado, dado que su vestuario era escaso.

En ello estaban, ayudadas por una solícita Roberta, tan emocionada como la propia Emma, cuando oyeron llamar a la puerta.

Era James.

Thara no pudo impedir que su hermana, exultante de alegría, se sumara a ellos.

Gresham, satisfecho por su júbilo y porque, al parecer, Thara no había puesto pegas a los regalos, asentía a medida que Emma iba enumerándole el contenido de las cajas, inquieta y sumamente nerviosa por no saber cómo comportarse ante él, que, muy en su papel, impedía que le hiciera una tercera reverencia.

Dio una vuelta alrededor de la joven, se permitió levantar su cabello suelto y brillante, recogiéndoselo a la altura de la coronilla y dijo:

—Parecerás una princesa. Tal vez me vea obligado a batirme en duelo con

algún caballero que se te acerque demasiado.

A Emma se le encendieron las mejillas y agradeció el halago hasta el punto de que, obedeciendo

a un impulso y desdeñando las formas, se aupó sobre la punta de los pies y le dio un sonoro beso en la mejilla. Luego, colorada por su propio atrevimiento, corrió escaleras arriba con Roberta detrás. Thara la miró partir con una media sonrisa. Sonrisa que se borró de golpe cuando James, inclinándose hacia ella y rodeándole la cintura con un brazo, le susurró:

—Diría que con Emma he conseguido lo que me cuesta un triunfo lograr contigo.

—Mi hermana es muy joven y se deja deslumbrar con facilidad.

—Vive plenamente el momento, deberías imitarla.

—Es espontánea.

—Y tú, demasiado rigurosa contigo misma.

—Dejémoslo. ¿Qué haces aquí? ¿De visita o por trabajo?

James torció el gesto y la soltó. Intentar romper la barrera que Thara interponía entre los dos era como querer achicar el agua del mar con un cubo.

—¿Estás ocupada?

—Preparábamos el equipaje.

—Ya veo. Tat me ha dicho que os recogerá mañana.

—Sinceramente, no entiendo por qué la baronesa quiere que estemos en Braystone Castle días antes de la reunión.

—Seguro que Kimberly pretende alardear de su casa, es una presumida.

—Se lo diré con tus mismas palabras —contestó ella, sonriendo ante lo que era una flagrante mentira.

—Emma está muy ilusionada, ¿verdad?

—Para ella todo esto es como un cuento de hadas.

—Pero para ti no.

—Yo sé muy bien cuál es mi sitio.

«Tu sitio está a mi lado», pensó James, pero no se atrevió a decírselo.

Aunque ocupara sus pensamientos noche y día, se resistía a dejarse llevar más allá, porque hacerlo sería admitir sin ambages que Thara era para él algo más que una atracción pasajera.

—¿Algo nuevo de vuestro abogado? —quiso saber ella.

—Es una de las razones por las que he venido. Belinda Worthington no nos engañaba, la propiedad de Cornualles es un buen bocado, de modo que señala más a nuestro sospechoso y su móvil.

—¿Vas a pedirle entonces a sir Joshua que arreste a Ronald Worthington?

—No. Más bien creo que deberíamos darle cuerda y ver adonde nos conduce. ¿Qué opinas tú?

—Me parece acertado. Tenemos poco con lo que acusarlo, ni siquiera nos sirve que aparezca en la lista que nos facilitaron los comerciantes de rapé.

—Exactamente. La mitad de los caballeros de Londres aromatizan con eucalipto el tabaco.

—Es decir, tenemos un par de detalles incriminatorios sin consistencia.

—¿Has cambiado de idea?

—¿Respecto a qué?

—Hasta ahora no lo veías en el papel de asesino maníaco.

—Sigo sin verlo, pero no podemos obviar la evidencia de que existe una herencia que nos negó, y tampoco que en la cripta encontramos una mezcla del rapé que usa.

—Simples pruebas circunstanciales.

—Lamentablemente. Has dicho que ésa era una de las razones para venir, ¿cuáles son las otras?

—Un colaborador de Joshua ha conseguido meter las narices en una secta con la que, al parecer, Adriana Worthington tenía relación: Los Adoradores de Lilith.

—Puede ser interesante.

—Si hay algo, lo averiguará, tenlo por seguro, aunque no creo que saquemos nada en claro. Al parecer, está compuesta por un grupo de excéntricos adinerados a los que les divierte practicar ritos de misas negras y otras majaderías semejantes, pero la mayoría de las veces no pasan de esas extravagancias, que suelen ocultar, eso sí, las orgías que llevan a cabo.

—Es posible, pero no debemos dejar ningún punto al azar. ¿Algo más? —dijo de corrido, para evitar que se le notara cierta turbación si se explayaban a propósito de las orgías.

Gresham sacó una cuartilla doblada de su chaqueta y se la tendió. Thara la leyó intrigada, arqueando las cejas.

—¿La condesa?

—Nadie mejor que ella para enterarse de si hubo o no carreras en alguna finca. Como puedes ver, se celebró una en la de lady Margaret Sterling, a la que Noelia Kendrick estaba invitada.

—Tus cuñadas son una caja de sorpresas.

—Investigar a todos los que se dieron cita para un acontecimiento tan privado será tarea ardua, pero no estará de más seguir el hilo, porque si la carrera estaba amañada y Noelia iba a gozar de información de primera mano, su contacto tiene que ser por fuerza alguien en quien confiaba.

—Dale las gracias a Kimberly.

—Dáselas tú misma durante la reunión, aunque lo más probable es que niegue haber estado husmeando por ahí.

Thara asintió pensativa, sin estar del todo convencida de que ese batiburrillo de pistas les fuesen a dar los frutos deseados, pero no cabía duda de que en la familia de los Gresham primaba la acción y, sobre todo, la pasión por las intrigas. Se quedó mirando a James y acabó diciendo:

—Creo que deberíamos visitar al sastre de Worthington.

—¿A su sastre? ¿A son de qué viene ahora ese cambio de rumbo?

—Te asombraría lo que un sastre puede saber. Los hombres sois tan dados a sinceraros con ellos como las damas con sus peluqueras. No sabemos si éste

en concreto puede tener alguna información que nos sirva, pero lo cierto es que Worthington es cliente de uno de los buenos.

—¿Por qué estás tan segura?

—Aunque su casa mostraba cierta decadencia, él vestía impecablemente, me atrevería a jurar incluso que estrenaba el traje con el que se presentó.

James reconoció que, en efecto, él mismo mantenía largas parrafadas con su sastre durante las tediosas pruebas, así que no resultaba extraño que Thara, perspicaz como era, y habiendo tomado nota del detalle que ahora sacaba a colación, en el que él, por cierto, no había reparado siquiera, buscara indagar también por esa vía. Era evidente que su cerebro no descansaba nunca.

—Averiguaré entonces de quién se trata.

—Intenta arreglarlo para visitarlo mañana mismo.

—¿Por qué mañana? ¿Acaso no piensas acompañar a Emma?

—Confío plenamente en que mi hermana se hallará en la gloria junto a la baronesa y solamente nos retrasaríamos un poco. Preferiría partir de Londres sin el gusanillo de la duda.

—De acuerdo pues, siempre que estés dispuesta a viajar luego hasta Braystone Castle a caballo, como yo pensaba hacerlo.

—¿Qué hay de tu carruaje? ¿Por qué no utilizarlo?

—Balthasar lo ha llevado a tapizar. Lo lamento, pero no podré contar con él hasta dentro de una semana por lo menos. Supongo que para ti no supone un problema montar a caballo.

—Das muchas cosas por supuestas.

—No es ningún mérito, lo sé por Eugene.

Empezaban a ser demasiados los secretos que sus hermanos estaban volcando en los oídos de Gresham. La irritaba que se airearan, pero en esa ocasión le daba pie a ir de nuevo a lomos de una montura, después de tanto tiempo sin hacerlo, lo que suponía un aliciente que difícilmente iba a rechazar. Rememoraría las cabalgadas matutinas a las que se acostumbró durante los veranos en Debor Manor.

—Hace mucho que no monto, pero eso no supondrá ningún problema, al menos eso creo.

—Me alegro. Me enteraré del nombre de ese sastre y te recogeré mañana para que le hagamos una visita. A las doce, ni un minuto antes —puntualizó, antes de que ella sugiriese una hora más temprana—. Aaron no acaba de aceptar de muy buen grado que lo haga levantarse al amanecer.

32

TAL como había previsto Thara, la entrevista con el sastre de Ronald Worthington resultó bastante esclarecedora. Tras la muerte de la joven, el tío de Adriana no sólo había pagado las facturas pendientes, sino que había encargado tres nuevos trajes de la mejor calidad, dándole a entender al hombre que en adelante lo visitaría con mayor frecuencia.

Atardecía ya cuando James fue a buscar a Thara montado en un bayo de impecable estampa, llevando de las riendas una espléndida yegua gris para ella. Ella lamentó que su montura tuviera silla de amazona, pero no dijo nada para no retrasar la partida. Si viajaban rápido, tal vez incluso pudiesen alcanzar el carruaje de la baronesa de Winter, que era un transporte bastante más lento. Después de aceptar la propuesta de Gresham, Thara se había dado cuenta de que la idea de cabalgar a solas con él la alteraba demasiado.

Con un atuendo de lo más cómodo, botas y la pelliza que James tanto detestaba, Thara se despidió de Roberta prometiéndole contárselo todo a su vuelta, aceptó la ayuda de él para subir a la yegua y partieron sin más dilación, rezando ella para que no hubiesen de vérselas con la lluvia. Ya la inquietaba lo bastante ir a Braystone Castle, como para, encima, presentarse allí con el aspecto de una gallina mojada.

Se removió un tanto incómoda sobre la yegua, que parecía nerviosa.

—Es un animal excelente e inteligente, confía en ella —le dijo James—. Sería capaz de llevarte a Braystone con los ojos vendados.

Durante la primera etapa del camino, se cruzaron con carruajes y jinetes, pero después, tan pronto como tomaron el desvío que conducía hacia la costa, cabalgaron casi en solitario.

Thara, enrollándose al cuello su gruesa bufanda, trataba de impedir que el viento clavara sus agujas heladas en su rostro, a la vez que luchaba por mantenerse lo más erguida posible sobre la maldita silla. Había sido muy osada al pensar que podría montar sin problemas después de tanto tiempo sin hacerlo, y ahora, tambaleándose inestable, se ponían de manifiesto sus carencias en una silla de amazona.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente, gracias.

Recolocó su trasero sobre el duro cuero, molesta consigo misma por no dominar la forma de cabalgar de una dama. Había montado así en escasas ocasiones y siempre por evitar las recriminaciones de su madre porque lo hiciese como un muchacho, pero siempre se había encontrado más cómoda a horcajadas. Debería haber seguido sus consejos, porque, sometida a la incomodidad de la postura a la que se veía forzada, empezaba a dolerle la espalda.

—Juro que no te he puesto cardos en la silla.

—¿Qué?

—Parece que tengas un puercoespín debajo, compañera, y acabarás por los suelos si no paras de moverte. Tal vez no haya sido buena idea venir a caballo, no entiendo por qué Eugene dijo que sabías montar.

Thara le echó una mirada reticente. Desde que salieron de Londres se había percatado de que él sí estaba muy acostumbrado a hacerlo, cabalgaba seguro, dominando a su bayo sin esfuerzo, como si jinete y caballo fueran uno solo.

—No solía cabalgar con silla de amazona —confesó al fin.

—Lamento no habértelo preguntado, di por sentado que lo harías como una dama. Intenta al menos no romperte la crisma antes de que lleguemos, ¿de acuerdo? O, si lo prefieres, dejamos la silla abandonada y montas a pelo.

Ella se limitó a no responder a su pulla.Tampoco es que fuera una novata, acabaría por cogerle el tranquillo a la condenada silla y le demostraría que sabía estar a la altura.

Las sombras de los añosos árboles que flanqueaban el camino fueron cayendo sobre ellos, sumiéndolos en el claroscuro del ocaso.

Por alguna razón, Thara echaba con frecuencia la vista atrás, pues le embargaba la extraña y perturbadora sensación de estar siendo observada.

—¿Quieres que descansemos unos minutos?

—Deja de preocuparte por mí, ya te digo que estoy bien.

A James, muy pendiente de ella, no le había pasado desapercibida su inquietud, así que puso su caballo a la par del suyo, haciéndose con las bridas de la yegua.

—¿Qué demonios es lo que te tiene tan inquieta? Si temes que puedan asaltarnos... —Por su mirada huidiza supo que había acertado—. No te preocupes, el camino es seguro y no tardaremos en llegar —afirmó, deteniendo su montura y tirando de la de Thara.

—¿No deberíamos haber dado alcance ya al coche de Tatiana?

James elevó la vista al cielo, donde el viento arrastraba cúmulos oscuros que comenzaban a concentrarse sobre sus cabezas.

—Es muy posible que no hayan hecho un alto para descansar. Está a punto de caer un aguacero y el coche podría quedarse varado en el barro. Además, nos llevan ventaja. Así y todo no te inquietes, estamos a un paso de adentrarnos en las tierras de Braystone y si acaba estallando una tormenta hay un refugio donde podremos guarecernos.

—No es la tormenta lo que me preocupa.

—Entonces, ¿qué es? ¿Estar a solas conmigo?

Con la broma trataba de animarla, pero no lo consiguió. Thara volvió la cabeza una vez más.

—Creo que nos están siguiendo.

James buscó en sus ojos un atisbo de burla, pero tan sólo encontró preocupación. Echó un vistazo él mismo a un lado y otro del camino por si encontraba indicios de alguna persona o animal salvaje por las cercanías, pero sólo vio la impenetrabilidad del bosque que los rodeaba. Sin embargo, por

prudencia, no desechó la percepción de Thara, porque si a ella le parecía que algo no iba bien, no iba a ser él quien lo pusiera en duda. Su sexto sentido no era desdeñable.

—¿Te encuentras en condiciones de galopar?

—Tú sólo señálame la ruta —asintió ella, enrollándose en los dedos las riendas de la yegua.

James conocía aquellas tierras como la palma de su mano aun en noche cerrada, había hecho aquel camino infinidad de veces desde que era un muchacho. Si estaban en la mira de un salteador, nadie como él para darle esquinazo adentrándose en la espesura. De haber ido solo, incluso hubiera esperado al presunto asaltante en algún recodo plantándole cara, pero no era el caso, debía pensar ante todo en la seguridad de Thara. No asumiría el más mínimo riesgo que supusiera un peligro para ella.

Puso su caballo a galope tendido, cerciorándose de que Thara lo seguía de cerca y se internó entre la espesa arboleda.

Como si el repentino cambio de trayectoria hubiese sido una señal para quien los seguía, oyeron un disparo de pistola a sus espaldas, cuyo estampido provocó la desbandada de decenas de pájaros posados entre el ramaje.

James apenas notó el impacto de la bala que atravesó su capa y su chaqueta, hiriéndolo en el brazo izquierdo, fue tan sólo una comezón, pero tras la detonación no pensó ni un segundo lo que tenía que hacer. Era difícil que Thara pudiese seguir su accidentada marcha por el bosque, en medio de la oscuridad que los envolvía y sin conocer el terreno por el que galopaban.

No le cupo duda de que quien iba tras ellos tenía muy malas intenciones. Refrenó por tanto a su caballo, lo puso al costado de la yegua, pasó un brazo por la cintura de Thara y la levantó de la silla sin contemplaciones, colocándola sobre sus piernas y protegiéndola con su cuerpo, a la vez que clavaba los talones en los flancos de su animal, instándolo a correr como el viento.

En el silencio del bosque retumbó el sonido de un segundo disparo, provocando más aleteo de aves y el relincho de la atemorizada yegua, que, sin jinete y por inercia, seguía al caballo de Gresham, que galopaba levantando terrones de barro, imponiendo una marcha vertiginosa.

En su arriesgada carrera para poner distancia entre ellos y quien los perseguía, James no se mostró precavido. Atravesaba la espesura sin tener en cuenta las ramas bajas de los abedules jóvenes, que le desgarraban la capa y le arañaban la piel, pendiente únicamente de proteger a Thara. Notaba su respiración entrecortada, mientras la veía agarrarse con determinación a las crines del caballo para mantener el equilibrio, en tanto él se maldecía por haber tenido la estúpida idea de emprender un viaje como aquél.

El breve resplandor de la luna, que asomaba de vez en cuando entre las algodonosas nubes negras, le permitió ver dónde se encontraba exactamente: a apenas a media milla de la cabaña donde sus hermanos y él, siendo niños, tenían el cuartel general de sus correrías. Si lograban llegar a ella, Thara

estaría a salvo.

No le preocupaba nada más que protegerla de quien, para su temor, acortaba distancias con ellos como si conociera el bosque tan bien como él. Podía oír claramente los cascos del caballo que los perseguía, sobre el tramo pedregoso que acababan de dejar atrás.

Lo indignaba tener que huir, pero no podía enfrentarse a su enemigo hasta que Thara estuviera a buen recaudo en la cabaña.

Para su desgracia, en un momento dado su caballo quedó expuesto y un nuevo disparo alcanzó el cuello al animal, que, emitiendo un lastimoso relincho, pareció encogerse sobre sí mismo y acto seguido empezó a caer de lado.

El grito de pánico de Thara se quedó a medias, estrangulado por el brazo de Gresham apretándole la cintura hasta el punto de cortarle la respiración. Se vio arrastrada hacia el lado opuesto al que se vencía la montura, aterrizando sobre James, que, en el último segundo, la hizo girar en el aire para amortiguar el impacto con su cuerpo, a costa de golpearse él la cabeza contra una piedra.

Aun aturdido, se colocó a Thara detrás, hincó una rodilla en tierra y sacó su pistola. Buscó con los ojos al enemigo, entre la negrura que comenzaba a nublarle la visión, empujando a un tiempo a la muchacha para que permaneciera cuerpo a tierra. Le dolía la cabeza, un hilillo de sangre se le escurría desde la sien y una miríada de lucecitas danzaban ante sus ojos, mientras la herida del brazo empezaba a dolerle de veras.

Thara maldecía por haber perdido su bolso en el momento en que James la pasó a su caballo, porque justo en ese momento, dos pistolas serían mucho mejor que una.

De súbito, como un espectro, ante ellos se materializó una figura embozada, cubierta con una capa.

James, consciente de que estaba a punto de ser engullido por el pozo negro de la inconsciencia, apenas podía fijar la vista en aquella sombra que bailoteaba ante sus ojos, que aparecía y desaparecía por efecto del mareo. Aun así, a pesar de que su fortaleza física estaba menguando tanto que no lograría acertar a la mancha informe que descabalgaba, alzó la pistola y su dedo comenzó a apretar el gatillo.

Una patada le dio en el brazo herido, obligándolo a proferir un grito de dolor y soltar el arma.

Entre la bruma que lo envolvía tirando de él hacia el desmayo, tuvo tiempo de ver la silueta de la pistola que empuñaba su enemigo, apuntándolo.

Thara también fue consciente de la dramática realidad. Se le paró el corazón unos segundos para emprender después un bombeo demencial, impulsado por el pánico más absoluto: el desconocido iba a dispararle a James.

De su garganta escapó un grito que resonó en el bosque y, resuelta como nunca antes, consciente sólo de que el hombre del que se había enamorado estaba a punto de morir, se echó sobre él para protegerlo con su cuerpo,

esperando la mordedura de la bala.

No llegó a producirse.

El embozado se limitó a seguir sus movimientos con la vista, apareciendo en sus ojos un tic, y acabó bajando el arma. Como si de pronto hubiese perdido todo interés por sus casi vencidas víctimas, dio media vuelta, montó en su caballo y lo puso al galope, perdiéndose en la distancia.

Transcurrió un tiempo que a Thara le pareció infinito antes de que pudiera reaccionar y ponerse en movimiento. Cuando consiguió hacerlo, apoyada sobre las palmas de las manos, oyó que James le hablaba.

—Chica loca... —creyó oírle decir.

Luego se desmayó y Thara se encontró en medio de la noche, sin saber dónde estaba, desamparada y sola, acunando a un hombre inconsciente entre sus brazos, un hombre por el que había estado dispuesta a ofrecer su vida.

33

LE supuso un esfuerzo sobrehumano arrastrar el cuerpo inerte de James hasta el pequeño refugio donde ahora se encontraban. Afortunadamente, éste no estaba demasiado alejado del lugar donde cayeron, porque de otro modo no lo habría conseguido. La angustia que le provocaba el temor de que estuviera herido de gravedad le dio las fuerzas necesarias para ponerlo a salvo.

Por suerte, poco después de que el desconocido desapareciera, llegó trotando la yegua en la que ella había cabalgado y, gracias al animal, Thara encontró la cabaña. Estaba claro que, tal como James había dicho, la yegua había hecho aquel camino más de una vez, y la fue guiando en medio de la oscuridad como si supiera para qué la necesitaba.

Sin resuello, sudando a mares, tendió como pudo a James sobre un estrecho camastro, apretando las mandíbulas para soportar los aguijonazos de dolor en brazos, hombros y piernas debido al esfuerzo. Le quitó la capa, la chaqueta y la camisa, reprimiendo las ganas de echarse a llorar al ver su desamparo, y comprobó el alcance de sus heridas.

Entonces sí se le escapó un sollozo de alivio al no encontrar más que un buen chichón, un pequeño corte en el cuero cabelludo y un desgarrón sanguinolento en el brazo. Gracias a Dios, nada que revistiera gravedad.

Tenerlo allí, medio desnudo, la alteró sobremanera. El tacto de su piel, cálida y tersa, la hizo

demorar sus manos sobre él más de lo necesario. Cuando se dio cuenta de ello, se apresuró a cubrirlo con una manta, reprendiéndose por la inesperada e inoportuna llama que prendió en ella. Salió entonces de la cabaña para atender a la montura, tan importante o más que curar las heridas de James si quería llegar con él hasta Braystone Castle para que fuera debidamente atendido. No debía perder la perspectiva, tenía que desterrar la atracción que ejercía sobre ella ese hombre y asegurarse de que la yegua no escapara.

A su regreso, arrastrando los pies completamente agotada, recuperó un poco la serenidad, al menos la suficiente como para echar un vistazo a la cabaña y hacer inventario de aquello con lo que contaba. Olía aún a leña quemada y a la cera con limón utilizada para la limpieza, lo que indicaba que el refugio había sido usado hacía poco.

Miró aquí y allá. Tenía lo necesario para salir del paso: una pequeña provisión de leños secos con los que procedió a encender la chimenea, utensilios de cocina, algo de comida envasada, una botella de brandy...

El fuego crepitó, lamiendo los troncos, y el calor fue ahuyentando el frío y dotando la estancia de cierto encanto acogedor, si se olvidaban las circunstancias que los habían llevado hasta allí.

Cogió una marmita y salió de nuevo a la oscuridad exterior para llegarse al pozo que había visto fuera, rezando para que no estuviera seco. No lo estaba.

La Providencia los ayudaba una vez más. Una vez de vuelta, su preocupada mirada iba y venía del rostro de James, pálido pero tranquilo. Rebuscó en un arcón y encontró un par de juegos de sábanas, una de las cuales desgarró para hacer vendas. Luego se quitó la pelliza y dispuso sobre la mesa lo necesario para limpiarle las heridas. Aunque las magulladuras de James no la inquietaban demasiado, su corazón se negaba a recuperar su ritmo normal, todavía asustada por el peligro que habían corrido. En realidad, estaba aterrorizada, por mucho que intentase convencerse de que todo había pasado.

Tampoco podía dejar de preguntarse quién era el sujeto que los había atacado y, por encima de todo, por qué razón, una vez los tenía a su merced, se había marchado sin más. Ella no tenía

enemigos, así que lo único que podía pensar era que aquel individuo fuese algún rival de James. Y si así fuera, ¿por qué no había acabado con ellos o, al menos, con él?

Gresham abrió los ojos en ese preciso instante, se medio ladeó en la cama y balbuceó algo incoherente. Thara corrió a su lado y, empujándolo por los hombros, impidió que se incorporara.

—No te muevas. Tienes un chichón del tamaño de un huevo de oca y un feo corte en el brazo.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó él, palpándose la cabeza.

—Ni más ni menos que han estado a punto de matarnos.

James fue asimilando la situación y su estado. Se miró la herida del brazo y trató de poner los pies en el suelo, desoyendo la advertencia de ella. Un mareo lo hizo tambalearse y Thara lo obligó a tenderse de nuevo.

—No me gustaría que acabaras rompiéndote la crisma, así que, por favor, procura estarte quieto.

Hizo lo que le decía, porque carecía de fuerzas para oponerse, pero no dejó de observarla mientras ella retiraba un puchero humeante de la chimenea, lo ponía sobre la mesa y empapaba en el agua unas improvisadas compresas. Le martilleaba el cerebro, notaba el estómago revuelto y comprendió que no se encontraba en las mejores condiciones para discutir con Thara, pero el simple hecho de tenerla allí trasteando aliviaba su malestar.

Estaba preciosa.

Tenía la falda desgarrada, tierra y alguna hoja seca adherida a su despeinado cabello iluminado por las llamas, como una bruja buena de sus cuentos infantiles.

Le entraron unas ganas locas de ver su melena gloriosamente suelta, de hundir los dedos en ella y besar los rebeldes mechones que escapaban de su austero peinado, ahora deshecho. ¡El pelo revuelto la favorecía tanto...! Así era como quería que lo tuviese cuando le hiciese el amor: desgreñada, con el cabello desparramado sobre las almohadas.

El instante de fantasía se evaporó cuando avanzó hacia él con una compresa en una mano y la botella de brandy en la otra.

—¿Qué ha sido del que nos atacó?

—Ha desaparecido sin más.

—Algo muy extraño, cuando nos tenía a su completa merced.

Thara se encogió de hombros, se sentó en el borde del camastro y aplicó el paño empapado en agua caliente sobre la herida del brazo.

—¡Ay!

—Sólo es un rasguño.

—Pero es mi brazo. Ten cuidado, ¿quieres?

Ella ignoró su comentario, le limpió el corte lo mejor que pudo y supo, y vertió luego un buen chorro de brandy sobre él.

—¡Maldita sea, Thara, duele como un hierro candente!

—Deja de quejarte. Por lo que he visto, no es la primera herida que recibes.

«Así que te has fijado en mí, hechicera», pensó él, interiormente complacido.

La dejó hacer. Ni de lejos le dolía tanto la cura, pero la preocupación que había en los ojos de ella le hacía suponer que si se hacía la víctima lo trataría con menos frialdad. Sus pupilas siguieron el hábil movimiento de sus manos acabando de limpiar la herida y vendándosela después con maña. Cuando le llegó el turno al corte que tenía en la cabeza, volvió a rezongar.

—Puedo asegurarte que los matasanos que me han atendido en anteriores ocasiones lo han hecho con más miramiento que tú.

—No lo dudo, pero no tuvieron que vérselas con tan escasos recursos. Y, además, sólo estás pagando tu culpa.

—¿Mi culpa?

—Si piensas un poco, acabarás llegando a mi misma conclusión: la persona que nos ha atacado, venía a por ti.

—¿Y eso de dónde lo sacas?

—Yo no tengo enemigos ni me los busco. Pero ¿y tú? ¿Tal vez alguien a quien has desplumado en una partida de cartas? ¿Un marido celoso? ¿Un esbirro por cuenta de alguna dama despechada? Miró con gesto profesional el corte de la cabeza y decidió que no era necesario vendarlo—. Como ves, en tu ajetreada vida son muchas las posibilidades.

—Giacomo Casanova murió en el siglo dieciocho y yo no soy su reencarnación, así que no elucubres sobre mi conducta.

—Sobre eso habría mucho que discutir.

—Siempre piensas lo peor de mí, Thara. —Se levantó del camastro, consiguió controlar un acceso de náuseas y se sentó en una silla que acercó a la chimenea—. No sé qué he hecho para ganarme tus continuos reproches.

Ella le tendió la camisa y la chaqueta sin hacer el menor ademán de ayudarlo a ponérselas, deseosa de que se cubriera, porque, sin proponérselo, los ojos se le iban hacia su tórax.

—¿Sueles venir con frecuencia a esta cabaña?

—A veces. —Se puso la ropa, volvió a sentarse y frotó las manos frente al fuego, reprimiendo un escalofrío—. Hace muchos años, Chris, Darel y yo la usábamos como cuartel general. En esa época, Adam, el hermano de

Kimberly, formaba parte de nuestro exclusivo grupo de aguerridos piratas —recordó con un deje de añoranza—. Ahora es Kim quien la utiliza de vez en cuando. Fue ella quien la hizo restaurar después de casarse con mi hermano. ¿Puedes pasarme el brandy, por favor?

—Es un lugar bastante acogedor —comentó Thara entregándole la botella—, pero no me imagino un motivo por el que a tu cuñada pueda gustarle retirarse aquí.

—Lo hay: cuando discute con Chris.

A ella se le escapó una sonrisa. Sí, podía imaginar a la condesa poniéndole los puntos sobre las íes a su esposo y retirándose a la cabaña hasta que él rectificara.

—Deben de estar preocupados por nuestra tardanza —dijo, echando un vistazo por la ventana.

La noche había caído a plomo y en la distancia comenzaban a oírse truenos y a vislumbrarse el zigzagueante estallido de relámpagos—. Si queremos evitar que nos atrape la tormenta, deberíamos irnos cuanto antes, si es que te encuentras en condiciones.

Lo que menos deseaba James era salir de allí, llegar a Braystone Castle y someterse a la andanada de preguntas que, sin duda, le caerían encima sobre la causa del retraso. Pero era consciente de que quedarse en la cabaña suponía un peligro para ambos. No por la posibilidad de que volviesen a atacarlos, sino porque cada segundo que pasaba se incrementaba en él el deseo de quedarse junto a Thara, aislados del mundo. Y poder seducirla de una condenada vez.

—¿Qué ha pasado con los caballos? Ha herido al mío, ¿verdad?

—Lo ha alcanzado una bala, sí, lo siento. La yegua en cambio está bien, atada fuera. ¿Sabes?, ha sido ella precisamente quien me ha traído hasta aquí. Sin su guía aún estaríamos en medio del bosque.

—Ese animal tiene una retentiva prodigiosa y es muy leal.

—Sí, me he dado cuenta —contestó ella, volviendo a mirar por la ventana—. Si esa yegua fuera mía, la llevaría en palmitas.

—Es tan leal como algunas personas. ¿Por qué te has echado sobre mí cuando ese sujeto estaba a punto de dispararme?

Thara se sobresaltó y se volvió para mirarlo. James la observaba muy serio. Había supuesto que, debido a la conmoción del golpe, no se habría percatado de su impulsivo gesto. Ni siquiera ella era capaz de explicar su proceder, pero durante aquel angustioso instante, con el corazón paralizado creyendo que él estaba a punto de morir, había actuado por puro instinto. ¿Cómo iba a explicarle lo que había pasado por su cabeza en ese momento de pánico? ¿Cómo decirle que se había sentido como si fuesen a arrancarle el alma, que la vida se le quedaría vacía sin él?

—El golpe te habrá hecho ver visiones —contestó.

34

«MENTIROSA. ESTABA aturdido, pero sé perfectamente lo que has hecho. ¿Por qué?»

«¿Qué demonios quieres, una confesión en toda regla de lo que siento por ti? Ni por todo el oro del mundo.»

—Fue una reacción inconsciente o instintiva.

James se levantó y se acercó a ella. Intentaba engañarlo, disimular con su desapego el hecho de que se había jugado la vida por él. Era evidente que no lo conseguía. Lo veía en su mirada asustadiza, en el movimiento de sus manos, con las que no sabía qué hacer, en el modo en que se mordía el labio inferior, nerviosa como una liebre ante el acecho de un zorro.

Era la mujer más valiente que había conocido nunca. Su estatura y complexión la hacían parecer frágil, pero distaba mucho de serlo. Thara tenía agallas, las suficientes como para exponerse a recibir la bala que le estaba destinada, pero en cambio pretendía ocultar lo que había hecho por él. Alargó la mano, le quitó las hojas que tenía en el pelo y le colocó un mechón tras la oreja, lo que provocó en ella un estremecimiento que él notó.

—Thara...

—Tenemos que irnos. Por favor —musitó ella, pero apoyando ya la mejilla en la palma de su mano, sucumbiendo a la suavidad con que la tocaba, al fuego que sus dedos despertaban en su vientre, a una necesidad vital de unirse a él—. La tormenta...

Cortó su súplica un relámpago y el posterior trueno que retumbó de forma ensordecedora, haciendo vibrar los cristales.

—¿Realmente quieres que nos vayamos?

Thara lo miró. Pálido aún, despeinado y con la camisa a medio abrochar, le pareció un dios pagano: hermoso, incitante, seductor, dolorosamente atractivo.

«No», se contestó en silencio.

James Gresham había conseguido su propósito de fascinarla. Como una crisálida atrapada en el capullo de la seducción, prisionera de aquellos ojos oscuros y embaucadores, el corazón le palpitaba desbocado. No quería marcharse, sino perderse entre sus brazos.

Las piernas se le convirtieron en gelatina cuando James le acarició la nuca, atrayéndola hacia él. Cerró los ojos, notaba el latido de sus venas en los oídos, temerosa de lo que no quería hacer, pero que ansiaba como una demente. Quería que sus labios se unieran de nuevo, sentir sus lenguas entrelazadas, avivando las brasas y la lava que se extendía por sus miembros flácidos.

Vislumbraba el peligro, pero no le importaba. Quería que la besara otra vez, no había nada en el mundo tan imperioso para ella en ese momento. Ya tendría tiempo después para pensar racionalmente, para volver a ser quien era, para poner distancia entre ambos.

James no la besó en la boca, sino que posó sus labios en su mejilla. El roce áspero de su mentón donde ya se notaba la barba de todo un día la sacudió de pies a cabeza, agitando sus terminaciones nerviosas.

«Te quiero.»

Se encontró abrazándolo, acariciando su amplia espalda, donde clavó los dedos, atrayéndolo hacia ella, clamando por el sabor de su boca.

A James le dolían todos los músculos por la tensión de contenerse. Su cuerpo lo urgía a saciarse de Thara, a beber de sus labios, a saborear su piel, colmarse de su olor... Hacerla suya. ¡Suya! Tenía hambre de ella, pero a la vez temía hacerle daño.

Había llegado a conocer muy bien a esa mujer que lo enloquecía: no se plegaría nunca al juego de convertirse en su amante, ocupar a veces su cama, ser un títere en sus manos. Era una persona íntegra, valerosa y de una endemoniada independencia.

Aunque ahora se le entregara, dejando de lado sus firmes convicciones, le estaría ofreciendo todo lo que era y él... ¿Qué podía darle a cambio de su entrega, salvo unas cuantas noches de sexo?

La batalla entre la pasión y la ternura que Thara le despertaba, así como el cúmulo de elementos que los separaban lo estaban matando.

Si la tomaba...

Si le hacía el amor como ella estaba pidiendo con su silencio, con sus ojos grandes y mágicos fijos en los suyos...

Su virilidad clamaba por Thara, ansiaba el tacto de su cuerpo desnudo entre sus brazos, dar rienda suelta a sus instintos hasta que gimiera su nombre cuando la llevase a la cúspide.

Pero no se atrevía.

A un paso del objetivo que se había fijado, no se atrevía. Su maldita conciencia le decía machaconamente que no podía mancillarla y olvidarla después.

Se debatía entre el deseo físico por ella, su condenado honor de caballero que detestaba herirla, y su férrea voluntad de no renunciar a su libertad. Porque si sucumbía a la llamada de Thara, después tendría que actuar en consecuencia. Y ella no se amoldaba a la imagen de esposa que había construido en su mente: una mujer condescendiente, tradicional, en absoluto mundana, siempre dependiente.

Thara no era así. Ella pensaba por sí misma, no acataría sus decisiones sin discutirlas, le plantaría cara a cada paso. Su vida en común estaría gobernada, como mínimo, por la discrepancia, y eso a la larga les pasaría factura.

Ella tuvo la sensación de que él no compartía su mismo deseo. James le acariciaba los hombros, se resistía a soltarla, pero estaba tenso, distante, como si de repente se encontrara lejos de allí. El capullo de seda de la lujuria en que se había visto envuelta durante unos instantes se desgarraba, dejando emerger una mariposa con las alas negras de la decepción.

Se apartó de él haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad. A James le

había entretenido el juego de la seducción, pero ahora, ante un paso que implicaba cierto compromiso, se replegaba.

Era mejor así. Afortunadamente, volvía a primar la cordura.

Recompuso el gesto, se secó unas lágrimas furtivas que le caían mejillas abajo, y cogió su pelliza. Tenía que salir de allí, distanciarse de él, regresar al mundo real relegando al olvido el país de fantasía en el que había estado a punto de perderse. No le quedaba energía para esa pelea. El cuento del príncipe azul se había acabado, dejándola a ella, la estúpida y soñadora princesa, perdida y con el alma desgarrada, pero al menos con su virtud indemne.

James vio que ella se apartaba y se sintió como un huérfano sin el calor de sus brazos, ciego sin el brillo de su ardiente mirada, víctima de la sacudida de un doloroso estremecimiento. Dio un paso hacia ella, la sujetó de un brazo e hizo que se volviera. La estrechó de nuevo contra su pecho, tomó su rostro lloroso entre las manos, obligándola a que lo mirara. El corazón le dio un vuelco: la pasión de ella de hacía unos momentos había dado paso a la indiferencia.

—Thara, yo...

Lo silenció poniéndole un dedo sobre los labios. Se apartó una vez más de él, vertió el agua de la olla sobre las brasas de la chimenea y se puso la pelliza. James, inmóvil, indeciso, se vio como un pelele al que hubieran cortado los hilos.

Atrapó al vuelo su capa cuando ella se la lanzó, se la puso y la siguió fuera. Sabía que se sentía herida, humillada por su aparente rechazo, y no encontraba palabras para suavizar el opresivo instante. Ella no imaginaba lo ruin que se veía a sí mismo, el dolor lacerante que desgarraba su alma, lo cerca que había estado de desfallecer y tomar su virtud.

Sin duda, lo odiaba por haberle mostrado su debilidad, por habérsele ofrecido. Dio gracias al Altísimo porque ella hubiera puesto el punto de cordura que ambos necesitaban.

En medio de un tenso silencio, Thara revisó las cinchas de la silla, lo ayudó a montar a la grupa y tomó el mando.

Emprendieron camino hacia Braystone Castle sin abrir la boca. Ella envarada, separando en lo posible su espalda del pecho de James, con la mirada vidriosa perdida en la lejanía; él, manteniendo la distancia impuesta, luchando contra la fuerza de su instinto que le pedía estrecharla entre sus brazos.

Nunca un trayecto tan corto se le había hecho a Gresham tan atrozmente interminable.

35

EL ángel de bronce descargó el filo de su espalda sobre un disco que representaba el sol y el reloj dio las campanadas que anunciaban las dos de la madrugada.

Como si de una señal se tratara, James se sirvió su cuarta copa de brandy.

Le dolía la cabeza, en parte por el acoso al que se habían visto sometidos cuando llegaron, en parte por el alcohol. Apenas había probado las viandas frías que les sirvieron tras un rápido aseo, pero en cambio dio buena cuenta del vino, mientras Thara picoteaba de su plato prácticamente en silencio, lo más alejada posible de él y arropada por sus hermanos. Quedó por tanto a su cargo explicar con pelos y señales los pormenores de lo sucedido a un auditorio expectante.

Apoyó los pies en la mesita de fumador, se masajeó la nuca y vació la copa de un trago. Intentó echar mano otra vez de la botella, pero lo detuvo una voz en tono crítico.

—¿Te has propuesto agarrar una borrachera?

Con una bata azul oscuro y despeinado, un Darel de mirada acusadora lo interpelaba apoyado en el quicio de la puerta.

—Anda, lárgate —le dijo él, sirviéndose dos dedos más de brandy.

Su hermano no lo hizo, por supuesto. Muy al contrario, entró en la biblioteca, se acomodó a su lado e imitó su postura, poniendo también los pies sobre la mesa.

—¿No podías dormir?

—Déjame tranquilo.

—Lo haría, muchacho. Si crees que estoy aquí por mi gusto, te equivocas, es Tat quien me ha hecho bajar.

James le creyó a medias. ¿A quién quería engañar? No era que no agradeciese su preocupación, pero lo que menos le apetecía en ese momento era entrar en el terreno de las divagaciones.

—Tu mujer nunca dejará de ser un incordio —rezongó.

—Cierto. Pero es un lince adivinando y cree que estás agobiado por algo más allá del asalto. Y yo también lo creo.

—¿Te parece poco que hayan estado a punto de matarnos?

—Eso ya nos lo has dicho, pero no soy tonto. ¿Qué es lo que realmente te preocupa?

—Nada importante.

—Pues para no ser importante llevas media botella —señaló el conde de Braystone entrando también en la estancia.

—El que me faltaba.

Christopher tomó asiento al otro lado de James, que quedó entre Darel y él. Para no ser menos, imitó la postura de ambos.

James miró a uno y otro, resopló y dijo:

—Sois como la peste.

—Bonito agradecimiento por nuestra preocupación —le reprochó Darel.

—Yo no me preocupo por ti —objetó su hermano mayor.

—¡Quién lo diría! Por eso estás levantado en mitad de la noche, ¿verdad?

—Me intranquiliza un tanto la señorita Bannion, sólo es eso —repuso Chris —. En la soledad de la cabaña...

—¡Acabásemos! —James se levantó hecho un basilisco—. Así que de eso se trata.

—¿Qué pasó allí?

—¿Quién te crees que eres para husmear en mi intimidad?

—Cálmate.

—¿Por qué no os volvéis los dos a la cama?

El conde no varió un ápice su postura relajada, aunque sus ojos grises se velaron un instante por la respuesta de su hermano. La paciencia no era una de sus virtudes, pero ató en corto su mal genio, porque, en el fondo, lo apenaba el estado en que se encontraba James.

Si su esposa no estaba equivocada, y casi nunca lo estaba, el silencio de Thara Bannion, sus miradas poco amistosas hacia James y la incomodidad contenida en las respuestas de él indicaban que algo había pasado en la cabaña. E, igual que Darel, quería saber qué era.

—Siéntate —ordenó con cierta autoridad—. Y cuéntanos.

James sabía hasta dónde podía llegar la terquedad de Chris cuando se empecinaba en saber algo. De tener que vérselas con él a solas, lo podría haber eludido. Pero con ambos en comandita poco tenía que hacer, a no ser dejarlos plantados, y un proceder como ése enrarecería el ambiente para la reunión. Cuando sus hermanos hacían frente común, él llevaba siempre las de perder. Capituló, porque tarde o temprano tendría que sincerarse con ellos. Se sentó y se tomó su tiempo.

—No pasó nada —dijo al fin.

—¿Por qué? —preguntó Darel—. No lo entiendo.

—¿Por qué no pasó nada?

—Eso acabo de preguntarte. Esa chica está enamorada de ti y se ve a la legua que tú estás loco por ella. Ambos habéis escapado de una situación límite y os habéis encontrado a solas en la cabaña. Es evidente que la ocasión era de lo más propicio para hacer algo.

Christopher chascó la lengua. Darel podía ser de lo menos sutil si así se lo proponía, y bastante molesto a veces. Frotándose el puente de la nariz para ocultar una sonrisa, observó la cara de pasmo de James, mientras contemplaba a su hermano estupefacto.

—¿Estás diciéndome que debería haberla seducido?

—No pongas en mi boca palabras que no he pronunciado. Lo que te estoy diciendo es que basta ya de andar por ahí como un perro apaleado. No eres tú mismo desde que esa chica se cruzó en tu camino y, por mucho que lo

intentes, no puedes disimular que caminas sobre ascuas. Resolverías casi todos tus problemas, y los nuestros de paso, si te decidieras de una vez, le demostraras cuánto te importa y te casaras con ella.

—¡¿Se te ha licuado el cerebro?!

—A ti, creo que sí, o está a punto.

—No tengo la más mínima intención de ahorcarme.

—Esa frase me suena. ¿Y a ti, Chris?

—Creo que la repetí cientos de veces antes del «Sí, quiero» frente al altar.

—Sois un par de soñadores. No conocéis a Thara en absoluto. No sabéis nada de ella ni tenéis idea de cómo es.

—Preciosa, según mi escala —repuso Darel.

—Inteligente, según la mía —lo secundó Christopher.

—Yo diría que sensata.

—Y decidida, por lo que sabemos.

James levantó las palmas de las manos conminándolos a que se callaran. No podía creer lo que estaba oyendo. ¿A santo de qué sus hermanos dedicaban a una mujer a la que apenas conocían tales elogios? Él había llegado a conocer bien las notables virtudes de Thara, pero también sabía los puntos en que chocaban.

—Pero vosotros no sabéis que es tozuda, porfiada, alocada y orgullosa. Aunque decidiese

casarme ahora, que no es el caso, quiero que os quede muy claro que ella sería la última mujer a la

que eligiese. Pretendo disfrutar de un matrimonio tranquilo, sin sobresaltos, no verme metido en una guerra de egos cada dos por tres.

—Es decir, prefieres el aburrimiento —sentenció Darel.

—El orden —rebatió él.

—¿Desde cuándo eres tú afecto al orden?

—Llámalo entonces sosiego.

—Lo que digo: el aburrimiento. No hay nada más soporífero que un matrimonio sin altibajos.

James se pasó una mano por el pelo, no sabía si callar o mandarlos al cuerno.

—Thara me irrita, hace aflorar mi mal genio, me contradice por sistema, me reta, hace gala de su independencia... ¡Además, me crispa los nervios que insista en seguir dedicándose a su trabajo de detective!

—Vamos por buen camino —le guiñó un ojo Darel.

—Te excita, te sientes vivo cuando estás a su lado, disfrutas con vuestras discusiones, te encantan sus desafíos... ¿no es así? —terció Christopher.

—Y si te aterroriza que se meta en líos es porque te importa más de lo que quieres admitir. Hermano, estás perdido —acabó por echarse a reír el barón de Winter, palmeándose una rodilla—. ¿Tú qué opinas, Chris?

El conde bostezó, suspiró y, tras echar una ojeada al reloj de pared, próximo a dar las dos y media de la madrugada, se levantó.

—Que he dejado sola a una esposa que me irrita, me contradice, me reta... y aun así, me vuelve loco. Buenas noches, hermanos.

—Deberíamos aventurar una fecha, ¿no crees? —se burló Darel antes de que se fuera.

James los miraba aturdido. No sabía si era que todo el mundo lo veía muy claro, mientras que para él pesaba más el hecho de perder su libertad, o, sencillamente, que se habían confabulado para inducirlo a dar el paso que se esperaba de él. Al fin y al cabo, la soltería solía tener fecha de caducidad.

—Tampoco es cuestión de empujarlo demasiado —medio sonrió Christopher—, pero por si acaso, le diré a Mortimer que vaya pidiéndole hora a mi sastre.

El conde se marchó y Darel lo siguió a continuación.

A solas de nuevo, James se tomó una última copa y recapacitó. Sus hermanos se ponían en su lugar y emitían un diagnóstico que lo aterrorizaba: bebía los vientos por Thara y su sola presencia

vivificaba su espíritu.

Era verdad, además, ¿por qué negarlo?, despertaba en él la necesidad de protegerla y, cuando no estaba a su lado, quería estarlo.

¿Estaba realmente enamorado de ella? ¿Eran argumentos suficientes para pedirle matrimonio? Y, en ese caso, ¿aceptaría Thara?

36

—¿CÓMO está nuestra salvadora?

Eugene se volvió, saludó al barón con una inclinación de cabeza y dejó el cepillo con el que estaba aseando a la yegua, palmeándole después el hocico.

—Perfectamente. Buenos días, milord.

—Veo que te vas ganando a los caballos.

—Eso parece. Le agradezco de nuevo la confianza que ha depositado en mí permitiéndome estar aquí.

—¿Qué tal te llevas con William?

—Creo que el señor Fritz está contento con mi trabajo. Aprendo mucho de él y del señor Austin, milord. Quiero quedarme en Braystone Castle.

—William e Ian seguramente te apoyarían, pero tenemos que hablar del asunto.

—Usted dirá, milord —repuso él, a la expectativa.

—¿Has terminado? —El joven asintió—. Demos entonces un paseo.

Eugene lo siguió fuera de las caballerizas con el corazón retumbándole en el pecho. Imaginaba que a Thara no le había gustado en absoluto su decisión de abandonar los estudios para centrarse en el cuidado de los caballos de Gresham. No le cabía duda de que habría puesto el grito en el cielo, aunque la noche anterior no le recriminó nada, limitándose a mirarlo con gesto huraño.

Era razonable suponer que le hubiera pedido a lord Salsbury que le quitara la idea de la cabeza, pero él pensaba defender su decisión con empeño. Con el mismo con que protegería el buen nombre de su hermana tras enterarse, por las confidencias de Emma, de lo que se estaba cociendo entre ella y Gresham.

La oportunidad de hablar con él le venía pues que ni pintada e iba a aprovecharla. Le estaba agradecido por todo lo que había hecho por ellos, pero su gratitud no llegaba a tanto como para permitir que Thara sufriera el acoso de nadie.

James caminaba pensativo, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en los acres de terreno que rodeaban la propiedad, buscando las palabras adecuadas. Eugene había tomado una decisión equivocada, en eso estaba de acuerdo con Thara, pero no quería herir sus sentimientos.

Al borde de un pequeño estanque casi cubierto de nenúfares, se decidió y dijo:

—Cuidar de los caballos es un trabajo honorable, Eugene, pero deberías contemplar otras alternativas, porque sé que tienes capacidad para hacer cosas de mayor importancia en la vida.

—¿Me lo dice usted, a quien su condición social le permite hacer cuanto le place?

James no se esperaba una respuesta tan directa. Algo le decía que el muchacho no hacía referencia al tema del que él estaba hablando.

—No puedo negarte que gozo de ciertos privilegios, pero ni siquiera mi condición social, como tú dices, me da carta blanca para hacer lo que quiero.

—Exactamente, milord. Espero que no lo olvide.

James echó a andar para rodear el estanque, con Eugene tras él. Decididamente, el hermano de Thara iba por otros derroteros muy distintos a los suyos.

—Tengo la impresión de que tratas de decirme algo y no sabes cómo, o yo no logro interpretarlo. ¿Qué ha sido de la camaradería que presidió nuestros anteriores encuentros, muchacho? —Desconocía quién era usted realmente, milord, y con quién está emparentado, hasta que llegué aquí.

—Ya veo. Así que mi título y mi parentesco son motivos suficientes para retirarme una confianza que parecías haberme dado.

—No se trata de eso, milord, yo... —Gresham, con su porte arrogante, su natural aplomo y su mirada directa lo confundían.

—¿Entonces...?

Eugene cuadró los hombros, entrelazó las manos a la espalda para que Gresham no viese lo nervioso que estaba y, elevando el mentón, fue directo al grano:

—¿Qué es lo que quiere de mi hermana, lord Salsbury?

—De modo que se trata de eso.

—Ni más ni menos, milord.

—¿Qué crees tú que quiero, Eugene?

—No estoy en situación de pedirle cuentas. Sé que una palabra suya bastaría para que mis hermanas y yo tuviéramos que abandonar Braystone Castle...

—Bastaría, en efecto —lo cortó él—. Pero, que yo sepa, aún no me has dado motivos para hacer tal cosa. Tampoco sé por qué debo hablarte de lo que hago o dejo de hacer con tu hermana. —Pues debería, milord, debería. Porque desde mi posición no es fácil entenderlo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—A decir verdad, nada —dijo el muchacho, recobrando parte de su aplomo —. La colaboración de Thara con usted, nuestra presencia aquí, que se nos haya proporcionado vestuario nuevo... No va a convencerme de que una simple alianza laboral es la causa de todo, así que le pido una respuesta concisa y clara. Y le aseguro que no dudaré en retarle para defender su honor.

James se quedó perplejo. ¿Qué demonios era lo que le habían contado a Eugene o lo que éste creía saber? ¡Retarlo, por amor de Dios, qué estupidez! Sin embargo, era encomiable su decidida defensa de su hermana, lo que despertó su admiración: la protegería con uñas y dientes y ese amor fraterno le gustaba.

—Hace tiempo que los duelos son delito, Eugene. Están perseguidos por la ley y tú ya tienes

notables problemas con ella. Claro que siempre podríamos batirnos en *petit comité*, con la única presencia de dos padrinos. Yo, como desafiado, elegiría las armas. Disparo bien y me manejo con soltura en la esgrima, ¿puedes decir

tú lo mismo?

A medida que James hablaba, al muchacho se le iba tornando el rostro ceniciento y la nuez le subía y bajaba convulsivamente.

—Nunca he tenido oportunidad de ejercitarme en esas habilidades, milord —repuso en voz

baja, pero sin perder un ápice de determinación—. Así y todo, puede tener por seguro que le retaré si está en su ánimo deshonrar a mi hermana.

Desde luego, al chico no le faltaban redaños. Thara no sólo se había convertido en la Némesis de James sino que, además, lo era también de Eugene, obligándolo, sin saberlo, a adoptar una postura absurda, por muy loable que fuera.

Le puso una mano en el hombro del muchacho y se lo apretó con afecto.

—Aprecio a tu hermana.

—Casualmente, eso es lo que me preocupa, milord.

—Nunca haría nada que la perjudicase, te doy mi palabra.

—Sin ánimo de ofenderle, ya lo ha hecho, lord Salsbury. Thara se ha enamorado de usted.

La tan manida frase de «si le hubieran cortado no sangraría» se la podría haber aplicado James a sí mismo en ese preciso momento. Se le aceleró el corazón, a la vez que intentaba procesar la afirmación de Eugene, que, por otra parte, confirmaba la percepción que también habían tenido sus hermanos.

¿Enamorada? Se le volvía el mundo del revés. Aunque ante Chris y Darel casi había terminado admitiendo que Thara se le había metido en la sangre, nunca había tenido la impresión de ser correspondido por ella, circunstancia que ahora se ponía de manifiesto inequívocamente.

Seguir negándose que la necesitaba ya más que el aire que respiraba era una necedad de inmenso tamaño. No quería a Thara sólo en su cama, sino en su vida, ya no imaginaba la existencia sin ella. Y ahora Eugene le abría una puerta a la esperanza.

Con un punto de euforia, preguntó:

—¿Te lo ha dicho ella?

El chico tenía delante a un Gresham conmocionado, ávido, expectante. Sobre todo, expectante.

—No. Fue Emma.

James asintió desinflándose su entusiasmo varios enteros. Por supuesto. Era demasiado esperar que la sobria señorita Bannion hubiera sido tan directa como para admitir algo así ante su hermano. Comedida como era se guardaría muy mucho de confesarle abiertamente sus verdaderos sentimientos a Eugene, a fin de cuentas, éste era un varón.

Había llegado el momento de que ambos se enfrentaran a unos hechos que debían aclararse sin dilación. La única salida era escuchar de labios de Thara lo que quería oír.

—Entonces, milord... ¿debo buscarme un padrino? —lo sacó Eugene de su ensimismamiento. —¡Demonios, chico, deja ya esa majadería! —estalló,

emprendiendo el regreso a la mansión.

De repente, frenó sus largas zancadas, se volvió y lo señaló con un dedo—. Voy a casarme con tu hermana, lo quiera ella o no, Eugene, pero ni se te ocurra decirle una palabra o eres hombre muerto. Déjame hacer las cosas a mi manera. Otro asunto: abandonarás tus estudios por encima de mi cadáver, de modo que olvídalo, abordaremos ese tema cuando corresponda.

Eugene miró cómo se alejaba, pero había sido tan categórico en sus advertencias, que sólo acertó a decir:

—Sí, milord.

—Deja el puñetero milord de una vez —oyó gruñir a James por encima del hombro—, dentro de poco vas a ser mi cuñado.

37

LOS invitados de esa noche, solamente dos personas, el vizconde Amsterdill y un lejano pariente de la familia, Rudy Lougthy, llegaron casi al mismo tiempo.

James aún no había encontrado la oportunidad de hablar a solas con Thara. Tanto ella como Emma —que cada vez que se cruzaba con él lo miraba con una sonrisilla traviesa— habían sido secuestradas por Kim y Tatiana.

No le cabía duda de que ya debían de haberles mostrado Braystone Castle de cabo a rabo, desde los tejados al sótano. Él intentó acercarse a ellas en un par de ocasiones, pero sus cuñadas tenían siempre una excusa para dejarlo a un lado y mantener a Thara ocupada. Tampoco la actitud de ella ayudaba, dispuesta a seguir a sus cuñadas sin rechistar, mostrando a las claras que deseaba mantener las distancias con él.

Contra esa especie de confabulación, él esperaba el momento de abordarla haciéndose el encontradizo. Inútil pretensión, puesto que cuando no se enteraba por los criados de que las damas estaban en las caballerizas, le decían que habían ido al invernadero. ¡O a los establos de las malditas vacas de la pequeña granja! Sistemáticamente, cuando él aparecía, ellas habían ya volado, como si intuyeran que iba hacia allí.

Creyó que lo relajaría hablar con sus dos invitados, aunque uno de ellos no era de su agrado.

Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Para ser exactos: su humor se avinagró y se lo hizo pagar a quien menos lo merecía: Thomas McPearson, íntimo de la familia desde siempre, cuando éste le palmeó la espalda y se permitió hacer una broma a propósito de sus conquistas.

Lo había mandado directamente al diablo.

Una actitud arisca y completamente fuera de lugar de la que se arrepintió al instante y por la que pidió disculpas. El vizconde Amsterdill respondió con su singular sentido del humor, restándole importancia.

Tom no se merecía ese desaire, sobre todo teniendo en cuenta que acudía a la llamada de las abuelas desde Escocia, dejando allí a su esposa, que, debido a su embarazo, había preferido no hacer un viaje tan largo.

James se refugió en el despacho de Christopher con la excusa de revisar unos documentos de la Gresport Company para evitar así volver a ponerse en evidencia, ni hacer a nadie blanco de sus invectivas. A nadie, excepto a sus cuñadas, a Thara y a su propia estupidez, pero eso formaba parte de sus agravios personales.

No duró mucho su propósito, pues cuando Ladislaus Mortimer, el ayuda de cámara de Christopher, irrumpió en el despacho, él volvió a sacar los pies del tiesto.

A Mortimer lo unía mucho más que una simple relación entre criado y

señor: llevaba en la casa desde antes de que él naciera, había tapado muchas de sus travesuras de niño e incluso le había propinado algún que otro capón cuando se lo había merecido. Eso sin contar con que arriesgó la vida por Kimberly y Chris, una osadía que pagaba desde entonces con una ligera cojera de la que, muy propio de él, se envanecía sin reparo.

Ahora lo tenía delante, tan firme como si llevara pegado a la espalda el palo de una escoba, mirándolo como si aún dudara de si el exabrupto iba dirigido a él. James tenía que rectificar y así lo hizo.

—Disculpa mis malos modos, Lad. —Utilizó el diminutivo con el que solía ablandarlo y del que también se valían sus hermanos desde que eran unos niños—. No tengo excusa posible por contestarte tan airadamente, salvo que hoy no estoy en uno de mis mejores días. Lo lamento, de veras. —Como respuesta, Mortimer inclinó la cabeza—. Te respeto como a un padre y te tengo cariño, viejo zorro, ya lo sabes.

—Lo sé, milord. —Se permitió una media sonrisa—. Como también sé que lady Kimberly y lady Tatiana lo sacan fácilmente de sus casillas. Imagino que por ahí van los tiros, ¿verdad? A veces resultan un tanto... ¿enojosas?

—¡Son un par de arpías! —James palmeó la mesa.

—No me atrevería yo a insinuar algo semejante, señor.

—Vamos, Lad, déjate de tonterías conmigo, que nos conocemos. Bien, ¿qué puedo hacer por ti?

—Milord, me he tomado la libertad de...

—¡Mortimer, por todos los santos!

Ladislaus se frotó el tic que aparecía en su mejilla cuando algo lo divertía, pero no con tanta premura como para que a James le pasara desapercibido.

—No he podido remediar ver que el señor Lougthy conducía a lady Thara hacia el laberinto mientras charlaban.

—No es lady —replicó, levantándose como si se le hubiera activado un resorte en el asiento.

—Aún no, milord, aún no —concedió Mortimer.

James no apreció la ironía de su respuesta porque una nube roja cruzaba por delante de los ojos. ¡Lougthy! No entendía cómo era posible que las abuelas lo hubiesen invitado a quedarse en la casa. Cierto que se trataba de un familiar, sobrino lejano de la abuela Eleanor, y que se había presentado sin que se lo esperase para saludarla. Pero ¡maldito si pintaba algo en Braystone Castle!

Detestaba atenerse a los principios de las abuelas, a las obligaciones que el apellido Gresham conllevaba, en especial con personajillos que le caían como una patada en el estómago. Y Lougthy era uno de ellos. Un sujeto que le desagradaba: lisonjero hasta el empalago, oportunista, buscando sacar tajada allá donde fuese, demasiado pretencioso y, sobre todo —lo que realmente lo irritaba ahora—, un libertino de pies a cabeza.

En cualquier otra ocasión, hubiese pasado por alto ese comportamiento, él no era quién para criticar, pero ahora se trataba de Thara y la cosa cambiaba.

—Así que Rudy, ¿eh? —dijo, yendo hacia la puerta.

—Eso es, milord. He supuesto que le gustaría saberlo... dado su interés por milady.

Ahora sí que James captó el sarcasmo y lo reflejó con un breve mohín de disgusto.

—¿Hay algo que se te pase por alto, Lad?

—A decir verdad, milord, pocas cosas.

—Seremos uno menos a cenar, avisa en las cocinas. Creo que voy a tener unas palabras con el sobrino de la abuela Eleanor.

—Como diga, milord.

El laberinto, como su nombre indicaba, era el lugar idóneo para que alguien que no estuviera familiarizado con él acabara perdiéndose. También un escondite inmejorable, al amparo de miradas indiscretas, con interminables hileras y vericuetos formados por los altos y cuidados setos.

James recorrió los primeros metros con cierta cautela y ánimo celoso, a qué negarlo. Si la pareja no quería, sería complicado encontrarlos con tanto paso entre ramajes verdosos, que, al abrigo de la tarde que caía, se iban convirtiendo en corredores sombríos.

Sin embargo, fue muy fácil dar con ellos.

Una airada exclamación femenina, seguida de un palmetazo que sonó a bofetada, y un posterior exabrupto varonil, le indicó a James hacia adónde tenía que ir. Aceleró el paso, dobló un recodo y se quedó pasmado ante lo que vio: Rudy estaba sentado en el suelo, desmadejado, con las piernas abiertas y la expresión bobalicona entre dubitativa y ofendida, de quien acaba de recibir un buen sopapo.

Thara por su parte, se afanaba en recolocarse el chal sobre los hombros, roja como un tomate y con la mirada ardiente de furia.

A James le entraron ganas de matar a Lougthy. Seguro que se había sobrepasado, por mucho que resultara gracioso verlo en posición tan humillante, con el trasero en tierra, como un pelele abandonado.

—Y yo que estaba preocupado por ti —le dijo a ella.

Sorprendidos ambos, Thara dio un paso atrás, en tanto que su atrevido galán se excusaba, intentando levantarse con alguna dignidad:

—Gresham. Puedo explicarlo.

—Mejor quédate donde estás o vuelvo a tumbarte de un puñetazo —lo amenazó James con cara de pocos amigos—. ¿Estás bien, Thara?

—Perfectamente.

Se miraba los desperfectos del chal con expresión compungida. Toda la culpa era suya, por haber accedido a acompañar a aquel estúpido al que creyó un caballero. Habían comenzado una interesante conversación y ella no se había dado cuenta de hacia adónde iban. De repente, él había empezado a soltar frases acarameladas sobre sus ojos y su figura, aplicándose acto seguido al más descarado manoseo.

Thara se había defendido sin miramiento, dándole una bofetada de

campeonato y empujándolo después, pero ahora, con James allí, contrariado pero comiéndosela con los ojos, la furia se le evaporaba y sólo tenía ganas de echarse a llorar.

Había actuado por puro instinto, pero su conducta no hacía sino reafirmarle a Gresham lo poco femenina que era.

—Salsbury, lo siento —insistió Lougthy.

James lanzó otra mirada reticente al petimetre que se estaba poniendo en pie, se sacudía las perneras de los pantalones y los faldones de la chaqueta e intentaba escabullirse. Pero él lo detuvo poniéndole una mano abierta en el pecho.

—Primero creo que le debes una disculpa a la dama.

—Sí. Sí, por s... s... supuesto —tartamudeó, retrocediendo un paso—. Señorita Bannion, yo... lamento profundamente el malentendido. Le pido que me perdone.

—No vuelva a cruzarse en mi camino, señor.

Lougthy le hizo una torpe reverencia balbuceando otra disculpa y empezando a alejarse, pero, por segunda vez, James se lo impidió de nuevo.

—Quiero que te vayas de Braystone Castle —le dijo—. Recoge tus cosas y lárgate antes de que olvide que nos unen ciertos lazos familiares, Rudy.

El aludido no rechistó ni esperó más para encaminarse hacia la salida del laberinto casi a la carrera.

Thara también hizo ademán de irse, pero Gresham la retuvo por un brazo.

—¿De veras estás bien?

—No ha sido nada —contestó ella.

—¿Él no ha llegado a...?

—No. Sólo ha puesto las manos donde no debía.

—Y le has dado su merecido.

—¡No le veo la gracia! —se enojó Thara, viendo que sonreía—. Me ha obligado a comportarme como una... como una...

—Como una dama injuriada. De no haber estado ya en el suelo, le hubiera roto todos los huesos. ¿Cómo has conseguido tumbarlo con una simple bofetada? ¿O es que también practicas la defensa personal?

—Sólo lo he empujado. —James elevaba una ceja, reticente, y eso no le gustó—. ¡Ya sé que mi conducta no se ajusta a los cánones de una señorita, no hace falta que me recuerdes a cada momento lo poco femenina que me encuentras! —le espetó y echó a andar.

¿Poco femenina? Posiblemente se lo habría dicho en alguna de sus trifulcas, aunque no lo recordaba. Pero lo hubiera hecho o no, iba a demostrarle qué lejos estaba de pensar eso. Alcanzándola, la tomó del brazo, la hizo girar hacia él y unió sus labios a los suyos. Thara forcejeó y se resistió para relajarse luego y participar activamente después.

Su boca sabía maravillosamente.

Profundizó en el beso, robándole el aliento mientras sus manos le acariciaban la espalda, subían por sus costados, le rozaban las clavículas y

acababan en su cabello, del que fue desprendiendo una a una las horquillas hasta conseguir que le cayera libre sobre los hombros. Se apartó un poco para contemplarla sin dejar de jugar con sus mechones de seda.

Los ojos de Thara, pozos color caoba con irisaciones verdosas, profundos y expectantes, lo conmovieron. Volvió a abrazarla con fuerza.

—Cariño —susurró.

—Déjame.

—Me pides un imposible, hechicera. —Tomó su rostro entre sus manos y le dijo—: Thara, eres absolutamente femenina. Femenina y deseable, la mujer más bonita que haya conocido nunca. Valiente, decidida y bella. Nunca, jamás vuelvas a repetir lo que acabas de decir.

A ella le flaqueaban las piernas escuchándolo. ¿De verdad pensaba lo que le estaba diciendo?

¿La encontraba de veras deseable o sólo era una más de sus argucias en el juego de la seducción? —Dejémoslo en que soy... poco común —admitió muy bajito, con la mejilla pegada al pecho de él.

—¡Ah, eso sí! —Se echó él a reír—. Pero bendita cualidad que me enloquece.

«No seré yo quien dude de tus dotes para engatusar a una mujer», pensó Thara.

Quería creerle aun a sabiendas de lo artero de sus palabras, que, sin duda, pretendían hacer que olvidara el mal rato pasado. Era tanta la diferencia social entre los dos que se le hacía imposible creer que James sintiera algo serio por ella.

A pesar de todo, volvían a rondarle las ganas de abrazarlo, de que siguiera acariciándole el cabello, de besarlo hasta saciarse. Él no se imaginaba cuánto lo necesitaba.

James estaba recurriendo a toda su fuerza de voluntad para no poseerla allí mismo. ¡La deseaba tan fervientemente! Pero debía olvidar la llamada de la carne, se negaba a que fuera allí. Quería un lecho de rosas para Thara.

Se apartó, carraspeó y, pasándole un brazo por la cintura, abandonaron el laberinto.

—Ve a la segunda puerta, a la derecha de la que da a las cocinas —le dijo —. Verás una escalera que sube a la galería de las habitaciones. Es mejor que no te vean así.

Consciente de su desaliño, Thara echó a correr, perdiéndose entre las sombras que ya los envolvían.

James se demoró unos minutos, dando tiempo a que los latidos de su corazón retornaran a la normalidad. Sólo entonces se permitió seguir sus pasos, dando forma en su cerebro a la decisión que había tomado. Después de eso, se colocaría en una posición de la que ya no habría retorno.

38

SIR JOSHUA Rowling se presentó poco antes de la hora de la cena, casi al mismo tiempo que James, quien se había ausentado de Braystone Castle durante buena parte del día sin dar explicaciones a nadie. El juez intercambió los saludos de rigor y, tras las obligadas cortesías, habló unos minutos a solas con James, uniéndose después ambos al resto.

Thara se sentía completamente fuera de lugar y no cesaba de preguntarse qué era lo que se traían entre manos la condesa y la baronesa, cuchicheando en voz baja. O qué se traía entre manos James, lo que la perturbaba aún más.

¿Por qué se había ausentado? ¿Adónde había ido y por qué motivo? ¿Se trataba de un asunto particular o tenía que ver con las pesquisas que llevaban a cabo?

Por otro lado, sentía pánico al pensar que ella o sus hermanos pudieran no estar a la altura en un entorno social tan ajeno a ellos. Por mucho que la baronesa de Winter le hubiese asegurado que sólo se trataba de una sencilla reunión, cada vez que lo pensaba tendía a ponerse en lo peor.

En definitiva, no debería haber aceptado formar parte de la farsa a la que la habían empujado ambas damas. Tampoco eximía de culpa a James, que, según sus propias palabras, había obtenido algunas compensaciones al fingir que estaban prometidos. Eso la descolocaba por completo, porque ¿qué podía sacar él de un supuesto compromiso con ella?

Estaba desempeñando el papel de cebo en el anzuelo.

Y así se lo había manifestado a él, preguntándole, de paso, a qué venía el dispendio de toda la ropa encargada para ellos. Por toda respuesta, James se había encogido de hombros, quitándole importancia al asunto.

—Digamos que es un agradecimiento a tu labor detectivesca que me permite ver las cosas desde tu óptica.

¿Se avenía ahora a aceptar sus juicios? El caso es que la respuesta consiguió tranquilizarla; disminuía su sentimiento de culpa y prefirió olvidarse del tema.

Sentada entre el vizconde Amsterdill y un caballero de cabello y ojos claros que le habían presentado como el marqués de no recordaba qué, porque, sumida en sus elucubraciones, se había despistado y no recordaba el título, Thara atendía educadamente a cuanto decían, si bien intervino sólo de forma ocasional en la conversación que, por fortuna, trataba sobre los filósofos griegos, un tema en el que se defendía razonablemente y podía salir del paso.

La intranquilidad que ella experimentaba no parecía perturbar sin embargo el juvenil humor de Emma, que departía animadamente con la condesa viuda y con lady Eleanor. Eugene, por su parte, se encontraba enfrascado comentando su punto de vista a propósito de distintas razas de caballos con el barón de Winter, mientras Darel asentía con marcado interés ante sus palabras.

Su inquietud se fue aplacando a medida que pasaban los minutos, ya que, tal como le habían dicho, la cena transcurría en un tono informal, dando cabida a la broma y a alguna que otra anécdota graciosa. Ni siquiera se habían encargado elaborados platos, sino que, sobre la mesa, se habían depositado bandejas con canapés fríos y calientes, queso y frutas, que cada uno se servía a su conveniencia y antojo.

«Otra cosa bien distinta será mañana», se angustiaba Thara. Porque a la noche siguiente sí se celebraría la cena formal, a la que se unirían algunos invitados más y durante la cual se harían públicas dos noticias: la de su compromiso con James y otra que había provocado en Tatiana una sonrisa soñadora, pero que la dama se resistió a desvelarle.

Para la sobremesa pasaron a un salón anexo, en el que había licores aromáticos, brandy y bandejas de golosinas y dulces. Saltándose la norma habitualmente establecida de que los caballeros se fueran a un salón y las damas a otro, allí se mezclaron en animadas charlas y juegos de mesa.

El vizconde Amsterdill desafió a Christopher Gresham a una partida de ajedrez alrededor de la cual se congregaron Kimberly, el marqués y Eugene. Lady Agatha propuso el parchís, sumándose a ella Emma, la baronesa y lady Eleanor. Sacaron entonces un tablero que llamó la atención de Thara: una obra de arte que haría las delicias de cualquier anticuario, donde la figura central era la imagen de un emperador indio y el resto de las fichas, damas que disputaban por llegar hasta él. Una verdadera joya para la práctica de un juego original de la India, nacido dos siglos atrás.

James y Thara se quedaron descolgados. A él le hubiera gustado perderse con ella en una de las múltiples habitaciones de la casa, pero no era el caso.

—¿Una partida de backgammon? —le preguntó.

—Lo lamento, pero no sé jugar.

—No es complicado, te explico las reglas en un minuto —aseguró James, mostrándole un tablero de doce casillas triangulares y alargadas con colores alternos.

A Thara no le resultó sencillo tomar nota mental de las instrucciones que él iba desgranando: puntuaciones de A y B, posiciones bloqueadas, fichas capturadas, combinaciones, escapes... Intentó memorizar la mayor parte de las explicaciones, le hizo unas cuantas preguntas y empezaron a jugar. Ambos tiraron sus dados: ella sacó un 2 y James un 16, por tanto, él tenía el primer turno. Pero antes de volver a tirar y mover ficha quiso saber:

—¿Qué nos apostamos?

—Un canutillo de crema —repuso ella, centrada en recordar los movimientos—. ¿Cómo pretendes que apueste en un juego que desconozco y además con un experto?

—Aceptado. Pero si te gano, lo tomas entre tus dientes y me lo pasas.

—Deja de bromear, ¿quieres? —lo reprendió con una sonrisa por tan desenfadada propuesta.

—¿Sí o no?

—Vale.

Encantado con ese logro tan pequeño, tiró su dado, mientras Thara era muy consciente de las pocas posibilidades que ella tenía de ganar.

39

POR supuesto, ganó él.

Para que no los vieran, James esperó la ocasión de arrastrarla y que cumpliera lo acordado.

Con disimulo, Thara le pasó el dulce con la boca, manifiestamente acalorada, y él aprovechó para robarle un beso.

Le supo a poco.

A muy poco.

Pero se encontraban en la casa familiar y la prudencia exigía cierto comportamiento, entregarse al descanso, ser paciente y atenerse a las normas.

El sueño necesita un estado de ánimo propicio, y no era ése el caso de James. Un fuego interior lo consumía. Dio vueltas, se recolocó las almohadas, intentó leer... Todo era inútil, no se centraba y el tiempo se le iba en ensoñaciones.

«No puedo hacerlo.»

«No debo hacerlo.»

«No...»

—¡Al cuerno! —dijo, echando las ropas de cama a un lado.

Necesitaba arrancarle a Thara una confesión en toda regla, no lo iba a retrasar un minuto más. Estaba loco por ella, de acuerdo, pero no podía ni quería arriesgarse a quedar en evidencia si Thara rechazaba la apuesta que él planeaba proponerle. Primero tenía que saber si era cierto lo que Eugene le había dicho: que estaba enamorada de él.

Y sólo había un modo de saberlo.

Se puso el pantalón y la camisa, salió a la galería y se encaminó al cuarto de Thara.

En camisón y bata, también ella libraba una batalla con sus demonios particulares, acodada en el alféizar de la ventana, esperando que la fría brisa nocturna calmase su excitado estado de ánimo.

La desazón y la culpa la hostigaban a partes iguales: por el programa del día siguiente y por prestarse al engaño. Sin contar con el acaloramiento que se incrementaba con cualquier contacto físico con James, por breve que fuera, aunque tuviera la inocencia del último juego, la levedad del último beso. Elevó los ojos al cielo, donde legiones de estrellas parecían burlarse de su confusión haciéndole guiños.

«¿Por qué la vida es tan complicada y cruel? ¿Por qué he tenido que enamorarme de un hombre que tengo vedado?»

Había tomado un destino incierto al que, en lugar de escapar, se aferraba, aun a sabiendas de que todo podía terminar en desolación y amargura.

Todavía podía bajar a la tierra: marcharse de Braystone Castle, confiar en la Justicia y seguir con su vida dejando que James o los colaboradores del juez

encontraran al criminal.

James haría cuanto estuviese en su mano para exculpar a Eugene, de eso estaba segura.

Pero eso comportaba dejar a un lado su incipiente afecto hacia Kimberly y Tatiana y, sobre todo, extirpar de su mente los inolvidables momentos vividos con James, pocos y espaciados, pero aun así imborrables.

Su sonrisa, sus manos, su boca...

Eugene y Emma comprenderían, y hasta perdonarían, su huida hacia delante si se marchaba como una corza asustada, pero... ¿y ella? ¿Podría perdonarse a sí misma si le daba la espalda al amor?

Se encontraba en una encrucijada y las fuerzas la abandonaban al imaginarse lejos del hombre que había dado un vuelco a su vida.

«Qué tonta eres, Thara. Pensabas que el amor era un elixir maravilloso, pero puede ser amargo y duele, y de qué modo, como una daga al rojo vivo que atraviesa el corazón.»

Un leve sonido a su espalda hizo que se pusiera en guardia. No se volvió porque no podía, porque, repentinamente, las piernas no le respondían. Pero se le aceleró el pulso y la respiración al intuir de quién se trataba, pues, absorbida por un remolino de irracionalidad, se encontró invadida por una lánguida sensación de placer. No lo sabía, lo intuía: era él.

A James el corazón le latía en el pecho con la fuerza de unos cañonazos, mientras se acercaba a ella. Thara era una fantasía hecha realidad. Los plateados rayos de la luna iluminaban su cabello suelto y su grácil figura.

Tomándola de los hombros la hizo volverse hacia él y sus ojos, dos brillantes luceros, lo embrujaron.

¡Dios, qué hermosa era!

Temblaba por la pasión insatisfecha, acuciado por la necesidad de poseerla. Cerró la ventana y se enrolló en una mano el extremo del cinturón de la bata y tiró despacio. Thara no decía nada, sólo lo miraba fijamente, y él, vivificado por un silencio que le franqueaba el camino, fue deslizando la prenda con suavidad sobre su piel hasta que cayó al suelo, mostrándola ante él únicamente cubierta con su recatado camisón abotonado hasta el cuello.

—Thara...

Dos lágrimas se deslizaron por las mejillas de ella, que, entregada, en muda renuncia, se apoyó en el pecho de James, siendo rodeada de inmediato por sus brazos, mientras ya buscaba su boca.

Él reveló en ese beso su anhelo. Era el maná con que saciarse, el bálsamo con que cerrar la herida de una espera angustiosa, el trofeo por el que suspiraba.

Ella afirmaba así la plenitud del amor que le profesaba y abandonaba su reserva al entregarle su virtud, última posesión de valor que le quedaba. Porque así decretaba el destino una capitulación a la que Thara no tenía fuerzas para oponerse.

Amaba a James. El vínculo que se había iniciado como una simple

atracción, había terminado por germinar en otro codicioso, voraz, casi salvaje que clamaba por él. Le daría su vida si la pidiese, así de enamorada estaba.

¿Qué importaba si después de aquella noche se rompía el hechizo y se veía dolorosamente

devuelta a la realidad de su mediocre mundo? Todo ser humano tiene derecho a soñar aunque sea una vez en la vida y ella por nada en el mundo iba a rechazar dejarse llevar por la fantasía de estar en sus brazos aunque sólo fuese durante esa noche.

Se abrazó al cuello de James confirmando con ese beso que se daba a él en cuerpo y alma.

Y él, subyugado por sus labios, se sumó a la ofrenda, ávido de su boca, alentando la vehemencia que rugía en las venas de ambos.

No dejaron de respirar otro aire que no fuera el de sus bocas. Y así, sin separarse, él la cogió en brazos y la llevó a la cama.

Entretanto, lejos de allí, en Trafalgar Square, junto a los muros de la iglesia barroca St. Martin— in-the-Fields que un siglo atrás diseñó y construyó un discípulo de Christopher Wren, una muchacha exhalaba su último aliento mientras intentaba desesperadamente aflojar la cuerda que le apretaba la garganta.

Su verdugo cargó con su cuerpo hasta el interior del templo y, como ya hizo en ocasiones anteriores, lo depositó con cuidado en el lugar elegido, dando paso después a su macabro ritual.

40

THARA bajó al comedor con aspecto cansado, saludó e intercambió apenas unas frases con los demás. Sólo se sirvió una taza de café y se disculpó tan pronto como lo permitió la cortesía, con el pretexto de tener que escribir unas cartas.

No bajó a comer, excusándose por medio de una criada, aduciendo una repentina jaqueca, después de lo cual optó por quedarse en su cuarto el resto del día.

James, por el contrario, comenzó el nuevo día eufórico, con un ánimo exultante que fue contagiando al resto. Lamentablemente, el semblante taciturno de Thara, que eludía sus ojos y concentraba toda su atención en la taza de café, fue atenuando su optimismo. Disimuló a duras penas la frustración que le causaba su actitud distante después de haber alcanzado el cielo juntos, charlando con unos y otros de temas banales.

Por supuesto, no fue tras ella cuando se marchó del comedor, ni tampoco quiso molestarla luego, cuando a la hora de la comida, una muchacha del servicio justificó su ausencia. Ya tendría oportunidad de averiguar el porqué de su apatía o su rechazo.

No estaba indispuesta, lo sabía, pero decidió concederle la soledad que requería. Podía ser que, tras permitir que la pasión borrara sus escrúpulos morales, se hallara ahora confusa, o quizá lo culpase a él de su flaqueza. Al fin y al cabo, hasta entonces había tenido una conducta intachable de la que él la había hecho renegar entre sus brazos.

Estuviera Thara turbada o no, a él no se le iban de la cabeza las candentes escenas vividas, la ternura con que se susurraron con voz entrecortada, sus cuerpos entrelazados y desnudos, ansiando el del otro, los jadeos con que ella pronunció su nombre.

El cuerpo de Thara arqueándose hacia el suyo era donde quería habitar siempre, su piel ardiente por sus caricias el lienzo en el que se envolvería, sus besos encendidos su más potente afrodisíaco.

La había hecho suya y ya no quedaba lugar para confusiones o lamentos. No había retorno a una vida sin ella.

Refugiada en su habitación, a Thara se le sonrojaban las mejillas evocando la noche pasada...

Su piel ardiendo al contacto de los dedos de James desabrochando, uno a uno, los botones de su camisón, que quedó extendido sobre las sábanas descubriendo su piel, que él iba besando al tiempo que sus ojos contemplaban su desnudez, despertaban su pasión.

Sus besos derribaron todas sus defensas, su cuerpo fibroso abatió el muro que controlaba su apetito de él, sus palabras desterraron sus miedos hasta el punto de convertirse en parte activa. Metió las manos bajo su camisa abierta

y, víctima de una fiebre insatisfecha, se atrevió incluso a bajarlas luego hasta el pantalón, allí donde se evidenciaba la excitación masculina, que apretó contra su palma abierta, haciéndolo jadear.

Esa noche, ella había perdido toda su dignidad, vibrando por acariciar aquella parte de él, suave y caliente, sin pudor alguno y contemplar y gozar de su desnudez.

Un sentimiento sin igual invadió cada fibra de su ser al oírlo gemir cuando abarcó su miembro, seda pura palpitando en su mano.

Lo envolvió en sus brazos, le acarició la espalda, los hombros, las caderas; sus manos apretaron sus prietos glúteos acercándolo más a ella, suplicando en silencio que apagara el fuego que la consumía...

Su unión no fue simplemente física, fue el encuentro encarnizado de dos cuerpos, la comunión perfecta de dos espíritus que se deseaban con fiereza, que, en aquel acto, daban rienda suelta a las pasiones hasta entonces dominadas, uniendo en muda promesa sus corazones y, a la vez, sus almas. Apenas notó el pinchazo que eliminó su virginidad al ser poseída, arropada en el calor de unos besos embriagadores, oyéndole decir repetidamente su nombre como en una oración, elevándola a la cumbre y uniéndose a ella en ese vuelo mágico que sólo los amantes pueden saborear en plenitud. Después, cubiertos por las sábanas sus cuerpos exhaustos, mientras los latidos erráticos de sus corazones retornaban a la normalidad, James la mantuvo abrazada hasta que se quedó dormida con la placidez pintada en la cara.

Sin embargo, al despuntar el alba y encontrarse sola en el lecho, el remordimiento regresó a ella con la fuerza de un tifón. Y cuando descubrió al levantarse la pequeña mancha de su camisón que era la prueba inequívoca de su entrega, se le cayó el mundo encima. Se quedó brevemente paralizada y luego, como si temiera un castigo, hizo un ovillo con el camisón para eliminar cualquier evidencia de sus actos, y guardó la prenda en el fondo de su maleta.

Hizo un esfuerzo para bajar a desayunar, pero estaba bloqueada, era incapaz de ingerir nada ni de enfrentar la mirada de James cuando él entró en el comedor. Se ahogaba de vergüenza y tenía la penosa sensación de que todo el mundo la miraba sabiendo lo que había hecho.

Se mantuvo por tanto alejada de todos el resto del día, negándose incluso a abrirle a Emma cuando fue a interesarse por ella, diciéndole a través de la puerta que se encontraba mejor, que luego se verían.

41

AUNQUE lo que deseaba en realidad era mantenerse afectivamente a salvo, encerrada como un caracol en su caparazón, no le quedó más remedio que atender una de las llamadas que se sucedían a su puerta, a última hora de la tarde.

Abrió resignada, encontrándose con una sirvienta que le hizo una pequeña reverencia, pasó a su lado y dejó sobre el lecho la voluminosa caja que llevaba en los brazos.

—¿Qué es eso?

—Su vestido para la cena, señorita, lady Tatiana espera que le guste —contestó, mostrándole el contenido de la caja.

«Otro regalo más. Otra demostración de amistad a la que yo correspondo con un aislamiento indigno.»

La garra de la culpa le estrujó el estómago y abrió la boca para decirle algo a la chica, pero ¿qué? ¿Que no lo quería? ¿Iba a despreciarlo? No. Claro que no. Lady Gresham no merecía tal desconsideración. Así que, mujer al fin, contempló la maravillosa prenda y se acercó para acariciar la tela casi con aprensión, sin dar crédito a su finura y buen gusto.

—Así debe de ser el tacto de las alas de los ángeles.

—Yo no lo habría descrito mejor, señorita —suspiró la muchacha.

—Es una preciosidad.

—¿Verdad que sí? Y lo acompañan medias, enaguas y unos zapatos a juego. Ahora mismo le preparo el baño. —Dejó de nuevo el vestido encima de la cama casi con mimo—. Debe usted apresurarse, señorita, porque los últimos invitados han llegado ya.

Thara se sentó en el borde del colchón, preguntándose a qué otros ojos escrutadores debería enfrentarse esa noche, mientras volvía a pasar los dedos por la tela. El vestido era una creación exquisita de seda color bronce pulido, escote redondo, sujeto en el centro por dos cintas, talle bajo el pecho y mangas ajustadas hasta medio brazo. Las mangas y el bajo de la falda, acabada en una discreta cola redondeada, estaban bordados con hilo de oro, representando unas hojas en las que el nervio principal eran diminutas bolitas de cristal amarillo.

Se bañó aceptando la ayuda de la criada y dejó luego que le arreglase el cabello, algo que la chica hizo con gran soltura.

Thara prescindió de joyas, se aplicó la cantidad justa de perfume en cuello y muñecas y, cuando pudo verse por fin de cuerpo entero, no se reconoció. No era ella. La mujer que la miraba desde el espejo no podía ser ella.

—Está muy bonita, señorita.

—Gracias por tu ayuda. Ahora, temo despertar.

A la muchacha se le escapó una risa franca, alisó una arruguita en la cola del

vestido y le abrió la puerta.

A pasitos cortos, notando la caricia de la seda en su piel y en los pies la liviandad de los escarpines a juego, se repetía a sí misma «Si todo es así, no quiero despertar de este sueño», mientras recorría el pasillo hasta el comienzo de la escalera.

Oyó el murmullo de las conversaciones y se le atascó el aire en la garganta, sintiendo un mareo repentino.

—¿Te encuentras mejor?

La voz de la baronesa de Winter tras ella hizo que reaccionara sujetándose al pasamanos y volviéndose. Tatiana Elisabeta, magnífica con un vestido color azul pálido, la miró de arriba abajo y, admirativa, dijo:

—La querida Anna se ha superado a sí misma.

—Milady, yo...

—Ni una palabra, me das las gracias cuando los caballeros que esperan abajo se te vayan

declarando a tu paso —bromeó—. Tranquila, la reunión no va a ser tan formal. Estás pálida, pellízcate un poco las mejillas y sujétate a mí.

Algo más reconfortada, apoyándose en el brazo de la baronesa, Thara Bannion hizo su entrada en el salón. De inmediato, todas las cabezas se volvieron en su dirección, pero ella sólo tenía ojos para el hombre que, con un impecable esmoquin oscuro, atractivo como ningún otro, la miraba tan sorprendido como el resto, reflejando en su rostro el placer que sentía al verla.

Se adelantó hacia ellas.

James la observaba con tal admiración, que acabó sofocándola. Él, siempre elocuente, siempre presto a la galantería, había enmudecido, fascinado ante la belleza que tenía delante. Thara ya había llamado la atención con el vestido de la noche anterior, pero ahora, con su esbelta figura resaltada por aquella seda brillante, estaba sencillamente hermosa.

Un carraspeo socarrón tras ellos animó a Tatiana a propinarle un codazo disimulado que lo obligó a volver a la realidad. Cogió entonces la mano de Thara y se la colocó sobre el brazo, hinchó el pecho con la prestancia de un pavo real al saberla suya y, dirigiéndose a su cuñada, sin mirarla, le prometió:

—Nunca más en mi vida volveré a llamarte incordio, Tat.

Era una promesa que sabía que no cumpliría. No importaba, ella estaba satisfecha y hasta un poco orgullosa de ser la que había ideado el vestido que Anna había confeccionado para Thara y que había dejado a más de uno con la boca abierta. La que una vez fue reina de Orlovenia, se adelantó a ambos y se reunió con su esposo, que la aguardaba con una sonrisa cómplice.

Ni uno solo de los presentes, hombres o mujeres, dejó de decirle a Thara lo bella que estaba.

Emma le dio un par de besos, efusiva y maravillada, y Eugene le aseguró que, de no ser su hermana, se le declararía sin dudarlo.

Thara se sentía en una nube.

Suspendida en ese espacio sin delimitar, entre la realidad y la fantasía,

saludó aquí y allá sin

olvidar a lady Alice, a quien no veía desde el baile de máscaras, para finalizar con la presentación de dos nuevos invitados: lord y lady Basston.

Después, durante un corto intervalo, hasta que anunciaron la cena, escoltada por un James que se resistía a abandonarla, charló en los distintos corrillos que se formaron. Para cuando él la condujo hacia el comedor brillantemente dispuesto y le retiró solícitamente la silla que iba a ocupar, Thara no recordaba nada de lo que había hablado.

Sentado frente a ella, James no dejaba de mirarla. Departía con sus comensales vecinos y comía, pero sobre todo la miraba. Y lo hacía con una delectación que se reflejaba en sus ojos vivaces, absortos en ella.

Thara se daba cuenta de la intensidad de su mirada, pero la interpretaba como el efecto de su velada amorosa y del aire desenfadado de la cena.

Pasados los primeros momentos de euforia por su entrada triunfal y por el impacto que su atuendo había causado en James, la conciencia de Thara volvió a ser embestida por la razón última de su estancia allí: una pantomima. Porque una vez finalizada la cena, se anunciaría un compromiso basado en una gran mentira, que en nada obligaba a James y que a ella le iba a hacer mucho daño.

Era el precio que tenía que pagar por prestarse a la parodia.

Ya en los postres, la baronesa de Winter solicitó la atención de los presentes y una vez

obtenida, entrelazó sus dedos con los de su esposo, miró a éste con todo el amor que le profesaba y anunció:

—En esta reunión estaba previsto que se anunciara el compromiso de James con la señorita Thara Bannion, aunque seguramente ya debéis de haber oído el rumor, que se ha ido extendiendo. — Se dirigía a quienes no formaban parte de la familia directa—. No obstante, Darel y yo queremos aprovechar la ocasión para daros otra buena nueva: vamos a tener un hijo.

Un coro de felicitaciones, deseos de buena suerte, preguntas sobre la fecha del alumbramiento y alguna que otra broma llenó el comedor de un ambiente siempre cálido aunque un tanto frívolo. Las abuelas reprocharon al matrimonio que no las hubiesen informado previamente del acontecimiento que les iba a dar un nuevo bisnieto.

Para Thara, la mención de un nacimiento supuso otra vuelta de tuerca a su endeble moral, sacudida por el recuerdo de su noche pasada con James. No quería ni pensar en algo así, le daba pánico sólo imaginarlo. Intercambió una mirada con él, que, muy lejos de su desazón, sonreía satisfecho, con sus ojos oscuros fijos en ella.

Al hilo del anuncio de Tatiana a propósito de su embarazo, el vizconde Amsterdill, elevando un poco la voz sobre el resto, llamó la atención de los presentes diciendo:

—Tendremos que esperar entonces cinco largos meses, según decís, para conocer al nuevo miembro de la familia Gresham. ¿Y vosotros, James? ¿Para

cuándo es la boda? Supongo que no nos haréis aguardar tanto.

A él le faltó tiempo para responder, al vizconde y al expectante auditorio:

—Ni mucho menos, Tommy. La señorita Bannion y yo nos casaremos dentro de un par de semanas a más tardar. —Y ante el asombro de los presentes, depositó sobre la mesa el documento que había estado quemándole en el bolsillo desde que se lo expidieron en Londres—. Disponemos de una licencia especial.

Thara, blanca como el papel, ya no oyó cómo el coro de voces felicitaban, comentaban o festejaban, porque el mareo se lo impedía, mientras sus ojos, muy abiertos, permanecían fijos en el papel sobre el que James hacía tamborilear los dedos.

Tampoco advirtió que un criado se acercaba a sir Joshua Rowling y le entregaba un sobre, ni que el juez, levantándose precipitadamente después de leer la nota, decía algo con el rostro tan pálido como el suyo propio.

Thara sólo acertó a oír:

—¡Han asesinado a otra muchacha!

42

ACUDIR al lugar del crimen y asistir al levantamiento del cadáver no era precisamente el fin de velada previsto por ninguno de los tres.

Thara agradeció que la víctima estuviese cubierta con una manta, evitándole así el macabro espectáculo de la muerte y de la desnudez del cuerpo sin vida.

En cuanto el juez dio la noticia, James se levantó para ir tras Rowling y saber, de primera mano, los detalles del funesto suceso. Thara tampoco perdió un segundo en unirse a ellos.

Luego, haciendo oídos sordos a protestas y advertencias, se excusaron, como si se hubiesen puesto de acuerdo, James y ella subieron a la carrera a sus respectivos cuartos para cambiarse y los tres partieron en el carruaje del juez con destino a Londres.

Tan pronto como llegaron, los pusieron al tanto de lo que se sabía: el cadáver había sido hallado a media tarde sobre una de las lápidas de la cripta de la iglesia, entonces se había cerrado el templo, acordonado la zona y puesto en marcha la maquinaria judicial. Se identificó a la muchacha por los documentos hallados en su bolso.

—¿Qué más tenemos, Powell? —le preguntó sir Joshua al agente que se había hecho cargo de las pesquisas hasta su llegada, un sujeto de complexión robusta, exagerado mostacho y cara de pocos

amigos.

—Se llamaba Alexia Bingley. Tenía veinte años. Vivía a un par de manzanas de aquí. Si nos atenemos a su casa y al entorno, yo diría que de clase acomodada, señor —informó átonamente—. Huérfana, con un único pariente, Thomas Petterson, un tipo endeudado hasta las orejas según los vecinos y que, según parece, amenazó con matarla si no aceptaba casarse con él. Se ha mostrado bastante agresivo cuando le hemos detenido.

—Así que lo tenemos a buen recaudo.

—Hemos dado con él en una taberna cercana, borracho como una cuba. No ha dejado de proclamar su inocencia desde que lo hemos apresado. Otra cosa, señor: esto estaba en el bolso de la chica. —Le entregó un papel, que el juez leyó y le devolvió.

—Otra nota firmada con la letra «E».

Thara no los escuchaba, debatiéndose entre la lástima por otra muerte inútil y una placentera sensación de liberación, puesto que ese nuevo crimen redimía por completo a Eugene. Las sospechas que habían recaído sobre su hermano carecían ya de base y así se lo dijo Rowling.

Se acercó al cadáver y levantó la manta. Un escalofrío le recorrió la espalda al ver la tétrica máscara que cubría el rostro de la chica, pero tragándose el acceso de bilis que le subió a la garganta, le examinó los brazos con detenimiento.

—Tiene un corte en la muñeca.

Rowling también se fijó en el detalle. Él sí levantó la máscara, observando la cara de la víctima, torció el gesto y cubrió el cuerpo de nuevo.

—Un rostro dulce incluso maquillada de esta forma —se lamentó—. ¿Seguro que no se ha tocado nada, agente Powell?

—Nada en absoluto, señor.

Mientras Joshua y Gresham estaban hablando con el funcionario, Thara se dedicó a dar vueltas, observándolo todo. Pero fue a James a quien le llamó la atención un pequeño objeto en el primer peldaño de la escalera que descendía hacia la cripta. Lo cogió y dijo:

—Es un botón con un extraño grabado.

—Una cruz espinada —dijo Rowling, cogiendo el objeto que James le mostraba—. Powell, vayan a casa del prisionero, registre sus pertenencias y mire a ver si encuentra una prenda con este tipo de botones, aunque lo dudo, sería demasiado fácil.

Cuando el agente salió disparado para cumplir sus órdenes, Thara comentó:

—Nuestro asesino, o asesina, empieza a ponerse nervioso.

—¿Por qué lo dices? —preguntó James.

—Puede que no signifique nada, pero me desconcierta ese candelabro volcado y las manchas de pintura negra sobre la lápida, que no encontramos en los crímenes anteriores, incluso ese botón que pudiera ser suyo... Hasta ahora ha sido sumamente cuidadoso, así que me inclino a pensar que en esta ocasión, por algún motivo, se ha visto obligado a actuar con cierta precipitación.

—Sinceramente, señorita Bannion, me descoloca usted con sus conjeturas —comentó Rowling, negando con la cabeza.

—Sólo intento encontrar respuestas. Mi padre solía decir que para cazar a un delincuente se debe poner uno en su lugar y, a ser posible, esbozar su perfil psicológico.

Rowling la escuchaba con interés, porque también él era de la misma opinión y admitía que la joven mostraba idéntica capacidad intuitiva que su difunto padre.

Thara no era consciente del silencioso homenaje del juez, desazonada por los fogonazos que, a modo de saetas incendiarias, se iban colando en su mente.

Dulce...

Maquillada...

¿Por qué la mortificaban esos dos detalles, esas dos palabras? ¿Qué se le escapaba? Juraría que había visto botones similares antes, pero ¿dónde? No conseguía recordarlo, no lograba centrarse. Era tan reciente la inaudita noticia de la licencia matrimonial que todo su pensamiento se encauzaba por esa vía, obstaculizando cualquier otra.

Debía hablar con James. Era evidente que las cosas no se hacían así, arrasando con todo, sin que ella tuviese voz en una decisión que trastocaba

todo su mundo. Nada menos que su boda. Ella quería a James, pero no sabía a ciencia cierta si estaba preparada para dar ese paso, convirtiéndose, de buenas a primeras, en la mujer más afortunada, que ve materializados todos sus sueños.

La desconcertaba no haber tenido noticia alguna de lo que él se proponía, pues ni siquiera se lo había insinuado.

El juez Rowling puso coto a su confusión emocional despidiéndose de ellos y prometiéndoles que les comunicaría cualquier nueva información.

43

GRESHAM se bajó del carruaje que había alquilado para acompañar a Thara, y le ofreció la mano para ayudarla a bajar.

—Tenemos que hablar, James.

Sin esperar respuesta, lo dejó pagando la carrera, llegó a su casa y llamó. Una, dos, tres veces, hasta que Roberta, somnolienta, despeinada y anudándose el cinturón de la bata, les abrió con ojos hinchados.

—¡Señorita! Creía que estaba en...

—Lamento haberte despertado, vuelve a la cama.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó la chica, haciéndose a un lado—. ¿Puedo servirla en algo?

—Vete a descansar, Roberta —repitió—. Eres un cielo, pero, de veras, no necesito nada.

Buenas noches.

La muchacha desapareció por el pasillo y James siguió a Thara hasta el despacho, cerrando la puerta tras de sí. Dejó la capa a un lado, se sentó y estuvo en silencio mientras ella iba y venía por la habitación, y acababa sentándose también, pero tras el escritorio.

Estaba tensa, seria, se masajeaba las sienes como si tuviese jaqueca. Probablemente la suma de acontecimientos de la cena, unidos a la impresión de ver el cadáver de Alexia Bingley la había afectado, aunque James sospechaba que la razón última de su gesto hosco y reservado radicaba en la libertad que él se había tomado, mostrando en público la licencia matrimonial sin consultarlo con ella antes.

En efecto, no iba descaminado.

Sorpresivamente, Thara dio una palmada en el escritorio, soltando toda su rabia contenida.

—¿Cómo te has atrevido a dejarme en evidencia, incluso a humillarme ante todos?

Él se limitó a estirar las piernas, desabrocharse la chaqueta y respirar hondo antes de contestar:

—Todo lo contrario: he querido darte la mayor de las sorpresas. Nunca, bajo ningún concepto, pretendía ofenderte.

La mirada de ella mientras lo oía hablar fue quedándose fija en los singulares botones de su chaleco. Se estremeció sin querer. La habitación empezó a darle vueltas, se le oscureció la visión a todo lo que no fuese aquel chaleco, centrando en él toda su atención, obsesionada de nuevo con el botón encontrado en la cripta. ¿Por qué no podía olvidarlo? ¿Por qué no se acordaba de a quién había visto antes llevando una prenda con ese tipo de botones?

Algo le decía que allí estaba la solución, pero no era capaz de encontrarla.

James le estaba diciendo algo, pero sus palabras llegaban hasta ella

confusas, como ecos distorsionados.

—Thara, ¿me estás escuchando? Puede que me equivocara, pero lo he hecho todo con el único fin de complacerte. Pensaba que te gustaría una propuesta de matrimonio tan singular.

Ella parpadeó desconcertada, prestándole de nuevo atención. La explicación de sus actos hizo que relegara todo lo demás para centrarse en él, porque, aunque el condenado botón la perturbaba, tenía que centrarse en lo que estaban hablando. Cada cosa a su tiempo y allí se estaba discutiendo ni más ni menos que de su futuro.

—¡Vaya si ha sido singular! Una auténtica sorpresa para mí y para todos los demás. Ya puedes ir rompiendo ese documento. Lo siento, pero sólo es papel mojado, porque no tengo intención de casarme contigo.

—Thara, por favor... Reconozco que he actuado mal, que debía haberte consultado antes. Lo lamento de veras, pero lo he hecho intentando halagarte. Hasta ahora nunca me había encontrado en una situación semejante. Admito que puedas pensar de mí incluso que soy un engreído por creer que me aceptarías sin más.

—Lo has sido, James.

—Estoy de acuerdo en que merezco tus reproches, pero te suplico que no rechaces así un

ofrecimiento hecho con toda sinceridad. A no ser, claro... —Se le paralizó el corazón ante la posibilidad—. A no ser que tengas otro pretendiente. O que según tu código moral no me veas digno de ti.

—No es ni lo uno ni lo otro.

—¿Entonces...? —Dudó, pero ya se le estaban disparando las pulsaciones ante una respuesta que le dejaba un resquicio de esperanza. Se levantó, apoyó las palmas de las manos en la mesa y se inclinó hacia ella—. Thara, tú me gustas, yo te gusto, puede que estés engendrando un hijo mío... Casémonos.

—No somos los protagonistas de una tragedia griega, James —le contestó, dolida en lo más profundo por ese «tú me gustas» que no significaba nada para ella, que lo amaba profundamente.

No era una frase tan trivial y simple, tan carente de profundidad y compromiso lo que deseaba oírle decir. No quería sólo gustarle, quería una entrega sin reservas. Se negaba a dar un paso tan sagrado como el matrimonio basándose sólo en una mera atracción física, que sin duda existía, pero que era un bien caduco que se marchitaba con el tiempo.

—No son baladronadas sino hechos.

—Es posible que yo te atraiga porque te parezco distinta a otras mujeres que has conocido. Y no voy a negarte que a mí me gusta tu compañía, tus besos, incluso tú, pero ahí se acaba todo, James. Es una descortesía por tu parte que me recuerdes una noche de entrega para arrinconarme, y vanidad masculina dar por sentado que una sola experiencia amorosa contigo garantice un embarazo.

—Está claro que no he acertado en nada, ¿verdad? Vuelvo a pedirte perdón

porque tienes razón, he sido descortés sacando a colación nuestro encuentro, pero no me mueve la vanidad al decirte que puedes estar embarazada. Y si eso pasara, ¿qué harías?

Planteado así... No lo creía probable, aunque ciertamente tampoco era imposible. Se había dejado seducir, sí, y había gozado de ese interludio maravilloso que atesoraría para siempre, pero se resistía a aceptar su propuesta sólo por una hipótesis. Se negaba, si no había amor.

Un hijo era un regalo, una dicha infinita... También una responsabilidad inmensa que conllevaba el repudio de la sociedad para una mujer soltera. A pesar de todo, de los escollos que tuviera que superar, no se casaría por la remota posibilidad de estar encinta. Soñaba con el amor y la entrega total de James, era eso o nada.

—Criarlo y educarlo lo mejor que pueda y sepa —repuso, esquivando su mirada—. Puedo hacerlo sola.

—También yo tendría algo que decir en este asunto, ¿no crees?

—¡Por todos los santos, James, deja de acosarme! —exclamó, pasándose las manos por la cara. Aquella discusión no los llevaba a nada salvo a hacerse daño. Tenía que calmarse, pensar coherentemente, hacerle entrar en razón. Pero se le entremezclaban con los argumentos e imágenes que seguían martirizándola, palabras que cobraban forma en su cabeza, que la desestabilizaban.

—Thara...

—Vete, por favor. Es tarde, necesito pensar y estoy muy cansada.

A James, acostumbrado a salirse con la suya casi siempre, nunca se le había puesto por delante un muro tan infranqueable. ¿Qué le pasaba a Thara? Equivocado en la forma o no, le había querido demostrar que no era para él un simple juguete, que la quería, que deseaba hacerla su esposa.

Se demoró, pensando un argumento sólido para convencerla de lo que sentía por ella, para abrirle su corazón.

No podía perderla. No quería y no podía. Si ella lo rechazaba, su vida se convertiría en un infierno. Había sido testigo del sufrimiento de Darel al separarse de Tat y no estaba dispuesto a pasar por lo mismo.

¿Qué más podía hacer para que lo aceptara por esposo? ¿Qué más quería ella que hiciese o dijese si con aquella maldita licencia, que no debería haber pedido sin su consentimiento, le ofrecía todo lo que tenía: su nombre, su título y sus bienes?

Respiró profundamente, se tragó su orgullo, rodeó la mesa y le posó con suavidad una mano en el hombro.

—Escúchame...

—Vete. Por favor —le pidió ella, con los ojos anegados en lágrimas.

El suelo se hundió bajo sus pies. James se apartó con la sensación de que le estaban arrancando las entrañas. Nunca hasta entonces se había sentido tan desvalido y destrozado. Las cartas estaban boca arriba y él no llevaba la mano ganadora.

Abatido, agachó la cabeza, cogió sus cosas y caminó como un sonámbulo hacia la puerta.

44

«BUSCA alguno, cualquier resquicio en la coraza de Gresham y cuélate por él hasta llegar a su corazón.»

Tras la partida de James, las palabras de Emma zarandearon su ánimo maltrecho, zaherido por una frustrante sensación de pérdida, por una opresión que la aplastaba como una losa, porque en ese momento tuvo plena conciencia de lo que acababa de hacer: había rechazado no sólo al hombre del que estaba enamorada sino el amor mismo, la única posibilidad de ser feliz, porque sabía que no podría amar a otro.

Como ecos lapidarios, en el silencio de la casa oyó el sonido de los pasos de James alejándose de ella. Su orgullo envalentonado le susurraba que había actuado de acuerdo con sus principios, que había hecho lo correcto, pero su corazón, ese que se iba despedazando a medida que él ponía distancia entre los dos, latía aún con la suficiente energía como para reprocharle un proceder absurdo.

¿Qué era el amor verdadero sino darlo todo sin pedir nada a cambio? No sabía si James la amaba, pero no le cabía duda de que, al menos, le tenía cariño. No acertaba a valorar si ese sentimiento era suficiente para construir una vida en común, pero sí se daba cuenta de que necesitaba a James.

Ella podría amar por los dos y, tal vez, con el tiempo, materializar lo que su hermana le había dicho: colarse completamente en su corazón hasta el punto de que llegase a corresponderle.

No le dio tiempo a que se marchara. Reaccionó arrojando lejos de sí la venda que le cubría los ojos y rechazando definitivamente cualquier traba moral.

Corrió por el pasillo llamándolo.

—¡James!

Si había un hombre destrozado, ése era James Gresham.

Había encontrado a la persona que se complementaba con él, a su alma gemela, a la Mujer, con mayúsculas, por la que daría la vida. Sí, había conseguido tocar el cielo con la punta de sus dedos y ahora el espejismo se desvanecía.

Su vanidad, su condenado orgullo de varón, la creencia de que Thara lo aceptaría sin más...

Ahora ella lo había puesto en su sitio bajándolo de la gloria al mismísimo Averno. No le quedaba nada por hacer más que sumirse en la desesperación a la que su propia pedantería lo había llevado. ¡Había perdido a Thara!

Caminaba y respiraba, pero se sentía como un cascarón vacío. Sin ella no era nada, su vida carecía ya de sentido. Sólo le quedaba alejarse de allí dejándole el campo libre.

«O postrarme ante ella, suplicarle, pedirle perdón una vez más», se dijo de

pronto, deteniendo sus pasos.

Estaba dispuesto a todo con tal de conseguir que le diera una nueva oportunidad para demostrar cuánto la amaba. Dio media vuelta y...

—¡¡James!!

Thara abrió la puerta y cuando vio que él se volvía hacia ella, sin palabras pero llena de esperanza, acertó a decir:

—No me dejes, James.

Segundos después se encontraban uno en brazos del otro, besándose, olvidando la vanidad que había estado a punto de separarlos. Él posaba sus labios en su frente, en sus párpados, en sus mejillas y ella buscaba su boca desesperadamente.

—Thara, Thara... —repetía James, estrechándola contra sí, respondiendo a sus besos.

Abrazados, regresaron al interior sintiendo liberados sus espíritus, vislumbrando un horizonte en común que guiaba el amor que unía sus vidas.

—Nunca voy a dejarte, cariño —prometió él, acariciándole los hombros—. Nunca. Sé que no te merezco, que me he portado como un imbécil, pero por favor, perdóname, empecemos de nuevo.

Ella lo miraba con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Olvidemos nuestras diferencias, no tengas en cuenta otra cosa más que mi cariño —insistía James.

—Lamento haberte echado así.

—Y yo haberme comportado tan torpemente. No nos torturemos más, tesoro, ambos estábamos demasiado alterados, este último crimen ha terminado de ponernos los nervios de punta. Lo mejor sería que nos alejásemos de toda esta basura por unos días.

—Alejarnos...

—Podríamos ir a mi finca, Galahad. O visitar Petersfield. ¿No es ahí donde me dijiste que tuvisteis una granja? Respirar aire limpio nos vendría bien a ambos, nos ayudaría a replantear nuestro futuro y pensar con claridad.

Ella asintió mecánicamente, porque la mención de Petersfield la reconfortaba tanto como sus besos. Tal vez no fuera mala idea marcharse unos días de Londres, perderse en la campiña, aspirar el olor a tierra mojada, a hierba recién cortada, a especias. La ensoñación despertó sus recuerdos infantiles, haciéndola rememorar el columpio que su padre le colgó de una rama del viejo roble, el agradable aroma de los guisos maternos y aquel otro, no tan atrayente, de la lana húmeda.

Regresar a Debor Manor, sí, pisar las resquebrajadas y evocadoras baldosas de su pórtico...

—Cariño...

—A veces me gustaría regresar a mi niñez —le confesó con voz lánguida.

Él supo captar en el acto la nostalgia que le había provocado aquel salto al pasado y la estrechó aún más entre sus brazos.

—No podemos retroceder en el tiempo, Thara.

—Es cierto —dijo ella, apoyándose en su hombro—. Pero es que no hace tanto era una niña que vivía en la inocencia, no veía el mal. Ahora tengo que convivir con la muerte, tengo que digerir la presencia de cadáveres de jóvenes cuyas vidas les han sido arrebatadas violentamente. Y estás tú y no sé cuál es mi lugar. Estoy tan cansada y confusa, James.

—Apóyate en mí, cielo, me tienes a tu lado incondicionalmente, superaremos juntos las dificultades que se nos presenten. Eres mucho más fuerte de lo que crees, sólo que estás confusa.

—No. Soy débil —negó ella, dejándose acunar por él—. Una mujer débil y atemorizada.

Thara se estaba dejando arrastrar por el desaliento y él no iba a permitírselo. La zarandeó con dulzura hasta conseguir que lo mirase a los ojos.

—No vas a rendirte ahora. No es tu carácter, Thara, la desesperanza no es tu bandera. Te necesito como nunca he necesitado a nadie: entera, intuitiva, fastidiosa a veces, maravillosa siempre. Como sea, pero a mi lado.

—No soy la mujer adecuada para ti, James.

—¡Eres la mujer que yo quiero! —Volvió él a sacudirla con algo más de brusquedad para que reaccionara, porque verla así, vencida, le hacía daño—. Eres mi mujer, Thara, aunque no te haya puesto aún un anillo en el dedo. La mujer con la que quiero compartir el resto de mis días, sin la que mi vida ya no tiene sentido, a la que amo tan profundamente que casi me duele.

Thara creyó desfallecer. ¿Qué acababa de decir James? ¿Que la amaba? ¿Por fin se atrevía a pronunciar las palabras que ella soñaba con escuchar? Se le olvidó respirar, el corazón le brincaba con tal intensidad que parecía que iba a salírsele del pecho.

Se separó un poco y sus ojos esperanzados le sostuvieron la mirada.

—¿Me... amas?

—Más que a mi propia vida.

—James, no quiero que digas algo de lo que luego puedas arrepentirte, no quiero que...

De nuevo hablaron los labios masculinos, confortando con sus besos su alma atribulada.

—Más que a mi vida —repitió él, con voz llena de pasión—, porque sin ti no soy nada. Y tú, hechicera ¿me amas?

Thara le echó los brazos al cuello, llorando y riendo a la vez, deslizándose por un torrente liberador.

—¿Y aún lo preguntas...?

45

JIRONES de luz mortecina se filtraban en el cuarto donde Thara, con los miembros entrelazados con los de James, escuchando los acompasados latidos de un corazón que ahora sabía que le pertenecía por entero, se resistía a moverse. Siguió con la mirada el baile de los copos de nieve, que, mansamente, se adherían al cristal antes de derretirse.

Tras la noche de pasión desbordante, se abrazaba al hombre que amaba acurrucada contra él, protegida de todo, recuperando las energías necesarias para enfrentarse al mundo.

Posiblemente se hubiese saltado todas las normas de moralidad dejando que James se quedara esa noche, pero no fue capaz de dejarlo ir y, por unas horas, la vehemencia del amor había barrido toda nube, aunque el nuevo día volvía a enfrentarla con la cruda realidad.

Por mucho que le debiera a James sinceridad, por mucho que su espíritu se rebelara por no manifestarle el alcance de sus dudas, tenía que obtener respuestas por sí misma, confirmar si los indicios que la inquietaban se basaban en hechos.

Porque por fin había conseguido recordar dónde había visto el maldito botón de la cripta.

Los dedos de él le resiguieron el mentón, haciendo que lo mirase.

—Buenos días, mi amor.

—Maravillosos —suspiró ella—. Y fríos. Comienza a nevar.

James contempló la ventana y, haciéndose el remolón, se apretó más a su cuerpo caliente.

—Deja que nieve.

—No sé cómo vamos a evitar que Roberta se dé cuenta de que has pasado la noche en mi cama.

Ya debe de estar trajinando por la casa.

—Sencillo: dile que vamos a casarnos. No tengo intenciones de salir por la ventana, sino de quedarme aquí todo el día haciéndote el amor.

En los labios de Thara se dibujó una sonrisa triste que él no llegó a ver. Le habría gustado secundar esa decisión, pero no era posible. Echó la ropa a un lado y se levantó, apresurándose a cubrirse con una bata, a la vez que adoptaba una expresión que ocultara la angustia que la oprimía. —Tengo muchas cosas que hacer, hoy no puedo dedicártelo a ti, milord.

—Lo único que tienes que hacer es volver a la cama, a mis brazos y olvidarte de todo —exigió él.

Minutos después, tras unos cuantos arrumacos más, Thara consiguió hacerlo salir de la cama.

—¿Qué tienes que hacer tan importante como para que no podamos pasar el día juntos o regresar ahora mismo a Braystone Castle?

—No pretenderás que me case con lo puesto... Una novia tiene que hacer honor al día y a los invitados... si es que no me arrepiento antes de aceptar casarme contigo.

—Puedo acompañarte —dijo él guiñándole un ojo—. Te aconsejaría.

—No faltaría más que fueras a elegir mi ropa interior. Ni por asomo te quiero ver cerca — bromeó ella.

James accedió de mala gana, poco convencido de la excusa.

—Cárgalo todo a mi cuenta, por favor —le pidió.

—Eso pensaba hacer. Y sin fijarme en los precios.

¿Así, sin más? ¿De pronto Thara admitía sin reparos gastar lo que fuera necesario de un dinero que no era suyo? Le sonaba a pretexto para alejarlo, sonaba a falso, pero le daría unas horas hasta la tarde, cuando volvería a buscarla.

—Quiero que estemos de vuelta en Braystone Castle antes del anochecer, así que no te entretengas demasiado. Haré llegar una nota a la familia para tranquilizarlos.

—Prometo portarme como una niña buena.

«A otro perro con ese hueso. Tú escondes algo y lo que quieres es deshacerte de mí, pero si crees que me engañas, te confundes de medio a medio», pensó James, porque su promesa le sonaba aún más falsa que su excusa.

Thara le estaba ocultando algo y no pararía hasta saber de qué se trataba.

Como era de esperar, se dieron de bruces con Roberta en el pasillo. La muchacha los miró alternativamente, preguntándose si era verdad lo que veía o existía alguna explicación.

—Luego te lo contaré —le dijo Thara, antes de que pudiera decir nada.

Roberta permaneció quieta como una estatua, siguiéndolos con la vista hasta la puerta, donde, para mayor confusión y absoluto desconcierto suyo, vio cómo se besaban y abrazaban.

—Roberta, tengo algo que decirte —anunció Thara cuando James se hubo marchado.

—Sí, supongo que sí señorita, supongo que sí.

Una hora más tarde, abrigada con su pelliza y con la bufanda alrededor del cuello, Thara hollaba la nieve que cubría ya las aceras, caminando más despacio a medida que se acercaba a su objetivo, como si una mano invisible la fuera reteniendo, instándola a no seguir adelante.

Una corriente de culpa la atenazaba, y la pertinaz voz de su conciencia le recriminaba estar a punto de cometer una detestable traición.

Aterida por un frío más psíquico que físico, apenas notaba los copos que, impulsados por el viento racheado, se estrellaban contra su rostro mortificado por las dudas.

Aislándose de cuanto le rodeaba, se concentró en la fachada de aquella casa de planta cuadrada y muros rojizos, una casa en la que, tal vez, habitaba un monstruo.

Rezaba para estar equivocada, para que su desbordante imaginación le estuviera jugando una mala pasada conduciéndola por una vía errónea, pero ¿y si sus sospechas eran ciertas? ¿Cómo iba a hacer frente a la espeluznante incertidumbre que se abría paso en su mente?

Tenía que seguir adelante. Aunque más que nada en el mundo deseara haberle confiado sus dudas a James, tenerlo ahora a su lado. Pero aquello debía hacerlo sola, aunque él se lo reprochara más tarde. No quería seguir confusa y acusar a alguien sin pruebas.

Avanzó y tiró de la cadena del llamador. Nadie contestó. Repitió la llamada para cerciorarse de que no había nadie en la casa. Sin pérdida de tiempo, rodeó el edificio y fue a la parte trasera. Titubeó unos segundos y, presa de nuevo de las dudas pero sin detenerse, como un vulgar ladrón saltó la pequeña valla, cruzó el patio, se quitó la bufanda, se envolvió el puño en ella y rompió el cristal de la puerta. Metió la mano por el hueco, accionó el picaporte, entró y cerró a sus espaldas, quedándose allí unos instantes con los ojos cerrados.

Fuera arreciaba el viento que, como el silbido de una canción fúnebre, se colaba a través del cristal roto.

Suspiró profundamente para recuperar su entereza, cruzó el cuarto y avanzó con pasos inseguros por el pasillo que daba al salón. Las cortinas estaban echadas y apenas se filtraba un poco de luz entre ellas. Sus propios latidos en los oídos la aturdían, le castañeteaban los dientes, le temblaban las manos. Estaba asustada de verdad, pero tenía que continuar.

Una vez más, se preguntó qué demonios estaba haciendo, si no se estaba arriesgando más de lo razonable. No era ningún juego allanar una morada. Los escasos indicios que tenía no eran suficientes para entrar de ese modo en aquel hogar. En circunstancias normales, cualquier otro ni los hubiera tenido en cuenta, tal vez ni siquiera hubiese reparado en ellos.

Encendió una vela, cerró completamente las cortinas y prendió las restantes velas del candelabro. Su imagen superpuesta por unos segundos a la de la mujer del cuadro que presidía la habitación la sobresaltó, pero de inmediato recuperó el ánimo diciéndose que tenía un motivo para estar allí. El corazón le latió con más ímpetu al fijarse en la cruz que, en el interior de una vitrina, centelleó a la luz de las velas: una cruz espinada que le había pasado desapercibida. El mismo grabado del maldito botón que ahora la hacía preguntarse si realmente era sólo la representación de una fe.

No querría haber entrado en aquella casa ni haber violado su intimidad, pero el convencimiento cada vez mayor de estar cercando al asesino que los había tenido en jaque no dejaba de acosarla. «Conocía a las muchachas», repetía en su cabeza, pero se le escapaba cómo una persona creyente podía dar cabida a un alma criminal.

Tenía que encontrar la prenda de la que se había desprendido el botón. De hallarla...

Cruzó el salón hacia el siguiente pasillo, llevando el candelabro al frente.

Su cabeza estalló de dolor al recibir un golpe seco. Soltó un gemido, se le

nubló la visión, las piernas dejaron de sostenerla y se derrumbó en el suelo.

46

PÚAS dolorosas le atravesaban las sienes.

Abrió los ojos lentamente, dando tiempo a que el suplicio se aplacara, permitiendo que la visión se le fuera aclarando. Sentía la boca como estropajo, el estómago revuelto y los miembros lasos, con una flojedad que le impedía moverse.

Durante los primeros instantes, su cerebro no coordinó, se hallaba inmersa en una nube donde únicamente existía el dolor lacerante de su cabeza. Algo viscoso le resbalaba por la sien derecha e, instintivamente, hizo ademán de llevarse allí la mano. Pero entonces se dio cuenta de que no podía. ¡Tenía las manos atadas tras el respaldo de la silla en la que estaba sentada!

Se le dilataron las pupilas y poco a poco fue tomando conciencia de su entorno y de lo sucedido.

Con el corazón en la garganta, plenamente consciente ya, analizó con toda la frialdad de que fue capaz su lamentable y, sobre todo, nada halagüeña situación. Giró la cabeza de un lado a otro buscando a su agresor, pero no estaba allí. Sin embargo, el fuerte olor a aceites y trementina le confirmó dónde estaba.

Con un arrebato de furia, más hacia ella misma por meterse en la boca del lobo, que hacia la persona que la había atacado, intentó zafarse, pero únicamente consiguió magullarse las muñecas. Gritó, a sabiendas de que era inútil, de que nadie oiría su petición de socorro, porque la casa estaba apartada de las otras.

Debía serenarse, recuperar el aplomo, no dejarse llevar por el pánico y pensar con calma: si hubiese querido matarla ya estaría muerta en lugar de maniatada y sujeta como un fardo a la silla.

A su espalda chirriaron los goznes de una puerta, activando en su cerebro un timbre de alarma. Contuvo la respiración pero no volvió la cabeza, ya sabía de quién se trataba. No obstante, el haz de luz que se iba ampliando a medida que su portador avanzaba, fue iluminando el cuadro que tenía justo delante: una representación del infierno que provocaba repulsión.

—¿Qué te parece? ¿No es lo más glorioso que has visto nunca? Mi obra maestra —concluyó tras ella una voz envanecida y suficiente.

En tan precaria situación, prisionera de un asesino, de un demente, la lógica le aconsejaba que le siguiera la corriente, pero pudo más en ella la indignación o un automatismo defensivo.

—Mediocre —contestó desabrida.

—¡¡¿Mediocre?!! —Quien le había hablado se puso frente a ella con el rostro desencajado por el ultraje.

La titilante luz de las velas en torno a él le confería un halo fantasmagórico, casi demoníaco, en el que destacaban unos ojos desmesuradamente abiertos.

—Vulgar más bien, diría yo.

—No vale la pena hablar con quien no sabe nada —zanjó despectivo.

—Es mi hermana quien sabe, pero incluso a ella esto a lo que usted llama su «gloriosa obra» le parecería una chabacanería. ¿Es ésa la razón por la que me ha atado precisamente aquí, para que no pueda librarme de una contemplación tan ramplona, Elliott?

Elliott Blyton cogió aire por la boca como si se ahogase y miró ferozmente a Thara para, a continuación, dejar el candelabro en el suelo de modo que la luz incidiera de lleno en la pintura, observándola después críticamente.

Ella tironeaba una y otra vez de las cuerdas sin que se aflojaran un ápice.

—¿Cómo has llegado hasta mí? —preguntó él de pronto, sin desviar sus ojos del lienzo.

—Recordé dónde había visto el grabado del botón que perdió en la cripta.

—Un descuido imperdonable, lo reconozco. Las prisas no son buenas para nada y no debí desdeñar tu capacidad deductiva. Debería haber acabado contigo y con ese papanatas que te acompaña siempre cuando tuve la oportunidad, pero no fui capaz de dispararte.

—¿Fue usted quien nos atacó camino de...?

—¿Tanto te importa ese petimetre como para arriesgar tu vida interponiéndote en la trayectoria de una bala?

—¡La daría mil veces por él, sí! Pero eso no viene al caso ahora, sino el motivo por el que ha cometido esos horrendos crímenes. Porque ha sido usted, ahora lo sé.

—No voy a negártelo.

—¿Cómo ha podido hacer algo semejante? ¿A qué grado de iniquidad ha llegado para segar la vida de esas pobres muchachas? ¿Por qué...?

—Preguntas, preguntas, preguntas —replicó él con gesto de hastío.

—Si va a matarme, al menos quiero respuestas.

—De poco van a servirte. Tú y tu maldita manía de meter las narices donde no te llaman me ha obligado a golpearte, Thara, y no quería hacerlo.

—¿Por qué los asesinatos, Blyton?

—¡¡Por mi cuadro!! —chilló histérico, perdiendo momentáneamente la compostura—. Me debía a él, a mi obra. Era indispensable su sangre. Míralo bien, Thara —señaló el lienzo con un dedo tembloroso—, ¡míralo bien! *Panorama del Infierno*. Supera con creces al original, he conseguido el color justo del Averno: rojo sangre. Por eso tenía que matarlas.

—Está loco —dijo Thara, asqueada y horrorizada, con los ojos clavados ahora en la pintura, conteniendo arcadas de repulsión.

El abogado se colocó de hinojos ante ella, apoyando las manos en sus rodillas y el contacto hizo que el estómago se contrajese aún más, de repugnancia y miedo.

—Por fin comprendes, querida.

Los ojos de ella iban del lienzo al rostro de Blyton y luego de vuelta al cuadro, haciendo que le subiera la bilis a la garganta y escalofríos de espanto

le recorrieran la columna vertebral. Estaba a merced de un maníaco, imposibilitada para hacerle frente, sin que pudiera esperar ayuda de ninguna clase, porque nadie sabía que estaba allí.

Angustiada, cada segundo que pasaba se sentía más desesperada, porque tomaba conciencia de lo impensable que era que saliera viva de aquella casa.

—Está enfermo, Elliott —le dijo, tratando de mostrarse serena, utilizando un tono más cercano, más conciliador, casi cariñoso, tragándose el rechazo que le producía ahora el hombre que en tantas ocasiones había sustituido la figura de su padre—. Necesita ayuda. Podríamos...

Él no quiso oírla. Se levantó, se alejó de ella y de nuevo volvió a centrar su atención en el cuadro, con las manos cruzadas a la espalda.

—Nadie puede devolverles la vida a esas muchachas, Elliott —insistía Thara—, pero aún puede librarse de la horca. No era usted cuando las asesinaba, lo sé bien porque lo conozco. Es un hombre creyente y recto, cariñoso con Emma, con Eugene y conmigo. Permita que yo le devuelva ahora parte de ese cariño intercediendo por usted ante el juez Rowling. Él me escuchará, entenderá que...

Blyton alzó una mano haciéndola callar. Su semblante se suavizó, sus ojos azules se tornaron casi dulces al mirarla, resurgió el ser afable y bondadoso que ella conocía, desapareciendo la máscara del monstruo en que se había convertido.

—Sois como mis hijos, muchacha, y os quiero mucho. Desde la muerte de mi esposa, habéis supuesto para mí una de las pocas razones por las que luchar. Pero ni siquiera el amor paternal que os profeso va a impedir que te deje contar lo que has descubierto.

—No diré una palabra, se lo juro.

—¡No jures en vano! —gritó.

—Entonces... ¿va a matarme?

—No me has dejado otra solución, pequeña.

—¿Usará también mi sangre en su óleo? —preguntó, con un espasmo de miedo ante el macabro ser que la condenaba.

—¡Tu sangre no me sirve! —exclamó él, mirándola trastornado—. Sigues sin entender,

¿verdad? Mi obra sólo podía ser pintada con la sangre impura de las seguidoras de Satán. Con la de ellas, que renegaron de la verdadera fe.

—¿Está diciéndome que esas tres muchachas adoraban al diablo?

—Descubrí su perfidia en cuanto pusieron un pie en las reuniones del pastor Whitaker. —

Asintió con gesto pesaroso—. Tenía que salvar sus almas.

—Adriana era sólo una mente torturada, Elliott.

—Adriana Worthington creyó que Lucifer le concedería el poder de hablar con su difunto padre.

—Se exaltó hasta el punto de que en sus ojos aparecieron unas venillas rojas —. Estaba tan obcecada que para mí fue un paseo engatusarla para que

acudiese a la cita. Una vez allí, yo la ayudé a que así fuese. No sólo que pudiera hablar con él, sino que se juntaran para siempre.

—¿Y Noelia? ¿Qué quería ella? ¿Qué mal había hecho?

—Dinero. Ella quería dinero: la gangrena que corroe el mundo, la carroña por la que los

hombres matan, la ulceración por la que se pudre la virtud de muchas mujeres. En cuanto a Alexia... —Se encogió de hombros—. Su sangre no era tan impura, pero me hacía falta. De hecho, esta esquina de aquí, ¿la ves? —señaló una zona del lienzo— no ha quedado del todo a mi gusto.

A pesar del frío del cuarto, Thara sudaba. No cejaba en su intento de soltarse, aunque notaba las muñecas en carne viva y un agudo dolor de cabeza seguía torturándola. Se rebelaba contra la idea de dejarse inmolar como un cordero por un psicópata con ínfulas de salvador. Tenía que hacerle hablar, ganar tiempo como fuera hasta conseguir aflojar las ligaduras para, al menos, contar con una posibilidad de huir, por muy remota que fuese.

—¿Por qué las caretas, las lágrimas, la marca de Satanás en su pecho?

—El rostro de su iniquidad cubierto por una máscara de pureza, derramando lágrimas negras por sus pecados y el signo del Maligno identificándolas. ¿De qué otro modo podían presentarse ante Dios? ¿De qué otra forma podían ser perdonadas por el Altísimo sino mostrando sus debilidades a la vez que su arrepentimiento?

Thara empezaba a marearse. Se mordió los labios hasta hacerse sangre para no ceder al impulso de echarse a llorar y dejarse arrastrar por el miedo.

—Elliott, por favor, suélteme. —No se rendía, pero se le agotaba el tiempo y los argumentos—. Suélteme, hablemos. Usted no quiere matarme realmente, ¿verdad que no?

Blyton se acercó a ella, le dio un cariñoso beso en la frente y dijo muy bajito:

—No, muchacha, no quiero hacerlo.

—Entonces, ¡déjeme ir! —Las lágrimas le rodaban ya sin control por las mejillas—. ¡Por favor, déjeme marchar!

—Lo siento, cariño —negó él con la cabeza, sacándose un cordel del bolsillo de la levita y situándose a su espalda.

—¡¡Por favor, Elliott!!

—De veras que lo siento, pequeña.

El cordel rodeó el cuello de Thara, que, presa del más absoluto terror, se debatió como una posesa, contorsionándose cuanto pudo, lanzando patadas al aire, dejando escapar un grito que se quebró cuando la soga se apretó.

Aun así, forcejeó con el ímpetu que da la desesperación, sin darse por vencida, retorciéndose y consiguiendo que la silla en la que estaba sentada se volcase de lado sin que Blyton pudiese evitar que se estrellara contra el suelo.

El golpe la dejó momentáneamente aturdida, pero no tanto como para no notar la presión del cordel en su garganta, que Elliott Blyton, arrodillado a su lado, seguía apretando para estrangularla. Con sus ojos desorbitados fijos en

Panorama del Infierno, Thara sólo pudo elevar una silenciosa plegaria. Ante ella, veladas por la asfixia, desfilaron escenas de su vida, el rostro de su madre, el de su padre, el de James, ante cuya sonrisa intentó ofrecer una postrera resistencia. Pero le faltaba el aire, Elliott la estaba asfixiando.

Vio un camino ascendente, una luz blanquísima que la cegaba, una paz infinita la embargó instándola a dejarse ir...

Como llegada del Más Allá, alcanzó a oír, antes de desvanecerse, una orden ronca y despiadada que decía:

—¡Suéltela, Blyton, o juro por lo más sagrado que le vuelo la tapa de los sesos!

Con cuánta rapidez había sucedido luego todo.

James, controlando a duras penas su furia para evitar cometer un desatino y, tal como había amenazado, descerrajarle un tiro a Blyton, lo apartó de Thara, presa del pánico al verla inerte.

Como cualquier ser humano, alguna vez había sentido la dentellada del miedo, pero nunca hasta ese momento de un modo tan intenso que lo paralizaba.

Manteniendo a aquel maníaco a distancia sin dejar de apuntarlo con la pistola, se acercó a Thara rezando para no haber llegado demasiado tarde y jurándose que, si ella había muerto, le sacaría las entrañas a aquel cabrón, lo despedazaría con sus propias manos aunque significase

arruinar su vida y enfrentarse a la horca.

Le importaba poco lo que pudiera sucederle si la perdía. La justicia de los hombres y hasta la del mismísimo cielo lo traían sin cuidado, porque pasar la eternidad en el infierno no sería tan doloroso como una existencia sin Thara. Le escocían los ojos y sintió el sabor de sus propias lágrimas en los labios pero, tras inclinarse hacia ella, recobró un tanto la serenidad al ver que aún respiraba. Desató el nudo de la cuerda que le sujetaba las muñecas, poniendo infinito cuidado en no lacerarlas más.

Tenía que haberla seguido nada más verla entrar en la casa. Sin embargo, confiado en la intuición de ella y en sus motivos para actuar en solitario, convencido de que había dado con una pista, le había concedido un tiempo. Tiempo que ahora, maldita fuera su alma, podía significar la diferencia entre su vida y su muerte.

A Thara le sobrevino un acceso de tos cuando el aire entró de nuevo en sus pulmones, por lo que no pudo escuchar la plegaria de Gresham dándole gracias a Dios.

Como pudo, se sujetó al brazo que le rodeaba la cintura hasta conseguir ponerse en pie.

—¿Estás bien, mi amor? —James la apretaba contra él—. Thara, ¿puedes oírme? Por favor, mi vida, contéstame.

Ella se llevó una mano a la garganta. Le costaba hablar, le ardía, el sencillo acto de inhalar aire era una bendición y un suplicio a la vez. Mareada, dolorida, aún aterrorizada, controlando las convulsiones que le provocaba el

miedo pasado, se aferró a James hasta que remitió el vértigo.

—Estoy... bien. —Su voz le sonó como un graznido.

—Es él, ¿verdad? —preguntó James mirando a Elliott, a sabiendas de que obtendría una respuesta afirmativa, como así lo confirmó ella con un movimiento de cabeza—. Tenía que haber impedido que cometieras esta locura. No he querido intervenir antes porque estaba claro que no me querías contigo, pero... ¡Condenada seas, Thara!

—Deja... de... chillarme.

—¿Por qué demonios has querido enfrentarte a él sola? Dame una razón, sólo una.

—Se lo debía. Quería darle una oportunidad.

Conociendo la relación que la unía al abogado, la comprendió. Thara era una mujer que pagaba sus deudas aun a costa, como en esa ocasión, de ponerse en peligro. Percatándose una vez más de que justamente eso era lo que había hecho, volvió a enfurecerse.

—¡¿Te das cuenta de que ha estado a punto de matarte?!

Ella asintió porque él tenía motivos, no sólo para increparla por su irresponsable proceder, sino incluso para perder los papeles. Se apartó buscando apoyo en la pared y James, ligeramente más calmado tras el estallido, al verla recobrar el color, dedicó su total atención a Blyton, que, temeroso de que al final decidiera dispararle, permanecía en medio del cuarto sin reaccionar.

—Sólo espero vivir lo suficiente como para verlo colgando de una soga, hijo de puta.

Thara vio, no sin pesar, cómo James le inmovilizaba las manos a la espalda, preguntándose aún cómo podría asimilar que Elliott se hubiera convertido en un criminal que incluso había tratado de matarla a ella, a quien decía querer.

Si James se hubiese creído la excusa que le había dado aquella mañana para que la dejase sola... Si no hubiese tenido la certeza de que le estaba ocultando algo, de que intentaba despistarlo... Por suerte, él se había dejado guiar por su instinto y la había seguido, apareciendo en el momento justo y convirtiéndose en su ángel salvador. Observándolo ahora hacerse cargo de la situación, era consciente de cuánto lo necesitaba a su lado.

Epílogo

CAYÓ el telón y el público asistente estalló en aplausos.

Los muchachos salían una y otra vez a saludar, doblando exageradamente el espinazo, hasta que al hermano Gregory, arrancando carcajadas a la concurrencia, no le quedó más remedio que empujarlos fuera del escenario, dejando para el final al pequeño Gustav, extasiado por los «hurras» que los entregados espectadores les dedicaban.

James y Thara hicieron una generosa aportación a las arcas del orfanato y cuando pretendieron escabullirse, fue en vano. En un santiamén se encontraron rodeados por la muchachada y no hubo forma de abandonar el centro sin dedicarles un buen rato a los chiquillos, alimentando su vanidad repitiéndoles lo maravillosamente que habían actuado y prometiéndoles visitarlos en breve.

La nieve cubría Londres con un manto blanco, sucio ya por las pisadas de hombres, animales y carruajes, mientras la ventisca hacía que los copos bailotearan en el aire.

James y Thara subieron al carruaje, emprendiendo por fin el camino a casa. Pero poco después, al recorrer una de las céntricas y populosas calles de la ciudad, él golpeó el techo indicándole a Balthasar que se detuviese.

—Demos un paseo —propuso, abriendo la puerta.

—¡James! ¿Qué dices? —dijo ella, envolviéndose más en su capa—. Hace un frío espantoso, por todos los demonios.

—Cuidado con ese lenguaje, baronesa de Salsbury, que las abuelas no oigan esas expresiones.

—¡Oh, vamos! —Thara se echó a reír.

—No irás a decirme que mi intrépida esposa se arruga ante un poquito de nieve.

«Esposa», se repetía frecuentemente Thara Gresham para sí misma. Qué maravillosa y grata sonaba esa palabra en labios de él. No se cansaba de oírla.

Un hálito frío le recorrió la espalda, recordándole súbitamente los pavorosos instantes en que había visto la muerte tan de cerca, reflejada en las facciones de su asesino. Ahora estaba a salvo de todo, casada con el hombre del que estaba completamente enamorada. El pasado era una nota que el viento de los días arrastraría hacia el olvido.

A una parte de sí le dolía en lo más hondo la suerte de Elliott Blyton, encerrado ahora en las dependencias policiales, a la espera de un juicio que, era inevitable, daría con él y su errática locura en un manicomio, si no en el patíbulo, un castigo que la parte más visceral de Thara le deseaba por el mal causado.

La tranquilizaba, sin embargo, el futuro que se abría para Belinda Worthington: los médicos de la institución habían aceptado revisar su caso

tras comprobar los informes de los facultativos aportados por los Gresham.

Alejó de su mente el pasado inmediato para centrarse en James, que mantenía la puerta del coche gentilmente abierta.

El exterior no invitaba en absoluto a abandonar la calidez del carruaje, pero pasearían si ése era el deseo de su flamante marido, así que se apearon y Power puso los caballos al paso, siguiéndolos de cerca.

Caminaron despacio, cogidos por la cintura, rompiendo las normas de corrección pública, algo que sin duda daría mucho que hablar. Thara se protegía del gélido aire escondiendo el rostro en el hombro de su marido.

James se paró frente a un edificio de dos plantas, le cogió la cara entre las manos y la besó con delectación en la boca.

—Tu regalo de Navidad.

—¿Qué? —preguntó ella, perdida en su nube de apasionada felicidad, casi etérea, en la que ahora flotaba.

James volvió a besarla haciéndola girar luego delicadamente y mostrándole el edificio ante el que se habían detenido.

Thara enmudeció, un escalofrío reptó por su espalda y ya, sin contención alguna, se echó a llorar.

—Mi vida... ¡Thara, por favor! Es posible que no sea lo que tú imaginabas, pero ¿te parece tan horrible como para que te deshagas en llanto? Lo cambiaremos a tu gusto, será como tú quieras.

A ella le costaba articular palabra, derramaba lágrimas de dicha y se reía a la vez, incapaz de parar. Se colgó del cuello de James y lo besó una, otra y otra vez. Después, ajena al frío, le dio la

mano a su esposo y contempló con deleite cada letra del rótulo que adornaba la fachada.

Los sueños, a veces, se hacen realidad. Un sueño era que estuviera casada con James y que él la amase. Con aquel inesperado regalo, se cumplía el final feliz de su cuento de hadas.

—No puedo creerlo.

—Sólo espero que me admitas como socio en algún que otro caso, milady.

—Te amo tanto que ni te lo imaginas —le dijo ella, mirándolo a los ojos.

—Pobre de ti si dejas de hacerlo algún día, hechicera.

—Nunca, mi vida, nunca.

Los copos de nieve, tumultuosos y densos, iban depositándose sobre sus capas y sus sombreros. Empezaba a anochecer, era hora de irse y Power esperaba sobre el pescante.

Pero Thara Gresham, ahora baronesa de Salsbury, no veía la nieve. Sólo tenía ojos para su marido y, a hurtadillas, para el cartel que anunciaba: «Moon. Investigaciones».

Nací en Madrid hace algún tiempo.

Me considero, fundamentalmente, una incansable viajera, y también una impenitente devoradora de libros.

Escribo desde hace más de veinte años, al principio por simple afición y divertimento, y más tarde para el disfrute de mis amigas y compañeras de trabajo, hasta que se publicó mi primera novela, *Lo que dure la eternidad*, con la que conseguí hacerme un hueco en el panorama de la literatura romántica, algo que se consolidó con mi siguiente libro, *Orgullo sajón.*

En 2009 fui galardonada con dos Premios Rincón de Novela Romántica como mejor autora y mejor novela por *Orgullo sajón*, y dos Premios Dama, uno como mejor escritora nacional de novela

romántica y el otro como mejor novela romántica española, por *Amaneceres cautivos*. En 2010 Círculo de Lectores las incluyó en su catálogo, con lo que soy la primera escritora española de novela romántica publicada por dicha editorial. También soy autora de *Hijos de otro barro, Luna de Oriente, Noches de Karnak, La página rasgada* y *Lobo*. En Esencia he publicado *El Ángel Negro,*

Los Gresham. La bahía de la escocesa y Los Gresham. Reinar en tu corazón. En Zafiro, Magnolia y Tierra salvaje, y en Booket, Brumas.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

http://nieveshidalgo.blogspot.com/

Los Gresham. Lágrimas negras Nieves Hidalgo

© de la ilustración de la portada, Jon Paul

© Nieves Hidalgo, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2014 ISBN: 978-84-08-12927-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.